

36217

\$ 3.00

ANALES

TOMO XXIII

ABRIL-JUNIO DE 1967

Nº 2

UNIVERSIDAD DE CUENCA-ECUADOR

AÑO JUBILAR DE LA FUNDACION

36217

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA
PUBLICACION TRIMESTRAL

JOSE PERALTA:

Teorías del Universo



TOMO XXIII

ABRIL-JUNIO DE 1967

Nº 2

AÑO JUBILAR DE LA FUNDACION

DIRECTOR-COORDINADOR:

Dr. Víctor Lloré Mosquera

Edición: 2.000 ejemplares



JOSE PERALTA

Rector de la Universidad de Cuenca
en el período de 1923 - 1925.

PORTICO

La segunda entrega de Anales, correspondiente al trimestre abril-junio de 1967, va dedicada al Dr. José Peralta, Rector que fue de la Universidad de Cuenca durante los años 1923-1925.

Indiscutido como internacionalista y jurisconsulto, acatado como escritor e intelectual, es el personaje más complejamente juzgado desde el punto de vista político. No hay como hablar de él —no obstante el tiempo decurrido— sin que se despierte la polémica, la misma que se agudiza con recuerdos familiares, intereses de bandera, personalismos de toda índole, beneficencias y recriminaciones. En suma, cuando queremos un Peralta para la historia de la comarca, solamente logramos un personaje casi imposible de conceptuar. Tan-tas son las opiniones encontradas, y tan superficiales las actitudes en torno de él.

No intento una definición biográfica del personaje. Menos, un juicio comprensivo. Pero sí me detendré, con brevedad, ante este hombre-problema con el fin de inquirir algún aspecto de su vida en el Azuay, que al mismo tiempo explique ciertos lineamientos de la política nacional.

Peralta, nadie ignora, representó la parte candente, la más candente en las primeras filas del combate liberal-radical, última etapa de un proceso que se abre a fines del siglo XVIII, se consolida en los comienzos del XIX con la contienda independista, y opera a lo largo de la vida nacional, desenvolviéndose en una dialéctica expresable así: liberalismo romántico, liberalismo católico, liberalismo radical.

La actitud romántico-liberal se consolidó en el pensamiento de Pedro Fermín Cevallos, en la doctrina histórica sostenida por él en el **Resumen**, suerte de biblia del primer liberalismo no sólo ecua-

toriano, sino de la doctrina que fructificaba en todas las repúblicas bolivarianas, nuevas, ansiosas de progreso, desorientadas pero fieles a la creencia que les dió la plenitud política. La Historia de Cevallos recoge las ansiedades, los pensamientos dispersos y los combates de los románticos del liberalismo político de más de medio siglo.

La actitud católico-liberal, especie de tercera posición iniciada por los cabeza-mayores del romanticismo literario —en Francia, por ejemplo, Chateaubriand y Lamartine—, tuvo en el Ecuador un sentido no teórico, sino práctico y culminó en la oposición de muchos católicos a García Moreno, egregia oposición que en Cuenca alineó al obispo Toral y a una escuadrilla de aguerridos escritores y políticos, como Malo, los dos Borrero y otros.

Por fin, como brote finesecular de la tendencia, llevada por interna lógica a la última consecuencia, y robustecida por circunstancias históricas propicias —adversas, dicen algunos historiadores superficiales— ocupó el primer lugar de la escena política, el liberalismo radical. Primero como lucha ideológica, después como aguerrido combate lleno de sangrientos episodios.

Hay, pues, un camino perfectamente claro y explicable: la ideología que llega a imponerse en 1895, después de un curso dialéctico preciso, se sitúa, para el observador de los acontecimientos humanos, en un lugar exacto. No soy fatalista de la historia, ni creo que solamente la causalidad logre definirla, pero sí estoy convencido de que un proceso interno ayuda a configurarla hacia fuera. Silogísticamente hablando, Peralta llenó un espacio en este proceso: la dialéctica de la evolución doctrinaria liberal encontró en la mente y en la pluma de este escritor el instrumento condigno. Si es propio del proceso dialéctico empujar la antítesis hacia la síntesis, también es necesario que ésta se convierta otra vez en una nueva tesis. Pues, bien Peralta es una especie de premisa mayor de esta flamante tesis, vuelta necesidad histórica en la vida ecuatoriana a fines del pasado siglo.

Y aquí radica el núcleo de mi reflexión. ¿Por qué digo esto, siendo, como soy un católico y, por tanto un hombre que poco o ningún contacto mental guardo con el liberalismo radical de comienzos de este siglo? Escribir que el liberalismo radical fué necesidad

histórica a fines del siglo XIX ¿no será justificarle, desde la otra orilla? Creo que no. Y por muchísimas razones. Y la primera, si le explicamos como realidad aparecida y formada en el escenario nacional, rechazarlo sería como negar esa misma realidad que está actuante y percutiente en la memoria de los ecuatorianos, en los libros de historia, en el proceso vital del Derecho, en las instituciones y situaciones pragmáticas que, hoy, son patrimonio del país.

Para fines del siglo XIX habían periclitado los moldes sociales sobre los que se posibilitó la política ecuatoriana desde la emancipación. Esta no fué, en el fondo, ninguna reforma social, porque se limitó a continuar al criollismo de la era hispánica postrera, criollismo al que le hemos definido de manera simplista y, muy simplistamente, le hemos fijado partida de defunción en 1820. Durante setenta años o más, la política nueva —democrática y republicana en las Constituciones— fué política de altas clases sociales, subordinadas al Derecho o insubordinadas con él, ajenas al caudillismo o propicias a él, fundadas en el poder eclesiástico u opuestas a él. Pero clases criollas —altas— cuyos intereses tenían poco de común con el pueblo, por otro lado, motivo de grandilocuentes declamaciones y de contadas atenciones. Ese era el tiempo, y no tenemos por qué escandalizarnos.

La política fundamentada sobre tal estructura vivió mientras ella estuvo más o menos firme. Mas, al hundirse ésta, aquélla debió perecer. Y pereció. Lo cual no significa un silencioso hundimiento, pues los intereses políticos tradicionalmente no suelen hacer mutis por el foro. Una tremenda lucha se libró entre lo que iba dejando de ser y lo que principiaba a llegar. Y en luchas de esta guisa, los pródromos o primeros caminos, siempre son los ideológicos. Y reclaman la presencia de los ideólogos que los abran.

Los ideólogos combatientes son gentes desmesuradas, quizás porque asumen la tarea de innovar, e innovar en el mundo histórico ha sido faena de vida o muerte. Peralta se consagró a la tarea de escribir en favor de su doctrina, es decir en contra de la de en frente. Y como sus principales adversarios vestían hábito o sotana, la lucha degeneró, inconteniblemente, en riña entre ideologías adversas o propicias a la intervención de lo religioso en lo político.

Esta intervención se inició en el país luego de la independencia, con motivo de la contienda parlamentaria en torno al patronato del Estado en materias eclesiásticas, patronato que ingenuamente habían creído heredar los políticos criollos de la Católica Majestad de España, en cuyo favor la Santa Sede estableció el beneficio y el privilegio de esta intromisión. El clericalismo o ingerencia del clero en la política ecuatoriana tuvo este origen fundamental y, luego, continuó manteniéndose, pues interesaba ser mantenido por las clases criollas que en el clero hallaron soporte de incalculable poderío. la reacción anticlerical era presumible y advino.

El anticatolicismo de Peralta fué anticlericalismo. Y la supuesta irreligiosidad que le han atribuido, más se define como postura de combate que como actitud de conciencia. La lucha llevó a Peralta a serios excesos. Los excesos de los contendores le llevaron a mayores excesos. Y en esta carrera armamentista, hay que confesarlo, Peralta acumuló tales armas lógicas y de erudición filosófica y eclesiástica, tales instrumentos de combate intelectual, que arremetió casi solo contra un brillantísimo escuadrón. La lucha, simplemente doctrinaria al comienzo, se tornó agria contienda personalista, especie de gigantomaquia morlaca donde el contendor trataba de aniquilar al adversario, con todo género de argumentos. La lucha duró largos años y no cesó ni aún después de la afirmación liberal en todo el país.

La persona de Peralta es, pues, la cúspide de una lucha. Allí ha flameado como signo de contienda, acaso en mano de gentes que no merecían esgrimir la obra de este hombre intelectual y sobre todo su vida, para escudarse con él y con ella, en mezquinos ajetreos partidistas o electorales. La persona de Peralta es una cúspide donde la lucha ideológica dió el más alto són liberal-radical en el país. Sin que me atreva a menospreciar a Calle y algunos más, que tuvieron derecho a militar, en medio de una mesnada de plumíferos groseros y atrabiliarios que pisotearon, a pretexto de anticlericalismo, la fe del pueblo.

La bandería que luego desgarró la bandera liberal-radical ha cooperado a sentar afirmaciones contrarias a Peralta y su obra. El historiador de nuestro siglo, con criterio del siglo, debería situar —y es hora— a personajes y faenas en la postura correspondiente. Pe-

ralta y sus adversarios cumplieron bien su tarea en el Azuay. La obra de ellos se ha complementado décadas después, reuniéndose en el oleaje, y gracias al oleaje histórico, en un nuevo caudal con el que nosotros estamos obligados a hacer la vida de nuestro medio, a mantener lo recibido y a acrecentarlo con el tributo de nuestro entendimiento.

Para terminar, agrego que las páginas de Peralta que se publican en esta entrega de Anales, recogen conferencias leídas por el Rector de esta Universidad, y que hoy ven la luz compiladas y sistematizadas. Se pronunciaron en un tiempo difícil, debido a cien circunstancias. Se editan en una hora de comprensión, debido también a muchas circunstancias. Entre otras, la de hallarnos los de la actual generación, libres de la lucha de la generación pasada.

Y se las publica, sobre todo, como testimonio de una verdad irrecusable: los Rectores de la Universidad de Cuenca, cualesquiera hayan sido sus ideologías, siempre fueron personas a tono con las corrientes de ciencia y cultura coetáneas a cada uno de ellos.

G. Cevallos G.

Cuenca, a 15 de mayo de 1967.

MONISMO Y DUALISMO

ESCUELA MATERIALISTA Y ESCUELA DUALISTA

I

Tantos volúmenes se han escrito sobre el Universo y sus misterios; tantos cerebros colosales se han ocupado en sorprender y estudiar los secretos de la naturaleza, que muy poco nuevo podré deciros; y voy a limitarme a exponer las principales teorías, antiguas y modernas, relativas al inmenso e inagotable tema elegido para estas conferencias. Copiaré y compendiaré las opiniones de algunos sabios; las comentaré con la posible claridad y aun refutaré las que no están acordes con mi propio criterio; acaso repetiré los razonamientos y demostraciones de los más notables controversistas, porque nada más convincente podría agregar en esta materia. Por esto veréis que no me propongo sino exponeros un programa de estudio, una como guía para penetrar siquiera al vestibulo del vasto campo de la Ciencia. He tenido siempre el valor de manifestar mis convicciones sin rebozo; y al hablaros de tan arduas materias, procederé con igual franqueza, y mayormente hablándoos como Rector de esta gloriosa Universidad.

Los conceptos científicos acerca de la naturaleza, esto es, la teoría unitaria y la dualista; los fundamentos del Monismo, o sea la teoría de la materia y la fuerza como únicos productores del Universo; los fundamentos del Dualismo y el principio de causalidad; en fin, el espiritualismo y el materialismo, son la materia de esta primera disertación. En las siguientes trataré de exponer las numerosas y múltiples doctrinas sobre el Cosmos; la creación y la evolución; el hombre, su naturaleza y sus destinos; y procuraré seguir, paso a paso, la formación, las revoluciones, los cataclismos e historia geológica y paleontológica de nuestro planeta. Es muy posible que halléis equivocaciones en mis discursos, puesto que nadie puede tenerse por poseedor de la verdad en materias que con suma

exactitud, se denominan **enigmas de la naturaleza**; y más, cuando no estoy afiliado a escuela determinada, ni me dejo conducir por prejuicios todavía dominantes, sino que examino con serenidad e independencia, el pro y el contra de todas las cuestiones, y tomo lo que juzgo conforme a la sana razón, donde lo encuentro. Por lo mismo, no pretendo que aceptéis sin examen mi manera de pensar; sino contrariamente, sostengo que cada cual debe formarse su propio criterio, dentro de la más amplia libertad, y mediante el estudio y la meditación que tan arduos problemas exigen de los que se empeñan, por lo menos, en acercarse a las fuentes de la verdad. Acaso me haya extraviado en mi camino; pero voy a presentaros el fruto de mis estudios, fruto extractado de las obras de los grandes ingenios, por mi individual esfuerzo, y a la luz de mi propia razón, como vais a verlo.

*
* *

Los sabios modernos se han dividido en dos grupos principales, según su diversa manera de concebir el universo; grupos diametralmente opuestos y que mantienen sus opiniones sin declinar un punto ni concederle treguas al adversario. Tales son la **Escuela Unitaria** y la **Escuela Dualista**; cada una de las cuales se subdivide en otros sistemas secundarios que difieren sólo en algunos detalles de doctrina.

La escuela unitaria o **monista**, concibe el universo como resultado de la materia cósmica, eterna e infinita, imperecedera y constantemente transformada y vivificada por obra de fuerzas inmutables y fatales; fuerzas que son inherentes e inseparables de la misma materia, que forman con ella una absoluta unidad, fuera de la que no existe ni puede existir nada. El conjunto de estas fuerzas naturales es lo que impropriamente se llama **Dios**; el que, por lo mismo, forma un todo indivisible con la materia infinita y eterna.

La escuela dualista, al contrario, considera la naturaleza como efecto de una causa extraña a la materia y de orden espiritual; como obra de un poder infinito y libre; como realización de un plan inteligente y benéfico; y, en consecuencia, establece diferencias esenciales entre las criaturas y el Creador, entre lo absoluto y lo contingente, entre el espíritu activo y la materia inerte.

A la escuela monista pertenecen el **panteísmo** y el **materialismo** que, en rigor —y como más adelante veremos— no forman sino un solo y único sistema; y a la escuela dualista, el **mosaismo** y la teoría de la **creación evolutiva**.

Hecha esta ligera clasificación, entremos al examen de la teoría unitaria de la naturaleza; advirtiéndole que no es mi ánimo emprender una refutación extensa y completa del Monismo, tarea del todo ajena a la índole de este somero estudio; por lo cual me limitaré a exponeros las doctrinas monistas, señalando a la vez, las principales razones que las combaten. Concretaré mi estudio a Haeckel y Büchner, los que bien pueden ser tenidos como genuinos representantes de la escuela unitaria, en sus dos ramas; y porque lo que diga de la doctrina de los referidos sabios, es también aplicable a todos los escritores afiliados al materialismo alemán. Véome precisado a cansaros tal vez con citas extensas, para exponer las doctrinas, casi siempre nebulosas de los referidos filósofos; y me anticipo a pedirlos que disimuléis este inconveniente, indispensable para el desarrollo de mi tesis.

*
* *

“A los átomos primitivos —**masa-átomos**— últimas partículas discretas de la materia ponderable inerte, podemos, con más o menos certeza, atribuir cierto número de cualidades fundamentales, eternas e inmutables —dice Haeckel, en su **Profesión de fe naturalista**.— Fijos en las condiciones actuales de la existencia física de la tierra, esos grupos de átomos primitivos son los átomos elementales, los átomos indescomponibles conocidos por la Química (...) Una serie no interrumpida de procesos naturales evolutivos, desarrollándose según leyes físicas, conduce hoy al espíritu del pensador, a través de los **eones** de un estado caótico primitivo hasta el Cosmos actual. Al principio no hallamos en el espacio infinito otra cosa que el éter elástico móvil, e innumerables partículas discretas y homogéneas dispersas en su seno: son los átomos primitivos (...) Cuando éstos están reunidos en grupos, en números determinados, encuéntrase ya constituidos en átomos elementales. Conforme a la hipótesis de Kant y Laplace, las esferas circulantes se separan de la nebulosa primitiva en vibración (...) Nuestra insignificante tie-

rra no es sino un simple planeta (...) Después de que se hubo enfriado hasta cierto grado el globo incandescente de la tierra, precipitose en gotas el agua líquida sobre la corteza solidificada (...) Primera condición de la vida orgánica. Los átomos de carbono comienzan su acción organógena y se unen con otros elementos plásticos y coagulables. Un pequeño grumo de **plasma** supera los límites de la cohesión y del crecimiento individual, y se divide en dos mitades semejantes. Con esta primera **mónera** comienza la vida orgánica y su función propia, la herencia. En el plasma de la mónera homogénea se aísla un núcleo central más denso, en medio de una masa más blanda; por esta diferenciación del núcleo y del protoplasma, fórmase la primera **célula orgánica**. Largo tiempo habitaron solos nuestro plantea esos **protistos**, o seres primitivos unicelulares. Los **histones** inferiores, plantas y animales **pluricelulares**, no fueron producidos hasta más tarde, por la evolución de las **cenobias** o uniones sociales de dichos seres (...) Bajo la dirección de las tres grandes ciencias de los orígenes, la Paleontología, la Anatomía Comparada y la Ontogenia, condúcenos la Filogenia, paso a paso, desde los más antiguos **metozoarios**, desde los animales pluricelulares más rudimentarios, hasta el hombre. En la raíz más baja del árbol genealógico común de los metozoarios, encuéntrase los **gastreados** y los **espongiarios**; todo su cuerpo limitase, en el caso más sencillo, a un saco gástrico redondeado, cuyas espesas paredes están representadas por dos capas de células, o sea las dos laminillas blastodérmicas primitivas (...) "Del tronco común de los **helmintos**, o gusanos inferiores, se desarrollan como divisiones principales, las cuatro ramas separadas de los moluscos, zóofitos, articulados y vertebrados. Estos últimos son los únicos que concuerdan con el hombre en todas las particularidades esenciales de la Morfología y de la Embriología (...) Nuestro cuerpo se ha formado lentamente, y por grados, a través de una larga serie de vertebrados ancestrales; así ocurre también por lo que al alma se refiere. Función del cerebro, se ha desarrollado asimismo gradualmente en correlación con dicho órgano. Lo que llamamos alma humana, no es más que la suma de nuestras sensaciones, de nuestras voluntades, de nuestros pensamientos; la suma de las funciones psicológicas, cuyos órganos elementales representan las microscópicas células ganglionares del cerebro (...) Nuestra idea monista de Dios —única que está conforme con las extensas nociones que actualmente poseemos sobre la naturaleza— reconoce el espíritu de Dios en todas las cosas. No

se puede ya representarse a Dios como un ser personal, es decir, como un personaje que ocupa una parte determinada del espacio, o bajo la forma humana. Dios está, antes bien, en todas partes (...) De esta suerte cada átomo está provisto de alma, lo mismo que el éter cósmico. Por consiguiente, puede definirse a Dios, diciendo que es la suma infinita de todas las fuerzas naturales, o sea, la de todas las fuerzas atómicas y todas las vibraciones del éter (...) Poco importa el nombre en materia tan elevada de la ciencia: basta la identidad de la idea fundamental, la unidad de Dios y del mundo, del espíritu y de la naturaleza (...)"

He aquí el resumen del sistema haeckeliano que he formado con proposiciones entresacadas de la famosa conferencia sobre el monismo, a la que su autor dió el pomposo nombre de **Profesión de fe de un naturalista**. Como era menester manifestar con toda claridad este como génesis del universo, sin omitir ningún detalle importante, repítolo, me ha sido imposible evitar la extensión de la cita, a pesar de mi empeño en ser breve y explicarlo todo del modo más preciso y lacónico.

Este panteísmo **sui generis**, parte términos con el ateísmo más deslavado, como luego veremos; puesto que la palabra Dios, usada por Haeckel, si no es una ironía, no tiene sentido alguno. Ni siquiera responde a la Gran Alma del Universo, de los antiguos hindúes; a ese imenso Todo, inteligente, poderoso y benéfico, océano de calor y vida, del que salen y al que vuelven los seres, para confundirse y perderse en los misteriosos abismos de la divinidad. El Dios haeckeliano es una mera resultante de las fuerzas atómicas, la suma de las energías inconscientes y ciegas de la materia; y, por lo mismo, no es un ser espiritual, no es inteligente, no es libre y perfecto, no es infinito, no es la razón suprema creadora y ordenadora del universo. Lo mismo sucede con el concepto relativo al alma humana: simple producto fisiológico de las células ganglionares del cerebro, viene a ser sólo la manifestación de la materia viviente.

* * *

Más a las claras, el médico Büchner proclama la negación absoluta del orden espiritual; y sustituye a Dios y al alma humana con la Materia y la Fuerza.

"Si es ley general —dice— que no pueden manifestarse las fuerzas sino en la materia, la fuerza no puede ser otra cosa que una propiedad inherente a esa materia (...) El mundo, o la materia con sus propiedades, a las que damos el nombre de fuerzas, ha debido existir y existirá eternamente: en una palabra, el mundo no ha podido ser creado (...) La materia es inmortal, indestructible, y ninguna partícula de polvo, por pequeña que sea, puede perderse ni confundirse en el universo (...) Como los hechos prueban que la materia no puede ser creada ni anonadada, sino solamente transformada, demuestra también la experiencia, de una manera indudable, que no hay siquiera un caso en que una fuerza pueda surgir de la nada, ni transmitirse a un cuerpo que no exista; en otros términos, la fuerza no puede ser creada ni aniquilada (...) Si la materia es infinita en el tiempo, es decir, inmortal, tampoco tiene principio ni fin en el espacio (...) Las leyes que determinan la actividad de la naturaleza, que rigen los movimientos de la materia, unas veces destruyendo y otras organizando, y que producen las más variadas formaciones orgánicas e inorgánicas, son eternas e inmutables. La ley de la naturaleza —dice Moleschott— es la expresión más rigurosa de la necesidad. Ningún poder, cualquiera que sea, puede sustraerse a esta necesidad, que no tiene excepción ni restricción alguna (...) Siendo eterna la materia, debe también poseer un movimiento eterno. El reposo absoluto, como la nada absoluta, no pueden convenirse en la naturaleza... Por esto ha existido el movimiento eterno de la materia (...) El instinto que la naturaleza tiene de estar constantemente creando, **es tan ciego y depende de tal manera de circunstancias fortuitas y exteriores, que da con bastante frecuencia nacimiento a las producciones más absurdas y menos conformes con su fin particular; así es que suele acontecer que no sabe vencer ni evitar el más insignificante obstáculo que a su paso encuentra (...)** Lo que llamamos espíritu, entendimiento, inteligencia, se compone de fuerzas naturales, aunque combinadas de una manera particular, que, como cualquiera otra fuerza natural, sólo puede manifestarse en ciertas y determinadas materias (...) Hubo tiempo en que hallándose nuestro planeta en el estado de un globo de fuego, no solo era incapaz de producir seres vivientes, sino que hasta debía ser contrario a la existencia de organismos vegetales y animales. Poco a poco fue enfriándose el globo, y las masas de vapores que lo envolvían, se condensaron y cayeron en forma de lluvia sobre su superficie (...) Tan luego como

apareció el agua y lo permitió la temperatura, desarrollóse la vida orgánica (...) Hoy admiramos los seres, sin tener en cuenta la infinitud de formas distintas, organizaciones y conformidad con este fin, que ha encerrado en su seno la naturaleza, encierra actualmente, y encerrará en el porvenir. **Sólo a la casualidad se debe que lleguen o no a existir (...)** La Física ha calculado que, así como hubo un tiempo en que no había en la tierra vida orgánica, será preciso que llegue otro tiempo, indudablemente en un porvenir infinito e inconmensurable, **en que las fuerzas físicas que hoy existen, se aniquilarán** y todos los seres animados volverán a quedar sumergidos en las tinieblas y en la muerte (...) ¿Qué son la vida y los esfuerzos de un hombre, ni de todos los hombres, en comparación con esa marcha eterna, inexorable, irresistible, **medio fortuita, medio necesaria de la naturaleza?** (...)"

Estas proposiciones, tomadas de varias páginas del libro intitulado **Fuerza y Materia**, dan idea clara del sistema monista de Büchner y los filósofos de su escuela. El Universo se formó y desenvolvió, se transforma aún y se conserva, se manifiesta en los tres reinos de la naturaleza terrestre, así como en la inmensidad del espacio, por sí mismo, en virtud de sus fuerzas propias, las que obran inconscientemente, eternamente, fatalmente, y son infinitas e inmortales. La misma doctrina de Leucipo y Demócrito.

De consiguiente, la única divinidad —si aún no se quiere suprimir esta palabra del lenguaje filosófico— es la Materia; el único poder creador es la fatalidad absoluta y ciega; la única suprema causa ordenadora del caos, es la inconsciencia de la naturaleza, incapaz hasta de evitar los obstáculos que la casualidad opone a su actividad soberana; el único espíritu, aquella efímera llamarada que decimos vida, y que las fuerzas químicas y físicas encienden y apagan a su capricho, en los organismos animales, sin plan ni fin determinados y previstos.

*
* *
*

Tan absurdo sistema filosófico pugna abiertamente con el testimonio del Universo y el sentimiento de la humanidad, que a una voz lo contradicen y condenan. No es menester valerse de la Meta-

física para confutar la teoría de Büchner; porque obran contra ella los mismos descubrimientos y deducciones de la ciencia experimental, y aun muchos axiomas del materialismo, como someramente vamos a verlo.

La Materia y la Fuerza, este múltiple y gran Todo, es infinito, eterno, inmutable, omnipotente, necesario e incapaz de cesar un punto en su maravillosa labor de transformación de su propia sustancia; y por lo mismo, derrama el movimiento y la vida en todos los ámbitos inconmensurables del espacio, constantemente y por medio de combinaciones y formas distintas y sin enumeración posible. La doctrina materialista excluye, pues, toda contingencia y cambio en la Materia y la Fuerza; toda posibilidad de aumento, reposo o aniquilamiento de esta potencia increada y necesariamente creadora de cuanto existe, ha existido y existirá en la naturaleza. La Materia y la Fuerza han debido haber producido todas las cosas desde la eternidad. La metamorfosis infinita de la sustancia universal, que constituye la existencia de los diversos seres, debió haberse operado desde el principio, sin limitación ni descanso, en todas sus múltiples y variadas formas; puesto que no son concebibles ni la inacción ni el cambio en ninguna de las eternas, fatales y omnipotentes fuerzas cósmicas; ni habría razón para afirmar que, al ejercer sus atributos productores, prefiriesen comenzar por grados, desde las especies inferiores, para que una lenta e incierta evolución las desarrollase y perfeccionase, puesto que dichas fuerzas creadoras, según la misma doctrina materialista, están desprovistas de inteligencia y libertad.

De consiguiente, la creación metódica y como arreglada a un plan determinado y sabio, a finalidades previstas y concordantes, a efectos intimamente ligados a inmediatas causas; el desarrollo progresivo del Universo, a la vez complicado y armónico, multiforme y ordenado; el perfeccionamiento y avance continuo y ascendente de la vida, a través de los obstáculos y cataclismos de la naturaleza; aquel admirable encadenamiento de las especies, las que dimanar unas de otras, por la selección y la herencia, presuponen, no sólo la omnipotencia, sino la sabiduría y la libertad, la previsión y el método más admirable, en la Causa que tan sorprendente y concatenada serie de fenómenos ha producido. Y como la Materia —según dice Büchner— procede por instinto ciego, incapaz de prever

ni evitar los obstáculos de la casualidad, llegando por ello en sus creaciones hasta lo absurdo, resulta que la doctrina monista está refutada por los mismos descubrimientos e hipótesis de la ciencia experimental, por la Cosmogonía y la Paleontología, la Biología y la Antropología, etc., que han hecho nacer el moderno y científico concepto del Universo, es decir, que nos han mostrado el génesis y perfeccionamiento de los seres, siempre en escala ordenada y ascendente; el desenvolvimiento metódico de toda la naturaleza, en la que todo está encaminado a un fin, todo dependiente de una causa, todo sujeto al cálculo, todo encaminado a producir la armonía más acabada y permanente; lo que es incompatible con las fuerzas ciegas y fatales de Haeckel y Büchner, con esos artifices inconscientes y encadenados por absoluta fatalidad a su labor creadora.

El átomo de carbono, por ejemplo, no ha podido ser creado, por ser parte integrante de la Materia eterna e infinita. Ahora bien, si a pesar de que ese átomo, infinita y necesariamente activo, se mantuvo en la inercia desde la eternidad, hasta hace unos millones de años que despertó al contacto de una gota de agua, para forjar el primer gránulo de protoplasma, fuente común de los organismos; si este prolongado reposo de la fuerza creadora de la vida, se debió a las desfavorables condiciones de la tierra, digámoslo a la inhospitalidad del globo telúrico, dominado aún por fuerzas destructoras, asimismo infinitas, necesarias e inmutables, como el fuego, los vapores deletéreos etc.; si estas fuerzas adversas a la organización de la materia cósmica, se modificaron o desaparecieron para dejar libre la actividad vivificadora del carbono, en los comienzos de la habitabilidad de nuestro planeta, es lógico deducir que la Materia no es una sustancia única e infinita, sino un compuesto de elementos antagónicos, en lucha perpetua que impide o destruye ciegamente el desarrollo y perfección de los seres; y que las fuerzas operatrices no son eternas, inmutables ni fatales, puesto que permanecen ineficaces, se contrarrestan, cambian y aun aniquilan recíprocamente; todo lo que prueba la falsedad de los más primordiales fundamentos del monismo.

Paul Jouvencel —uno de los más sapientes corifeos del materialismo— dice en su libro de *Les commencements du Monde*, que la Materia es el conjunto de todas las sustancias, cualesquiera que sean sus cualidades; y que, **si las sustancias son finitas, la materia**

es infinita. "En las inmensas profundidades del cielo —continúa— donde nuestras miradas se abisman con el doble sentimiento de nuestra pequeñez, como cuerpos, y de nuestra majestad, como seres dotados de razón y capaces de comprender el orden universal, aparece rodeándonos por todas partes la materia aglomerada en enormes esferas. **Son las sustancias, los límites.** Pero se ha demostrado que en el espacio, entre las esferas, hay una materia extremadamente sutil y extendida por la inmensidad. Parece probable que esta materia esencial llena todo el espacio, es decir, que es infinita". Según esto, lo absoluto y lo necesario no son sino la suma de todo lo relativo y lo contingente; lo ilimitado e inconmensurable resulta de la agregación de cosas susceptibles de peso y medida. ¿Cuántos seres finitos son suficientes para componer el todo infinito?

Lo que llama la atención en esta original teoría, es que la misma materia elemental, tenue y sutilísima que llena los espacios interplanetarios, es a la vez infinita y finita: infinita, si no se condensa y forma esferas visibles que son asiento y morada de otros seres limitados; y finita, cuando compone cuerpos mensurables, orgánicos o inorgánicos. En este último caso, dicha materia es sustancia, es decir, tiene en sí la razón de su existencia; puesto que Jouvencel nos enseña que la Materia infinita es el conjunto de las **sustancias, o cosas finitas**. Pero, si toda sustancia es limitada, contingente y relativa, es incuestionable que la Materia cósmica —ilimitada, necesaria e infinita— no es sustancia, esto es, no subsiste por sí misma; lo que vale tanto como colocar la infinitud en el vacío, los atributos del supremo ser en algo así como un mero accidente. No es fácil precisar lo que Jouvencel tiene por infinito; y volveré a tocar más adelante esta teoría, al hablar del concepto científico de lo absoluto y eterno.

Moleschott considera la Fuerza como una cualidad inseparablemente unida a un abstracto material; como un motor propio de la materia, sin la cual no podría concebirse aquel poderoso y único elemento de evolución y transformación universal. "Como la Materia se manifiesta en todas partes por la fuerza— dice también Jouvencel— la fuerza es inseparable de la materia, y por lo mismo, es infinita como ella." Büchner afirma lo mismo; ¿pero, esta potencia unida a la materia elemental, este factor infinito del Cosmos, es material o inmaterial, está o no sujeto a los accidentes y varia-

ciones de los cuerpos? ¿Qué es la afinidad, qué la cohesión, qué la pesantez, qué el magnetismo, etc.? "No sabemos cuál es la esencia de la materia —confiesa Jouvencel—; y luego se pregunta: ¿cuál es la esencia fundamental de la Fuerza? Imposible es contestar a esta cuestión, en el estado actual de nuestros conocimientos, a no ser con esta palabra: **Causa** se responde a sí mismo, dejando en pie y sin esperanza de solución un problema tan capital para el triunfo del materialismo. Si se ignora la esencia de la materia y de la fuerza, ¿cómo se afirma que son eternas, infinitas, invariables, fatalmente productoras y causa única y omnipotente del Universo?

La actividad de la Materia está sujeta a leyes; y Jouvencel afirma que la palabra ley se ha introducido en el lenguaje científico moderno, dándole un sentido muy particular. "La palabra ley lleva en sí —añade— la idea de absoluto, necesario, inevitable: así los cuerpos obedecen absolutamente, necesariamente, inevitablemente a la ley de gravitación, No hay necesidad de velar para que esta ley sea obedecida, pues ella no manda como la ley humana: ella misma es el orden, y la materia no puede substraerse a su dominio. Todo en la naturaleza está regido por leyes (...) No hay ni azar ni milagros, sino fenómenos regidos por leyes".

"Lo que importa mucho más a nuestra concepción monista —dice Haeckel, en los **Enigmas del Universo**— es convencernos de que (...) la ley química de la conservación de la materia, y la ley física de la conservación de la fuerza, forman un todo indisoluble; las dos teorías están estrechamente ligadas, como lo están los dos objetos, la Materia y la Fuerza o Energía". De consiguiente, la fuerza y la materia —que componen un todo indisoluble— están sujetas a otro todo también indisoluble, formado por la ley física y la ley química, que rigen la conservación de la sustancia y la energía del Cosmos. ¿Cuál de estas dos entidades supera a la otra en poder y atributos, cuál limita en el tiempo y el espacio, la acción de su omnipotente contendora? Büchner contesta que la Materia no puede sustraerse a las leyes; y, haciendo suyos los conceptos de Vogt, dice que las referidas leyes **son bárbaras, inflexibles, que no reconocen moral ni benevolencia.**

He aquí la materia infinita, eterna, todopoderosa, principio y vida del Universo, sujeta a leyes rigurosas, fatales e inquebrantables:

¿Qué ser infinito y eterno es éste, a quien encadena y manda un poder que se halla por sobre su infinitud y omnipotencia, limitándolas a la continua, de manera necesaria e incontrastable? Porque, si la Materia obedece fatalmente, necesariamente, inevitablemente, el imperio de la ley, queda fuera de toda objeción que esa ley o fuerza bárbara, que dice Vogt, coarta, limita y esclaviza por completo el poder y actividad que el materialismo atribuye a la materia cósmica.

Y luego, ¿quién ha impuesto estas leyes? ¿La materia misma, u otro ser que está fuera y por encima de ella? ¿Por qué existe esta ley y no otra en sentido contrario? ¿De qué modo obra la ley sobre la naturaleza? —Todo esto se interroga Jouvencel; y al final, declárase incapaz de dar satisfactorias respuestas.

Permitidme detenerme un instante más en esta cuestión primordial, aunque sea asaz árida y nebulosa de suyo, y canse naturalmente vuestra atención. ¿Rige la Fuerza a la Materia, o la obedece, como lo sostienen Büchner y sus discípulos?

De que la fuerza se muestre obrando siempre sobre la materia, no se sigue que sea una propiedad esencial de ella, y mucho menos que la obedezca. Muy al contrario, el Universo entero testifica que la fuerza gobierna, que las leyes de la naturaleza producen fenómenos maravillosos que la inteligencia humana admira en todos los órdenes del Cosmos. El mecanismo, por sí solo, no explicaría las asombrosas e infinitas formas de la creación, y menos aún la vida que palpita y se manifiesta en los inconmensurables ámbitos de la naturaleza. Desde las leyes astronómicas que establecen la eterna unidad armónica en los infinitos mundos que pueblan el espacio, hasta las que rigen el desarrollo y existencia de los más diminutos animalículos, o de las plantas microscópicas de nuestro planeta, demuestran plenamente que la materia se mueve, se metamorfosea, se combina y produce, obedeciendo la acción de fuerzas poderosas, universales, inflexibles y concordantes. Kepler y Newton no inventaron las leyes siderales, sino las descubrieron, elevándose en alas del genio hasta los recónditos misterios del Universo. Esas leyes fueron promulgadas desde la eternidad; y sólo su poder ha podido reunir los masa-átomos —esas últimas partículas discretas de la materia ponderable e inerte, esparcidas en los espacios infinitos de que nos habla Haeckel— y formar con ellas las nebulosas, ger-

men maravilloso e inconmensurable de los astros. ¿Quién obligó a los masa-átomos que se congregaran y agruparan hasta componer esas como nubes tenues, diáfanas, de materia cósmica, extendidas por la inmensidad que había de poblarse con millones de soles y planetas? Una fuerza imperiosa, irresistible, eterna; y leyes semejantes hicieron que las nebulosas se condensaran, girando sobre su eje, hasta desprender anillos de su zona ecuatorial, a impulso de la fuerza centrífuga; anillos que por su fluidez, tomaron también la forma esférica y, como encadenados a su centro por la atracción, comenzaron al rededor de él su interminable camino, por órbitas precisas y trazadas por la omnipotente e inflexible mano de la ley. ¿Son ciegas o caprichosas, mudables o transitorias, estas fuerzas que encadenan y gobiernan a la materia inerte? Basta enunciarlas, para demostrar que dimanen de una fuente intelectual y poderosa, de una voluntad soberana e invariable, de una mano inflexible y sapiente que maneja este asombroso dinamismo que crea, renueva y conserva perpetuamente la naturaleza.

¿Quién ha inventado las leyes de la Química y la Física? ¿Cómo es que las mismas fuerzas que han producido y guían los astros, obran también sobre lo infinitamente pequeño, de igual manera en nuestra morada que en las inconmensurables extensiones del espacio? Desciéndase del sol que da vida, calor y luz a nuestro sistema planetario, hasta la más invisible molécula, y se palpará el imperio de las mismas leyes, idéntica sumisión de la materia a la fuerza omnipotente que la metamorfosea y anima, conforme al admirable y sabio plan de la naturaleza.

Si la materia gobierna y no la fuerza, ¿cómo se explican la vejez y la muerte, el cambio de elementos constitutivos de los cuerpos vivientes, y, no obstante, la permanencia de su tipo orgánico? ¿Por qué envejecen el hombre, el animal y la planta, si la materia de que están formados, es inmutable y eterna; si la fuerza que obedece y obra, está ahí, inseparable de los átomos que componen el ser envejecido; si ese todo indisoluble, energía y materia, es permanente, infinito, todopoderoso y activo por necesidad? ¿Degeneran o faltan las moléculas elementales, los materiales cósmicos, que integran el cuerpo del anciano, y el añoso y carcomido tronco caído en el fondo del bosque, siendo esos componentes del organismo, eternos, invariables y esencialmente activos? ¿O es la fuerza vivi-

ficante la que disminuye, se enerva y aniquila, después de algunos años gastados en mover el mecanismo de los seres organizados, y a pesar de ser también fatalmente creadora y conservadora del movimiento y la vida, invariable, infinita y sin término ni remate?

Ahí tenéis un cadáver —dice un sabio—: ¿por qué ha dejado de respirar ese cuerpo, no embargante la persistencia de la materia que lo componía, cuando en él palpitaba la vida en toda su plenitud? Integros los elementos y combinaciones mecánicas de esa admirable estructura humana; y, sin embargo, esa máquina está paralizada, rígida, sin aptitud alguna para ningún ulterior movimiento. Completos los componentes de ese organismo; ahí están las moléculas indispensables con sus propiedades químicas y físicas; ahí las fuerzas inseparables de la materia, y que por necesidad dan la vida; y, a pesar de ello, ese corazón no palpita, la sangre helada no circula por las arterias yertas, el pensamiento no surge del cerebro muerto: ¿por qué la materia omnipotente no les ordena a las fuerzas; vivificadoras que operen una resurrección inmediata? La vejez y la muerte son el argumento más concluyente contra la omnipotencia de la materia y su gobierno sobre las fuerzas de la naturaleza.

El dinamismo vital; la identidad permanente de la forma orgánica, a pesar del desarrollo individual, del constante cambio de la materia constitutiva que robustece y mantiene los organismos; el desenvolvimiento progresivo de los seres organizados, desde el germen hasta la perfección del individuo, prueban elocuentemente que la fuerza, la ley, rigen la materia, la que es por su naturaleza inerte. Félix Hément, en su libro intitulado **Simple discursos sobre la tierra y el hombre**, dice al respecto: "¿Cuáles son los fenómenos característicos de la vida? ¿Se explican sólo por el juego de fuerzas físico-químicas, o exigen la intervención de una fuerza especial? (...) Lo que caracteriza la vida es principalmente la realización de un tipo determinado, vegetal o animal, y por lo tanto la constancia de la forma, no sólo durante el desarrollo del individuo, sino también después de desarrollado, y en todo el curso de la vida. Así, cada planta, cada animal, tiene una forma propia, ya en el conjunto, ya en los detalles (...) Esta constancia en la forma es sobre todo sorprendente desde que se nota que se mantiene invariable, a pesar de la renovación continua de la materia que constituye el cuerpo.

Durante toda la vida son introducidos materiales nuevos en el cuerpo del animal o del vegetal; y los materiales temporalmente empleados son expelidos fuera. Por un tiempo, la materia mineral, la materia bruta está sometida a una dirección determinada. Antes de su mansión en el cuerpo organizado, es en cierto modo libre, obedece a las fuerzas físico-químicas, a la atracción, la afinidad; pero, en cuanto forma parte de un organismo, es arrastrada al movimiento que reina en dicho cuerpo. Ya no obedece a las fuerzas precedentes, sino que obra bajo la influencia de una nueva fuerza. Las diversas combinaciones en que toma parte, se efectúan siempre conforme a las leyes que gobiernan la materia bruta; mas, en vista ya de un fin determinado, la conservación y el desenvolvimiento del cuerpo (...) En fin, añadamos que la fuerza vital no es una energía adaptada a un mecanismo ya construido, como el vapor de la locomotora. Ella preexiste al mecanismo; ella lo crea y lo conserva; no está ni en la simiente ni en el huevo, ni en los corpúsculos de que están formados; reside ya en el cuerpo que ha producido esos órganos elementales (...) En una palabra, la vida nace de la vida; un cuerpo viviente es una fuente de vida, es una antorcha primeramente encendida, e incesantemente transmitida a través de las generaciones (...) Los fisiólogos no niegan estos hechos; pero dicen que tales fenómenos son consecuencia de los elementos orgánicos; que las funciones vitales residen en realidad en esos elementos, y no en el conjunto del ser. Estamos lejos de rechazar que hay una vitalidad propia de los órganos y aun de los elementos orgánicos, de las células, las fibras, las granulaciones, en una palabra, las moléculas orgánicas (...) Pero esta vida de los elementos orgánicos, que pudiéramos llamar vida local, no debe confundirse con la vida del conjunto, es decir, la coordinación de estos trabajos elementales, la dirección imprimida en vista de un resultado determinado. Porque no podría explicarse esta asociación de órganos, estos trabajos aislados, y, no obstante, dirigidos a producir un efecto único. ¿Qué diríamos de unos obreros que se hallaran reunidos sin haber sido convocados, y de los que cada uno hiciese separadamente una pieza de una máquina; pero de tal manera, que las diversas piezas construidas se adaptasen por sí mismas, sin que haya un mecánico ajustador para la última mano de obra, ni un ingeniero que la dirija? (...) ¿Y cómo podría la fuerza vital ser la resultante de la actividad de los diversos órganos vivientes, cuando ya actúa en el germen, antes de que existan los órganos mismos?"

Si la fuerza gobierna a la materia, es indisputable que es algo distinto de ella; algo superior al polvo inerte; algo que actúa sin más normas que las leyes y plan que presiden a la creación. De consiguiente, la escuela materialista se derrumba al impulso de la misma ciencia moderna que invoca, de los mismos descubrimientos en que se apoya, de los mismos axiomas científicos que proclama. Para probarlo todavía más, continuaré el estudio del átomo de carbono que, según Haeckel, Zaborowski, Moleschott y otros, es el creador primitivo de los organismos.

Si hace algunos millones de años produjo la vida aquel diminuto e inconsciente creador, ¿por qué no la produce de igual manera hoy día? ¿Acaso se ha modificado esa fuerza, ha perdido su intensidad y eficacia, o ha desaparecido ya del número de los agentes de la Materia, no obstante ser éstos, todos eternos, increados, inmutables y necesarios? Es de preguntarlo, porque —como veremos más adelante— la **generación espontánea** y la **fabricación química** del protoplasma vivo, en concepto de los mismos sabios modernos, han pasado a la categoría de las quimeras, de los sueños irrealizables; por modo que, al faltar el efecto, estamos autorizados para afirmar que ha desaparecido la causa, o lo que es lo mismo, que la materia tenida por tal, no lo es en manera alguna. Así, pues, o el átomo de carbono no ha sido jamás el creador de la vida orgánica, o la Materia no es eterna e inmutable; ya que, por lo menos, una de sus fuerzas subordinadas ha dejado de ser activa, más aún, ha llegado a la impotencia, ha trocado su energía de causa vivificante con el rol de simple elemento secundario, en la formación de los organismos vivos.

Por otra parte —lo repetiré— no se puede concebir cómo un átomo de materia —desprovisto de inteligencia y vivificador por necesidad— ha ejercido su poder infinito por millares y millares de siglos, sin interrupción alguna, siguiendo siempre una maravillosa y creciente progresión, desde el imperceptible gránulo de plasma, hasta los gigantes del reino vegetal, hasta los grandes mamíferos y colosales reptiles, en fin, hasta el hombre, coronamiento admirable de la vida en el globo terráqueo. Este aumento de amplitud e intensidad de la vida; el haberla subordinado invariablemente a un progreso sin contradicción ni vacilaciones; ese tránsito mensurado y sapiente, de las formas inferiores a las superiores inmediatas, sin

ningún salto brusco, sin ningún cambio de dirección, sin ningún paso inexplicable o contrario al plan de la creación; todos estos fulgurantes caracteres de la acción creadora en el mundo orgánico, que la misma ciencia moderna nos pone de manifiesto, nos arrastran con fuerza irresistible a este riguroso dilema, nos encierran dentro de esta inevitable alternativa: o el poder vivificante —que se dice propio de la Materia— se ha desarrollado y crecido, se ha hecho más intenso y eficaz, ha llegado a la adquisición de la inteligencia y la sabiduría, a medida de los millones de siglos transcurridos, y paralelamente a la mayor perfección de las especies creadas; o no existe esa pretendida potencia productora en el polvo inorgánico, en los elementos brutos e inertes del Cosmos. Lo primero destruye de un golpe la doctrina del materialismo alemán, puesto que la Materia y sus Fuerzas pierden sus atributos de eternas, inmutables necesarias y ciegas; es decir, dejan de ser la divinidad única de Büchner y Haeckel, la causa inconsciente y todopoderosa que ha producido el Universo y sus transformaciones. Lo segundo, por el hecho mismo de aceptarse, sería la total negación del sistema filosófico que examinamos; sería confesar la absurdidad de la doctrina monista y separarse de ella.

Paul Janet ha escrito un libro notable —**El materialismo contemporáneo en Alemania**— para refutar especialmente a Büchner y sus discípulos; libro del que menciono sólo algunas objeciones contra la pretendida subordinación de las fuerzas de la naturaleza a la materia.

Janet demuestra que, siendo la inercia una propiedad esencial de la materia, no se explicaría el movimiento de los cuerpos sin la existencia de un motor extraño, es decir, de una fuerza impulsora superior a la materia impulsada. Negar la inercia de la materia, sería dar en tierra con las leyes del movimiento de los cuerpos, rebelarse contra la Astronomía y la Mecánica, hacer pie contra todos los conocimientos que se fundan en la infalibilidad de las Matemáticas y en la evidencia experimental cotidiana. El movimiento no es un fenómeno sin causa; y la materia inerte es incapaz de producirlo por sí misma. Cada cuerpo recibe el impulso de otro cuerpo; y si este motor basta para explicarnos el movimiento, como el primer cuerpo no ha podido comunicarlo al segundo, sin haberlo a su vez recibido de otro tercer cuerpo impulsor, resulta que es preci-

so buscar siempre, de escalón en escalón, la fuente del movimiento, el primer motor que no podría hallarse sino en los dominios del infinito y fuera de la materia pasiva.

Janet refuta victoriosamente la hipótesis de que la fuerza de atracción es suficiente para contrariar y vencer la inercia, y en consecuencia, producir el movimiento de los cuerpos; puesto que las leyes de la referida fuerza, descubiertas por Newton, más bien confirman la proposición sustentada contra el materialismo, y ponen fuera de duda esa incapacidad radical de la materia para moverse a sí misma. La inercia y la atracción no se contradicen; antes bien, la una supone la otra, recíprocamente, dice el citado filósofo.

Ya Juan Jacobo Rousseau compiló muchas de estas razones físicas y mecánicas, y las puso en boca del **Vicario Saboyano**, impugnador victorioso del materialismo. "Las primeras causas del movimiento —dice— no están en la materia; ella recibe el movimiento y lo comunica, pero no lo produce. Mientras más observo la acción y la reacción de las fuerzas de la naturaleza, obrando las unas sobre las otras, más me convengo de que conviene siempre elevarnos, de efecto en efecto, a una voluntad como primera causa (...) En una palabra, todo movimiento que no es producido por otro, no puede venir sino de un acto espontáneo y voluntario; los cuerpos inanimados no obran sino por el movimiento, pues no hay verdaderas acciones sin voluntad (...) Yo creo, pues, que una voluntad mueve el Universo y anima la naturaleza. Ved mi primer dogma, mi primer artículo de fe."

Las mismas conclusiones de Newton: las mismas doctrinas de tantos eminentes hombres de ciencia y desapasionado criterio.

*

* * *

Las dificultades que la razón halla para aceptar el materialismo, suben de punto, si se toma en cuenta el nuevo factor que Büchner y sus partidarios han introducido en la economía del Universo, haciendo intervenir en la formación de los seres, nada menos que a la **Casualidad**, de todo en todo incompatible con la fatalidad y demás atributos inherentes e inseparables de la Materia in-

finita. "Solo a la casualidad se debe que lleguen o no a existir (los seres) —dice el referido médico alemán.— ¿Qué son la vida y los esfuerzos de un hombre, ni de todos los hombres, en comparación de esa marcha eterna, inexorable, irresistible, **medio fortuita, medio necesaria, de la naturaleza?**" (...)

No puede ser mayor la contradicción: ¿qué viene a ser el azar en las operaciones de la Materia que, según el mismo sabio, produce por necesidad y con precisión inmutable? ¿Cómo puede colaborar el acaso en una obra que ejecuta la fatalidad? ¿Cómo se pueden unir para un fin único, estos dos factores que se repelen y destruyan recíprocamente, y cuya alianza de ninguna manera concibe el entendimiento? ¿Cómo se concilian en este absurdo sistema, la creación fortuita con la creación ciegamente necesaria? ¿Cuáles son los seres que el azar engendra, y cuáles los que la Materia produce de modo fatal e ineludible?. Y nótese de paso, que no están de acuerdo los mismos deificadores de la Materia, ni en los puntos más esenciales de doctrina; puesto que Haeckel, en sus **Enigmas del Universo**, rechaza el azar y el milagro, como incompatibles con la fatalidad que rige a la naturaleza.

Si hay fenómenos casuales en el mundo, si la reunión fortuita de ciertos elementos materiales da origen a formas diversas y aun absurdas en los organismos, y demás cosas, es indiscutible que pueden multiplicarse hasta el infinito estas combinaciones debidas al acaso; y, por lo mismo, nadie puede asegurar, por ejemplo, que el tipo y forma de la actual especie humana han de ser invariables y permanentes. ¿Dónde está el límite de las combinaciones casuales? Pasarán los siglos y hará hombres de otras formas, de otros tipos, de otra estructura, de más complicados organismos: todo depende de la casualidad, de este dios sin vista ni conocimiento que arroja los dados sobre la inmensidad del Cosmos, y produce seres que ni la fantasía más ardorosa ha podido imaginar siquiera.

¿Y por qué no presenciamos alguno de estos engendros del acaso, alguna nueva forma viviente que difiera de modo esencial de los tipos y especies que conocemos? ¿Se ha suprimido por ventura el azar y restablecido el exclusivo imperio de las fuerzas necesariamente productoras; o es que aquel no interviene en la creación, sino después de períodos inconmensurables, de millones y millones de años?

¿Dónde está la prueba de un hecho perdido en la noche de los tiempos pasados? Porque la ciencia experimental y positiva ha de basarse en pruebas asimismo positivas y experimentales; ha de ser ajena a toda hipótesis fantástica; ha de colocarse muy por encima de los delirios de la imaginación, y enseñarnos únicamente verdades comprobadas de modo práctico, verdades visibles y tangibles, por decirlo así.

Büchner y sus discípulos niegan toda finalidad en la naturaleza: el tránsito ascendente de la materia, de lo inorgánico a lo orgánico; de la planta al animal; y del animal al hombre, es simplemente casual, y obra inconsciente de las combinaciones de los átomos elementales, en colaboración con las fuerzas productoras; en una palabra, toda las diversas fases de la evolución del Universo, son sólo fruto de circunstancias favorables o adversas, debidas al azar. Ninguna inteligencia, ningún plan ordenado, debemos buscar en la naturaleza: los mismos astros son esféricos y están ligados por la atracción, giran eternamente cada cual en su órbita conocida e invariable, sin salirse una línea ni retrasarse un minuto en su forzoso camino, porque el acaso lo ha querido así. El infinito cielo, poblado de miríadas y miríadas de mundos que jamás se confunden ni chocan, que jamás desobedecen a las leyes de la gravitación, que jamás se rebelan contra el poder que los mueve y sostiene en asombrosa y constante actividad; ese cielo que es inspiración de los poetas y eterno enigma de los filósofos, no es más que un producto medio fortuito, medio necesario de la Materia, según dice el citado Büchner.

Ni la ley de perfectibilidad, atestiguada por la universal experiencia, significa que los seres persigan el progreso y se desarrollen conforme a un fin determinado: todo ello no es otra cosa que el resultado de la proporción, digámoslo así, en que obran el acaso y las fuerzas fatales cooperantes en la metamorfosis perdurable de la Materia. Si hubiera verdadera finalidad en el Universo, no existirían ni el dolor, ni el mal, ni la muerte; no existirían imperfecciones en la tierra, ni estaciones incómodas, ni tempestades, ni trabajo y hambre, ni calamidades ni cataclismos; no existirían monstruos, reptiles venenosos, insectos dañinos, plantas mortíferas, etc. Como, por desgracia, la naturaleza no es óptima; como hay tantos seres inútiles, tantas bellezas que el hombre no puede ni contemplar, porque se es

conden en los abismos de los mares o el azul del firmamento; como hay tantos misterios naturales que no nos es dado conocer y utilizar, sería absurdo afirmar la existencia de ningún fin preconcebido, menos benéfico, en la naturaleza.

Semejante modo de discurrir revela desconocimiento total de la economía del Universo; está en contradicción con el sentir general, con las observaciones de la misma ciencia, con lo que palpamos a cada momento, con lo que descubre día por día la investigación desapasionada; todo lo que demuestra que nada es inútil en la creación, nada se mueve sin encaminarse a un resultado previsto, nada sucede sin una causa íntimamente ligada al efecto que debe producir. "En todas partes vemos una cadena de efectos y causas, de fines y medios, regularidad en el nacimiento y en la muerte; y como nada ha llegado por sí mismo al estado en que se halla, siempre ese estado señala más lejos otra cosa, como causa; la que a su vez, hace necesaria una nueva investigación, aunque constantemente la misma" —dice Kant. Y Voltaire— el filósofo de la ironía acerada —añade: "Cuando un reloj no se haga para mostrar las horas, confesaré que las causas finales son una quimera, y no extrañaré que me llamen imbécil. Todas las piezas de la máquina del mundo parecen hechas unas para otras. Algunos filósofos se burlan de las causas finales, rechazadas por Epicuro y Lucrecio; y me parece que de quien hay que burlarse es de ellos. Dicen que los ojos no han sido para ver; pero que se les ha destinado a ese uso, cuando se ha notado que podían servir para ello. Ni la boca para hablar y comer, ni el estómago para digerir, ni el corazón para recibir la sangre de las venas y enviarla a las arterias, ni las orejas para oír. Esas personas confiesan sin embargo, que los sastres les hacen trajes para vestirse, y los albañiles casas para habitar; y se atreven a negar a la naturaleza, al gran ser, a la inteligencia universal, lo que conceden a sus más insignificantes obreros..."

*
* *
*

Tan imprevisora e inclemente la naturaleza, en el concepto del materialismo, que ni siquiera tiene medios eficaces y espontáneos para combatir las enfermedades: "No existen fuerzas curativas en la naturaleza, en el sentido que ordinariamente se da a esta palabra"

—dice el médico Büchner, de manera absoluta y categórica.— Todos los días y a todas horas —añade— pueden los médicos convencerse por las enfermedades, las heridas, los abortos, etc., del abandono en que deja la naturaleza a sus criaturas, de los esfuerzos de curación en muchas ocasiones contrarios al fin y sin éxito. ¿Para qué servirían los médicos, si la naturaleza obrara conforme a un fin? .."

Oh!, cuánta es la crueldad de la naturaleza para con sus hijos! Cuánta la indiferencia con que mira nuestros dolores! Cuánta su decidía en acudir en auxilio de los seres que padecen, y la llaman en vano, entre los estertores mismos de la agonía!

Felizmente, la verdadera ciencia se ha encargado de la defensa de la madre naturaleza, y ha comprobado con hechos irrefutables que ni es indolente ni remisa en cumplir sus sagrados deberes. Aún estamos en los umbrales de la sabiduría, aún no le es dado a nadie conocer la verdad en todos sus detalles, en toda su misteriosa e infinita magnitud; pero los rayos luminosos que han herido ya nuestras pupilas, bastan para contradecir esa imprevisión y crueldad de que se acusa a la naturaleza, relativamente a las enfermedades que afligen a la humanidad.

El estudio de lo infinitamente pequeño, de ese microcosmos que hoy ocupa la atención de los naturalistas más sabios, sería una prueba elocuentísima contra las desconsoladoras y pesimistas afirmaciones de Büchner, aunque no adujéramos otros y otros testimonios que la Fisiología y la Medicina nos ofrecen. La Bacteriología y la Microbiología enseñan que el mundo microscópico es inmenso, inconmensurable, maravilloso, casi fantástico: miriadas y miriadas de corpúsculos vivientes, animales y vegetales, llenan el aire que respiramos, el agua y los alimentos que tomamos; se albergan en nuestro mismo cuerpo, en su superficie, en sus entrañas, en la sangre que circula en nuestras venas; y esos seres infinitamente pequeños, las más de las veces son enemigos invisibles, pero implacables y de muerte. Hongos venenosos, bacterias mortíferas, microbios destructores: ¿cómo evitar el ataque de estos ejércitos de millares de millones, si nos rodean por todas partes, si no podemos ni verlos, si sus armas están enherboladas y nos hieren a traición, sin que ni siquiera nos demos cuenta de que ya estamos mortalmente heridos?

La ciencia moderna —la misma que el materialismo invoca en su apoyo— nos dice que la pródiga naturaleza no ha querido abandonarnos a la furia de tan implacables enemigos; y que ha construido en las mucosas de la boca ciertas redes poderosas para cazar aquellas fierecillas invisibles, y salvar así la vida del hombre que la llama inclemente y ciega, sólo porque no conoce los beneficios que recibe de su mano bienhechora. Esos lazos misteriosos, tendidos a los corpúsculos flotantes en el aire, son célulillas que los aprisionan y destruyen sin misericordia; son como vigilantes centinelas que dan muerte a los enemigos que penetran en la fortaleza. Y si logran pasar al interior, hay todavía, como si dijéramos, otros cuerpos de guardia en la región bronquial: tanto es el esmero con que la naturaleza cuida de nuestra salud y existencia. Ningún monarca está más ni mejor defendido de sus adversarios que el hombre —dice un fisiólogo—: el asesino que logra franquear las puertas primeras del alcázar, allí cae, en el segundo obstáculo; y si todavía consigue dar un paso adelante, viene la lucha a muerte con los defensores de la plaza, con un ejército invencible y aguerrido, con los **fagocitos** de Ray Lancáster y de Metschnikoff, que convierten en campo perpetuo de encarnizadas batallas aun los más delicados tejidos del cuerpo humano. ¿Quién crió en nuestra sangre, dotándonos de instinto devorador y de armas adecuadas, a estos microscópicos defensores de nuestra vida, que nos están salvando a la continua, a costa muchas veces de su propio sacrificio?

Y no vale que el microbio venenoso huya de la carnicería y trate de ocultarse en lo más recóndito del organismo humano; porque el fagocito lo persigue por todas partes hasta capturarlo, atacarlo y destruirlo. Y cuando la intervención salvadora de estos animálculos benéficos falla, por excepción, la naturaleza pone en juego otros medios de defensa: el aumento de temperatura en el cuerpo, que quema y aniquila ciertos corpúsculos extraños; las deyecciones y aun el sudor, los expulsan de la economía... ¿Quién produce estos efectos, calculados, indefectibles y prontos? ¿Quién vela de manera tan constante y prolija por nuestra salud y vida?

Es verdad que a la postre triunfa la muerte; pero también este desenlace es efeceto de una sabia ley de la naturaleza, cuyo cumplimiento no implica contradicción alguna. Es la ley de renovación

que alcanza a todo viviente; renovación necesaria en la economía evolutiva del Universo.

Bastarían las anteriores muestras de previsión de la naturaleza, para confutar las acusaciones de Büchner y su escuela; pero los hombres de ciencia saben que la Medicina más docta y hábil no daría un paso con buen éxito, si no contara con el apoyo y colaboración de las fuerzas naturales, al punto de haberse formado un sistema médico que se llama **espectante**, y que se basa en los esfuerzos de la misma economía del paciente para vencer la enfermedad. La naturaleza cura los males: los medicamentos sólo la ayudan y secundan —dicen los médicos de esta escuela—; y a mi juicio, con sobra de razón y sabiduría.

¿Imprevisora e inclemente la naturaleza que ha puesto el remedio, como si dijéramos, a la mano de los que padecen y para cada una de las enfermedades? ¿Quién ha creado, por ejemplo, la adormidera, la coca y los demás anestésicos que la Medicina emplea para calmar de pronto los más agudos y violentos dolores? ¿Quién puso en los bosques ecuatoriales el árbol maravilloso, cuya corteza combate y apaga como por ensalmo las más peligrosas fiebres? ¿Quién nos ha dado esas innumerables plantas prodigiosas con las que defendemos nuestra vida de casi todas las dolencias a que nos hallamos sujetos; plantas que la Botánica ha clasificado y descrito en sus menores detalles? ¿Quién ofrece con la mayor abundancia y variedad los elementos que la Química y la Farmacia convierte en baluarte de la salud, en medios de salvamento contra la muerte?

Imprevisora e inclemente la naturaleza; y Pasteur, Koch, Jersin, Roux, Laeffler, Curie, Neguchi y otros sabios benefactores de la humanidad, han hallado, en los arsenales de la calumniada madre, las armas más eficaces y poderosas contra enfermedades que antes se tenían por incurables. Nada han creado, nada han inventado aquellos genios benéficos: su labor asidua y portentosa los condujo al descubrimiento de secretos que aún se mantenían ocultos, porque esa piadosa madre ha impuesto la ley del trabajo y la perfección consiguiente; porque quiere que el hombre conquiste todos los elementos de su bienestar por medio del esfuerzo que perfecciona, depura, y eleva la especie. Ella ha previsto todas nuestras necesidades y creado los medios de satisfacerlas; pero no suele con-

cedérmolos sino como premio de la actividad, como galardón y corona del vencimiento de los obstáculos sin cuento que topamos en nuestro camino ascendente. Y estas como condiciones para entrar en posesión de los dones de la naturaleza, de ninguna manera, implican desamor ni crueldad para con las criaturas: antes bien, constituye el mayor de los beneficios, puesto que tan poderosamente nos estimula a cumplir las leyes del progreso, sin lo cual no adelantáramos un paso en las vías que deben conducirnos a la cumbre.

Y la madre naturaleza no ha cuidado únicamente del hombre, sino de todos los seres que abriga en su seno, sin exceptuar ni los más invisibles gusanillos, ni los más microscópicos vegetales. Estudiad el Universo y os convenceréis de que nada existe en el abandono y el olvido: ahí donde surge una necesidad, no tarda en remediarla la naturaleza; ahí donde se presenta un dolor, aparece también el remedio para combatirlo. La estructura animal, las mandíbulas y las garras, la dentadura y los apartos digestivos, la piel y las plumas, etc., son siempre y siempre adecuados a la índole de cada especie, al medio en que vive, a los alimentos de que dispone, a los enemigos de quienes ha de defenderse, a la temperatura que ha de soportar, a los fenómenos naturales que pueden causarles daño; como si la calumniada naturaleza hubiera querido darnos prueba positiva y palpable de su maternal protección a todas las criaturas.

Y estas obras revisten una perfección acabada, inimitable, que no está al alcance ni de la mano, ni del ingenio del hombre. "El sistema respiratorio de la mosca es un modelo de lo que habrían debido hacer nuestros ingenieros para asegurar la distribución del agua, (...) —dice Wilfrido de Fonvielle, en **Las Maravillas del Mundo invisible**— Figurémonos unos tubos formados por finísimas membranas, separadas una de otra mediante un hilo arrollado en espiral, y dotado de suficiente resistencia para que no se doblegue por su propio peso. La perfección llega a tal punto, hasta en los más ínfimos detalles, que nunca se cansará el observador de estudiar las aberturas que constituyen el remate. En cada una de estas embocaduras se distingue una multitud de hillillos dispuestos de un modo especial para detener el polvo más tenue, operando así en el aire una verdadera filtración de la que no se libra ninguno de los polvillos que vemos chispear a los rayos del sol (...) Mientras

descansa el animal, el aire entra con alguna lentitud en esta maravillosa red de tubos capilares; mas, apenas comienza a moverse, la velocidad del movimiento de su cuerpo aumenta la penetración del fluido, y masas de aire enormes, relativamente hablando, pasan por el interior del sistema respiratorio. No son como nosotros, que nos sofocamos corriendo, y que aun así no podemos correr mucho: el movimiento y la carrera más precipitada, lo que hacen es dar al animal la ambición de correr con más velocidad todavía(...)"

Y Lutero afirma que esta obra perfectísima y admirable había sido creada por el diablo, irreconciliable enemigo de la humanidad. Siempre y siempre los teólogos en contra de las verdades que el Universo proclama!

He ahí un ejemplo de la sabiduría y finalidad previsora en las obras de la Naturaleza.

Ha puesto el instinto en los brutos para guiarlos; y no hay animal que no sepa evitar los peligros, cuidar de su familia, buscar los alimentos que le convienen, defenderse de sus adversarios, y dirigirse hacia lo que puede serle saludable. El oso herido conoce las plantas vulnerarias; el simio que siente arderle la sangre en las venas, corre tras de los frutos del bosque que calman la fiebre; el perro sabe muy bien las yerbas que limpian y robustecen su estómago. Y tan repetidos y comunes estos medios de medicarse los animales, que el hombre no pocas veces los ha mirado como lecciones prácticas de la naturaleza, y usándolos también en sus dolencias.

Mirad los infusorios poligástricos de Ehrenberg: seres prodigiosos que —si no son fantásticos— a pesar de no exceder de unos décimos de milímetro, tienen cuatro estómagos de repuesto, armas defensivas y ofensivas, medios poderosos de atraer la caza y devorarla, órganos de respiración y locomoción completos y admirables. ¿Imprevisora e inclemente la naturaleza que ha dotado de esta manera a tan imperceptible animáculo, que sólo puede ser distinguido por el ojo poderoso del microscopio? Y estos prodigios y otros mayores se ven a cada paso en los dominios inferiores de la vida; allí donde el vulgo no sospecha siquiera que está brillando en toda su magnificencia el providencial esmero con que la naturaleza cuida de sus obras.

La delicada y frágil estructura de estos minúsculos seres los expone a frecuentes y fáciles mutilaciones; pero la naturaleza los ha favorecido con ventajas negadas al hombre, y pueden reproducir los miembros perdidos; más todavía, convertir la fracción separada de su cuerpo, en un nuevo individuo joven y lleno de vida. Las **Actinias**, las **Holothurias**, etc., tienen este maravilloso privilegio; y la **Synapta Duvernaea** se alimenta con su propio cuerpo; un día un miembro, otro día otro; hasta no quedar reducida sino a su cabeza-estómago, para renacer, digámoslo así, pues las partes consumidas por el voraz equinodermo, se reproducen sin demora.

Aun las plantas están defendidas por la sabia naturaleza contra los peligros que las amenazan. Ahí está para ejemplo, la **Silene Itálica** que, para rechazar los ataques de los insectos, está erizada de millares de finísimas púas, por las que arroja sobre el enemigo un jugo acre y glutinoso que lo encadena y mata sin misericordia. Ahí están las **sensitivas**, que plegan sus hojas al menor amago; ahí las **Droseras** que devoran a sus adversarios, como animales carniceros; ahí la **ortiga** que se defiende con dardos envenenados, a manera de los bárbaros. ¿Cuál de los seres de la creación está entregado a su propia suerte por la inclemencia y crueldad de la naturaleza? Estudiad el conjunto de los seres que nos rodean; y no podréis menos que reconocer la sabia y benéfica mano que guía y conserva a las criaturas en todas las escalas de la vida. Oh!, Naturaleza —exclama Figuiet— cuántos secretos nos ocultas, y cuánto debe humillarse el orgullo del hombre en presencia de los misterios que lo circundan, en presencia de tantos espectáculos que hieren sus ojos, y que él es impotente para explicarlos.

*
* *

El pesimismo es la consecuencia inmediata de la supuesta ceguera e inclemencia de la naturaleza; Chopenhauer lo expresa clara y desconsoladoramente en estas lúgubres palabras: "Querer, es, pues, esencialmente padecer; y como vivir es querer, la vida es dolor por esencia. Cuanto más elevado es el ser, más padece... La vida del hombre es sólo una lucha por la existencia, con la certidumbre de ser vencido.... La vida es una caza incesante, donde los seres, unas veces cazadores, y otras cazados, se disputan los

manjares de un horrible festín; es una especie de historia natural del dolor que se resume de este modo: querer sin motivo, padecer y luchar siempre, y después morir; y así continuamente, por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta se deshaga en átomos (...)"

Cuán desgraciada sería la humanidad, si únicamente reinasen en el Universo la crueldad y el fratricidio, la lucha implacable y la destrucción sistemática y ciega; pero el mismo dolor, la desventura más extrema, la muerte —que es el supremo mal en concepto de la generalidad de los hombres— en nada menoscaban la previsión y sabios fines de la naturaleza; antes bien, son elementos de transformación y progresivo desarrollo, uno como crisol en que se depuran y perfeccionan los seres racionales, haciéndose así capaces de seguir adelante en la penosa y lenta ascensión de la humanidad.

Y aun en la esfera de los brutos, esa crueldad instintiva de los unos contra los otros; esa guerra incesante en que sucumben y son devorados los más débiles; esa disputa feroz por arrebatar los medios de conservar y prolongar la existencia, constituyen también una ley natural de progreso zoológico, según la misma ciencia moderna; la **concurrentia vital** y la **selección** han sido los principales factores de la evolución perfectiva de las especies. De consiguiente, los mismos materialistas reconocen una finalidad sabia en esos hechos de que se acusa a la naturaleza; por odiosos que parezcan esos actos de fratricidio universal, hay que mirarlos como eslabones precisos de la cadena misteriosa de causas y efectos, que ha producido y produce la armonía y desenvolvimiento del Universo.

De la misma manera, la desaparición de los grandes reptiles y mamíferos anteriores al hombre, o contemporáneos del hombre de las cavernas; la extinción de los árboles gigantes primitivos y de otras muchas especies orgánicas; la muerte aun de mundos luminosos que en épocas remotas se dejaban ver en el espacio, sólo significan el cumplimiento de las leyes de perfectibilidad y transformación que rigen el Cosmos: esos seres desaparecidos y extintos llenaron ya su destino y dejaron libre el campo a otras nuevas entidades, encargadas de ocupar aquel vacío e integrar el preciso enlacenamiento de los seres participantes de la vida universal, que jamás decae ni se apaga en los dominios de la creación.

Estudiadamente evito en lo posible poner la planta en el terreno de la Metafísica, nebuloso y poco seguro al discutir esta materia; y me mantengo dentro de los límites estrictos de una severa e imparcial observación de las dificultades, escollos y contradicciones del sistema materialista. Si quisiera refutar con pruebas metafísicas el aparatoso andamiaje del materialismo, me sería demasiado fácil repetir las doctrinas de los más eminentes filósofos; pero, vuelvo a decirlo, no pretendo presentaros una confutación completa del monismo, ni quiero esgrimir otras armas que las proporcionadas por los mismos adversarios de la escuela dualista. Sin embargo, al tratar de las objeciones del materialismo contra el principio de causalidad, no puedo dejar de reproducir las profundas y elocuentes palabras de Leibnitz, al respecto: "No conocemos sino una pequeña parte de la eternidad —dice el gran filósofo—...; es poca cosa la experiencia de unos cuantos millares de años, cuya historia nos trasmite la memoria. Y, sin embargo, con esta corta experiencia osamos juzgar lo inmenso y eterno, semejantes a hombres nacidos y educados en una prisión (...) que creyeran que no hay en el mundo otra luz que la lámpara cuyo débil resplandor basta apenas a dirigir sus pasos. Miremos un hermoso cuadro y cubrámoslo de manera que no percibamos más que una pequeña parte. ¿Qué veremos, mirándolo atentamente y lo más cerca posible? Una masa confusa de colores arrojados allí, sin gusto y sin arte; pero, si quitándole la cubierta lo contemplamos desde un punto de vista conveniente, observaremos que lo que parecía echado por casualidad sobre la tela, ha sido ejecutado con el arte más exquisito por el autor de la obra... Respecto sobre todo, a las aflicciones de las gentes honradas, puede tenerse por cierto que resulta para ellas un bien mayor; y esto es verdadero física y teológicamente. El grano arrojado a la tierra padece antes de producir el fruto. Y puede afirmarse que las aflicciones, temporalmente, malas, son buenas por el resultado, son atajos que conducen más pronto a la perfección. Lo mismo en Física, los líquidos que fermentan lentamente tardan mayor tiempo en mejorar; mientras que los que experimentan más agitación arrojan ciertas partes con más fuerza y se corrigen más pronto. Podría decirse que es retroceder para saltar mejor..."

Acaso nadie en los tiempos modernos ha lamentado más líricamente que Lamartine, al comentar el libro de Job, la desven-

tura que persigue y atormenta sin cesar a todos los que han recibido el don fatal de la existencia. Cuán lúgubrememente diseña y presenta el poeta el cuadro desesperante de la vida humana: cadena no interrumpida de dolores que une y enlaza la cuna al sepulcro, y con la cual nos aprisiona un destino cruel, cuyos rigores ninguno puede aplacar ni rehuir. Tan vehemente y blasfematorio pesimismo halla eco en todos los corazones, conmueve y amarga a las almas más engañadas con la aparente felicidad que las halaga; pero sobreviene la serenidad y la reflexión, resuena a nuestro oído la poderosa y convincente palabra de la Filosofía, y tornamos a contemplar la vida como beneficio inmenso, por más que las espinas desgarran nuestras plantas en todo el camino, por más que no hailemos sino hiel y vinagre con que apagar la sed en los ardientes desiertos que atravesamos hasta topar con la muerte.

¿Por qué nos asedia la desgracia desde el primero hasta el último instante de la vida? ¿Por qué hallamos siempre siquiera una gota de hiel hasta en los goces que más nobles y puros juzgamos? ¿Por qué se agostan todas nuestras esperanzas, se hielan todas nuestras sonrisas, se disipan nuestras ilusiones y se ven burlados y encarnecidos nuestros mejores sentimientos? ¿Por qué triunfan el vicio y el crimen obre la virtud y la justicia, víctimas que el infortunio elige y martiriza con la más odiosa e inexplicable preferencia? ¿Por qué la muerte nos hiere a traición, y casi siempre en la hora más luminosa de la vida, en medio de nuestros más preciados triunfos, cuando el porvenir nos embriaga con sus más seductoras promesas, hasta en los momentos en que el amor nos corona de rosas y mirtos; convirtiendo así en cruel ironía, la felicidad que se nos escapa, de entre los brazos, como ahuyentada por la súbita presencia del sepulturero? ¿Por qué esta felonía de la muerte? La Filosofía y las religiones han pretendido aclarar estos misterios, más o menos satisfactoriamente; pero, a decir verdad, aún la luz no ha brillado por completo; aún nos preguntamos, llenos de angustia y a cada paso, el por qué de las humanas desventuras. El materialismo y la escuela pesimista, lejos de aportar un rayo de claridad, han venido a entenebrececer más y más el terrible problema; lejos de procurar un consuelo a la humanidad gimiente, la han privado de todo alivio y sumídola en la desesperación más horrorosa. Negar a Dios, o hacerlo inaccesible a la clemencia, sordo al ruego de las criaturas, ha sido matar toda esperanza y reconocer el dominio ab-

soluto de la fatalidad inmisericorde y ciega. ¿Hay algo más impío y cruel que despojamos hasta de la posibilidad de hallar un apoyo divino, un auxiliar poderoso en nuestra lucha eterna con el infortunio; y, precisamente, cuando agotadas ya las fuerzas y sangrando por mil heridas, convencidos dolorosamente de nuestra impotencia contra tan despiadado enemigo, volvemos los anhelantes ojos al cielo, en busca de un protector que nos sostenga? ¿Hay algo más criminal y monstruoso que contestar al gemido desgarrador de la especie humana, al sollozo convulsivo de las multitudes agobiadas y desfallecientes, que nuestro único lote en el Universo son las lágrimas y la angustia sempiterna, sin otro término ni alivio que la muerte, es decir, el pavoroso abismo de la nada? La falsa ciencia ha sembrado el horror en las conciencias y aumentado hasta lo sumo la amargura y el desconsuelo de los desgraciados.

Las religiones tampoco han descifrado el divino enigma; por que, al tratar de hacerlo, han revestido a los dioses con nuestras propias pasiones y debilidades, los han hecho iracundos, vengativos, crueles, implacables en el castigo, perseguidores del pecador, no sólo por sus personales faltas, sino también por las de sus antepasados, en las que no pudieron tener parte alguna. Por este modo, no embargante mostrarnos el cielo como origen y causa de cuanto en la tierra sucede, las diversas teologías de tal suerte han bastardeado las ideas de justicia y misericordia, que las han confundido lamentablemente con la crueldad y la tiranía llevadas a un grado infinito. Así, en lugar del amoroso Padre que busca el hombre en las regiones sobrenaturales, no han podido ofrecerle sino un déspota divino, para quien tienen olor de incienso y valor de adoración el llanto y la sangre, los gemidos y los estertores del dolor, la desesperación y el martirio sin fin de sus criaturas. En lugar del anhelado apoyo y divino protector, sólo se nos presentan divinidades caprichosas y suspicaces, muchas veces injustas y ciegas, siempre interesadas, furibundas, implacables, que levantan el pedestal de su gloria sobre el castigo eterno e inmisericorde, sobre el padecimiento sin fin ni remate de criaturas que, según el sentir del Patriarca de Hus, habrían estado mejor en el regaso de la nada.

Colocados frente a frente del gran enigma, cada cual ha querido descifrarlo a su manera y según sus propias preocupaciones y aún conveniencias; y la confusión sagrada ha venido complicándose y oscureciéndose, día por día, en proporción al número de

teogonías y creencias religiosas, así como de los sistemas filosóficos que han inventado los hombres desde que se propusieron investigar la verdad. "Sin embargo —dice Damirón— no hay sobre este punto sino dos opiniones razonables; porque aquella materialista, de una fuerza ciega que hace sufrir sin saberlo, o de una fuerza cruel que hace sufrir por hacer sufrir, ni resiste al examen, ni explica ni resuelve nada. De las dos opiniones de que hablo —que a lo menos admiten una providencia— la una concibe el dolor como una especie de expiación, como pena de una vida anterior, o de un pecado original transmitido de padres a hijos, desde el primer hombre hasta el último: hipótesis de una culpabilidad de la que ningún recuerdo nos queda, o de una falta que es de nacimiento y no un hecho de la voluntad (...) La segunda opinión... considera las aflicciones como expiatorias y penales, a condición de que ellas se refieran a un delito determinado, cuyo autor sea conocido y legítimamente responsable (...) Pero muchas veces, acaso no son castigos, sino preparaciones y pruebas; y nos parece que en esto aventaja esta opinión a la primera. De una parte reconoce la expiación y el castigo, cuando ha de tener aplicación la justicia por una falta cometida; y por otra, establece que hay para el hombre, en los males que lo afligen, educación y advertencia, excitación por el dolor al trabajo y a la virtud".

Nada puedo agregar a los razonamientos de estos grandes pensadores; y menos aún atendiendo a que estos pareceres estriban en una filosofía que el materialismo rechaza, como ideal y abstracta. Pero las pruebas aducidas —las que he tomado de la misma fuente materialista —demuestran que en el reino de la naturaleza, todo está medido y calculado, todo se inclina y obedece a una ley, a una conveniencia general, a un fin determinado por su respectiva causa; todo tiende a la unidad y a la armonía, a la perfección y al orden; toda deformidad oculta una belleza; todo dolor engendra una alegría; todo sepulcro genera la vida, inmortal, infinita, que llena y anima los ámbitos del Universo.

*
* *

Viniendo ahora a los caracteres inherentes y propios de las criaturas, no podemos concebir que ellas sean de naturaleza diametral-

mente opuesta a sus respectivas causas creadoras; o en otros términos, no podemos comprender cómo el orden ha resultado por obra del caos; la armonía por el mero poder de la confusión y el antagonismo de los elementos cósmicos; la vida, por la gestación paradógica de lo insensible e inerte; la inteligencia, por la actividad inconsciente de las neuronas del cerebro; la libertad, por la virtud exclusiva de fuerzas ciegas y fatalmente aprisionadoras; en fin, el espíritu, por puras combinaciones y reacciones de la materia. Si de la nada, nada se hace, según los principios materialistas, es evidente que, por ejemplo, no se puede sacar la conciencia de donde no existe nada espiritual, nada que se dé cuenta de sus operaciones psíquicas internas, nada que conozca y avalúe su propio pensamiento. ¿Cómo puede Büchner conceder al hombre una conciencia, habiendo negado en lo absoluto todo orden extramaterial, toda posibilidad de que exista el espíritu?

"Creemos que las causas contienen todo lo que existe en el efecto —dice con razón Hamilton—; y que el efecto no encierra nada que no estuviera contenido en las mismas causas. Una sal neutra es efecto de la combinación de un ácido y de un álcali. No podemos concebir que en esta combinación haya sido añadida una nueva sustancia, como tampoco que se hubiera suprimido alguna. La pólvora es efecto de una mezcla de azufre, carbón y nitro; y estas tres sustancias son también efectos, resultados de constituyentes más simples, cuya existencia se conoce o se puede concebir. En esta serie de combinaciones no podemos imaginar que comience a existir cosa alguna. Y nos vemos obligados a admitir que la pólvora contiene la misma cantidad de existencias que tenía antes de la combinación de sus constituyentes elementales (...) La diversidad y oposición de naturaleza entre el efecto y la causa, son de todo en todo imposibles: jamás causas materiales pueden producir efectos inmateriales; ni fuerzas necesarias, voluntades libres e inteligentes; puesto que, si las combinaciones de la materia producen compuestos de formas variadas, no originan sustancias diferentes de los elementos que constituyen aquellas composiciones necesarias o fortuitas.

Por otra parte, si la Fuerza y la Materia son capaces de producir seres de naturaleza distinta de la suya, ¿por qué no han sido creadas desde el principio, la inteligencia y la voluntad libre, tales

cuales la humanidad las posee? ¿Cómo puede explicarse la inercia de esa facultad creadora por necesidad, hasta el apareamiento del hombre en una edad que llamaremos reciente? ¿Y quién pudo determinarla a salir de su reposo incomprensible para dar comienzo a su actividad infinita, apenas en el período plioceno, o según la opinión general, en la época cuaternaria? ¿Por qué esta manera de crear la inteligencia y la voluntad, en un momento preciso, como calculadamente elegido, y no antes ni después de creadas las escalas inferiores de los seres?

Si fue la concurrencia de circunstancias favorables, es decir, la casualidad que las reuniera, la que dotó al hombre de ventajas no otorgadas a los demás animales, tendríamos que convenir en que el azar es más poderoso que la Materia infinita; puesto que únicamente su colaboración ha sido causa de modificaciones tan trascendentales en las obras de las fuerzas creadoras, que el materialismo dice fatales, inmutables, todopoderosas, y cuyo reposo es inconcebible. Si fue otra causa superior y consciente la que despertó esas fuerzas materiales, sucedería, que no son eternas, inmutables ni omnipotentes, como se afirma; ya que obedecieron a una fuerza mayor y salieron de su letargo, pasaron del reposo a la actividad, y comenzaron verdaderamente a manifestar su existencia y su poder.

Y lo que decimos de las inmateriales facultades del hombre, es también aplicable al progresivo desarrollo del Universo visible, como ya lo he dicho: ¿cómo resolver tan insalvables dificultades? Büchner lo ha intentado; pero, lejos de conseguirlo, ha caído en una contradicción monstruosa, inexcusable en un sabio de tanta celebridad en el monismo. "Las sustancias no pueden existir sin la acción recíproca de las fuerzas que les son inherentes —dice—; y estas fuerzas no son más que modos diferentes del movimiento de la materia. Por eso ha existido eternamente el movimiento de la materia, como la materia misma. Indudablemente no podemos saber todavía por qué ha tomado la materia tal movimiento en tal tiempo; pero la ciencia no ha dicho su última palabra, y no es imposible que nos dé algún día la época del nacimiento de los globos..."

He ahí el saber materialista: su prueba suprema, a pesar de sus alardes de empirismo, es una mera hipótesis, destituida de to-

do fundamento; su explicación científica, una lamentable confusión de las nociones de la eternidad y el tiempo; su puerta de escape, una contradicción palmaria, una confesión que echa por tierra toda la doctrina con tanto calor sustentada.

Si el movimiento de la materia es eterno, ¿cómo ha podido comenzar en un **tiempo dado**; puesto que, según Büchner, sólo nos es todavía desconocido aquel punto inicial de la actividad creadora que se dice propia de la materia? Y si esta potencia productora es inmutable, ¿cómo se concibe ese tránsito de la inacción total, del reposo absoluto a la omnipotente y continua labor que se le atribuye? ¿Y cómo puede esperar Büchner que la ciencia futura despeje esta incógnita formidable y nos dé la clave conciliadora de semejantes colosales absurdos?

La materia es increada, inmutable, necesaria, absoluta e indestructible, según la teoría monista; y, no obstante, llegará un día en que todo cuanto existe será absorbido por la nada, en que perezca el mundo sin dejar rastro ni vestigio alguno. "La Física ha calculado —dice Büchner— que así como hubo un tiempo en que no había en la tierra vida orgánica, **será preciso que llegue otro tiempo, indudablemente en un porvenir infinito e incommensurable, en que las fuerzas físicas que hoy existen, se aniquilarán, y todos los seres animados volverán a quedar sumergidos en las tinieblas y la muerte**".

Mas, como las fuerzas que deben aniquilarse, son la misma materia en movimiento —ya que no puede concebirse lo uno sin lo otro, recíprocamente, conforme a la misma doctrina materialista —resulta que la anunciada destrucción se refiere a la materia, al Cosmos, al dios-naturaleza. No puede existir Materia sin Fuerza, ni Fuerza sin Materia: tal es el axioma fundamental de la escuela unitaria; de consiguiente, aniquiladas las fuerzas que hoy animan, sostienen y transforman el Universo orgánico, según la profecía del célebre médico alemán referido, por necesidad ha de aniquilarse también la materia, ha de volver todo al caos, a la nada primitiva. Pero, ¿cómo puede perecer lo increado, lo que es infinito, lo que es necesario y absoluto? ¿Cómo puede el universo tornar a la nada, si la nada es una palabra sin sentido, la mera negación del ser, esto es, de la naturaleza misma?

Büchner no lo resuelve, y se contenta con aplazar tan terrible catástrofe para un tiempo remotísimo, después de un período infinito e inconmensurable. Más adelante entraremos en el examen de la teoría de lo infinito, lo eterno y lo absoluto; pero en este lugar no puedo menos de hacer esta pregunta: ¿cómo concebir un plazo infinito y cuyo término ha de llegar a la postre, por largo que supongamos el número de siglos que hayan de transcurrir hasta la hora del cataclismo? ¿Cómo es posible comprender esta conjunción de ideas contrapuestas, que se repelen y destruyen recíprocamente, sin que haya medio alguno de conciliarlas? De consiguiente, el **infinito** de que nos habla Büchner, es simplemente un término metafórico, cuyo sentido no se ha querido precisar, acaso para disminuir el valor de una confesión que destruye la doctrina unitaria. Correrán los siglos, en miríadas de miríadas de años; pero al cabo sonará el fatal momento de la catástrofe final, del aniquilamiento de esas fuerzas vivificadoras de la naturaleza, y la muerte y la nada, esto es, la absoluta negación, establecerán su incomprensible imperio en las tinieblas y el vacío...

Luego la materia no es indestructible y eterna; porque, si algo está sujeto a un futuro aniquilamiento, el dios—naturaleza ha de quedar descabalado algún día; y esa fuerza mutiladora, direlo así, de la divinidad materialista, tiene de ser necesariamente superior a ella, extraña a ella, y constituir un límite a su inconmensurabilidad, indivisibilidad y omnipotencia.

Volveré a tratar todavía del materialismo, y en especial del sistema haeckeliano, al hablar del principio de la vida, de la condición del hombre, en relación con la moral y los trascendentales destinos del alma.

*
* *

En el estudio y la meditación de estos arcanos del Universo—que abisman y humillan nuestro orgullo— está la fuente de la revelación divina, la verdadera y única que todos recibimos de la Suprema Causa, cuya bondad no ha podido abandonar a las criaturas en la eterna duda, ni dejarlas sin guía en las atormentadoras

incertidumbres del espíritu. Las mismas grandes conquistas de la Ciencia moderna nos arrastran al dualismo; porque abrir los ojos y contemplar los prodigios del Universo, así en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño, es atender las confidencias del mismo Dios, recibir el Santo Espíritu y aprender la verdad, por cuanto no hay ser que no lleve indeleble y luminosamente impresas las huellas de la Omnipotencia, y sea a modo de antorcha que comunica y difunde la claridad de la revelación. La naturaleza se levanta y contradice majestuosa las impías y absurdas afirmaciones del monismo; y nos muestra en todas partes la inteligencia y la sabiduría, el orden armónico y la estabilidad conveniente, la previsión y la economía, la grandiosidad y la belleza, la unidad en la variedad, el desenvolvimiento progresivo conforme a un plan perfeccionador y constante, en fin, el enlace íntimo de todo cuanto existe, por una serie de causas y efectos no interrumpida, como leyes y factores de la creación. ¿Hacia dónde podríamos dirigir la mirada sin que se nos ofreciesen las más numerosas, palpables y elocuentes pruebas de una Suprema Inteligencia, gobernadora y causa del Universo? La bellísima expresión de **Cosmos**—dice Humboldt—significa orden en el Universo, y magnificencia en el orden; de suerte que el nombre mismo que damos al conjunto de las cosas que existen, se basa en la noción de una causa ordenadora del mundo, que no pueden ser la materia inerte y la ciega casualidad.

El rey salmista invocó ya la hermosura y esplendor de los cielos, como testimonio de la gloria de Jehová; pero, a pesar de su lírica inspiración, no llegó a traducir con exactitud el sublime lenguaje de las estrellas, ni supo expresar cual corresponde, ese profundo convencimiento que, de la divina omnipotencia, produce en el hombre la contemplación del universo sideral. David no conocía, no sospechaba siquiera la inconmensurabilidad de los cielos; y en sus cánticos los reducía apenas a una regia tienda, tachonada de maravillosos luminares. No tenía idea alguna del espacio infinito en que se difunde la vida en círculos sin número, cuyo centro está en todas partes, y la circunferencia en ninguna, como dice un filósofo poeta. ¿Qué mucho, pues, que el cantor de Sión no hubiera podido dilatar el vuelo más allá de las exiguas dimensiones del firmamento que los hebreos conocían? “La tierra ha desaparecido en la sombra —dice Juan Reynaud— y no vemos nada en torno nuestro, sino las lumbreras del firmamento. Los poetas nos hablan

del manto que la noche arroja sobre el cielo: ¿no sería más propio decir que levanta ese velo con que la región celeste permanece cubierta durante el día? Si el sol nos falta, mirad otros que se nos presentan por millares para reemplazarlo; y mientras más retirados estén, allá en las profundidades del espacio, de mayor grandeza se reviste su perspectiva. Tanto esa majestuosa multitud de mundos aventaja al mezquino globo que habitamos en este momento, que el cielo de la noche me parece superior al cielo del día".

Si, la noche estrellada es la que nos habla del Infinito con voz más persuasiva y elocuente; la que nos lo muestra de manera indudable y en toda su majestad; la que nos obliga a vencer todo escepticismo y doblar la rodilla y adorar al Ser de los seres que se digna revelarse tan claramente a nuestro espíritu con la grandeza y excelcitud de sus obras. Nadie, nadie puede persistir en la impía duda, después de contemplar la bóveda celeste, poblada de innumerables mundos que ruedan fulgurantes y silenciosos, en órbitas invariables y precisas, con movimientos tan ordenados y armónicos, que jamás se ve quebrantada una sola de las leyes sapientísimas de la mecánica sideral; de esas leyes que no han podido ser impuestas sino por una voluntad infinita y omnipotente, capaz de construir y regir la grandiosa máquina del universo celeste. Para hallar a Dios en sus obras, nada mejor que dirigir la mirada al firmamento esmaltado con las antorchas siderales; pero es menester salvar con el pensamiento las inconmensurables distancias que nos separan de esa multitud de soles y constelaciones planetarias que brillan misteriosamente sobre nuestras cabezas; es menester acercarnos con el espíritu a esos admirables y espléndidos focos de luz con que el Criador se ha complacido en escribir su augusto nombre en la azulada inmensidad del espacio; es menester darnos cuenta, por imperfecta que sea, de lo que es en realidad el Cosmos, es decir, de la magnitud y sublimidad de las manifestaciones de la Omnipotencia.

"Nuestro sol —dice Figuiet, el sabio y célebre popularizador de las ciencias— con todo su séquito de planetas, satélites, asteroides y cometas, a quienes arrastra con él, a través del espacio, cubriéndolos con sus rayos vivificadores, lo mismo que un padre conduce a su familia, amparándola bajo su bienhechora protección, no es

más que un pequeño rincón del universo (...) Nuestro mundo solar no es único; no es más que un miembro de una familia inmensa, la familia de los mundos estelarios; los que son semejantes a nuestro mundo solar por la disposición y movimiento de los astros que los constituyen. El universo se compone de todos esos mundos.... Mientras un solo astro central rige nuestro sistema solar, hay sistemas estelarios que están gobernados por dos, por tres y aun por cuatro soles (...) Pero soles que ofrecen una particularidad maravillosa, que consiste en que uno de ellos es blanco como el nuestro, al paso que los otros tres presentan cierto color rojo, azul, amarillo o verde... En esos mundos iluminados por esos soles azules, rojos, amarillos y verdes, debe presentar la luz efectos tan extraños, que apenas pudiera reproducirlos el arte pictórico, o mejor aún, efectos de que no podemos formarnos la menor idea (...) Imaginémonos, sin embargo, ciertos planetas alumbrados durante el mismo día por dos soles, que van uno en pos de otro, y son de distinto color. Es medio día, y un sol azul derrama sobre el planeta torrentes de luz afil. Todas las partes iluminadas por el esplendoroso astro, tienen un tinte azulado y resplandeciente; las partes no iluminadas son de un color azul oscuro, y las medias tintas, de un azul intermedio. Las nubes, las aguas, la vegetación, participan de este matiz general. Y, a causa de la débil iluminación del cielo, continúan viéndose las estrellas. Mas, en tanto que este sol descende por un lado, aparece en el horizonte opuesto, un nuevo sol rojo, cuya aurora se anuncia con vistosos reflejos purpúreos. Los fulgores del nuevo astro aumentan progresivamente, y parece que en el oriente estalla un voraz incendio. Mientras hacia este lado la coloración purpúrea va extendiéndose cada vez más por el cielo, acumúlense por el otro los rayos azules y coloran con reflejos del mismo matiz las sinuosidades del horizonte. Qué contraste tan grandioso entre esas dos iluminaciones de los dos lados del cielo. Y durante este intervalo, qué combinaciones tan extraordinarias no debe producir en la parte media de ese cielo, la fusión de esas dos luces de tan opuestas tintas... Se comprenden las brillantes y hermosas alternativas a que deben dar lugar dos soles, amarillo el uno, y el otro verde, iluminando sucesivamente el mismo suelo. La mezcla de luz verde y roja, o azul y amarilla, que en determinados momentos se realiza, debe producir los más sorprendentes efectos de iluminación. ¡Oh!, Naturaleza, qué maravillosos aspectos, qué perspectivas tan sublimes ofreces en esos mundos superiores!..."

"Hablaré primeramente de las espantosas distancias que separan a las estrellas de la tierra; y las cifras harán ver que por esta parte caemos verdaderamente en el infinito (...) Ante todo, es preciso saber que, si para expresar las distancias de las estrellas empleáramos la unidad ordinaria, es decir, la legua de cuatro kilómetros, las cifras que sería necesario escribir, traspasarían todos los límites y no tendrían ninguna significación útil, por su misma excesiva magnitud. Para expresar tales distancias, los astrónomos emplean una unidad de longitud inmensa (...) la distancia de la tierra al sol, o sea, la longitud del radio de la órbita casi circular que la tierra describe al rededor del sol. La distancia de aquella a éste, es de treinta y ocho millones de leguas... Una bala de cañón de doce kilogramos de peso, lanzada por una carga de seis kilogramos de pólvora, con una velocidad uniforme de quinientos metros por segundo, tardaría diez años en llegar de la tierra al sol (...)"

"Para proceder por gradaciones aproximadas y sucesivas, empezaré por las estrellas que están más cerca de nuestro globo. Una de estas es la constelación del Cisne. La distancia que la separa de la tierra asciende a 551.000 veces nuestra unidad de medida (...) Si quisiéramos representarnos esta distancia por el tiempo que su luz invierte en recorrerla, suponiendo que atravesase el espacio a razón de 77.000 leguas por segundo, como la de nuestro sol, emplearía nueve años y medio en llegar hasta nosotros (...) La estrella **alfa** de Lira está apartada de la tierra 1.330.000 veces la distancia de nuestro planeta al sol... la luz de **alfa** del Cochero invierte 72 años en llegar a la tierra (...)"

Y cuando se intenta contar esas multitudes de soles que salpican la bóveda de los cielos, como las gotas del rocío salpican la yerba de las praderas, adviértese que, a medida que se va aventurando en las profundidades del espacio, se hace cada vez más difícil enumerarlas. Si se continúa penetrando en esos negros abismos, obsérvase que los soles están apiñados de tal modo, que es necesario renunciar a la empresa, decididamente imposible (...) Es forzoso dejar que esa polvareda de soles, que ese arenal de mundos, se pierda en la tenebrosa vaguedad del espacio infinito (...)"

"La longitud de la vía Láctea es de 700 a 800 veces la distancia de Sirio al sol, la cual equivale a 1.373,000 veces la distancia de la

tierra a nuestro astro central (...) Herschel dedujo que esta inmensa nebulosa debe contar más de dieciocho millones de soles (...) Si queremos representarnos esta longitud por el tiempo que la luz invertiría en recorrerla, tendríamos que un rayo luminoso que partiera de una de sus extremidades a la otra, tardaría quince mil años (...) Y si quisiéramos saber a qué distancia debe ser transportada nuestra Vía Láctea para ofrecernos el aspecto de una nebulosa ordinaria, Arago nos respondería que a una distancia igual a 334 veces su longitud... A esa distancia la vía Láctea se vería desde la tierra bajo un ángulo de 10'; y su luz gastaría en recorrer dicha distancia, 334 veces quince mil años; es decir cinco millones de años (...)"

"Es sabido que estas distancias formidables que espantan nuestra imaginación, no son más que los resultados de las observaciones hechas con nuestros instrumentos; pero resultados de la observación que el pensamiento, puede aumentar, extender, añadir unos a otros sin cesar; a esos cinco millones de años de viaje podemos agregar en nuestra imaginación millares y millares de años, cuando nos decimos que los innumerables mundos que el telescopio nos revela, deben continuar más lejos aún, y siempre más y más lejos; a esas aglomeraciones de soles que podemos ver y medir, deben suceder otras y otras, sin fin ni tregua (...) y se comprende así que el universo es verdaderamente infinito."

He aquí un cuadro del cielo que me he permitido traducir, reduciéndolo a sus menores dimensiones, mediante la supresión de páginas enteras y numerosos detalles científicos e importantes, a fin de no cansar tal vez vuestra atención; y llevado del deseo de embellecer con descripción tan maestra mi pequeño y ligero estudio. Flammarion ha revestido los mismos cuadros con las más bellas y seductoras formas literarias; y Juan Reynaud, el filósofo y poeta de los espacios siderales, ha sacado de ellos uno como símbolo de fe religiosa para la razón humana, fe basada en la ciencia que jamás engaña, que no es ciega ni supersticiosa, que, como la de Jesús lleva por divisa el amor universal, y que por tanto, debe ser la única que se albergue en el alma de quienes cultivan la sabiduría.

La Astronomía moderna, al romper aquella estrechísima bóveda

vítrea —en que la Biblia encerraba al sol, la luna y las estrellas, destinándolas únicamente a iluminar la tierra— ha dilatado a nuestra vista el horizonte del universo hasta lo infinito; ha devuelto a los cielos la grandeza y majestad de que los antiguos conocimientos astronómicos les habían despojado; nos ha puesto en los caminos de la luz y conducidos a la presencia del Supremo Hacedor, cuyo poder fulgura y se manifiesta en todos los ámbitos de la estrellada esfera. Y el Dios revelado por el firmamento; ese Dios autor de las asombrosas leyes siderales y de la inconmensurabilidad de los espacios astrales; ese Dios que rige el movimiento, la renovación y la vida de los innumerables mundos que brotan de sus manos a la continua; el Dios de Copérnico y Galileo, de Kepler y Newton, de Herschel y Le Verrier, etc., no puede menos que satisfacer los anhelos de la inteligencia humana: la razón más rebelde se rinde ante él, porque es una evidencia científica; y termina por ofrecerle humilde el homenaje de la adoración debida. Los astrónomos son los más terribles adversarios del monismo; porque abren de par en par las puertas del cielo, y nos ponen en presencia de la Divinidad, como para convencernos de que realmente existe. Por un Laplace —que creía innecesaria la hipótesis de Dios para las demostraciones científicas— hay decenas y decenas de sabios astrónomos que son verdaderos propagandistas de la revelación, debida al universo estelar infinito.

Newton declarábase impotente para explicar la armonía de ese universo, sin la existencia de Dios: ese genio que sorprendió los más recónditos secretos de la naturaleza, que redujo a comprobados y matemáticamente positivos los principios que rigen los espacios estelares, que penetró con mirada audaz en el misterioso reino de lo inconmensurable y lo infinito, nada halló en él que pudiera permanecer en pie, sin el apoyo del ser de los seres. “A cada paso —dice— la Astronomía halla el límite de las causas físicas y, por consecuencia, las huellas de la acción de Dios. Si suponemos una infinidad de elementos materiales distribuidos en todas partes de un espacio sin límites, concedo que (a menos de una igualdad de repartición matemáticamente rigurosa y por tanto imposible) las mutuas atracciones de todas esas moléculas las llevarán a reunirse en diversos centros y acabarán por condensarse en masas de desiguales espesores, como las estrellas, los planetas y los satélites; pero es indudable que los actuales movimientos de los planetas no pueden

provenir de la sola acción de la gravedad; pues esa fuerza, impulsando a los planetas hacia el sol, necesita para emprender un movimiento de revolución al rededor de ese astro, que un brazo divino los lance sobre la tangente de sus órbitas. Además, puesto que los cometas descienden en nuestra región planetaria y se mueven de mil maneras, tanto en la misma dirección de los planetas, como en opuesta dirección, y algunas veces en direcciones que cortan las de los planetas, conforme a planos inclinados, o al plano de la eclíptica, y conforme a toda clase de ángulos, es evidente que no hay ninguna causa natural que haya podido determinar a todos los planetas y a todos los satélites a moverse en el mismo plano, sin ninguna variación considerable, y hay allí los vestigios de un consejo. Y lo mismo, ninguna causa natural ha podido dar a los planetas y a los satélites esos exactos grados de rapidez en relación precisa con sus distancias y en combinación con el sol y los demás centros de movimiento; y esos grados son necesarios para que los cuerpos celestes se muevan en sus órbitas concéntricas; pues si los planetas tuvieran un movimiento tan rápido como el de los cometas (lo que hubiera sucedido en el caso de que el movimiento no tuviese otra causa que la gravedad) no se moverían en órbitas concéntricas, sino en órbitas excéntricas como lo hacen éstos, etc.”

He aquí la voz de la sabiduría que mide, pesa y analiza con precisión matemática los globos del firmamento; que conoce la extensión asombrosa de las sendas que recorren los planetas y esos vagabundos viajeros del cielo que nos muestran de tarde en tarde, sus hermosas cabelleras de fuego; la sabiduría, digo, que se ha elevado por sobre la pequeñez y la miseria de la tierra para contemplar de cerca la creación infinita, y que, sintiéndose anonadada ante la sublime grandiosidad del universo, proclama a Dios como única explicación de los misterios que la abisman.

Newton no es un teólogo, no es un sacerdote empeñado en el triunfo y supremacía del altar que sirve, no es un espíritu dominado por prejuicios religiosos que tan poderosamente influyen en el común de los hombres; no, es el genio que levanta la cabeza, después de haber investigado, palpado, y hecho el análisis del Cosmos, para afirmar a la razón humana que nada puede descifrarse en las esferas planetarias, si se suprime la Divinidad.

Y los varones eminentes que piensan y enseñan lo mismo, forman legión: desde el *Coeli enarrant gloriam Dei* del salmista judío, hasta las brillantes y poéticas páginas de Reynaud, de Figuier y Flammarion, todos los que han estudiado el cielo, todos los que han seguido la marcha de los astros en sus misteriosos y dilatados caminos, todos los que han sorprendido los secretos y las leyes siderales, todos los que han recibido esas inefables confidencias de la noche estrellada, han visto escrita con luminas inmensos la respuesta de la Esfinge, la gran palabra que resuelve el enigma, la única posible explicación del Cosmos: Dios.

*
* *

Descendamos ahora a lo infinitamente pequeño: la misma inteligencia, la misma admirable previsión, las mismas armónicas proporciones y determinada finalidad, la misma variedad y belleza de formas, la misma grandiosa y sublime manifestación del poder infinito que en el universo sideral.

Esos animáculos que pueblan el aire, las aguas y aun los organismos superiores; esos vegetales que apenas distinguen el microscopio entre el humedecido polvo; todos esos seres diminutos, verdaderos átomos animados, que ocupan los escalones íntimos de la vida, no son **meros ensayos del poder de la naturaleza**, como vulgarmente se cree; sino obras maestras y acabadas en su género, obras en que están fulgurando la omnipotencia, la sabiduría y grandiosidad del eterno Constructor del Cosmos.

Ya he hablado ligeramente de los infusorios, gránulos gelatinosos tan diminutos, que por término medio alcanzan apenas a cinco décimos de milímetro. Y no embargante esta exigüidad, cuánto esmero y sapiencia en su estructura, cuánta perfección en ese corpúsculo destinado para ínfimo albergue de la vida. Esas **pestañas vibrátiles** de que está dotado el infusorio, son tan tenues, que un naturalista las compara a cristal hilado; y a pesar de ello, desempeñan triple función en la economía del animáculo: son a la vez, medios de locomoción, órganos respiratorios, y armas ofensivas y defensivas de las más terribles. En algunas especies, cada uno de esos cristalinos filamentos destila tal vez veneno, o produce una

descarga eléctrica; porque se ha observado que el contacto de tan diáfanos tentáculos produce la muerte súbita en dichos microscópicos seres.

Los infusorios son voraces; y su aparato digestivo, si hemos de creer a Ehrenberg, es sumamente perfecto. Viven pocas horas; pero se reproducen por millones, pues la naturaleza les ha concedido una asombrosa fecundidad y tres maneras diferentes de reproducirse. ¿Cuál el fin de tan extraño privilegio? Los infinitamente pequeños desempeñan un gran papel en el universo, son los colaboradores del Creador, si se me permite expresar así su excepcional importancia. Según el sentir de Pasteur, la tierra sería una aglomeración de cadáveres, sin el auxiliador concurso de los micro-organismos vivientes. Son, pues, los encargados del saneamiento del globo, los guardianes de la higiene mundial, los operarios de la descomposición de los organismos sin vida, los agentes de la transformación y renovación constante del universo, según los sabios planes del Creador.

Tan pequeños estos benéficos animalillos, que —tratando de las bacterias— han calculado los sabios que sería menester reunir cuarenta mil millones para llenar una media de un centímetro cúbico. En cada gramo de tierra que pisamos en nuestros campos, hay cuatro o cinco millones de estos microorganismos; pero su prodigiosa facultad de reproducirse suple la inverosímil pequeñez de su cuerpo, pues una sola bacteria puede generar en veinticuatro horas, al rededor de quince millones de esos fantásticos seres. ¿Inútiles esas miríadas de miríadas de bacterias? No todas son nocivas: y ya hemos visto que hay microorganismos encargados del saneamiento del globo; y otros cuidan de mantener la fertilidad de la tierra, absorbiendo y fijando en ella el nitrógeno, indispensable sustento para los vegetales. Suprimid esos geniecillos de la agricultura, esos invisibles vivificadores de las risueñas y verdes praderas, de los campos productores de alimentos para la vida animal, y habréis convertido nuestro planeta en árido desierto, sembrado de osamentas, amontonadas por el hambre destructora de toda especie viviente. “La primera lección que la naturaleza da al hombre —dice Edgar Quinet— es que lo infinitamente pequeño es igual, en poder, a lo infinitamente grande.” Aun desechando esta hipérbola, hemos de confesar que los microorganismos son factores de suma importancia en la economía vital del hombre y de los animales superiores.

Más todavía: son ellos los que han cooperado con la mayor eficacia, como después veremos, a la construcción de las islas, y los continentes; son ellos los que aún prosiguen la ciclópea labor de reforzar los cimientos de la tierra y levantar nuevas y nuevas moradas para la vida, con fatigas incesantes, en medio del silencio y del misterio, formando falanjes de miriadas de miriadas de trabajadores, siempre ocupados en la grandiosa tarea que llevan a cabo, generación tras generación, durante millares de siglos. Más adelante contemplaremos absortos los prodigios de los **zoófitos** y de los **litófitos**, y las colosales construcciones de los **foraminíferos**; nos extasiaremos ante la empresa de titanes encomendada a los **anmonites** y **trilobitas**, a las **madréporas** y a los **corales**, etc.; imperceptibles operarios que Dios emplea en los infinitos talleres de la naturaleza. ¿Inútiles, imperfectos, sin finalidad determinada, brotes del acaso y de ciegas combinaciones químicas, estos admirables ejecutores de las obras divinas?

Aun en los organismos más sencillos y simples está patente la sabiduría del artifice que los ha formado: nada falta en ellos, nada sobra, nada es sin objeto, a pesar de su aparente imperfección y simplicidad. Ahí está para ejemplo, la **Hidra viridis**, animalillo que ha sido la admiración y el asombro de los naturalistas, y que constituye una de las mayores pruebas de la sabia economía de la naturaleza. La hidra verde no ha recibido ninguno de los órganos de los demás animales: es simplemente un estómago en forma de tubo diminuto, cuyos extremos están guarnecidos de filamentos vibrátiles. ¿Cómo es posible que viva una criatura tan desprovista de las condiciones necesarias para la vida animal? ¿No han fallado en este desventurado ser la previsión y munificencia de la naturaleza? Oigamos cómo Figuiet contesta a estas interrogaciones.

"La hidra verde —dice le sabio naturalista citado— no tiene ni cerebro, ni sistema nervioso, ni corazón, ni anillos musculares, ni pulmón, ni hígado, y le han sido negados los órganos de la vista, del oído y del olfato. Sin embargo, estos animales obran como si estuvieran dotados de todos estos sentidos (...) Las hidras, privadas de vista, son sensibles a la luz... Aprecian los ruidos (...) Estos animales sin ojos, sin cerebro, sin nervios, acechan su presa, la reconocen, se apoderan de ella y la devoran. Jamás cometen un error, ni atacan a un enemigo que les puede abatir. Saben huir

del peligro que los amenaza y retirarse delante de un obstáculo (...) ¿Hay reflexión, deliberación, acción premeditada en estos seres ínfimos? La historia del pólipo de agua dulce arroja al espíritu en un abismo de asombro (...)"

Hé aquí la sabiduría y previsión de la naturaleza en una de sus obras más embrionarias y simples, en ese tubillo transparente y provisto de cualidades que admiramos sin poder explicarlas. Y ascendiendo en la misma escala de los pequeños seres, no podemos menos que llenarnos de pasmo ante las delicadas y perfectas organizaciones superiores a las de los infusorios; ante la variedad y belleza de las formas, la finura y relativo desarrollo de los instintos, la utilidad conocida ya de algunos animalículos, y hasta el propio misterio que rodea la existencia de otros, especialmente de aquellos que están colocados en los límites de los diversos reinos de la naturaleza, y que designamos con los nombres de **litófitos**, o animales —piedras; y de **zoófitos**, o animales— plantas; seres complejos que son todavía uno de los más abstrusos enigmas para la ciencia.

¿Quién podría describir las maravillas que encierra el seno de los mares, los tesoros sin cuento que la opulenta naturaleza ha concedido al mundo reptúnico, así como para compenazar la riqueza aglomerada en la creación terrestre, y la magnificencia y esplendor de la bóveda estrellada? Jamás la fantasía podrá llegar, ni en sus más hermosos y poéticos sueños, a pintar nada que se iguale a la realidad que se esconde bajo de las bramadoras olas del Océano, si hemos de juzgar por los pocos secretos que la ciencia ha podido sorprender hasta ahora en la profundidad de aquellos abismos. Desde el **Nectículo miliar** —ese átomo luminoso que mide apenas un quinto de milímetro, y que, sin embargo, produce la admirable fosforescencia de las olas— hasta los zoófitos de mayores dimensiones, los moluscos y los peces, todo es sorprendente, maravilloso, inenarrable en los dominios oceánicos. Arturo Mangin —en su hermoso libro **Les Mystères de L'Océan**— afirma que el abate Dictionnaire fué el primero que reconoció los zoófitos fosforescentes del mar; y que en el primer viaje científico de Dumont d'Urville, dos naturalistas de la expedición, Quoy y Gaimard, comprobaron la exactitud de este descubrimiento. "Examinaron con atención —dice— y reconocieron que esa fosforescencia era producida por zoófitos de una extrema pequeñez, pero que poseían un principio fosforescente tan

poderoso y difusible, que al nadar con rapidez y en zig-zag, dejaban detrás un largo rastro de luz."

Miremos ahora las **Actinias**, esas flores vivientes que hermocean con sus variadísimas formas y brillantes colores las praderas neptónicas; y que con toda exactitud se las ha denominado anémonas del mar. Son verdaderos vástagos carnosos, sobre los que se abren y ostentan flores de variados matices: rojas, purpúreas, blancas, azules, anaranjadas, violetas, amarillas, etc.; toda la esplendidez cromática que esmalta el ropaje de gala con que se nos muestra la naturaleza en sus primaverales fiestas. A veces, aquel animado vástago —adherido a modo de los vegetales, a la arena o las rocas marinas— se ramifica, extiende y alza, como si procurase salir a la superficie de las aguas; y forma un bellissimo y florido arbusto, la **actinia arborescente**, creación que se tomaría por fantástica, si la ciencia no la hubiera puesto a la vista de todos.

Y esas flores policromas que tanto admiramos, esos pétalos delicados y brillantes que tanto atraen y encantan la vista, no son sino los tentáculos de la actinia, situados en círculos concéntricos al rededor de la boca de tan voraz y carnívoros zoóntario; son, además, armas mortíferas y terribles para los animalículos que se ponen al alcance de ellas, y aun son peligrosas para el hombre que las toca. Esos pétalos multicolores destilan veneno corrosivo que inflama la mano y produce agudos dolores; por lo cual estos hermosos zoófitos se llaman también ortigas del mar.

¡Cuánta perfección y esplendidez en la estructura de estas anémonas vivientes y vistosas! Cuánta sabiduría y economía desplegadas por la naturaleza en la organización de estos animales-plantas! Qué misteriosas y no sospechadas metamorfosis, qué desconocidos prodigios no se realizan de seguro en estos ornamentos de las grutas y praderas submarinas! Y no se me acuse tal vez de visionario y fantástico; porque para justificar estas suposiciones basta citar la propiedad que las actinias poseen de reproducir fraccionándose a voluntad, y la de convertir aun las partes que por accidente se desprenden de su cuerpo, en nuevos individuos; de manera que se mantienen en continua renovación, en juventud eterna, sin que los años ni las más terribles mutilaciones signifiquen otra cosa para los referidos zoófitos, que la transformación y la prolongación de la vi-

da. Hogg descubrió esta maravillosa propiedad en la **Actinia clavel**; y luego el Abate Dicquemare se entretenía en fraccionar y cortar en todos sentidos las anémonas marinas, alegando que, lejos de causarles daño, las favorecía, comunicándoles una nueva existencia.

"Lo que verdaderamente compone la flora del Océano —dice Mangin— son los zoófitos, son los litófitos, que cubren las montañas y los valles de bosques de corales y madréporas, de gigantescos e inextricables ramajes; son las anémonas, las actinias, las maravillosas conchas que, por sus formas elegantes y sus brillantes colores, sirven a las praderas submarinas de igual ornamento que las flores abiertas a los rayos del sol y bajo el rocío de la mañana, en las campiñas terrestres." Ni faltan los vegetales gigantes, los fucos de longitud inverosímil, que los navegantes han tomado muchas veces por colosales serpientes, por monstruos guardianes del imperio de las aguas.

Mirad las **Medusas** —esas burbujas de jabón viviente, como las llama Figuiet—: qué asombrosa variedad de elegantes y caprichosas formas, qué suavidad y hermosura de matices, qué admirable estructura de esos gelatinosos y diáfanos animalillos que se balancean en las aguas de los golfos y bahías, cómo vagan sin rumbo en el azulado espacio, los girones de nubes que el sol poniente esmalta. Ahí están la **Rhizostoma** de Cuvier, la **Pelagia Noctícula**, la **Aurelia aurita**, la **Aequorea violácea**, etc., llevándose tras sí nuestros ojos, asombrados, atónitos, ante la infinita riqueza y hermosura de la creación.

Mirad la **Virgularia mirabilis**, esa como república de zoófitos que habitan una esbelta y afiligranada palma, color de oro bruñido; y cuyos perfiles y sinuosidades decoran y esmaltan los mismos animalículos que semejan diminutos diamantes. Mirad la **Oculina flabelliformis**, polípero arborescente y conocido con el nombre de coral blanco, cómo abre y extiende su ramaje en las profundidades submarinas, a la manera de un abanico de marfil cincelado, en el cual se albergan y viven millones de millones de invisibles obreros de la naturaleza.

Mirad la **Agalma rubra**, girón de tul escarlata bordado de perlas, que gira, se extiende, se arrolla y se desarrolla perezosamente y al vaivén de las olas; tribu errante de microseres que nos fascina

y revela la infinita variedad de formas con que la vida ha invadido todos los dominios del universo. Ahí está también otro ser casi fantástico y magnífico: la *Galeolaria aurantiaca*, especie de flecadura de oro que se va por los mares, formando mil y mil pliegues y figuras, y siempre flotante, a merced de dos campanas natatorias que la naturaleza ha colocado en los extremos de esta graciosa y vagabunda colonia de habitantes del Océano.

¿Cuándo acabaríamos de enumerar y admirar las bellezas vivientes que la ciencia ha logrado descubrir hasta hoy en el seno de los mares? Aunque tengamos que reducirnos a muy pocos ejemplos, hablaré todavía de otros seres luminosos que habitan sobre las olas, como los noctículos, de los que traté ya, de esos gránulos de gelatina que llevan dentro de sí un aparato eléctrico que encienden a voluntad para alumbrar la superficie del Océano. Tan diminuta esta antorcha viviente, que en diez centímetros cúbicos de agua se han contado hasta ocho mil focos luminosos; y tal la abundancia de estas colonias fosforescentes, que cubren zonas inmensas, alumbradas por tan pequeñísimos fanales. Pero los aventajan los *Pyrosomos*, otros pequeños luminares del abismo, a los que Figuiér describe de esta manera: "Por el modo como están dispuestas sus colonias, forman de continuo largos regueros de fuego. Mas —cosa singular— esta fosforescencia ofrece la particularidad de (...) que los colores varían instantáneamente y pasan con una prontitud asombrosa del rojo más intenso al matiz aurora, al anaranjado, al verde, al azul de cielo (...) Bibra, habiendo capturado seis *pyrosomos*, se sirvió de ellos para alumbrar su camarote. La luz producida por estos pequeños seres, era tan viva, que pudo leer a uno de sus amigos la descripción que había escrito de este porta-antorcha viviente."

La *cleodora lanceolata*, la *Aurelia fosfórica*, etc., son otros tantos admirables fanales del Océano: ¿quién ha colocado esos manantiales de luz en el cuerpo de tan ínfimos y diminutos animalillos, y de luz que se enciende y apaga, que cambia de intensidad y color, a voluntad del que la produce? ¿Quién ha fabricado esa delicada y perfecta lámpara incandescente, que ni el más hábil artifice humano podría imitar, ni ahora que la electricidad está esclavizada por el hombre? ¿El acaso, o las ciegas combinaciones y reacciones de la materia?

¿Y qué diremos del reino vegetal microscópico? ¡Oh, sería menester contemplar las encantadas florestas, las mágicas praderas, los inverosímiles jardines que se hallan en una sola manchita de moho de una pared ruinosa, u otro objeto expuesto a la humedad, para formarse idea de la grandeza y hermosura del mundo infinitamente pequeño! Bradley ha estudiado el desarrollo de esta vegetación de ensueño, y comunicádonos sus descubrimientos casi fantásticos. La simiente germina por ensalmo; las plantas adquieren toda su perfección y se cubren de bellas y variadas flores en **tres horas**, como al soplo de hadas invisibles. La vida, empero, dura cortísimo tiempo en este diminuto imperio del milagro y de la sorpresa: diríase que las ninfas que presiden la creación de tan extraordinarias maravillas, gustan de cambiar rápidamente de escenario, como para hacer gala de su poder incommensurable. Los encantados vegetales mueren, mas perdura el encanto: la semilla reemplaza en tres horas las flores muertas, en generaciones no interrumpidas, hasta que los rayos solares secan el moho y todo vuelve al polvo, como sucede con la belleza humana.

¿Quién puede sostener razonablemente que todo esto ha sido hecho por el azar y las inconscientes fuerzas de la materia, sin una inteligencia soberana y sabia que presidiese la creación del Universo? Repetiré las palabras del Vicario Saboyano de Rousseau: no podemos comprender ni explicar a Dios; pero lo vemos y sentimos en toda la naturaleza, dentro de nosotros mismos, y no podemos menos que confesarlo como verdad necesaria.

Hay quienes miran con desdén las testificaciones del microcosmos: nada sabemos con certeza, —dicen— de ese mundo invisible; porque el microscopio no es aún el medio más seguro de llegar hasta tocar la realidad. Es un delirio pretender demostrar con animalículos fantásticos un orden de causas superiores a la razón humana. Contestaré a estas objeciones con las profundas palabras de Maeterlinck: "Pequeñas verdades se nos dirá, las que nos ofrecen las costumbres de una araña o de una langosta. No hay verdades pequeñas; no hay más que una, cuyo espejo —a nuestros ojos inciertos— parece roto; pero cada fragmento del cual, tanto si refleja la evolución de un astro, como el vuelo de una abeja, contiene la Ley Suprema."

*
* *
*

Podemos ignorar todavía la utilidad de ciertos seres y fuerzas naturales, y hasta su misma existencia; podemos no alcanzar el por qué de algunos resultados, no siempre en armonía con nuestros deseos; podemos no explicarnos el enlace y encadenamiento de hechos determinados y conocidos; pero esta ignorancia —muy propia de la limitación intelectual del hombre, y de que aún no estamos sino en los primeros escalones del progreso científico— no puede aducirse como prueba concluyente contra la noción de las causas finales. No es lógico negar todo lo que no conocemos: ¿cuántas cosas ni sospechadas por nuestros antepasados, hemos venido a vislumbrar solamente desde ayer, como si dijéramos? ¿Cuántos son los secretos que la naturaleza guarda todavía, como galardón destinado al trabajo de los futuros sabios, como corona de un progreso que ha de realizarse en un tiempo remoto, y que no podemos ni imaginarlo siquiera?

Sirvan de ejemplo los Rayos X: invisibles al ojo humano, envueltos en misterio impenetrable, sin efecto alguno apreciable; ¿qué interés tenían para la vida ni para el universo, qué finalidad revelaban entre los fenómenos del Cosmos, antes que Roontgen lograra penetrar este enigma y revelarlo a la humanidad?

Cierto que el tubo de Ceissler era ya un maravilloso juguete científico muy conocido, en el cual —precipitándose la corriente eléctrica del ánodo al cátodo —producía las más hermosas y sorprendentes combinaciones de luz, muchas veces vivamente coloreadas, según la materia esparcida en átomos dentro del mencionado tubo; pero vino la ciencia y sacó de esa nadería un agente poderosísimo para el progreso humano, un auxiliar precioso para combatir el dolor y la muerte. La Cirugía y la Medicina en general, las artes y aun el comercio, han recibido ya inmensos beneficios del descubrimiento de Roontgen; y aún estamos al principio de estas liberales concesiones de la naturaleza por medio de los Rayos X. En los primeros días se pensó que estos Rayos serían útiles solamente a la fotografía, después se vió que reproducían el esqueleto de un ser viviente, sobre el papel sensibilizado; reproducción que podría tener un cirujano por guía seguro en sus operaciones. Más tarde,

el fluoroscopio de Edison dejaba a la vista el interior de las visceras humanas, y abría por lo mismo un ancho camino al médico para vencer más fácilmente las enfermedades; en fin, han puesto esos Rayos X de manifiesto los fraudes y falsificaciones, no sólo de las piedras preciosas, sino de los alimentos y otros objetos comerciales. ¿Puede decirse que son inútiles los dones de la naturaleza, únicamente porque no alcanzamos a conocerlos, o a comprender el fin con que nos han sido concedidos?

Y ese fluido maravilloso que ha cambiado la faz del mundo, transformándose en fuerza, en calor, en luz, en vehículo del pensamiento y factor principalísimo del progreso humano; ese fluido que decimos electricidad? Qué fue, quién lo conoció, de qué utilidad nos era, antes de que Galvani y Volta, Nicholson y Carlisle, Humphry Davy y Berzélius, Wollaston y Bunsen, etc., les abriesen camino a los inventores del telégrafo y del teléfono, de la luz incandescente y de la fuerza motriz, de la radiografía y todas las maravillas con que Edison, Marconi y otros genios nos están asombrando cada día?

Antes de que el hombre encadenara la electricidad y la pusiera a su servicio, el rayo no era sino el arma terrible de los dioses irridados; uno de los más grandes peligros y males para los seres vivientes, y por lo mismo, una de las mayores imperfecciones de la naturaleza; una como asechanza permanente de muerte, puesta en torno nuestro por la inclemencia y crueldad del destino inexorable que domina al universo. ¿Cuáles otras finalidades le atribuía el hombre a esa chispa de fuego formidable que serpea en el firmamento con voz atronadora y retumbante, hiere de súbito y carboniza y reduce a polvo a sus víctimas? La electricidad era, pues, un enemigo invencible y todopoderoso, una muestra de la iniquidad de la naturaleza o de la cruel fatalidad de las fuerzas de la materia: ¿dónde la sabiduría, dónde la previsión, dónde la inteligente bondad del hipotético creador del universo? Pero se rasgó el velo del misterio: Franklin desarmó a los dioses con el pararrayos; la Ciencia tomó posesión del imperio del relámpago, lo cargó de cadenas y convirtió al temible titán en humilde siervo. Y sólo hoy vemos la finalidad de la execrada chispa eléctrica; sólo hoy palpamos su prodigiosa utilidad, y bendecimos la mano bienhechora que creó ese fluido que es vida y luz, calor y fuerza, alas de fuego de las que

el progreso se sirve para acercarse más rápidamente a su cumbre. Cuántas cosas desechamos y maldecimos sólo porque no las conocemos bien, porque no se rompe todavía la crisálida que envuelve cada misterio de la creación?

¿Inútiles la larva que se arrastra por la yerba del campo, la luciérnaga que brilla fugaz en las sombras de la noche, los pólipos que se ocultan en el fondo de los mares, los microbios mismos que pueblan la atmósfera y la tierra? Interrogadle a la naturaleza, y ella os manifestará con elocuencia irrefragable, la inmensa utilidad de esos seres cuyo poder y significación nos empeñamos en desconocer: os contestará y mostrará que la oruga —plaga de los jardines— al fin y al cabo nos indemniza de todo perjuicio, pues, aparte de transformarse en brillante mariposa y embellecer los campos, contribuye a fecundizar eficazmente la tierra: os contestará y mostrará que la luciérnaga es una esfinge diminuta, en cuyo seno reposan secretos no sospechados todavía, ya que únicamente sabemos que su luz verdosa e intermitente produce iguales efectos que los Rayos Roontgen. ¿Dónde la inutilidad de los más insignificantes seres; dónde la labor ciega de la naturaleza, la falta absoluta de finalidad en el universo, que el materialismo proclama?

Causa asombro —decía el sabio naturalista Milne Edwards en la Sorbona— que ante testimonios tan irrechazables y numerosos, haya todavía quienes nos afirmen que todas las maravillas del universo no son sino productos de la casualidad, o efectos forzados de las propiedades de la materia, de la materia que es la sustancia de la madera y la piedra; que el instinto de la abeja, así como las más sublimes concepciones del genio humano, son meros resultados de la concurrencia de las mismas fuerzas físicas que producen la congelación de los líquidos, la combustión del carbón o la caída de los cuerpos...

Por otra parte, no es lógico deducir de las imperfecciones de la creación, la falta de una causa inteligente, ordenadora y divina, en el principio de las cosas; puesto que semejante raciocinio envuelve un colosal y palmario absurdo. "Se nos dirá que la creación no es perfecta —escribe Damiron—: es cierto; no lo es ni puede serlo. A menos de ser ella misma Dios, ha debido haber comenzado, y este es ya un defecto; y habiendo tenido principio, debe tener sus épocas y su lugar; debe ser finita y limitada por todos lados, en el

pensamiento cuando piensa, en el movimiento cuando se mueve; nada debe ser completo en ella, nada por sí y de modo absoluto, y estos son otros tantos defectos; pero todos ellos **necesarios**, porque hay imposibilidad de que lo creado sea igual a lo increado. No está ni en la razón, ni en la ley y esencia de las cosas, que el Ser Supremo haga su semejante, otro ser idéntico a él mismo, eterno, inmenso, infinito como él; que eleve al mundo a su propia altura, lo revista de sus atribuciones, le haga partícipe de su poder, lo divinice, en una palabra; es absurdo suponer que haya en Dios la capacidad de reproducirse en su obra, tal cual es en su sustancia, y dar toda su naturaleza a las innumerables existencias que salen de sus manos. El todopoderoso no es todopoderoso sino para el orden y la verdad; y no lo es para nada que sea contradictorio e imposible."

He aquí la doctrina de un filósofo que nada tiene de teólogo, que no milita bajo ninguna bandera religiosa, sino en las filas de los más desapasionados investigadores de la verdad; y que presenta la razón humana como un fanal divino suficiente para conducirnos a través de las tenebrosidades de la vida. El universo perfecto, sería, pues, infinito: sería como el mismo Dios. Y como no puede hacer dos infinitos, dos omnipotentes, dos seres absolutos iguales, la imperfección de la naturaleza, es necesaria, inherente a su condición de efecto, de cosa producida y mudable. De consiguiente, la objeción del materialismo, lejos de oscurecer y destruir la noción de la divinidad, no hace sino poner en claro la falsedad absoluta de un sistema filosófico que el universo contradice y rechaza.

Además, la imperfección de las cosas es meramente relativa: sólo la **nada**, la que no podemos concebir sino como la negación del ser, podría considerarse como la imperfección absoluta. La existencia, por sí misma, es una perfección; y el tránsito de la posibilidad al acto, constituye un positivo y verdadero perfeccionamiento. Por este modo, todo cuanto existe es bueno y bello de alguna manera y en determinada medida. El mejor de los seres, como dice Platón en el diálogo de Timeo, no pudo ni puede producir sino las obras más bellas y buenas. Es cierto que unas son más perfectas que otras tanto que la mayor y menor bondad y belleza de los seres compone la inmensa y complicada escala de la creación. Pero estos diversos y múltiples grados de perfección de las criaturas, existen

únicamente para la débil y limitada inteligencia del hombre, y de ninguna manera para la Bondad y Belleza supremas. Lo mejor y más acabado del universo, no deja de ser un efecto; y por lo mismo, dista infinitamente de la soberana Causa que lo ha producido. Está —direlo como Fenelón— a igual distancia de la perfección suprema, que el más imperfecto y desechado de los seres. Ante el infinito desaparece toda diferencia natural entre las cosas creadas; y no subsisten sino la bondad y belleza de que son capaces los seres finitos.

*
* *
*

Este somero y rápido estudio del Universo nos conduce natural y lógicamente al Dualismo, sistema filosófico que distingue, como ya lo dije, a Dios, de sus obras; a la causa del efecto; al espíritu de lo que es materia; y reconoce, por lo mismo, que todo ha salido de las manos del Ser por excelencia, principio creador y conservador de las cosas. Esta filosofía se pierde en la noche de los tiempos, y sería imposible señalar su origen, porque todos los hombres, desde que despertó la razón en ellos, han visto un poder supremo e infinito, como autor y gobernador de la naturaleza, de manera que la doctrina dualista precedió a la materialista, la cual surgió, como veremos después, de las dificultades relativas a la imposibilidad de una sucesión de actos de un Ser infinito y necesario, ni el más fugaz intervalo entre la volición creadora y el hecho mismo de la creación.

La teoría monista, aunque posterior y dimanada de la dualista, viene también de la antigüedad; y cuando se operó la gran reacción contra el idealismo filosófico, la escuela alemana no hizo sino apropiarse de las añejas doctrinas de la India, de Egipto y Grecia, y proclamar en voz alta la eternidad y divinidad de la Materia, la autocreación del Universo, en una palabra, la supresión de una primera causa inteligente y extraña a la naturaleza y todo ello lo presentó al mundo pensante, revistiéndolo con los ropajes de la novedad, como la más reciente y definitiva revelación de la Ciencia, como el dogma más irrefragable para la razón humana.

“Todas las bellas cosas que el materialismo nos enseña como concepciones nuevas —dice Jacolliot, en sus *Tradiciones Indoasiáticas*—

cas— no son otra cosa que la renovación disfrazada de viejos sistemas orientales, los que durante miles de años han formado parte de los misterios de los incidos, y que han dejado rastros en las pagodas de Ellora y de Elefanta, y en los templos de Menfis y de Efeso (...) Hace muchos años que el viejo Manú ha dicho: “El agua cae del cielo sobre la tierra, y de la lluvia nacen los vegetales y de los vegetales los animales (...) Por las partículas sutiles de materia, dotadas de fuerza de agregación y transformación, unidas a un principio de voluntad, han sido formados todos los seres de este mundo perecedero, emanado de lo que no puede perecer (...)”

El Djeinismo, especie de cartesianismo de la India, se trocó en secta religiosa maravillosamente extendida por las orillas del Ganges; y al fin terminó por propagar las mismas doctrinas rejuvenecidas en Alemania y Francia; y al leer los fragmentos que de esos escritos nos han transmitido los orientalistas, se cree tener a la mano los mismos libros de Büchner, de Molechott, de Hæckel, o cualquiera monista moderno. Véase lo que el mismo sabio orientalista Jacolliot dice al respecto, al exponer la doctrina de los djenistas en otra de sus obras, *Khrisna et le Christ*: “La materia es eterna e independiente de la divinidad; lo que existe al presente, ha existido siempre, y siempre existirá, conforme a las grandes leyes de sucesivas transformaciones. No solamente la materia es eterna, sino también el orden y la armonía que reinan en el universo, el movimiento fijo y uniforme de los astros, la separación de la luz de las tinieblas, la sucesión de las estaciones, la producción y reproducción de los vegetales y de los animales, la naturaleza y propiedades de los elementos, en una palabra, todos los objetos visibles son eternos, y subsistirán tales cuales han subsistido siempre (...) Kapila, célebre fundador de la filosofía *sankia*, desconoce formalmente la creación divina. Sostiene que no hay pruebas de la existencia de una causa espiritual que haya producido el universo; que esta causa no puede ser demostrada por los sentidos ni por el raciocinio; que los vegetales y los animales se han formado por las solas propiedades de la materia; y que todo lo que existe, es producto de combinaciones, modificaciones, transformaciones y perfeccionamientos naturales”. ¿Qué otros teorías enseñan los modernos materialistas? No tienen, pues, ni el mérito de la originalidad en sus errores.

El Dualismo es la creencia universal, originaria, constante e in-

variable, Examínense todas las teogonías, rastréese la fe primitiva de todos los pueblos, estúdiense todos los dogmas religiosos de la más remota antigüedad, consúltese la sabiduría de todas las épocas, y en todas partes hallaremos divinidades creadoras del mundo, colocadas por fuera y encima de la creación; divinidades que gobiernan sabia y soberanamente la naturaleza, la que obedece, sin resistencias ni rebeldías, la voluntad divina.

Pero, ¿cuándo, cómo, de qué fué formado el universo? ¿Qué había antes de que la Gran causa creadora diera existencia a la naturaleza? Este será el tema de mi próxima Conferencia.

II

¿Cuándo, cómo, de qué formó Dios el Universo? ¿Qué había antes de que el Creador diera existencia a la naturaleza? Ofreci daros respuesta a estas preguntas, y para hacerlo con mayor exactitud, me es indispensable precisar antes las nociones de Dios y de lo finito, de la creación y de la nada, de la eternidad y del tiempo; puesto que sentar el genuino sentido de los términos de la discusión, es simplificarla y facilitarla, excluyendo de ella toda tergiversación y oscuridad posibles. En mi anterior conferencia os manifesté que la finalidad que se observa en todas las obras de la naturaleza, aun en las infinitamente pequeñas, prueba la existencia de una causa inteligente en el Universo; pero; ¿cuál es esta causa, dónde está, cuáles son sus relaciones con las criaturas?

Me veo obligado a insistir en este tema, ya porque es la base fundamental de la teoría dualista; ya porque puede suceder que en ambos campos contendientes en materia de principios, hubiese unos pocos que no comprendieran derechamente mi doctrina. El distinguido y respetable auditorio debe hallarse penetrado de que no trato sino del concepto filosófico de la divinidad; pues el concepto religioso pertenece al santuario de la conciencia privada. No he pensado en dar lecciones de religión, combatiendo ni sosteniendo dogmas y creencias; sino en someteros teorías filosóficas y científicas, exponiéndoo el pro y el contra de cada cuestión, para que podáis formaros un criterio propio. Por otra parte, si la Verdad es una; y si la Fe, la Filosofía y la Ciencia, la buscan igualmente y la proclaman, no puede estar constantemente en desacuerdo; y es menester que la inteligencia humana procure hacer desaparecer divergencias y unir aquellos elementos de perfección y engrandecimiento de nuestra especie.

Liberal convencido y firme en mis ideas, no participo de ese vulgar afán de negar y combatir a todo trance la creencia ajena. El programa del verdadero liberalismo, del liberalismo doctrinario,

consiste en el más profundo respeto a la conciencia de todos los hombres, en la más absoluta tolerancia a todas las ideas sanas, en la libertad más irrestricta para la adopción y propaganda de toda doctrina racional y civilizadora. No comprendería el liberalismo, quien se erigiera en juez y tirano de las convicciones de otro; no comprendería el liberalismo, el que creyera que no puede pertenecer a esta escuela, sin negar todo principio acatado en la sociedad en que vive, sin luchar a brazo partido contra todo pensamiento de las escuelas adversas. Ni habría razón para afirmar que combatir la doctrina materialista es abjurar el liberalismo: por lo contrario, la teoría monista, al sentar por base la fatalidad más ciega en el Universo, suprime, destruye, aniquilia por completo la libertad, esa pereeminencia divina de que goza el hombre, y de la cual dimanar todos los sagrados derechos que el liberalismo sustenta. ¿Cómo fuera posible defender ningún principio liberal, dentro del fatalismo monista? ¿Ni cómo podríamos exigir que se respetase nuestro modo de pensar si no damos ejemplo de respeto a las ideas de nuestros conciudadanos?

Menos razón habría para que el fanatismo religioso levantase su bandera de discordia, con motivo de estas conferencias; por lo mismo que, lo repito, trato sólo de cuestiones filosóficas y científicas, que no de impugnaciones religiosas. Si hay errores en mis discursos, libre es cualquiera para refutarlos; pero razonadamente y, sobre todo, de manera digna del noble y elevado fin con que en este lugar nos hemos reunido. La verdad no se demuestra con la mentira, ni se defienden las creencias religiosas con la calumnia y el dicterio. El Ecuador ha dado ya pasos de gigante en su ascensión progresiva; y queda muy atrás el tiempo en que el fanatismo sustituyó el brasero y el sambenito de la edad media, con la difamación más inmoral y rastrera; ese tiempo en que se juzgaba lícito combatir con toda clase de armas, aun con cieno, pisoteando todo pudor y toda justicia, escarneciendo aun las mismas santas doctrinas de Jesucristo; esos tiempos en que se tenía por piadoso y meritorio el asesinar, por lo menos, moralmente al adversario. He asistido por más de cuarenta años a esta execrable lucha, en la que las pseudo-apologías de la religión eran sólo emanaciones mefíticas, propias para envenenar la conciencia pública, para enrojecer las mejillas de toda persona sensata y verdaderamente religiosa, para apartar a los pensadores cada vez más de esa misma fe que

se pretendía defender, en fin, para desacreditar por completo al país que tan infame literatura producía. Y esa labor bárbara y nefanda socavó más aprisa que las mismas ideas modernas, el viejo edificio que se vino a tierra y que es ya imposible restaurar; y más todavía, si el monaquismo desentierra las enmohecidas armas que tan insensatamente esgrimieron los apologistas de antaño.

Por lo que respecta a mi persona, envejecido en las más rudas contiendas con el fanatismo, ni tengo necesidad de defender mis convicciones liberales, ni me inmutan ya las acometidas de los que pretenden defender la religión. Pero, es la moral pública, es la honra del país, es la misma causa religiosa, es aun nuestra buena fama literaria, las que recibirían otra vez gravísimo daño con la resurrección de Pasquino.

Continuemos.

Para tratar del Dualismo nos es forzoso comenzar, lo repetiré, por la noción de Dios, sin cuya existencia nada se explicaría en el Universo. Los tratados de Teodicea os presentarán multitud de pruebas de la divina existencia; pero no quiero apoyarme sólo en la metafísica, ni echar mano de la Teología, y menos de creencia religiosa alguna. "La fe pura —dice Tiberghien— no es ya poderosa en el estado actual de la cultura humana; solamente la ciencia puede salvar a la humanidad y conducirla a su destino. Y la ciencia general, la ciencia de los principios que presiden al orden moral como el físico, es la Filosofía". Por esto voy a citar opiniones de los más grandes filósofos, dando preferencia a los derroadores del escolasticismo y de la teología medioevales, a los campeones del racionalismo y de la ciencia experimental y positiva. ¿Para qué añadir mis propios pensamientos a la doctrina de hombres que han honrado nuestra especie con sus luces, que han labrado el pedestal en que se yerguen hoy día la civilización y la grandeza del mundo?

Comenzaré por Voltaire, el padre del ateísmo moderno, como lo llaman algunos ortodoxos, acaso por no haberlo leído, o por sobra de intolerancia religiosa. ¿De dónde trae origen esta idea, la de Dios? —Del sentimiento y de la lógica natural —dice el citado escritor, en su *Diccionario Filosófico*;— lógica y sentimiento que

con la edad, se desarrollan hasta en los hombres más groseros. Presenciamos los asombrosos efectos de la naturaleza, las cosechas y las esterilidades, y días serenos y días de tormenta, beneficios y calamidades, y esto nos hizo presentir la idea de un Ser Poderoso (...). No tenemos noción perfecta de la Divinidad, sólo tenemos de ella sospechas, verosimilitudes, probabilidades; sólo conseguimos reunir un reducido número de incertidumbres. Toda obra que nos descubre medios y fin, nos anuncia al obrero; el universo, que se compone de muchos medios, de los que cada uno tiene su fin, descubre, pues, un obrero muy inteligente y muy poderoso. He aquí una probabilidad que se aproxima mucho a la certidumbre... Nuestro gran objeto, nuestro gran interés no debe consistir en argumentar como metafísicos, sino en calcular si es necesario para el bien común de los hombres admitir la existencia de un Dios remunerador y vengador, que nos sirva al mismo tiempo de freno y de consuelo... "He ahí cómo Voltaire deduce la existencia de Dios del principio de causalidad, de la contemplación de la naturaleza, donde todo está ligado a un fin; del desarrollo del sentimiento y la lógica inherentes al espíritu humano; y de la necesidad absoluta de creer en la Divinidad para el bienestar de nuestra especie. Guizot, al escribir la biografía del gran filósofo cita pruebas irrefutables de que sólo la ignorancia o la mala fe han podido acusarlo de ateísmo.

No hablaré de Juan Jacobo Rousseau —otro de los anatematizados por la ortodoxia— porque basta la **Profesión de fe del Vicario Saboyano**, para colocarlo entre los más convencidos creyentes de la Divinidad, causa de todas las cosas y sabio y benéfico gobernador del Universo, como os hice ver en mi pasada Conferencia.

Descartes, el fundador del criterio más apropiado a la investigación de la verdad, el que emancipó a la humana razón, dice: "Estando acostumbrado en las otras cosas a distinguir entre la esencia y la existencia, me persuado fácilmente de que la existencia puede separarse de la esencia de Dios; y así concibió a Dios como **no siendo actualmente**; pero, cuando pienso con más atención, hallo de manera indudable que la existencia no puede separarse de la esencia de Dios, como de la esencia de un triángulo rectilíneo no puede separarse la medida de sus tres ángulos iguales a dos rectos; como de la idea de una montaña, la de un valle; de suerte que repugna tanto concebir un Dios, esto es, un ser soberanamente perfecto, al

que falte la existencia, como una montaña que no tenga valle. De consiguiente, la noción misma de Dios, la idea común a todos los hombres, viene a ser una suprema irrefragable prueba de que el Ser Supremo existe". "Reflexionando sobre lo que dudaba —añade en otro lugar el filósofo citado— y, por consecuencia, que mi ser no era perfecto, puesto que veía claramente que era mayor perfección conocer que dudar, traté de investigar dónde había aprendido a pensar algo de más perfecto de lo que yo era; y conocí con toda evidencia que debía ser de alguna naturaleza más perfecta; ya que de los pensamientos que tenía de muchas cosas fuera de mí, como del cielo, etc., no tenía tanto interés en saber de dónde precedían, por razón de que nada observaba en ellas que me pareciese superior a mí, para creer que si eran verdaderas, dependían de mi naturaleza, en tanto que tiene alguna perfección; y si no lo eran, que las tenían de la nada, esto es, que estaban en mí, por mi imperfección. Pero no podía ser lo mismo respecto a la idea de un ser más perfecto que el mío; adquirirla de la nada, es cosa manifiestamente imposible; y como no puede admitirse que lo más perfecto sea consecuencia de lo menos perfecto, como de que la nada procede de algo, tampoco podía tenerla de mi mismo; de modo que sólo queda que estuviera puesta en mí por una naturaleza más perfecta que la mía, y aun que tuviese todas las perfecciones de las que yo podía tener alguna idea, esto es, para explicarme con una sola palabra, que fuese Dios". Descartes halla pruebas de la existencia de Dios en las mismas nociones de lo perfecto y de lo imperfecto, del principio de causalidad, del orden y armonía de la creación; y su testimonio es tanto más valioso, cuanto que su método filosófico fue el primer ariete aplicado a la metafísica teológica de la edad media.

Locke prueba también que Dios existe con la idea misma de su existencia; y termina afirmando que, a su juicio, no hay una verdad más cierta y evidente que la de las perfecciones invisibles de Dios; y que su poder eterno y su divinidad son visibles desde la creación del mundo, porque nos las dan a conocer sus obras. El mismo Hegel no ha podido prescindir de la noción de la divinidad en sus escritos; y, al hablar de las religiones, dice: "Los griegos que gozaban de tan alta civilización, no tuvieron conciencia de la verdadera universalidad, ni de Dios ni del hombre. Los dioses de los griegos eran fuerzas particulares del espíritu; y el Dios universal, el Dios de las naciones, fue desconocido para los atenienses (...)"

"La ley moral nos ha conducido a un problema práctico —dice Kant, en la **Crítica de la Razón Práctica**— que nos es prescrito únicamente por la razón pura, independiente de todo concurso de móviles sensibles, a saber, el problema de la perfección necesaria de la primera y principal parte del soberano bien, de la moralidad. Esta misma ley debe conducirnos (...) a la posibilidad del segundo elemento del soberano bien, o de un bienestar proporcionado a la moralidad, esto es, a la suposición de la existencia de una causa adecuada a este efecto, es decir, que debe postular la existencia de Dios, como condición necesaria a la posibilidad del soberano bien (objeto de nuestra voluntad, necesariamente ligado a la legislación moral de la razón pura) (...) Y en el problema práctico que nos prescribe la razón pura, es decir, en la persecución necesaria del soberano bien, este acuerdo es postulado como necesario: debemos procurar realizar el soberano bien (que, por consiguiente, debe ser posible). Luego la existencia de una causa de toda la naturaleza, distinta de la naturaleza misma, que sirve de principio a esta conformidad y acuerdo, es decir, a la justa armonía del bienestar y la moralidad, es también postulada. Pero esta causa suprema debe contener el principio de la conformidad y acuerdo de la naturaleza, no simplemente con una ley de la voluntad de los seres racionales, sino, con la representación de esta Ley, en tanto que hacen de ella el motivo supremo de su voluntad... El soberano bien no es, pues, posible en el mundo, sino en tanto que se admite una naturaleza suprema dotada de una causalidad, conforme a la intención moral... La causa suprema de la naturaleza, como condición del soberano bien, es un ser que es causa de la naturaleza en cuanto ineligencia y voluntad; por consiguiente, el autor de la naturaleza, es decir, Dios. Por tanto, el postulado de la posibilidad del soberano bien derivado, es al mismo tiempo el postulado de la realidad de un soberano bien primitivo, es decir, de la existencia de Dios".

Edgar Quinet —en **Le Génie des Religions**—, a pesar de la escuela a que pertenece, se expresa así: "Cada lugar de la naturaleza, cada momento de la duración que tenga su carácter propio, representa a la divinidad; de cada forma del mundo se eleva una revelación; de cada revelación una sociedad; de cada sociedad una voz en el coro universal: no hay un punto extraviado en el espacio o

en el tiempo, que no figure por algo en la revelación siempre creciente del Eterno (...). Así la idea del Dios revelado por el universo, es la base que la historia profana y la sagrada, la tradición, los monumentos, la señalan al edificio de la sociedad civil. Esta idea expresada, desfigurada, restaurada, variada bajo toda forma, es la causa permanente, la sustancia misma de la sociedad y la historia. Un pueblo es contado como algo, sólo el día en que se eleva al conocimiento de Dios."

Vacherot afirma lo mismo, en su tratado de **La Religión**; de manera que no es posible ni la sociedad humana sin la idea del Supremo ser. Y tan necesaria e indispensable esta base para la vida social, que aun el positivismo y el materialismo han conservado, por lo menos, una forma aparente de divinidad, como el único lazo de unión posible entre los hombres. Haeckel no deja de hablarnos de su dios-materia; y Comte ha convertido a la humanidad en Dios, para poder difundir su doctrina y hacerla viable.

Tiberghien, el famoso eclético que es gloria de Bélgica y de la filosofía moderna, se muestra admirado de que se pueda disputar todavía sobre la existencia de Dios. "Existe Dios? —Esta cuestión no puede ser suscitada sino por quien no se dé cuenta de lo que pregunta— dice en la **Teoría de lo Infinito** —¿Qué es, en efecto, lo infinito absoluto? Es lo infinito en todos los modos y en todas las relaciones, lo infinito que no está limitado a un género, ni relativo a otros infinitos en los cuales encuentre su límite; que, por consiguiente, no contiene ningún elemento finito, nada de privativo o de negativo. Lo infinito absoluto no es tal o cual infinito, sino lo infinito puro y simple, sin ninguna restricción... Si existiera alguna cosa de esencial fuera de él, no sería ya lo infinito absoluto, porque habría encontrado su límite. Ahora bien: ¿qué es lo que se hace al preguntar si el infinito absoluto existe? Distinguir entre el pensamiento del ser y su realidad; entre un sujeto y un objeto, un interior y un exterior. Esta cuestión puede suscitarse respecto de un ser finito relativo, porque está limitado en su sencia por otras esencias que están fuera de él. Pero no puede suscitarse respecto de lo infinito absoluto, que no está limitado a ningún género, sino que abraza en su esencia todo lo que es real y positivo, y está por consiguiente, sobre toda distinción entre un exterior y un interior. Lo infinito absoluto no es exterior a nada; luego no se puede discu-

tir si existe, porque esto sería ponerse fuera de él. Agitar la cuestión de la existencia de Dios, es suponer que podría no existir; y es imposible que no exista, porque nada es posible sino por él... El límite de la esencia misma, o la posibilidad de su existencia y de sus relaciones, está señalando la esencia superior que la contiene en sí; de suerte que una esencia cualquiera no es posible, sino en cuanto puede fundarse en una esencia superior, respecto de la cual es finita. La esencia del hombre, por ejemplo, no es posible sino por la humanidad; como la humanidad no es posible sino por el universo, en sus dos modos opuestos, y por razón que los domina. Pero el Universo es el conjunto de todos los géneros de infinitos relativos y sus combinaciones: no comprende más que infinidades particulares que se limitan mutuamente, y por tanto, su esencia no es posible aún, sino por una esencia superior que sea completa y absolutamente infinita. Luego nada es posible sino por Dios, o en otros términos, si existe alguna cosa, Dios existe. Negarle, es afirmar su existencia; porque la negación misma es un acto que no es posible sino por Dios (...). Y como dos infinitos absolutos son contradictorios, pues el uno destruiría al otro, Dios no solamente existe, sino que existe necesariamente (...)"

Damiron opina también que no puede haber controversia sobre la existencia de Dios; porque es tan clara y obvia esta verdad, que nadie razonablemente puede contradecirla. "Si se disputa sobre algo —dice— no es sobre la existencia, sino sobre el modo de existencia, sobre los atributos y facultades del ser divino. No hay, pues, necesidad de demostrar un punto de religión concebido y admitido por todos; no hay sino que colocarlo y enunciarlo como un axioma, o como la aplicación más inmediata de un axioma que no puede ser contestado."

El entendimiento humano es en sí, el mayor testimonio de esta gran verdad; puesto que, si Dios no existiera, no habríamos podido tener idea alguna de lo infinito y lo absoluto. Julio Simon explanando el razonamiento de Descartes sobre esta materia —dice: "Tengo la idea de Dios, es decir, del infinito: ¿cómo he llegado a poseer esta idea? Ella no puede existir en mi mente sino por una de estas dos razones: o porque el infinito existe, y por lo mismo es perfectamente natural que yo tenga esta idea; o porque, no existiendo el infinito, yo propio me haya formado la idea de él. Luego, ¿es posi-

ble que yo mismo haya formado la idea de lo infinito que en mí no existe? Pero no tengo sino dos maneras de formarme idea de un objeto que no existe: o por vía de atenuación, suprimiendo con el pensamiento cualquiera cualidades de un objeto existente; o por vía de amplificación, reuniendo las cualidades de muchos objetos en una sola idea.. El infinito no puede ser una atenuación de lo finito; ni puede ser tampoco una colección de cualidades finitas, porque un gran número de cosas finitas no hacen sino una aglomeración de objetos limitados, y no una cosa infinita. Ni desaparece la dificultad suponiendo que, si yo concibo un ser finito, hecha abstracción de todo aquello que lo limita, puedo elevarme a la noción de lo infinito. Esto sería recaer en la misma hipótesis que acabamos de rechazar; ya que, si no se puede producir lo infinito reuniendo un número determinado de cosas finitas, tampoco podríamos producirlo mejor, mediante la multiplicación por número indeterminado de veces, de una cosa que es finita en sí mismo. De consiguiente no puedo tener idea del infinito, sino a condición de que el infinito exista".

Podría abundar en citas de muchos sabios que han combatido las religiones positivas, que se han declarado abiertamente adversos a las creencias romanas y enemigos irreconciliables de la Teología, mereciendo por ello el dictado de *impíos* con que la intolerancia religiosa los señala; pero que no llegaron a negar a Dios, a proclamar el ateísmo, como la escuela büchneriana; el ateísmo que es una aberración de la mente, una enfermedad del cerebro, un fenómeno —que diríamos patológico— el que produce la ceguera del espíritu, pues en el perfecto equilibrio intelectual, no es posible tan absurda y antinatural negación. "No creo fácilmente que haya un ateo convencido —dice Tiberghien—. En los tiempos que atravesamos reina el sofisma, y se hallan espíritus sutilizadores que atolondradamente repiten con Proudhon: *Dios es el mal*; y que están prontos a negarle, cuando son víctimas de una injusticia o de la desgracia, sin perjuicio de bendecirle en cuanto para ellos cambia la fortuna.

Si, Señores: el teísmo es un sentimiento natural, común a todos los hombres; y las verdades que revela el sentimiento, que sostiene y defiende la misma naturaleza humana, son irrefutables.

*
* *
*

Esta extraordinaria conformidad de filósofos y teólogos, de creyentes y libre-pensadores, de metafísicos y hombres de ciencia experimental y práctica, se extiende aun a los más empeñados en negar la divinidad; los que caen a cada paso en contradicciones que ponen fuera de duda la falsedad de sus teorías.

El temor ha creado a los dioses, y la superstición es el origen de los cultos; las religiones son simples efectos del instinto de adoración que los fenómenos terroríficos de la naturaleza engendraron en los hombres primitivos; instinto que se transmitió por herencia a la familia humana, de generación en generación, y que el interés de los sacerdotes ha mantenido, desarrollado y fomentado hasta llegar al fanatismo y la superstición más execrables; por lo cual, aun las divinidades de los pueblos más adelantados, son una quimera. Desde Lucrecio hasta el cura Messlier y Dupuis, todos los teóricos del ateísmo han repetido iguales afirmaciones, impresionando con sofismas la imaginación de la juventud, especialmente, y precipitándola en un abismo de errores que están socavando los cimientos de la sociedad y de la misma civilización moderna.

Peró las proposiciones anteriores, con las que se ha querido destruir una creencia universal, contienen la confesión de esa misma creencia; la afirmación de que toda la humanidad desde el salvaje que se arrodilla ante su risible fetiche, hasta el hombre culto que adora a Dios en espíritu— ha reconocido constantemente la existencia de una potestad sobrenatural, poderosa y grande, que gobierna al mundo, y de cuyas manos pende el destino de los mortales. Ese mismo supersticioso temor, despertado en el alma de los primeros hombres por el fragor de las tempestades y el serpentear del rayo, un ser temible, al que obedecen los huracanes y el trueno, los torrentes desbordados y las mugidoras olas; de manera que viene a ser forzoso convenir en la prioridad de esa concepción de la divinidad, por empuñada e imperfecta que hallemos dicha concepción en las primitivas agrupaciones humanas.

En efecto, no se puede temer a una potencia invisible, de la que no se tiene alguna idea; ni es posible atribuirle las conmocio-

nes más terribles y espantables de la naturaleza, sin estar persuadido de que posee un poder superior a esos mismos cataclismos que intimidan y anonadan el alma del hombre. No se puede revestir a dicha potencia de amor ni de odio, de cólera ni de venganza contra el mundo y sus moradores, sin creer que realmente existe, y que le agradan u ofenden las acciones de los mortales. ¿Cómo implorar su misericordia ni pretender aplacar a esta invisible potencia, con ofrendas y plegarias, sin tener ideas, por lo menos rudimentarias, de que es divina; de que, aunque moradora de un mundo espiritual, o extrasensible, oye las oraciones humanas y acepta los votos de las criaturas, se apiada de su debilidad y miseria, y encadena y reprime los males que las azotan y hieren; de que esa potencia no depende de las fuerzas que conmueven y destruyen la tierra, puesto que las domina y avasalla en beneficio de los que la imploran, o las lanza y da suelta para castigo de las malas obras? ¿Cómo inventar cultos y maneras de agradar a esas potencias ocultas, sin noción de que hay seres dignos de adoración, a quienes debemos el homenaje de nuestra veneración y respeto?

De consiguiente, no es verdad que el temor a los cataclismos de la naturaleza haya sido el origen y la fuente de nuestras ideas sobre Dios y el orden espiritual; no es cierto que las más nobles concepciones de la mente humana, hayan nacido del más humillante de nuestros sentimientos. Al contrario, sobre esas prenaciones —comunes a todos los hombres y todos los tiempos— es que la superstición ha levantado sus absurdas prácticas. La diversidad de cultos —groseros unos, espirituales otros, horrorosos y crueles éstos, poéticos y atrayentes aquellos— prueba, ciertamente, que son obra de los hombres; pero es menester fijar la atención en que todos esos varios sistemas de adorar, descansan en una sola base: la noción de Dios, más o menos falseada por la ignorancia y las humanas pasiones.

La idea de que existe la divinidad es natural, propia, inseparable del hombre; y, como acabamos de verlo, esta misteriosa y sublime concepción —désele el nombre y origen que se quiera— por el mismo hecho de existir en nuestra mente, pregona que hay un Ser divino autor y conservador del universo. Singular y admirable esta verdad, que aun la duda y la negación de ella, la corroboran y confirman; por lo mismo que no es posible dudar de lo que no se ha concebido todavía, de lo que es por completo desconocido a

la inteligencia; y menos negarlo, pues la negación presupone siquiera la existencia hipotética de la cosa negada. Así, negar a Dios, es confesarlo; por más que esta proposición paradójica parezca incomprensible a primera vista.

El instinto religioso nace con el hombre; y se fija, se aclara, se desarrolla y dignifica, se eleva a conocimiento sublime, a sentimiento purísimo y sagrado, a medida que la humanidad se depura e ilustra, que avanza por los senderos de la luz a las más altas cumbres de la verdad. Aún estamos en los umbrales del inmenso santuario; aún nuestras pupilas se contraen y ciegan con la brillantez del tabernáculo; aún no comprendemos ni podemos comprender los misterios que ese velo transparente, como el de Isis, no nos permite sino vislumbrar de modo imperfecto y débil, a pesar de nuestros impacientes y fervorosos anhelos. Pero ganaremos camino, se acortarán las distancias, confortaránse nuestros órganos visuales, se tornará más y más transparente la atmósfera, y podremos contemplar la verdad cada vez con mayor claridad y perfección.

La naturaleza que ha colocado en nuestro pecho el sentimiento religioso, no ha querido, por cierto, condenarnos a un error sempiterno. ¿Para qué hubiera encendido en el alma humana esa fe natural que la impulsa a buscar a Dios en todas partes, a confesarlo y adorarlo a todos horas, a ver sus huellas luminosas en todas las maravillas del universo, a escuchar su voz en el bramar de las tempestades y admirar su gloria y poder en el silencio de las estrelladas noches, si este Soberano Ser no fuera sino un mentido y vano fantasma? No: la piadosa madre que atiende a nuestras necesidades con regia munificencia, que jamás nos engaña y abandona, que en todo procede con sabiduría y bondad sumas, no ha podido obrar con doblez y felonía, al imprimir en nosotros la incontrastable tendencia al reconocimiento y adoración del Ser de los seres, padre y protector de sus criaturas. "Apenas el hombre ha salido de manos del Criador, tiende hacia él, con todas las fuerzas del alma y del cuerpo —dice Quinet— El león que acaba de nacer, se dirige al desierto; el águila, a la cumbre de las montañas; el hombre, hacia la sociedad, hacia la humanidad, hacia Dios. Sin reconocer algún divino instinto en el corazón de los pueblos nacientes, todo permanecería inexplicable (...)"

Y este instinto, repetirélo, es obra de la misma naturaleza: se manifiesta y perdura en todas las edades y razas, en todas las latitudes del globo y a través de todos los cambios de civilización, y de las vicisitudes de la historia: ese instinto inextinguible y fulgurante en el corazón humano, es la suprema prueba de que Dios existe.

*
* *

Algunos sostienen que Dios no puede ser objeto de un conocimiento cierto y positivo, sino solamente de la fe natural de que hemos hablado; pero como acabamos de verlo, el desarrollo y avance de los conocimientos científicos son, precisamente, los que nos han hecho conocer mejor a la divinidad. Ciertamente que el hombre no puede penetrar ni comprender la esencia divina; mas no hay duda alguna en que las ciencias, revelándonos los misterios de la naturaleza, nos muestran a Dios en todas partes, con claridad admirable. Por otro lado, la ciencia sería estéril y nula, no podría dar un solo paso adelante, si no estribara en la evidencia de que el infinito existe: sin esta verdad fundamental, nos veríamos como los monistas, envueltos en monstruosas contradicciones e insubsanables dificultades, nos reduciríamos a la imposibilidad de resolver satisfactoriamente ninguno de los enigmas del universo.

Y esta certeza, tan necesaria para las conquistas del entendimiento, no proviene sólo de las nociones naturales y el sentimiento religioso, sino también de la actividad misma de la inteligencia humana, la cual emprende una serie de investigaciones que progresivamente la iluminan y fortalecen, que perfeccionan y subliman las ideas primarias, y al fin la persuaden y subyugan con el incontestable poder de la verdad descubierta. La idea de una primera causa no cae exclusivamente bajo el imperio de la metafísica, ni es del todo incompatible con los nuevos métodos de arribar a la certidumbre; y la filosofía moderna —que no se encierra en los límites del raciocinio abstracto— anhelosa de hallar una plena evidencia de las cosas, no se ha detenido hasta convencerse de que nuestro instinto de adoración es conforme con la verdad que la misma experiencia puede demostrarnos.

Las **leyes del entendimiento**, esos principios conductores del espíritu a la posesión de la verdad, conforme a la opinión de las diversas escuelas modernas, no son acertada y útilmente aplicables sino a los objetos de una posible experimentación; pues sólo se obtiene concebir ilusiones y caer en error, si se pretende conocer algo mediante el raciocinio puramente especulativo y abstracto. El método empírico se ha inventado, precisamente, para refrenar los vuelos de la inteligencia que tiende a perderse siempre en las vastísimas y nebulosas regiones de la metafísica y lo ultrasensible; para mantenerla dentro de la órbita de la realidad tangible, digámoslo así, que es la fuente única de la evidencia científica a que la razón aspira.

Aplicadas, pues, aquellas leyes del entendimiento a objetos de experimentación posible, pueden llevarnos a conocer otras cosas colocadas fuera de la esfera experimental y sensible; en virtud del enlace íntimo, necesario, indisoluble, de las verdades experimentales con las del orden trascendental y abstracto. Así, por ejemplo, el encadenamiento de causas y efectos —sujeto a rigurosa experimentación en los reinos de la naturaleza— nos eleva, de escala en escala, a concepciones trascendentales que son necesarias, forzosas, irrechazables para la inteligencia.

“En todas partes vemos una cadena de efectos y causas (...) y como nada ha llegado por sí mismo al estado en que se halla, siempre ese estado señala más lejos otra cosa como causa —dice Kant—; la que, a su vez, hace necesaria una nueva investigación, aunque constantemente la misma. De modo que la total universalidad de las cosas iría a abismarse en la nada, si no le prestase apoyo a este contingente finito, algo fuera de él, subsistiendo por sí mismo originariamente, y con independencia que garantizase al mismo tiempo la duración, como causa de su origen. Este argumento merece respeto: es el más antiguo, el más claro, el más conforme con la razón humana. Vivifica el estudio de la naturaleza, y de él recibe nuevas fuerzas. Conduce a fines y a puntos de vista que nuestra observación no hubiera descubierto por sí misma, y extiende nuestros conocimientos naturales por medio del hilo conductor de una unidad particular, cuyo principio está fuera de la naturaleza.”

De consiguiente, esa ley del entendimiento —que denominamos principio de causalidad— nos conduce por la senda del empirismo

hasta tocar los dominios mismos de la metafísica; en donde salen a nuestro encuentro verdades necesarias, con tal fuerza y estrechez ligadas a nuestros conocimientos experimentales, que no es posible desecharlas, sin destruir toda certeza y sumergirnos en la negación universal.

Desde luego, el mismo Kant nos hace notar que el método experimental no es aplicable al conocimiento de Dios, sino en la forma mencionada; puesto que toda otra prueba empírica de lo absoluto e infinito, sería imposible. “La idea trascendental de un ser primero, necesario y absoluto suficiente, es tan inmensamente grande, tan elevada por encima de lo que es empírico, cosa siempre condicional que, por una parte, nunca se sabrá hallar bastante materia en la experiencia para llenar tal concepto; y de otra, se anda a tientas en lo condicional; buscándose siempre en vano lo incondicional, ninguna ley de una síntesis empírica nos da ni un ejemplo, ni el menor indicio. Si el Ser Supremo estuviese en esta cadena de condiciones, sería un anillo de la serie; y lo mismo que los anillos inferiores de que formara la cabeza, exigiría la investigación ulterior de un principio todavía más elevado. Si se quiere, por lo contrario, desligarlo de esa cadena, y como ser puramente inteligible no comprenderlo en la serie de causas naturales, entonces ¿qué puente puede la razón echar para llegar hasta él?”

Perfectamente; pero, si no le es dado al empirismo salvar esta inmensa distancia y abarcar en su exámen lo que no es abarcable ni analizable, no queda duda de que puede conducirnos, de certeza en certeza, a tal altura científica, que la razón no pueda menos, como en el ejemplo citado, que aceptar necesaria e imprescindiblemente las verdades trascendentales que a la divinidad se refieren. Y en este concepto se sostiene que Dios es objeto de las ciencias experimentales; ya que la Astronomía y la Física, la Química y la Zoología, etc., nos llevan a conclusiones tan íntimamente unidas y conexionadas con la existencia de una primera causa, que, de no aceptarla, nos veríamos obligados a renunciar a toda evidencia, a repudiar la misma certeza adquirida por el empirismo que se dice infalible.

Pero, ¿cuáles son estas leyes que así nos sirven de lazo entre lo finito y lo infinito, lo absoluto y lo contingente, lo pequeño y lo inconmensurable, la criatura y la divinidad?

Podría decirse que la esencia constitutiva de la inteligencia es su propia actividad; de manera que no se la puede concebir en absoluto reposo, esto es sin operar actualmente en la vasta esfera de sus facultades. Una inteligencia inactiva, sería como la negación de su ser; y Leibnitz ha elevado esta afirmación a principio evidente de psicología.

Mas, estas operaciones de la mente, que son su vida misma, no pueden efectuarse sino bajo el imperio de ciertas leyes indispensables, universales, coetáneas del entendimiento; leyes que no sólo encauzan y dirigen la actividad intelectual, sino que son la clave y base de todo género de conocimientos humanos. Según el mismo Leibnitz, son necesarias para pensar, como los músculos y tendones para andar: eliminar dichas leyes, sería privar a la mente de sus medios de acción y paralizar sus facultades; sería en verdad destruirla. Y tanto es así, cuanto que esas leyes coexisten con la operación inicial del intelecto; y su universalidad alcanza a todos los seres pensantes, por más que algunos hasta ignoren que obran obedeciéndolas y bajo su dirección inmediata.

Dos son las leyes de que hablamos, aunque de ellas dimanen otras que los filósofos enumeran y explican. **Principio de identidad y principio de razón.** El primero consiste en la verdad incontrovertible de que una cosa es siempre idéntica a sí misma; de manera que ninguna puede ser y no ser al mismo tiempo. El segundo principio estriba así mismo en otra verdad inconcusa, la de que nada existe sin una razón suficiente; de donde se deduce que todo lo que principia a ser, tiene una causa.

No hay, no puede haber conocimiento que no esté subordinado, necesariamente y *a priori*, a estos principios o leyes del intelecto; puesto que, lo repito, sin ellos no podríamos pensar, o lo que es igual, comparar nuestras percepciones, abstraer sus cualidades, generalizarlas, utilizarlas como medios de inducción y deducción, en fin, formar juicios y raciocinios para conocernos y conocer el universo exterior. En cualquiera afirmación o negación que la mente formula, en cualquier encadenamiento o relación que el juicio establece entre los objetos percibidos, en cualquiera verdad que alcancemos, ya se hallan comprendidos, como componentes indis-

pensables, aquellos principios, los que vienen a ser, al mismo tiempo, guía, norma, y elemento primitivo de las operaciones de la inteligencia. El principio de causalidad nos obliga, pues, **ab initio**, a buscar la razón de ser de las cosas; y remontándonos en esta investigación, siempre en escala ascendente, nos conduce por necesidad al concepto de lo absoluto, esto es, a la concepción de una primera causa que está fuera de lo contingente y limitado, que excluye todo comienzo y todo término. Ni es posible detenernos en la investigación mencionada, como lo observa Kant, antes de llegar a la esfera de lo eterno y único; porque en cada etapa de esta maravillosa asunción de la mente en busca de la verdad, no toca sino con seres de igual naturaleza que el objeto mismo cuya causa inquiere. Y se aumentan su actividad y afán, a medida que avanza en su camino y se le abren nuevos y nuevos horizontes misteriosos e insondables; puesto que encuentra límites en todo lo que contempla, hasta en lo que parece inconmensurable a la débil mirada del hombre. La inteligencia ve en todas partes que la vida desaparece y resurge incesantemente, y que nada está exento de transformación y mudanza en los vastos dominios de la naturaleza; descubre que todo obedece a leyes inmutables y generales, así en los inmensos espacios planetarios, como en los ámbitos del globo telúrico; comprende que todo está sujeto a cataclismos y accidentes, producidos por fuerzas incontrastables y superiores a las de los seres vivientes; contempla que en el Universo todo está enlazado y ordenado por vínculos y resortes que nadie puede aflojar ni romper a su arbitrio; palpa las reglas indefectibles, permanentes y sabias que constituyen la economía de la creación, y que revelan la infinita perfección de un ser ordenador y eterno; escudriña, mide, pesa, compara, avalora, en fin, todos los elementos que alcanza empíricamente, y ante la irresistible irradiación de esa realidad, no puede menos que reconocer la existencia de una causa suprema de las cosas, ya que nada de lo que mira y analiza puede ser absoluto y necesario.

Y esta concepción de la primera y gran causa del Universo; esta como natural antítesis que la mente investigadora establece entre lo absoluto y lo relativo, lo necesario y lo contingente, lo infinito y lo limitado, para elevarse en seguida del orden sensible al trascendental, son efectos obvios y naturales de la meditación y el raciocinio, aun para las inteligencias que no se preocupan con la tarea de contradecir los sistemas filosóficos y religiosos que los demás

hombres profesan. ¿Cómo se explicaría si no, la asombrosa identidad de estos actos intelectuales, en todas las épocas y latitudes, en todas las civilizaciones y razas, en toda la escala progresiva que ha recurrido la humana especie?

He aquí la base de la Filosofía dualista. Causa primera y múltiples efectos contingentes; los que, a su vez, son causas nuevas de nuevas criaturas, en serie infinita: Dios eternamente creador; y la naturaleza renovándose, desenvolviéndose, metamorfoseándose sin cesar en manos del Omnipotente que está fuera de ella.

Debo advertiros aquí que este dualismo —que diré filosófico— es diverso del dualismo persa y egipcio, del cual dimanó la heregía de los maniqueos, en las primeras épocas cristianas; sistema que en Teodicea se opone al monoteísmo, puesto que reconoce dos principios divinos, un Dios bueno y un Dios malo, en eterna lucha por el dominio del Universo. El Padre Ventura de Ráulica, en sus **Conferencias sobre la Creación**, ha confundido, lamentablemente, aquel dualismo con la teoría que os expongo, incluyendo en ella la doctrina de los dos principios; error que debemos evitar, a fin de no caer en otros mayores, y de no embrollar y entenebrececer la discusión.

Esta materia pertenece más a la Teología; por lo cual me he limitado a probar la existencia de una primera causa, con el testimonio de la naturaleza y de los mismos filósofos que pasan por impíos, demostrando así que el ateísmo es contrario a la verdadera ciencia, no sólo a la fe religiosa de los hombres. "En el fondo hay pocos ateos, si es que los hay —dice con mucha exactitud Julio Simon— Se olvida a Dios, se forman falsas ideas de él; pero no es posible negarlo. Nos basta abrir los ojos: el mundo habla; o mejor todavía, es suficiente pensar, porque nuestra razón, al desarrollarse, se eleva hacia Dios, con una fuerza irresistible. Y a falta de mi razón, mi corazón está lleno de él. No puedo sufrir ni ser dichoso sin hallar en mí el sentimiento de su presencia. El es mi sostén y mi esperanza, el fundamento de mi razón, la estrella de mi amor y mi voluntad. Mas, si yo lo conozco por sus beneficios y sus promesas, no puedo conocerlo en su esencia misma. La naturaleza de lo infinito escapa a mi inteligencia imperfecta. Dios me ha formado para tender hacia él siempre y con todas las fuerzas de mi intelligen-

cia y voluntad, y para que permanezca siempre infinitamente debajo de él. La primera palabra de la Filosofía debe ser proclamar que Dios existe; y la segunda, que es incomprensible".

*
* *
*

Dios existe. Pero, ¿qué es? ¿Dónde está? ¿Cuáles son sus verdaderas relaciones con el Universo?

A pesar de ser única y universal la verdad, las pasiones humanas han abierto en derredor de ella un vasto palenque a la división y a la discordia. Cada secta dualista ha pretendido eclipsar a sus émulos, explicando dicha conquista del entendimiento a su modo y conforme a sus peculiares miras; cada religión se ha propuesto aplastar a sus rivales con el peso de los dogmas, inventados con propósitos particulares; los sacerdotes de cada uno de los dioses se han fingido inspirados y han inducido en error a los pueblos con mentidas revelaciones. La Filosofía misma ha multiplicado las hipótesis y los sistemas dentro del marco del dualismo; y en el seno de las religiones se han suscitado heregías y cismas, luchas sangrientas por causa de la verdad que cada cual afirma poseer exclusivamente y por favor especial del Cielo, por revelación inmediata y directa de los mismos númenes. No hubo absurdo, por grande que fuera, que no se elevara a dogma, que no se atribuyera sacrilegamente a la sabiduría del Ser Supremo. Y los pensadores sabios, y los teólogos han combatido unos contra otros, sin tregua ni descanso, por siglos y siglos; y de la lucha de opiniones surgió el fanatismo, feroz e implacable; y la Teología, apoyada siempre en el poder temporal, proscribió a sus rivales, los atacó con furor incalificable, los degolló y quemó sin misericordia, proclamándose defensora sangrienta de Dios y de la Verdad, contra la razón y la ciencia. Y la lucha por la verdad continúa, incruenta ya, por lo general, y merced a los triunfos de la civilización; pero siempre tenaz, ardorosa, inmisericorde e impía, para con el adversario. ¿Hasta cuándo será la verdad el pretexto de la enemistad encarnizada de los nombres?

No pretendo examinar el sinnúmero de sistemas teológicos y filosóficos inventados acerca de Dios y su acción en el Universo;

pues esta sería empresa superior a mis fuerzas, y por entero incompatible con la índole de estos ligeros apuntamientos. Me limitaré sólo al estudio somero de las doctrinas que dicen relación al origen, desarrollo y conservación de la naturaleza; objeto único del trabajo que me ocupa.

"Dios ha sido confundido —dice Tiberghien— ya con la naturaleza, ya con el espíritu; y hoy mismo, según la doctrina de Augusto Comte, se confunde con la humanidad. El materialismo, el ascetismo y el positivismo, son tres formas del mismo error, que consiste en tomar la parte por el todo. Dios es más que la naturaleza, más que el espíritu, más que la humanidad, más que la colección de esos tres géneros; él es su causa común, él la unidad fecunda de donde proviene toda la diversidad del mundo. El espíritu y la naturaleza, están colocados en antítesis; la humanidad es la síntesis de la creación: la tesis es Dios". (*Introducción a la Filosofía*)

El materialismo y el panteísmo que se reflejan en la teoría unitaria, remontan a las más antiguas épocas de la filosofía y la teología; y han sido transmitidos de edad en edad, únicamente con las modificaciones que los prejuicios y tendencias de cada siglo y de cada escuela hacían necesarias.

En los Libros santos de la India —acaso los más antiguos monumentos del saber humano— hallamos ya profesada una especie de panteísmo, espiritual, naturalista y místico a la vez, pero que falsea y trastorna por completo las nociones de la divinidad en sus relaciones con el Universo. El mismo Kristna expone tan errónea doctrina al joven Ardjuna en el *Bagavad-Gita*. Todo cuanto existe es emanación de la divina esencia; los seres que pueblan los inmensos dominios de la naturaleza, son meras modificaciones del ser absoluto; hombres, bestias, cosas inanimadas, componen un solo y único todo que la omnipotencia produce, transforma y renueva eternamente; lo que hoy es planta, ayer fué un hombre y mañana será alguna otra pasajera manifestación de la soberana existencia; en fin, todo viene de Dios y a Dios vuelve, como a su centro, en donde las criaturas se igualan, confunden y anonadan; de modo que no es posible señalar una línea de verdadera separación entre lo finito y la divinidad infinita e incomprensible.

El **Manava-Darma-Sastra** dice: "Aquel que sólo el espíritu puede concebir, que se escapa a los sentidos, que ni es ni puede ser descubierto, eterno, principio formador de todas criaturas, y a quien ninguno puede comprender apareció en todo su esplendor. **El**, habiendo resuelto sacar de su propia sustancia corpórea las diversas criaturas produjo primeramente las aguas, y depositó en ellas el germen de la vida universal (...) El sacó de su propia esencia el soplo inmortal que no perece en el ser, y a esta alma del ser le dió la **Ahancara** (la conciencia) directriz soberana (...) Es en esta fuente inmensa donde se transforman los principios materiales de la vida y el soplo inmortal que no perece en el ser, donde todo lo que es animado recibe sus facultades y sus atributos (...) " Diré en este lugar, que la traducción castellana del Darma-Sastra, que debemos a Nemesio Fernández Cuesta, de ninguna manera es fiel, ni expresa en muchos pasajes el verdadero pensamiento de Manú; conclusión a que he llegado yo mismo, mediante el cotejo de dicha traducción con las versiones francesas, hecha por los orientistas más notables de Francia. Sirva esta advertencia para explicar las diferencias que se pueden notar entre mis citas y la referida traducción castellana.

Un teólogo indio, un **pundit** o maestro de la doctrina, explicóle a Jacolliot este sistema en pocas palabras, según nos lo refiere el sabio orientalista, en el *Génesis de la Humanidad*. "Todo descende de Brahama —le dijo— y todo retorna a él; él sólo es Dios, dueño soberano, sabiduría suprema, centro de todas las leyes que gobiernan a los cuerpos; no hay un insecto, un grano de polvo que no estén sometidos a la ley de transmigración progresiva." En el *Rig-Veda* —versión al francés hecha por Langlois— se proclama el panteísmo sin ambages: "Aquel que es nuestro padre —dice el Himno sagrado XI, de la Octava parte— que ha engendrado y contiene en sí todos los seres, conoce cada uno de los mundos. El ha hecho los otros dioses; todo lo que existe lo reconoce por su Señor". Y otro cantor de la divinidad expresa más claramente esta doctrina: "El Ganges que es desliza, es Dios —dice—; el Océano que brama enfurecido, es Dios; el huracán que nos azota, es Dios; la nube tempestuosa que retumba con el trueno, es Dios; y el rayo que brilla, es Dios".

"El sistema indio, añade Jacolliot, es un panteísmo de carác-

ter espiritual y naturalista, al mismo tiempo. El espíritu y la materia se perfeccionan paralelamente y terminan por ser absorbidos en el **gran Todo**, sin que el espíritu pierda su individualidad".

Pero **Sakya—Muni** llevó las consecuencias de esta absorción en la divinidad hasta el aniquilamiento de la personalidad misma, hasta el regreso a la nada primitiva. Los vapores de agua se elevan de los mares y subsisten como nubes en el firmamento, combinándose, transformándose, tomando todas las formas posibles, hasta convertirse en gotas de lluvia que caen y se pierden en la inmensidad del Océano. Así, con imágenes poéticas explica la emanación y el regreso al origen de las cosas, a la fuente única de la vida universal. Ese aniquilamiento en Dios, denominó **Nirvana** el reformador Sakya-Muni, digamos el Lutero del bramanismo; estado de felicidad suprema que el budismo señala con premio de la santidad de los hombres. "Pero, ¿qué es en realidad el Nirvana?" —pregunta Barthélemy Saint Hilaire, en la **Historia de Buda y su Religión**—. Y cita a Bournouf, como autoridad irrecusable en la materia; según el cual, el Nirvana es el aniquilamiento completo, no sólo de los constitutivos materiales del ser, sino también del espíritu pensante.

Pitágoras fué, como si dijéramos, el importador del panteísmo en la civilización helénica: Dios es el alma difundida en todo el universo —decía—; alma identificada con todos los componentes de la naturaleza, pues de él y en él tienen existencia y vida todos los seres. Crisipo explanó la doctrina; pero, aplicado el rigor de la lógica a sus conclusiones, se produjo el ateísmo, confirmándose así el axioma filosófico de que la teoría panteísta no es más que una forma de la negación de la divinidad. Anaximandro, Diágoras, Leucipo, Demócrito, Epicuro y otros filósofos, no pudieron aceptar ese **Todo divino**, ese Dios compuesto de partes diversas, heterogéneas e infinitas; y terminaron por rechazarlo y divinizar a la materia eterna. El panteísmo griego engendró a los antepasados del materialismo alemán.

La escuela de Elea pretendió depurar el sistema panteísta de toda idea de **emanación**, apartándose de las doctrinas orientales, en lo posible; y adoptó un panteísmo **por animación**, haciendo de Dios, solamente la gran alma del universo. Los estoicos romanos adoptaron sin reservas este panteísmo espiritual y consideraron a Dios como

animador del mundo, como soplo de vida esparcido en los espacios del universo: el Creador y la criatura se compenetran y confunden en un ser eterno, al que los hombres dan diversos nombres. **Deus est spiritus intelligens et igneus, formam ipse non habens, sed in omnes se vertens, et omnibus assimilans** —decía la escuela estoica; lo cual no difiere esencialmente de la doctrina de Zenon.

Algunos neo-platónicos adoptaron sobre poco más o menos el mismo error; y Spinoza combinó ambos sistemas llevándolos hasta sus más extremas consecuencias. Según este filósofo, Dios es la única substancia, absoluta e infinita; fuera de ella, no hay, no puede haber otra substancia, puesto que la noción de absoluto abraza todo lo que es, y excluye hasta la posibilidad de que algo exista separadamente del ser infinito. Las criaturas no son sino **modos o afecciones** transitorias de la divina substancia. En el corolario de la Proposición XXV de su **Ética**, dice: "Las cosas particulares no son nada más que afecciones de los atributos de Dios, o dicho de otra manera, modos, mediante los cuales se expresan los atributos de Dios, de manera cierta y determinada". (Traducción de Manuel Machado).

"Spinoza considera —dice Edouard Laboulaye— la naturaleza y Dios como dos aspectos de una misma y sola existencia. Dios es el principio inmanente de las cosas; la naturaleza no es más que Dios considerado en el desenvolvimiento de su energía; es Dios en acción. **Deus, mundus implicitus; mundus, deus explicitus**. No hay, pues, de un lado un Dios solitario en el fondo de los cielos; ni del otro, un mundo que ha dejado caer de sus manos para no ocuparse más con él. Dios es todas las cosas: la piedra, la planta, el animal, el hombre. Dios se ensancha y adquiere conciencia de sí mismo a través de los grados de la existencia universal. Este movimiento eterno y necesario de la substancia divina; este progreso continuo que la obliga a desenvolverse por una infinidad de atributos infinitamente modificados, es la Ley suprema, es la realidad, es la vida".

Dios no tiene, pues, personalidad: en último resultado, viene a ser la suma de todas las cosas, el conjunto de todos los seres que su propia omnipotente actividad engendra de modo necesario. Y si no tiene personalidad, no tiene inteligencia, no tiene voluntad, no tiene conciencia de sí propio, puesto que estas facultades son

inherentes a la individualidad, son elementos constitutivos de la persona. Y si Dios no es inteligente y libre en grado infinito, si no se conoce a sí mismo, en una palabra, si no es personal, no existe, y véase cómo el panteísmo se iguala y confunde con el materialismo en la negación del Supremo Ser. Por esto es que Cousin afirma que el panteísmo es un ateísmo declarado; decir que todo es Dios, equivale a suprimir hasta la noción de la divinidad, y trastornar de un golpe todos los conocimientos humanos.

Si nada existe fuera de la sustancia absoluta, si los seres no son sino modificaciones de la divinidad, desaparece también la personalidad humana. Inteligencia, voluntad, conciencia, todos los atributos del alma, y que constituyen la individualidad de cada uno de los hombres, no existen realmente; son meras ilusiones que nos halagan y envanecen para extraviarnos; son palabras sin sentido práctico alguno, expresión genuina del error y el absurdo. ¿Cómo podría sospecharse que el hombre posee cualidades de que el mismo Dios carece? ¿Cómo la parte, digámoslo así, el modo de lo absoluto e impersonal, de ese Todo inconciente y creador por necesidad, pudiera ser inteligente y libre, conocerse a sí propio y conocer a todos los seres que componen el universo, las leyes que rigen la naturaleza, y aun lo que está fuera del límite de lo sensible?

“Se pregunta involuntariamente —dice Tiberghien, en sus **Estudios sobre la Religión**— ¿cómo habría un pensamiento en el mundo, si Dios no pensara, o cómo podríamos amar, si Dios no tuviera amor? ¿El que ha hecho el ojo y el oído no podría ver ni oír? ¿Dónde estaría el fundamento de nuestra personalidad? Por qué tendríamos tan obstinadamente el sentimiento de un ideal de la razón, de una perfección moral sin límites, de un reinado de la justicia y de la verdad, si Dios fuera impersonal, como la materia, o lo que viene a ser lo mismo, si el mundo moral, sin apoyo en el exterior, no fuera sino un sueño de nuestra imaginación?”

Y Spinoza no ha rehuído ni las terribles consecuencias de su doctrina, en lo relativo al orden moral; puesto que sostiene sin ambages que el libre albedrío, pedestal de la dignidad y grandeza del hombre, es un mero sueño; y que Dios obra en nosotros, aunque imaginemos ejecutar libremente todos nuestros actos. La Proposición XXXII de la *Ética* de Espinoza, dice: “La voluntad no puede

llamarse causa libre, sino solamente causa necesaria”. De esta proposición concluye, primero: “que los hombres se figuran ser libres, porque tienen conciencia de sus voliciones y de su apetito, y no piensan, ni aun en sueños, en las causas que les disponen a apetecer y querer, no teniendo conciencia alguna de ellas”. Y segundo, “que los hombres obran siempre con un fin; el saber lo útil que apetecen...”

La Proposición XLVIII establece la negación absoluta de la voluntad libre: “No hay en el alma —dice— voluntad alguna absoluta o libre, sino que el alma es determinada a querer esto o aquello, por una causa que es determinada también por otra, y esta a su vez, por otra; y así hasta lo infinito”. Fatalismo semejante, no podría menos de socavar también el orden moral; consecuencia que acepta y sostiene Spinoza en el Prefacio de la Cuarta Parte de su *Ética*, y en varias proposiciones posteriores. “Según he manifestado varias veces —declara— los hombres tienen conciencia de sus acciones y apetitos, pero ignoran las causas por qué son determinados a apetecer alguna cosa... Por consiguiente, la perfección y la imperfección no son en realidad, sino modos de pensar (...) En cuanto a lo malo y a lo bueno, no indican igualmente nada positivo en las cosas, a lo menos consideradas en sí mismas, y sólo son modos de pensar, o nociones que formamos porque comparamos las cosas entre sí. Una misma cosa puede ser al propio tiempo buena y mala, y también indiferente”.

No hay, de consiguiente, diferencia entre el mal y el bien; ya que, en último resultado, todo es obra del gran **Todo** que es Dios, de la única voluntad operante en el universo. La responsabilidad humana y los deberes y atributos de la justicia desaparecen por completo; el hombre virtuoso y el criminal son iguales, idénticos. Somos, según la expresión del mismo filósofo, como el barro en manos del ollero, quien así forma vasijas para usos decentes, como las destinadas a otros que son repugnantes (...) ¿Qué refutación necesita una teoría tan contraria al sentido universal, al pensamiento de todos los tiempos y de todas las civilizaciones?

Por otra parte, como ya largamente lo hemos visto, la suma de los seres finitos jamás produciría un ser infinito; ni las modificaciones de este, podrían ser concebidas como limitadas y finitas, sien-

do como son, la misma substancia absoluta modificada. Lo finito y lo infinito son términos esencialmente opuestos; se repelen y contradicen; es de todo punto imposible conciliarlos y reunirlos en un solo y único todo como el panteísmo lo pretende. Dios no puede modificar su propia substancia y transformarse en una muchedumbre de seres limitados; porque dejaría de ser infinito y absoluto. De la misma manera el hombre no puede participar de la substancia divina y confundirse con ella, sin dejar de ser finito y contingente. Un ser a la vez finito e infinito, absoluto y relativo, necesario y contingente, sería absurdo: no puede ni concebirlo la mente, porque tal concepto es contradictorio y se destruye por sí mismo, sin necesidad de ningún ulterior raciocinio.

"El mundo es **indefinido**, no **infinito** —dice Cousin—; y la prueba está en que, sea cual fuere su cantidad, el pensamiento puede siempre ampliarla. Cualesquiera que sean los millares de mundos de que el universo se componga, todavía pueden aumentarse otro mundos nuevos. Mas Dios es infinito, absolutamente infinito en su esencia, y repugna que una serie indefinida iguale al infinito, porque, después de todo, lo indefinido, no es más que lo finito, más o menos multiplicado, y pudiendo serlo siempre. El mundo es un todo que tiene armonía, porque un Dios **uno** no podía hacer sino una obra completa y armoniosa. La armonía del mundo responde de la unidad de Dios (...) Decir que el mundo es Dios no es admitir que lo sea el Mundo, sino negar a Dios. Dadle a esto cualquier nombre, y en el fondo no es más que el ateísmo".

Y esta filosofía de la pura razón está acorde con la filosofía escolástica en este punto, como vamos a verlo: "Todo lo que tiene partes reales que son limitadas y mensurables, no puede componer sino una cosa finita, dice también Fenelón: todo número colectivo o sucesivo, no puede jamás ser infinito, quien dice número, dice conjunto de unidades realmente distintas y recíprocamente independientes las unas de las otras, para existir o no existir. Quien dice conjunto de unidades recíprocamente independientes, dice un todo que puede disminuir, y que por consiguiente, nada tiene de infinito".

Y, sin embargo, la apariencia mística que Spinoza supo dar a sus doctrinas, ha seducido y seduce todavía a muchos. Esa divini-

dad que se desdobra y fracciona, por decirlo así, para manifestarse en la naturaleza por una infinita variedad de seres; esa llama que irradia y enciende la vida universal, comunicando su propia esencia a todas las criaturas; ese Océano que se desborda y derrama en la inmensidad, cubriéndola de animación y belleza, no distintas de la fuente productora; esa como supresión del mundo y de la individualidad, para reducirlo todo, admiración, afecto, alabanzas y adoraciones, sólo a la soberana e infinita unidad; esa como plenitud de existencia, poder, bondad y sabiduría, que todo lo comprende y abarca, y de la que formamos parte integrante, y en cuyo seno nos es dado vivir, contemplándola absortos y en éxtasis perpétuo; todas estas místicas creencias del panteísmo hablan a la imaginación, extravían y cautivan a los espíritus soñadores, y constituyen la causa de la extensión de un sistema que la razón rechaza. Y en último análisis, este fascinador misticismo no conduce, ni puede conducir, a otro término que al Nirvana budista; abismarse en la fuente infinita del ser, perderse en el piélago de luz al finalizar la jornada, confundirse a la postre en la eterna y única substancia, no es otra cosa que perder la personalidad, hundirse en la inconsciencia y ser absorbido por la nada.

*
* *
*

Dios existe; ¿pero, cuándo y de qué crió el Universo? ¿Qué había antes de que el Creador pronunciara el sublime FIAT?

La **NADA** —nos contestan los creacionistas—: este vacío incomprendible y pavoroso, esta negación absoluta del ser, este concepto que aplasta y aterra y anonada la mente, fué la cuna del Universo, según el decir de esta escuela. Pero, **de la nada, nada se hace** —les gritan a una voz los filósofos de la escuela contraria—; y no basta la noción de la omnipotencia para salvar tan insubsanable dificultad. **Ex nihilo, nihil** —exclaman los monistas de todas las escuelas y de todas las épocas—; y el mosaísmo, como más adelante veremos, no ha podido contestar a esta objeción formidable, sino con la revelación y la necesidad de creer ciegamente en ella, aunque nos repugne, aunque sea contraria a los principios de la ciencia, aunque esté contradicha por la elocuente voz del mismo universo.

Santo Tomás agotó los más ingeniosos argumentos para sostener la doctrina teológica; pero su intento y genial trabajo descansaba en una base falsa; suponía que la nada, mero concepto subjetivo, podía haber sido el elemento de la creación. Crear es, según el Santo Doctor, producir la substancia de una cosa, causar el ser de las cosas, sacar el ser del no ser; lo que excluye la preexistencia de la materia de lo producido por el Creador. Esta tesis, contraria a las más obvias nociones del universo, se va contra la opinión de los más grandes filósofos antiguos y modernos; los que, en la imposibilidad de concebir que la nada fuese algo, aceptaron siempre la materia, por componente del mundo, ya bajo el poder de un creador, ya de las propias omnipotentes fuerzas de la naturaleza. Anaxágoras hizo consistir el primitivo caos en las partículas de materia cósmica esparcida en el espacio, de las que la mano de Dios sacó el mundo y el orden establecido en la creación. Todos buscaron a porfía los primeros elementos del universo; y unos señalaron el agua, otros el fuego, aquellos el aire, estos la tierra. Empédocles optó por los cuatro elementos juntos, y cortó las disputas de Heráclito, de Parménides y otros, al respecto. Los filósofos cristianos de igual surte: Descartes estriba su teoría de los torbellinos en la existencia de la materia cósmica sutilísima, llenando los espacios; los átomos de fuego, primera materia en el sistema de Leibnitz, existían ya como elementos de los mundos; y el mismo Buffon —aunque la Sorbona le obligó a retractarse cobardemente— señaló las nebulosas como el germen del universo. Pero, ¿quién crió los elementos aceptados por los filósofos griegos? ¿Quién la materia de los torbellinos cartesianos, los átomos ígneos de Leibnitz, y las nebulosas de Buffon y Laplace?

El dualismo racionalista y científico no se escuda con una fe ciega y obligatoria, no se basa en delirios teológicos y en inverosímiles invenciones religiosas, no da crédito alguno a tradiciones destituidas de toda verdad, y a veces, aún de buen sentido. El dualismo racionalista toma camino diverso para resolver el problema; y en esa senda de luz y de razón vamos a seguirlo, a fin de formarnos una idea propia del sistema de la naturaleza, tomando la verdad en donde la inteligencia pueda hallarla, sin que nos lo impidan prejuicios ni creencias de ninguna especie.

¿Qué es la nada, esta como materia prima del creacionismo escolástico y teológico? la nada es nada, es un concepto negativo

que toda la naturaleza contradice y que la razón rechaza. La nada absoluta es inconcebible: el vacío total y completo no existe en el universo, ni ha podido existir jamás. Dios lo ha llenado todo desde la eternidad; y allí, donde colocáramos el imperio de la nada, el vacío absolutito, estaría el límite de la divinidad; estaría la negación de la actividad productora de la primera causa; estaría el no ser, incompatible con la omnipotencia y las leyes eternas de la naturaleza. Buscad el vacío absoluto en el universo, y en todas partes hallaréis el ser en sus más admirables manifestaciones; buscad la nada, y el mundo entero protestará contra vuestro empeño insensato. Llamamos **nada**, **vacío**, a la falta de alguna realidad buscada; pero éste es un modo de hablar relativo, y para acomodarnos a nuestras limitadas concepciones, únicamente para hacernos entender de los demás.

¿Qué es la creación? “Crear es una cosa muy fácil de concebir —dice Cousin—; porque nosotros mismos lo hacemos a cada momento: en efecto **creamos** cada vez que producimos un acto libre. Yo quiero, yo tomo una resolución, tomo otra, después otra todavía; la modifico, la suspendo, la prosigo, etc.: ¿qué es lo que hago? Pues producir un efecto que se relaciona conmigo, como con su causa, y como causa única; a tal punto que, relativamente a la existencia de ese efecto, no busco nada fuera de mi mismo. Creamos el acto libre, porque no lo relacionamos con ningún otro principio que nosotros; nos lo imputamos a nosotros exclusivamente; el no era, y comenzó a ser, por la virtud del poder creador que poseemos. Ved lo que es **crear**: mas, ¿con qué se crea? —con la nada, nos lo dicen. Si y no. Creamos de la nada, en el sentido de que la materia de nuestra acción no está fuera de nosotros; y no creamos de la nada, porque lo hacemos con el fondo mismo de nuestro ser. El hombre no saca nada de la acción que no ha ejecutado aún, y que va a ejecutar: la saca de la potencia real y verdadera que tiene para hacerla. La creación divina es de la misma naturaleza. Dios, al crear el universo, no lo ha sacado de la nada, que no existe, que no puede existir, que no es más que una palabra vana: lo ha sacado de sí mismo, de ese poder de causalidad y creación, del que nosotros poseemos una imagen. Toda la diferencia de nuestra creación y la de Dios, es la diferencia general de Dios y el hombre; la diferencia de la causa suprema y absoluta, y de una causa relativa y secundaria”.

Crear, dice también Tiberghien, en la **Introducción a la Filosofía**, no es hacer una cosa de la nada, sino obrar como causa; es producir, efectuar, engendrar una cosa nueva. El hombre es causa de sus obras, en el arte o en la industria; el no las produce de la nada, sino que las extrae de su propio fondo, forja y amasa sus pensamientos y sentimientos, utiliza la materia y la transforma: poco importa ésto, pues es Criador. La creación humana es una imagen de la creación divina, con la diferencia que el hombre, ser limitado, toma pié en el mundo exterior, cuando transforma la materia; en tanto que Dios, ser infinito, halla en sí mismo, juntamente con fondo y la forma de sus obras”.

He aquí lo que es crear, y el fondo de donde ha surgido la creación, según el dualismo racionalista.

Y nótese que la producción de un acto libre no menoscaba en un ápice la esencia limitada del hombre, ni su débil poder de causalidad: ¿cómo podría disminuirse ni modificarse la infinita esencia, ni el poder absoluto, con la producción del universo? De ninguna manera: Dios, principio de la existencia, del que salen todas las cosas, es eternamente idéntico a sí mismo; jamás disminuye ni se altera ese manantial inagotable de la creación múltiple, prodigiosa y constante que la naturaleza ostenta en todos los dilatados e incommensurables espacios de su imperio.

El hombre, finito, dista menos, digámoslo así, de sus creaciones, que la infinita potencia, de las suyas; y, sin embargo, esa pequeña distancia jamás se disminuye; las relaciones de causa y efecto jamás se rompen; la potencia productora y el acto producido, jamás se confunden, jamás se identifican, jamás forman un solo y único ser. ¿Podiera suceder lo contrario con Dios, ser por excelencia, el Ser absoluto, infinitamente distinto de sus criaturas? Afirmarlo sería absurdo; puesto que ni en las creaciones que el hombre realiza, y que están sujetas a nuestra propia experiencia, son posibles la confusión e identidad de la causa y el efecto, de la inteligencia con las ideas que forma y combina, de la voluntad con los actos volitivos y las determinaciones que toma, del alma del artista con la estatua que ejecuta.

Sin embargo, esta teoría racional de la creación ha sido gravemente impugnada por los creacionistas ortodoxos, hasta el punto

de colocarla entre las peores heregias y los más detestables absurdos. Gioberti reproduce en su **Intrudizione allo Studio della Filosofia — Considerazioni sopra le dottrine del Cousin** todas las objeciones de que hablo; y de las cuales examinaré las dos más capitales únicamente, por no permitirme más la naturaleza del estudio superficial y ligero que se contiene en estos apuntes de la ciencia moderna.

El citado filósofo italiano le acusa a Cousin de panteísmo formal y declarado; porque, afirmar que Dios no ha sacado las cosas de la nada, sino de su propia potencia de causalidad, esto es de su misma substancia, es caer en la errónea doctrina de la emanación; es adoptar las mismas teorías de la India panteísta, y enseñarlas bajo una nueva faz, en forma algo variada de la en que Epinoza y los filósofos de su escuela, las han expuesto y sostenido. Si el Universo ha salido de la divina substancia, no se diferencia substancialmente del Creador; y esta impía y absurda unidad de naturaleza borra todo límite entre lo finito y lo infinito, entre el hombre y Dios; lo que vale tanto como negar la divinidad y abismarse en el propio materialismo que se pretende destruir.

Pero Cousin contesta victoriosamente a todas estas acusaciones; y demuestra que Dios ha producido el Universo solamente con su poder creador y sin el concurso de ninguna otra substancia —puesto que fuera del Ser absoluto que todo lo abarca, no puede existir nada— y no por ello se confunde ni forma un todo con sus criaturas— Dios está en la naturaleza, dice, como la causa está en el efecto, como nosotros mismos, causas débiles y limitadas, estamos en los efectos débiles y limitados que producimos.

Cuando afirmamos que la substancia absoluta comprende toda substancia; cuando nos referimos a la unidad del ser, sólo queremos hablar de la infinita fuente de toda existencia y de la incommensurabilidad de la primera causa, fuera de la que nada pudiera concebir la mente que no fuese un verdadero límite del ser ilimitado y necesario; esto es, que no equivaliese a la negación de la divinidad.

Y Cousin condena y refuta el panteísmo en varias de sus obras; de suerte que no es justo tenerlo por fautor de un sistema filosófico que con tanto calor y tan elocuentemente rechaza y condena.

“¿Qué es el panteísmo? —se pregunta—: no es un ateísmo disfrazado, como se dice, no: es un ateísmo declarado”. Y en otro lugar añade: “Un grito se eleva contra el panteísmo; todo el espíritu del mundo no puede absolver esta doctrina y reconciliarla con el género humano”. Léanse los extensos y luminosos razonamientos de este gran filósofo contra el panteísmo, ya en la **introducción a la Historia de la Filosofía**; ya en el **Tratado de lo verdadero, lo bello y lo bueno**; ya en los **Fragmentos de la Filosofía Contemporánea**, etc.; y se convencerá cualquiera de que la primera y principal acusación de los creacionistas ortodoxos contra Cousin, carece en lo absoluto de fundamento.

El dualismo filosófico de Cousin y otros filósofos —que tanto alarman a los tradicionalistas, y al que éstos condenan por completo— era ya conocido en los tiempos más florecientes de la Iglesia, y aun sostenido por algunos padres que el cristianismo tiene como lumbrera de la religión. La filosofía moderna ha desenvuelto y reducido a sistema preciso y claro esta doctrina; mas, no la ha inventado, no la ha descubierto recientemente, no la enseña como una novedad ni la juzga refutada con la fe religiosa.

Para comprobarlo, permitidme repetir algunos pasajes de Tiberghien, tomados de la **Teoría de lo infinito**, así como de los **Estudios sobre la religión**; puesto que nada mejor podría presentaros en apoyo de la tesis anterior que, de seguro, parecerá falsa a los ojos de algún tradicionalista.

“Muchos autores modernos y hasta filósofos engañados por declamaciones de los teólogos —dice— toman por panteísmo toda doctrina que afirma la unidad del ser, y sostienen, por consiguiente, que el mundo está fundado en la esencia divina, y que los seres finitos viven y se mueven libremente en el seno de lo infinito. Los teólogos no comprenden la diferencia que existe entre estas dos proposiciones: **Todo es Dios y Todo es en Dios** (...) Poned el mundo, poned un ser cualquiera fuera de la esencia divina, y ponéis un límite a Dios, destruíd la unidad de las cosas, y dejáis la ciencia, sin principio... En este sentido declaro convicto de panteísmo a los Doctores de la Iglesia, a los de la edad media, a los autores invocados por los mismos teólogos modernos, y a éstos mismos, cuando emiten algunas proposiciones sobre la infinitud de Dios (...)

Panteísta es el fundador del cristianismo, cuando dice: “**La Deo sumus, vivimus et movemur**...” Dios es la razón del mundo y de los seres finitos. Todos los seres están contenidos en Dios, bajo el carácter de la eternidad: **In Deo sumus, vivimus et movemur**... Así todo es en Dios, como razón suprema y última de todo lo que es (...) Dios está en el mundo y en los seres finitos de una manera esencial, es decir, por su esencia que envuelve toda esencia... **Habita en nosotros**, dice San Agustín. **Está en todo, por todo, y todo es de él, por él, en él**, como lo demuestra San Anselmo (...) Dios, bajo este punto de vista, por sus relaciones con los seres, es la vida universal, la fuente de toda vida (...) Dios dirige todas las cosas con inteligencia y sabiduría, como providencia; y las dispone en cada instante, en el orden más conveniente para cada uno y para todos (...) Dios está con los seres en la misma relación en que los seres están con él. Los conoce, los ama, los desea en proporción directa de su perfección relativa (...) Se manifiesta al hombre en la razón, por una revelación eterna y necesaria; guía a todo hombre en su venida a este mundo (...) La separación de la Filosofía y la Teología, empezó hacia la mitad de la edad media, y no se realizó definitivamente sino con Descartes. Antes de esta época encontramos relaciones sorprendentes y numerosas entre la doctrina de los padres de la Iglesia y la de Krause. San Pablo la formula así: **Ex ipso et per ipsum et in ipso sumt omnia**; fórmula que contiene exactamente los tres puntos fundamentales concernientes a las relaciones con el mundo, y fué muchas veces comentada por los Padres, y aún recibió más tarde un desarrollo metódico notable en los escritos de San Anselmo (...) El que ha planteado en toda su profundidad el problema de las relaciones de Dios con el mundo y los seres finitos, es San Anselmo (...) Es el verdadero precursor de Descartes. Bouchitté, que ha publicado recientemente una traducción del **Monologium** y del **Proslogium**, considera estos trabajos como el monumento más completo de la Filosofía de la edad media, si no por la extensión, a lo menos por el conjunto y el rigor... Anselmo empieza por establecer que todo lo que es, no puede ser sino por alguna cosa única: **Omne quidquid est, per unum aliquid esse necesse est**... Y, según los teólogos modernos, sería panteísta al afirmar que **ex ipsa summa essentia et per ipsam et in ipsa sunt omnia**... Panteísta, Fenelón, que asegura que Dios es verdaderamente en sí mismo todo lo que hay de real y positivo en los espíritus, lo que hay de real y positivo en los cuerpos, todo

lo que hay de real y positivo en la esencia de todas las creaturas posibles... Panteístas, los Prelados del Concilio de Trento, por haber dado como regla de fe que Dios está presente en todas las cosas, no sólo por su potencia, sino por su ser y su esencia".

Cita también a San Atanasio "que va más lejos que San Pablo en la doctrina desarrollada por Krause"; cita a San Agustín, etc.; y condensa el Krausismo, llamémoslo así, en una fórmula análoga a la de San Pablo: *A Deo sumus, et per Deum, et in Deo*.

He aquí a Dios y la creación explicada por la razón y la ciencia: más adelante veremos los mismos problemas filosóficos, a la luz de la fe, de la tradición y las teorías sacerdotales. Debemos examinarlo todo concienzudamente, pesar y medir con la posible imparcialidad el pro y el contra de toda cuestión, sin dejarnos dominar por ningún género de prejuicios y preocupaciones, si deseamos formarnos un criterio propio e ilustrado, en las graves materias que estudiamos.

*
* *
*

Sabemos ya en lo que consiste el acto creador, y lo que debemos entender por la nada, palabra sin sentido absoluto en filosofía; pero, ¿cuándo comenzó a manifestarse el poder omnímodo de esa causa infinita? Para dilucidar esta cuestión es menester también definir previamente lo que es el **tiempo** y lo que es la **eternidad**.

"En tanto que un ser cambia, dice Tiberghien, en la **Teoría de lo Infinito**, está en el tiempo y en cuanto es inmutable, está fuera del tiempo, es eterno (...) Tiempo y mudanza, son, pues, ideas correlativas (...) La eternidad no es, de consiguiente, como vulgarmente se cree, lo infinito del tiempo, sino una manera de ser fuera y sobre el tiempo".

El tiempo no consiste sino en la sucesión de las cosas, en la serie de los acontecimientos, en el cambio de aspecto de todo lo que percibimos: suprimida esta mudanza, desaparece lo que decimos tiempo, entidad que viene a ser meramente subjetiva.

"¿Qué es el tiempo? Si nadie me interroga, lo sé; si quiero

responder a esa pregunta, lo ignoro —dice San Agustín—. Y, sin embargo, afirmo atrevidamente que, si nada pasase, no habría tiempo pasado; que si nada aconteciese después, no habría tiempo futuro; y que si nada fuese en la actualidad, no habría tiempo presente".

"Las nociones que tenemos de la sucesión y de la duración —afirma así mismo Locke— proceden también de reflexionar sobre estas series de ideas que vemos aparecer, una después de otra, en nuestra alma (...) En efecto, desde que esta sucesión de ideas cesa, las percepciones que tenemos de la duración, cesan también, como todos pueden comprobarlo claramente por sí mismos. Cuando dormimos profundamente (...) no tenemos percepción de la duración de las cosas mientras dormimos y no soñamos; esa duración es completamente nula para nosotros, nos parece que no hay diferencia entre el momento en que hemos dejado de pensar al dormarnos, y el en que comenzamos a pensar nuevamente; y es indudable que el hombre despierto experimentaría lo mismo, si le fuera posible no tener más que una idea, en el espíritu, sin verificarse ningún cambio de esta idea, y sin que ninguna otra viniese a sucederla".

Al contrario en la eternidad: no hay sucesión alguna, no hay cambio posible; y, por el mismo caso, no hay duración, no puede haber intervalos entre los actos de un ser eterno. En la eternidad todo ha existido, existe y existirá sin mutación concebible: la causa eterna produce todo en un acto que excluye así el pasado como el futuro; las voliciones eternas son realidades presentes, sin actos sucesivos ni modificaciones de voluntad.

"Supuesto que alguien preguntase —dice Leibnitz— por qué Dios no creó todo, un año antes; y que esa misma persona quisiera inferir de ahí que Dios ha hecho alguna cosa de la que no es posible tenga una razón de por qué la ha hecho así, mejor que de otra manera, se le respondería que su ilusión sería verdadera, si el tiempo fuese algo, independiente de las cosas temporales; porque sería imposible que existiesen razones para que las cosas fuesen aplicadas mejor en tales o cuales momentos que en otros (...); pero esto prueba que los instantes, fuera de las cosas, son nada, y que no consisten más que en el orden de sucesión".

De consiguiente, aplicar la noción del tiempo, es decir de lo esencialmente mudable, de la sucesión en la duración, más o menos dilatada, a los arcanos de la eternidad inmutable y permanente, sin principio ni fin concebibles; suponer actos sucesivos y cambios de voluntad en un ser eterno, ha sido el error capital de los creacionistas teológicos; y este error ha constituido el obstáculo formidable y sagrado para la investigación de las verdaderas relaciones entre la naturaleza y su causa.

Si no existe el tiempo para Dios, si no es posible ninguna mudanza en su voluntad, si no podemos concebir ningún intervalo entre los actos divinos, es lógico deducir que la creación es eterna. El Cosmos que, bajo el imperio de leyes permanentes y sapientísimas, se desenvuelve y transforma sin cesar, ha sido creado, no en el tiempo, sino fuera de él; en la eternidad, donde no hay pasado ni futuro, donde todos los actos del Creador son presentes y actuales por necesidad.

El universo que evoluciona sin interrupción alguna, que multiplica al infinito los seres y las manifestaciones de la vida, que sigue una ruta invariable y prefijada por la omnipotencia, es eterno; pero no **increado**, como los materialistas sostienen, Porque es menester distinguir estos dos términos; de los cuales, el uno tiene sentido diverso del otro. Lo que es increado, es eterno; pero lo eterno puede no ser increado, como sucede con la naturaleza.

"La eternidad, dice Tiberghien, en la **Introducción a la Filosofía**, corresponde a todo lo que es inmutable en sí, como tal, al espacio, a la verdad, a la justicia, a la materia, al espíritu; es un rasgo de semejanza entre la causa y el efecto, entre el Creador y la criatura. Pero conviene no confundir la eternidad con la infinitud: la una es una forma de la existencia, que puede convenir a toda sustancia, finita o infinita, en tanto que ella no cambia, que no se hace, que permanece constantemente idéntica a sí misma; la otra, la infinitud, es un atributo de la esencia que pertenece a lo que es único... La eternidad no modifica la naturaleza de las cosas: ellas permanecen finitas o infinitas, aun siendo eternas. La eternidad no es el tiempo infinito, aunque ordinariamente se tome lo uno por lo otro; al contrario, es un modo de existencia extratemporal, fuera de toda variación, por sobre toda sucesión... Sólo en este sentido la creación es eterna".

He aquí la diferencia enorme y esencial entre la escuela monista y el dualismo filosófico moderno sobre la materia eterna: para los unitarios, no ha sido producida por ninguna causa exterior a ella, sino que ella misma es la causa de todo cuanto existe, y causa omnipotente, imperecedera, infinita: para los dualistas, es un efecto producido en la eternidad por la causa absoluta, de quien depende y cuyas leyes obedece en sus múltiples transformaciones, en la variedad infinita con que se manifiesta en la creación constante y perdurable. Y por lo mismo, intentar concebir un principio temporal del universo, un solo instante de reposo en la potencia de causalidad divina, sería irse tras de lo imposible y lo absurdo. La creación es continua, incesante y eterna; el universo no ha principiado en el tiempo ni concluirá jamás, porque es la manifestación permanente de la actividad creadora. Los seres cambian, se transforman, se renuevan, se perfeccionan; pero no perecen ni se aniquilan, obedecen simplemente a las leyes de evolución que rige la naturaleza y que perpetúan el movimiento y la vida. Y esas mismas renovaciones y metamorfosis constituyen la prueba más concluyente de la eternidad del universo.

"La única consecuencia que razonablemente puede sacarse de la eternidad de la materia —continúa Tiberghien, en el lugar citado— es que la materia no ha sido creada en el tiempo, en un momento dado de su duración, por ejemplo, algunos siglos antes de Moisés, o pocos días antes de la aparición del hombre sobre la tierra. Rechazamos la creación temporal; pero dejamos intacta la creación misma (...) La sola diferencia que existe entre la Teología vulgar y nuestra teoría, es que, de un lado las relaciones son concebidas como temporales, habiendo tenido comienzo en el pasado, y debiendo tener fin en el porvenir; mientras que, del otro lado, estas relaciones son concebidas como eternas. La Creación se comprende bien, y aún mejor en la eternidad que en el tiempo. Si Dios es eterno, es también una causa eterna; y por lo mismo, es necesario admitir una creación eterna. Dios crea por la eternidad todo lo que crea. ¿Quién se atrevería a sostener que esta teoría ataca a la grandeza y majestad de Dios? ¿El mundo depende menos del Eterno, si su dependencia, en lugar de tener una duración limitada, subsiste sin límite alguno en el tiempo?"

El sabio abate Pioger sostiene la misma teoría, a pesar de su

caracter sacerdotal y su interés teológico. "Dios crea constantemente, sin interrupción, sin fatiga, dice. Es el hogar sagrado de donde emana toda vida, todo amor, desde la eternidad". La misma doctrina de Aristóteles, quien sostuvo ya que Dios, por necesidad de su propia esencia, no podía haber dejado de crear desde la eternidad, todo cuanto existe en el universo.

El sabio Obispo católico Meignan ha escrito un libro de gran mérito —*Le Monde et l'Homme primitif, selon la Bible*— con el propósito de refutar las conclusiones de la Crítica contra el Pentateuco y las demás Escrituras Santas. Y, sin embargo, al tratar de la prodigiosa antigüedad del universo, dice: "Por nuestra parte, no queremos combatir, sino al contrario, estamos muy dispuestos a admirar la grande, la muy grande antigüedad del globo. Mas, la narración de la Biblia no contradice en este punto, las conclusiones admitidas unánimemente por todos los geólogos? No: el primer versículo del Génesis deja a la teoría la más grande latitud. Si la Geología exige que el cielo y la tierra cuenten miríadas de miles de años, el primer versículo de la Biblia les concede toda libertad; porque contiene estas palabras: **Al comienzo Dios crió el cielo y la tierra.** ¿Cómo se debe interpretar esta locución: **Al comienzo?** Muchos filólogos han hecho notar que la palabra *Richith*, comienzo, está sin artículo en el texto hebreo; y concluyen que la creación del cielo y la tierra tuvo lugar en un pasado indeterminado, no al comienzo de la vida del hombre, no al comienzo de la vida de las plantas, no al comienzo de la sucesión de los días y las noches, sino en un comienzo más lejano (...) Tholuc traduce las primeras palabras del Génesis: **En el seno de su eternidad.** Y explica lo que entiende por eternidad: **aeternitas a parte ante**, es decir, **antes de la existencia del tiempo** (...) La expresión hebraica es, pues, esencialmente indefinida, y puede significar, si se quiere así, millones de años, bien así como millares, esto es, todo el tiempo que los geólogos quieran suponer a la antigüedad de la tierra. Sin duda, Dios pudo crear el mundo tal cual es, no solamente en seis días de veinticuatro horas, sino en un sólo instante; la cuestión está en saber si Dios quiso obrar así (...) El hecho del nacimiento y desarrollo de todos los seres, muestra la ley del progreso, según la cual marcha la naturaleza paso a paso hacia su fin (...) He ahí la opinión de católicos sabios, versados en la lengua hebrea y en las Escrituras Santas, y sacerdotales por añadidura.

Pero la hipótesis de una creación eterna, efecto de la potencia creadora infinita que jamás pudo hallarse en reposo e inactiva ni por un sólo instante, envuelve la necesidad de la creación, y esclaviza, por decirlo así, a la misma omnipotencia. "**Dunque la creazione e necessaria, e Iddio non é libero** —dice Gioberti. Y privarle a Dios de libertad, es negarlo en absoluto: una fuerza productora sin voluntad, mecánica, necesaria perpetua y fatalmente activa, no sería infinita ni soberana, no sería sin límites en su poder y sapiencia, no sería el Ser de los seres.

Cousin explicó en estos términos la **necesidad de la creación**: proposición que tanto alarmó a la ortodoxia y la puso en guerra abierta contra dicho filósofo y su escuela. "La necesidad no encubre ningún misterio de fatalismo; ella expresa una idea que se halla en todas partes, aun en muchos santos doctores, y en los más grandes filósofos. Dios, como el hombre, no obra ni puede obrar sino conforme a su naturaleza; y su libertad misma es relativa a su esencia. Luego, en Dios sobre todo, la fuerza es adecuada a la sustancia, y la fuerza divina es siempre un acto, pues Dios es esencialmente activo y creador. De aquí se sigue que, a menos de despojar a Dios de su naturaleza y de sus perfecciones esenciales, es menester admitir que un poder esencialmente creador no ha podido dejar de crear; que un poder esencialmente inteligente no ha podido crear sino con inteligencia; que un poder esencialmente sabio y bueno no ha podido crear sino con bondad y sabiduría. La palabra **necesidad** no expresa otra cosa".

Por otra parte, hemos de tener presente que la libertad, tal como la entendemos en el hombre, no es aplicable a Dios; tanto que los mismos teólogos han inventado otra denominación para la libertad divina. Damiron dice al respecto, en su **Tratado de Psicología**: "Aquellos que no ven la libertad sino en el hecho de la deliberación, no deben concebir la conciliación de esta facultad con los atributos de Dios. **Deliberar** no es saber, es tener una razón débil; deliberar es propio del hombre, y no del ser perfecto; el Ser perfecto no es, de consiguiente, libre, en el sentido humano. No, sin duda, si se supone que la libertad no es sino aquella facultad humana; pero ella es otra cosa. En su principio y pureza, la libertad es la posesión de sí mismo". Dios tiene, pues, la libertad en toda su pureza, la libertad absoluta; no ha menester deliberar para decidirse a

obrar; no es capaz de errar ni querer el mal; no procede la voluntad divina, como la del hombre, por lo mismo que el Ser de los seres es infinito y perfecto; pero, siendo dueño absoluto de sí mismo, posee la suprema libertad que sólo le corresponde al Omnipotente. ¿Se menoscaba esta libertad, porque el poder creador, esencialmente activo, derrame la vida por siempre, y la haya derramado desde la eternidad inconcebible para la humana inteligencia?

“La libertad es el poder de escoger —dice también Fenelón, al refutar a Malebranche, Cap. XVIII—: quien dice escoger, dice tomar una cosa más bien que otra. Aquel que encuentra todo en un sólo objeto indivisible, y que no puede menos de quererlo, no tiene nada que escoger de dicho lado. Mas, del lado de sus obras, todo se ofrece a Dios y es digno de su elección (...) Dios no tiene poder alguno para las cosas que no podría hacer ni dejar de ser Dios. Luego no puede, sin dejar de ser Dios, violar el orden, que es su infinita sabiduría e infinita perfección; además, no conviene mirar nunca el orden y el poder divino como dos cosas de las que la una tiene acción de la otra. El poder divino y el orden no son más que la esencia infinitamente perfecta de Dios”.

He aquí claramente manifestada la noción de la libertad divina, por uno de los más eminentes filósofos cristianos: ¿cuál de los ortodoxos pudiera rechazar la doctrina de Fenelón, lumbrera de la Iglesia Romana? Pues si Dios no puede, sin dejar de ser Dios, contrariar ni destruir ninguno de sus atributos, no hallamos que sea temerario, menos absurdo, el sostener que la potencia creadora y activa por esencia, no ha podido permanecer sin producir necesariamente sus efectos; y que, por lo mismo, la creación es eterna, es decir, fuera del tiempo.

Luego la necesidad de la creación, en el sentido en que habla Cousin, no entraba la voluntad divina, ni ataca su libertad soberana, sino que más bien es conforme a estos divinos atributos.

Expuesta la teoría dualista filosófica, debemos estudiar el sistema mosaico; pero esta materia la trataré en mi conferencia venidera, si continuáis honrándome con vuestra benévola atención.

III

MOSAISMO

La materia de esta conferencia puede causar alarmas únicamente en el espíritu de personas ajenas a los conocimientos modernos; pero la distinguida e ilustrada concurrencia que me escucha, conoce muy bien los trabajos de la Crítica histórica y científica en el siglo anterior y en el presente; y, por lo mismo, nada hallará en mi discurso, que ya no esté divulgado y popularizado por centenares de libros que andan en manos de toda la gente instruida e intelectual.

La ilustración moderna es hija de los libros, se nutre con los libros y difunde mediante los libros. Si un libro contiene verdades, pertenece a todas las épocas; porque no hay verdad antigua ni verdad nueva, sino verdad eterna, cuyo poder lumínico es perpetuo. Ya no habla Dios a los hombres, para enseñarles de viva voz, a decifrar los misterios del Universo; ni siquiera bajan los ángeles a platicar con nosotros, como solían hacerlo con los patriarcas, después de comer un cabrito a la sombra de las encinas de Mambré. Hoy la única sede diamantina de la sabiduría, es el gran libro de la naturaleza; y las bibliotecas guardan los tesoros acumulados por los exegetas y comentadores de tan divina escritura. Fuera de esta fuente de luz, no hallaréis sino el caos, tenebroso y vacío para la humana inteligencia.

Si voy a repetiros lo que, sin duda, habéis leído, o podéis leer, en dichos libros, y aun en revistas y papeles periódicos, es porque me he propuesto tocar, siquiera ligeramente, todos los temas relativos a la moderna concepción del sistema del Universo. Os expondré, llana y sencillamente, las lucubraciones de los críticos, las conclusiones a que han llegado, y acaso mi opinión particular; a fin de que vuestro sano criterio juzgue de la materia controvertida, y

acoja o rechace lo que tenga o no por conforme a la verdad y a sus convicciones. Lejos de mí, la pretensión de haceros aceptar mis pensamientos; y mucho más, la idea de confutar creencias ajenas, las que, aun cuando yo no participe de ellas, merecen mi más profundo respeto. No me cansaré de repetir que estas conferencias no son un curso religioso, en pro ni en contra de ninguna creencia; sino la exposición de teorías filosóficas y científicas, enseñadas en los centros culturales de todo el mundo. (1)

El sistema llamado **mosaísmo**, fué incorporado en la doctrina cristiana en una época de atraso científico, en que no era posible ni sospechar la magnitud y trascendencia de los errores que contenían los libros judíos, adoptados en mala hora como fuente única de la verdad revelada por Dios a los hombres. El entusiasmo religioso por la Judea, cuna del Redentor, tierra santificada recientemente por Jesús; y el mismo espíritu bíblico del que no se habían despojado los hebreos anunciadores del Evangelio, fueron la causa de que las Sagradas Escrituras se colocaran entre el entendimiento humano y la ciencia, como barrera infranqueable y divina.

Benito Spinoza era un Doctor judío, y si lo arrojaron de la Sinagoga, fué por sus doctrinas panteístas; de consiguiente, dicho filósofo conocía con perfección los diversos textos de las escrituras. Su opinión, por lo mismo, es decisiva, o por lo menos, de gran peso, al tratarse de la autenticidad y valor de los Libros Santos de Israel. Pues bien, Spinoza sostiene y prueba, en su **Tratado Teológico-Político**, que el Pentateuco, ni es auténtico, ni es obra de Moisés, como se cree. Véase lo que dice en el Capítulo XVII de dicho Libro: "Muchos han creído que el autor del Pentateuco fué Moisés. Los fariseos defendían esta opinión tan firmemente, que era imposible contradecirlos sin incurrir en herejía (...) Primeramente, el autor del Pentateuco, además de hablar de Moisés en tercera persona, da por cuenta propia noticias como estas: **Dios habló a Moisés; Dios conversaba frente a frente con Moisés; Moisés era el hombre más humilde; Moisés era un hombre divino; murió Moisés el siervo de Dios etc (...)**"

(1) En un libro, aún inédito, intitulado "La Moral Teológica y su acción en el Judaísmo", he tratado extensamente la materia de esta conferencia, la que no es sino compendio de dicho libro.

"Es, por tanto, clarísimo que tal modo de hablar, tales testimonios y toda la contextura de semejante historia, todo nos invita a pensar que los libros del Pentateuco no son de mano de Moisés. Segundo: en esta historia de Moisés no se habla solamente de su muerte, su sepultura y el duelo de los hebreos durante treinta días, sino que expresamente se dice que nunca se vió en Israel un Profeta como Moisés (...) Semejante testimonio no pudo darlo Moisés de sí mismo, ni tampoco ningún escritor inmediatamente posterior a Moisés, sino un escritor de muchos siglos después. Obsérvese que el autor habla de un tiempo remoto (...); lo mismo cuando trata de la sepultura de Moisés, dice que hasta entonces nadie la había conocido. Tercero: en el Génesis se dice que Abraham persiguió a los enemigos hasta Dan. Y este nombre se dió a una población de que se trata, algunos siglos después de la muerte de Josué. Cuarta: las narraciones del Pentateuco se extienden algunas veces más allá de los tiempos de Moisés. En el Exodo se dice que los hijos de Israel **comieron el maná en el desierto durante cuarenta años, hasta que llegaron a regiones habitadas, en los confines de Canaan**, es decir, hasta el tiempo de que habla Josué. En el Génesis se dice también: **Estos son los reyes que reinaron en el país de Edón, antes de que ningún Rey reinase sobre los hijos de Israel**. Y está fuera de duda que el historiador se refiere a los reyes de los Idumeos, antes de que se los subyugase (...) Es, pues, más claro que el día que no fué Moisés el escritor del Pentateuco, sino cualquier otro posterior en algunos siglos a él".

Y continúa sustentando su tesis con abundancia de pruebas, las que me es imposible reproducir en su totalidad sin hacer interminable mi discurso.

Haben—Hezra, un sabio rabino, fué el antecesor de Spinoza en esta labor crítica de las Escrituras. Fué el primero que puso en duda la autenticidad del Pentateuco; y tras de él, vinieron otros Doctores más audaces que, como acabamos de verlo, llegaron a conclusiones categóricas y claras contra la antigua creencia de los fariseos. Y cuando la Crítica prestó su decidido auxilio a la Historia y a la Ciencia, numerosos pensadores se dedicaron a resolver tan arduo problema; y lucharon durante cuatro siglos contra la omnipotencia teológica, así protestante como católica, empeñada en sostener la autoridad de Moisés, es decir, el carácter de divinamente

revelados que se atribuye a los libros del Pentateuco. Esos valerosos campeones de la verdad y la razón, no retrocedieron ni ante el horroroso poder de la Inquisición, que escudaba las Escrituras con verdaderas murallas de cadáveres y huesos calcinados de los mejores pensadores; y, al fin, consiguieron derrocar el viejo edificio y dejar libre el paso al desarrollo y progreso de la Ciencia.

Astruc, médico de Luis XIV, si hemos de atenernos al sabio historiador de Israel, Bernardo Stade, fué quien tuvo la gloria de rasgar completamente el velo del misterio y dar cima a la obra comenzada por Haben-Hezra, y continuada con tanto tesón y peligro por Maes y Bonfrere, el Cardenal de Cusa y La Peyrere, Morin y Le Clerc, Ricardo Simon y otros muchos sabios, tanto eclesiásticos como seglares, a los que la humanidad debe eterna gratitud, por haber destruido esa barrera opuesta al adelanto científico; barrera en la que Huxley decía humorísticamente, que había la siguiente advertencia a las Ciencias Naturales: "No se pasa —Moisés."

Se descubrió finalmente que el Pentateuco no era sino una compilación de varios escritos legendarios y que, por lo mismo, no eran, ni podían ser obra de Moisés. "El Thora, llamado también por el nombre griego que se le dió en Alejandria, el Pentateuco (...) fué compuesto con escritos originarios de caracteres muy diversos —dice Stade—. En él se encuentran dos escrituras sobre las antiguas leyendas del pueblo, redactadas para glorificar la adoración popular de Dios (...)" Como sería largo reseñar las labores de la Crítica en esta importantísima materia, durante más de cuatrocientos años, me limitaré a citar las conclusiones de dichas labores; conclusiones que ha compilado diestra y brevemente Emilio Ferrière, en su libro "Los errores científicos de la Biblia".

"Bajo el reinado de Jeroboam II, hacia el año 825 antes de Jesucristo —dice Ferrière— se realizó la idea de dar al pueblo efraimita una historia de sus orígenes (...) El autor se ha servido principalmente de las dos colecciones de leyendas patriarcales y heroicas. Como en esta historia el nombre del Eterno se halla expresado por el tetragrama sagrado H I W H, que en el siglo XVI de nuestra era se tradujo por **Jehová**, se ha dado al ensayo de esa historia efraimita, el nombre de **Documento Jehovista**; el que contiene: la creación en un sólo día, contada en el Génesis, Cap. II, Vers. IV;

la decendencia de Adán y Eva, Caín y Abel, la leyenda de Moisés salvado de las aguas; la de José vendido por sus hermanos; y el libro de la Alianza... Casi en la misma época en que se redactaba en Efraim el Documento Jehovista, un sacerdote del templo de Jerusalem, bajo el reinado de Joas o de Amazías, su hijo, concibió también el designio de dar al pueblo de Judá una historia de sus orígenes. Este sacerdote no conocía la colección de las leyendas patriarcales. (...) El ensayo de Historia Sagrada compuesto por el sacerdote de Jerusalén, ha recibido de la crítica moderna el nombre de **Documento Elohinista**; este apelativo se deriva del nombre del Eterno, expresado en dicho documento con la palabra Elohin. A este documento pertenece: la decendencia de Adán que comienza con Seth. El Elohinista, en efecto, no conocía a Eva, ni a Caín, ni a Abel; para él, Adán no tiene más que un hijo con nombre propio, a saber, Seth...; las genealogías de los tres hijos de Noé...; según el Elohinista, de los tres pueblos que descienden de los tres hijos de Noé, tenía cada uno su lengua propia desde su origen; según el Jehovista, todos los pueblos tuvieron una sola y misma lengua en el origen, y la distinción de lenguas se verificó en la torre de Babel (...) hacia el año 623, es decir, un siglo después de la ruina del reino de Efraim, el Rey de Judá Josías, promulgó un Código que más tarde recibió el nombre de **Deuteronomio**. Esta Código fué obra del Jefe de los sacerdotes, Helkia, y del célebre profeta Jeremías (...) Hacia el año 442, esto es un siglo después del edicto de Ciro (...) el legista Esdrás, auxiliado por el Gobernador Nehemías, promulgó solemnemente el nuevo Código, el Levítico (...) Son los Doctores de la Ley quienes concibieron la idea de fusionar en uno solo todos los Códigos y las historias (...) Por respeto a ambos textos, el combinador se limitó, sobre poco más o menos, a cortarles en trozos que puso aquí y allá soldándoles entre sí, con una torpeza candorosa. A menudo no hizo más que embrollarlos todos, o, simplemente, yuxtaponerlos. Gracias a esta inexperiencia, o a esta piedad enemiga del arte, ha podido ser resuelto el problema de la Biblia. Mientras, el Pentateuco fué considerado como obra de Moisés, la Biblia era un enigma indescifrable; hoy puede decirse que el velo de la esfingue se ha rasgado (...) Los estudios bíblicos del siglo XIX han conseguido dos resultados de capital importancia: primero, Moisés no ha escrito nada, no ha compuesto nada, absolutamente nada. De acuerdo unánime, Moisés vivió en el siglo XVI antes de nuestra era; y la primera edición de las leyen-

das es del siglo IX, siete siglos después de Moisés. Las primeras ediciones del Documento Jehovista, y del Documento Elohinista, son del año 825, es decir, ocho siglos después de Moisés. La primera edición del Deuteronomio es del año 625, diez siglos después de Moisés. La primera edición del Levítico es del año 442, doce siglos después de Moisés. El arreglo definitivo del Pentateuco por los combinadores, es de los años 445 al 336, trece siglos después de Moisés (...). El segundo resultado es este: se ha logrado hacer el análisis elemental de la Biblia; distinguir las diferentes partes de que consta; determinar la cronología de las diversas redacciones, con una aproximación inesperada; poner en claro los nombres de los mismos redactores, o bien el país y las condiciones de los redactores que han quedado anónimos; y, por último, se ha determinado el período en que se realizó la amalgama de tan varios elementos en un solo libro".

He procurado acortar en lo posible esta cita, temeroso de cansaros; pero he repetido todo lo substancial, para dejar sentado que el Pentateuco, o mejor el Hexateuco, como quiere Renán, no contiene escrituras auténticas, sino una simple compilación de narraciones legendarias, muchas veces contradictorias, absurdas o nebulosas, como lo hacen notar Stade y Spinoza.

Jaccoliot —en su *Histoire des Vierges*— añade estas pruebas contra la autenticidad y antigüedad del Pentateuco. "El primer Capítulo del Deuteronomio comienza con estas palabras: **He aquí las palabras que Moisés dirigió a todo Israel, al otro lado del Jordán, en el desierto.** Moises no pudo hablar así, puesto que murió antes de que su pueblo atravesara el Jordán. En el Capítulo II del mismo libro, dice Moisés: **"En el mismo tiempo les tomamos a los Reyes amorreos sus tierras, situadas al lado de allá del Jordán, desde el torrente Armón hasta el monte Hermón"**. ¿Como pudo escribir Moisés este versículo, dando por cierto que el país de los amorreos, el torrente de Armón y el monte de Hermón se hallan más adelante del Jordán, y que los Israelitas atravesaron y sometieron estas comarcas antes de pasar este río? (...) En el Capítulo IV del Deuteronomio se lee: **"Moisés señaló tres ciudades al otro lado del Jordán hacia el Sol levante... Estos son los estatutos y leyes que dió Moisés a los hijos de Israel, después de la salida de Egipto, en el valle de Bethphegor, al otro lado del Jordán"**. El otro lado, o el lado

de allá del Jordán, respecto de Moisés que no lo atravesó, está al Occidente. El valle de Bethphegor no está al otro lado del Jordán, hacia el Sol naciente, sino para el escritor que se halle al costado de Jerusalén. Es, pues, evidente que estos versículos son obra de un escritor anónimo (...). En el Capítulo XXII del Génesis se dice: **"Y llamó a Abraham, aquel lugar, Jehová proveerá"** (...). ¿Cómo pudo el Patriarca llamar Jehová a Dios, cuando en el Capítulo VI del Exodo, dice el mismo Eterno: **Yo soy Jehová y aparecí a Abraham, a Isaac y Jacob, bajo el nombre de Dios Omnipotente, más con mi nombre de Jehová no me notifiqué a ellos?** La redacción del Pentateuco, posterior a Moisés, se descubre a cada instante ... Hay en dichos libros una multitud de anacronismos y despropósitos; los que prueban de manera irrefutable que esta obra ha sido escrita mucho tiempo después de muerto Moisés (...). No se halla ninguna cita del Pentateuco en el libro de Josué, ni en el libro de los Jueces, ni en el libro de Samuel, ni en los escritos de Salomón y David (...). Por lo contrario, a partir del rey Josías y del gran sacerdote Helkiah, el Pentateuco es constantemente citado como Libro de la Ley de Moisés".

Muchos otros críticos modernos abundan en razones análogas; de modo que ha quedado fuera de toda objeción la tesis de Haben-Hezra y Spinoza. ¿Cómo pueden, pues, servirnos de guía y norma, así en la Ciencia y la historia, como en la fe religiosa y la moral, unos libros que descansan más en la imaginación de algunos hebreos desconocidos, que en la verdadera sabiduría? ¿Cómo nos atreveríamos a sostener todavía que Moises los escribió por inspiración del Espíritu Santo?

*
* *
*

Indudablemente, la Biblia no es un tratado de ciencias naturales, ni ha sido escrita para enseñar teorías cosmogónicas, astronómicas, zoológicas y antropológicas; el fin de las Escrituras está en otro orden de conocimientos; y el gran error de los antiguos mosaístas, fué considerar dichos libros santos, como fuente infalible de todo conocimiento humano. Sin este fatal error, no habría surgido discordia entre la ciencia y la letra del Pentateuco, ni se

habría hecho notable la contradicción de las lecciones mosaicas, con los descubrimientos modernos.

El autor del Génesis, ora sea Moisés, ora otro de los judíos que los críticos modernos señalan, no era un sabio, no conocía ninguna de las ciencias naturales y físicas; pero, indudablemente, tenía dotes de poeta, como casi todos los escritores del antiguo Oriente, y hemos de confesar que varios pasajes alcanzan la esfera de lo literariamente sublime. Mas, descartada la belleza poética, quedan únicamente la fábula y el error; la creación mosaica —que saca por milagro y derrepente todas las cosas de la nada, que produce algunos efectos antes de sus respectivas e inmediatas causas, que hace del ser absoluto y todopoderoso un artifice vulgar que trabaja varios días y se fatiga al igual del hombre, que corrige y perfecciona su obra hasta que ve que está buena, que destruye la concatención y solidaridad entre los seres criados— de ninguna manera es conforme a las conclusiones de la Ciencia, ni a la idea que de la divinidad se forma la razón equilibrada y sana. La Cosmogonía, la Astronomía, la Geología, la Paleontología, la Biología, etc., han venido a contradecir solemne e irrefragablemente las lecciones de Moisés; han restablecido de modo definitivo la verdad en los dominios de la naturaleza, sin arredrarse ante la quiebra de la fe religiosa que se apoyaba en la infalibilidad de la Santa Biblia.

Hoy no se podría aducir la autoridad del Pentateuco en ninguna disquisición científica, ni siquiera histórica, sin merecer el compasivo desdén de la gente ilustrada; mucho menos alegar la divina infalibilidad de dichos libros judíos, porque, ¿cómo hablar de inspiración sobrenatural, si conocemos el origen de las escrituras? ¿Cómo hallar en sus páginas la palabra de Dios, es decir, de la sabiduría infinita, si todas ellas no son sino un enhebrado de raros errores que la razón rechaza, y de afirmaciones destruidas ya por el saber humano? Hasta algunos teólogos han reconocido la vacuidad científica de los libros santos; y el Cura Esmemjaud, en su erudito y lógico libro *La letra mata*, no ha podido menos que ponerse de lado de los que combaten la ciencia contenida en el Pentateuco. Después de hablar de la separación de la luz y las tinieblas, dice, por ejemplo: "Nótese que el escritor judío supone, como lo hacían los antiguos, que las tinieblas son una entidad. La noche, o la oscuridad, no es sólo la ausencia de la luz, una pura nada, sino

un conjunto de vapores tenebrosos que son una sustancia real e independiente. Se las puede ver, y aun tocar, según el Exodo. Dios dice a Moisés: Extiende tu mano al cielo, para que sobre la tierra de Egipto se extiendan tinieblas tan espesas, **que se pueden tocar**. Y esto, ciertamente, se ha dicho sin metáforas. El texto dice que de una tarde y una mañana se compone el día; y según los intérpretes, por tarde debe entenderse la noche, por mañana, el día. Mas, son los astros que con su revolución diurna operan, y solamente pueden operar, la alternación del día y la noche; y el Sol y los demás cuerpos celestes estaban todavía por crearse (...)"

Ni es maravilla que en épocas en que las ciencias eran desconocidas, aun en los pueblos más florecientes, los escritores judíos ignoraran hasta los rudimentos de ellas; y que, por lo mismo, sus libros contuvieran nociones falsas y aun absurdas, en todo lo referente al sistema de la naturaleza. La Cosmogonía y la Astronomía hebreas, consideradas como revelación divina, han detenido por siglos y siglos los vuelos de la ciencia; y lo que es peor, han manchado con sangre de mártires las conquistas de la inteligencia, han coartado con los **in pase** y el brasero el avance de esa soberana conquistadora de la civilización. La Metereología, envuelta en el misterio y sujeta por siempre al milagro, no ha podido dar un solo paso en beneficio del hombre: las lluvias y las sequías, las nubes y el rayo, el arco iris y las tempestades, el rocío fecundizador y la asoladora escarcha, etc., todo estaba en manos de espíritus invisibles, agentes de la divinidad; y por lo mismo, nada podía preveer la Ciencia, nada advertir a la agricultura, nada pronosticar para el día de mañana. Explicar la naturaleza del arco iris, por ejemplo; enseñar que no fué puesto en el cielo en época determinada, y como signo de alianza, sino que es un fenómeno natural de la luz, bastó para que De Dominis fuese arrastrado a una prisión, donde sucumbió, y para que su cadáver fuera arrojado sin piedad al quemadero.

La Zoología, la Botánica, la misma naturaleza humana, explicadas por la Biblia, resultan absurdas; de manera que, puede afirmarse que nada, absolutamente nada, se puede aprender en los Libros Santos, conjunto de errores contra todo lo que significa Ciencia. Repitolo, la Biblia no se escribió para difundir los conociemien-

tos humanos: su rol está en otro plano de la inteligencia, y está únicamente relacionado con la conciencia creyente.

Apenas podemos figurarnos los extremos a que la humanidad fué conducida por los errores bíblicos en lo relativo a la ciencias; y los crímenes y atrocidades que se cometieron en nombre de la pretendida sabiduría revelada. El martirio, los calabozos, la tortura, los padecimientos más indecibles, la agonía más dolorosa y desesperante, han sido el precio con que la razón humana ha comprado su independencia.

Giordano Bruno fué el precursor de la teoría evolucionista del universo sideral, tesis que tanta gloria ha dado a Laplace; pero la clara visión científica de aquel genial dominico, fué castigada con la hoguera. Los Libros Santos, los Libros revelados decían en varios pasajes que el cielo es como una tienda, como bóveda vitrea, con depósitos de agua sobre ella; que el Sol, y la Luna y las estrellas todas, salieron en un sólo día de manos del Creador, para tachonar el firmamento y alumbrar la tierra; de consiguiente impiedad horrenda afirmar la existencia y evolución de las nebulosas, de esas como simiento infinito de mundos infinitos en formación, de la que había también brotado nuestro sistema planetario.

Los libros revelados afirmaban que Josué detuvo el Sol, en su carrera: que la sombra retrogradó en el reloj solar de un monarca del pueblo escogido; que la tierra era plana e inmóvil en el centro del universo; que todos los luminares del cielo no tenían otro fin que prodigar su luz al hombre, así en el día como en la noche. Luego, la doctrina heliocéntrica contradecía abiertamente al Espíritu Santo, era impía, blasfematoria, digna de los mayores castigos temporales y eternos. Y los libros de Copérnico y Keppler fueron prohibidos; a Newton y a Herstchell se les combatió sin tregua ni descanso; y el mismo Galileo tuvo que evitar el suplicio con una retractación cobarde. La Ciencia ha triunfado, pero después de cinco siglos de lucha cruenta; lucha en la que ha sucumbido la infalibilidad teológica, pero a costa del sacrificio de muchos sabios campeones de la verdad.

Y los teólogos llevaron el absurdo hasta lo increíble en esta contienda; y enseñaron las más grandes insensateces, como doc-

trinas del mismo Dios. Cosmos Indicopleustes —un fraile de las orillas del Nilo— vino a ser el oráculo para la ortodoxia, el inspirado intérprete de los libros de Moisés, la columna más fuerte y divina de la Teología Santa. Y el susodicho monje pasaría hoy por el más risible de los insensatos; pues basta su teoría de la construcción del mundo, para que se le niegue hasta el buen sentido. Imaginóse que la tierra era una superficie plana, cuya longitud podía recorrerse en cuatrocientas jornadas, y la latitud, en doscientas. Este cuadrilátero está limitado por cuatro mares, cuyo desbordamiento al vacío, impiden cuatro muros, sobre los cuales estriba el firmamento. La bóveda azul cobija a los hombres, los astros y toda la naturaleza orgánica e inorgánica terrestre; y sobre dicha bóveda está la morada de Dios y sus Santos. Los ángeles, especie de ingenieros del Eterno, cuidan de mover, dirigir y reparar los luminares del cielo. Y artículos de fe todos estos desaciertos; de los que nadie podía dudar, menos contradecirlos, sin ponerse en camino del quemadero. Podéis ver esta teoría en Withe, **Lucha de la Teología y la Ciencia**.

Adaptada esta configuración de la tierra, no era posible que se concibiese la existencia de los antipodas; y así, los antiguos Padres de la Iglesia, como los Obispos de la Edad Media, reputaron como enorme heregia aquella afirmación científica. San Agustín, no obstante el vigor y claridad de su inteligencia, sostuvo el parecer teológico, con argumentos que hoy mueven a risa. No puede haber antipodas, decía, porque esos hombres no podrían ver a Jesucristo, rodeado de gloria y majestad, cuando aparezca en el cielo el día del juicio para juzgar a los vivos y a los muertos. Cuando Virgilio de Salzburgo se atrevió a ir contra la corriente de la ortodoxia, el Pontífice romano Zacarías condenó la creencia en los antipodas; y más tarde se castigó con pena de muerte a los que la enseñaron.

La Zoología Bíblica espanta y, al mismo tiempo, produce incontentible hilaridad. Los crédulos e ignorantes escritores judíos mezclaron en sus libros, la Mitología Oriental con las rudimentarias nociones que habían podido adquirir acerca del reino animal de su reducida comarca. Pero esos mitos engendraron otros mitos, y el absurdo se perpetuó aun en la sociedad cristiana que no sólo en la hebrea; y sirvió de valla infranqueable para el estudio de la naturaleza animada. Así, la tentación de Eva probó que las serpien-

tes hablaban y andaban enhiestas, antes de que el Omnipotente las maldijera. La habladora borrica de Balaam, produjo otros asnos milagrosos que hicieron gala de poseer un lenguaje articulado. Y, si hemos de creer a San Jerónimo, en su Epístola XII, hablaban los hipocentauros, los sátiros, y otras alimañas de la especie: ¿por qué no, si la burra bíblica pronunció palabras de profecía? El Santo Doctor nos refiere cómo San Antonio fué en busca de San Pablo el Ermitaño, sin conocer el camino y al través del desierto; pero Dios vino en su ayuda, y un monstruo, mitad hombre, mitad caballo, le mostró la dirección de la morada que buscaba. Más allá; un sátiro le salió al encuentro, le ofreció dátiles, le enseñó la ruta, y, lo que es más admirable, le suplicó que intercediera ante Jesucristo por toda la **manada de faunos, incubos y sátiros**... El leviatán que se traga a Jonás sin digerirlo; los dragones, unicornios, etc., creaciones fantásticas que pasaron por reales, fueron el más grande obstáculo para la Historia Natural, cuyo estudio prohibió al fin el Papa Urbano VIII.

Los libros santos hicieron del eterno un alfarero, imitando a los egipcios que en sus templos representaban a los dioses forjando a los hombres de barro, como lo atestiguan las ruinas del templo de Dendarah. Reinach, en su tratado de los **Cultos y mitos**, nos refiere cómo se disputó sobre el hermafroditismo del primer hombre, sobre la separación de los sexos debida al pecado, sobre si resucitarán los andróginos, etc.; y hubo quienes afirmasen aun que Adán había sido ovíparo... Y cuando la teoría evolucionista dió señales de vida, cuando algunos filósofos y naturalistas concibieron la ley de transformación y perfeccionamiento ascendente de los seres animados, el furor de la Teología no reconoció límites: Vanini fué quemado vivo, después de habersele cortado la lengua, por haber hablado de la perfectibilidad de las especies animales.

¿Para qué continuar aumentando los males ocasionados por los errores científicos de la Biblia, los que Ferriere ha expuesto con tanta erudición como sencillez en su libro sobre los absurdos contenidos en las Santas Escrituras? ¿Y quién, después de palpar tales errores, en todos los ramos de la ciencia, podría atribuir a la sabiduría infinita aquellos erróneos escritos, en pugna aun con el sano juicio, que no sólo con la sapiencia humana?

*
* *
*

Hemos visto que el Génesis hebreo se compone de dos narraciones diversas, combinadas con muy escasa habilidad por los compiladores de los escritos de que está compuesta la Biblia; y que esas primitivas leyendas se hallan en palmaria contradicción en todo. En efecto, el Capítulo II corresponde al Documento Jehovista, y se basa en el monoteísmo: su autor da muestras de haber concebido mejor los atributos del Ser Eterno, si bien, no ha podido desligarse aun de la absurda noción antropomorfista, común a todas las teogonías primitivas. La Omnipotencia infinita resplandece en el versículo IV; porque es más propio de ella producir el universo en un solo acto de su voluntad soberana, que no por actos sucesivos que son incompatibles con la divina esencia. "Estos son los orígenes de los cielos y la tierra —dice el narrador jehovista— cuando fueron criados, **el día en que Jehová Dios hizo el cielo y la tierra**". Según este sagrado texto, la creación fué obra de un solo día; del día del Señor es decir, del instante en que se realizó el proyecto divino de producir la naturaleza, como manifestación del poder infinito.

Y, contrariamente, el Capítulo 1 del referido libro santo, que corresponde al Documento Elohinista, descansa en el politeísmo: los dioses crean el mundo en seis días, como si procedieran por grados, previa deliberación y evitando la fatiga, la que al fin los rinde al día séptimo que dedican al descanso. Ni siquiera observan los Creadores en su obra, la rigurosa concatenación entre los efectos y las causas, ni el orden indispensable en el nacimiento de las cosas. La Luz aparece cuatro días antes que las antorchas siderales que la producen; lo mismo que el tiempo, la noche y el día, sin que aún existieran los factores celestes que operan y miden sus alternaciones y duración. Y tanto más tenemos que notar estas anomalías, cuanto que el mismo narrador elohinista dice en los versículos 14 y 15: "Y dijo Dios: Sean lumbreras en la expansión de los cielos **para apartar el día de la noche; y sean por señales, y para estaciones y para días y años**; y sean lumbreras en la extensión del cielo, **para alumbrar sobre la tierra**". Siendo así, no se comprende cómo hubo luz antes de que fuesen creados los fanales que Elohim destinaba a darla; ni cómo hubo días y noches, sin que todavía existieran los astros que habían de separarlos; ni cómo se midió el tiempo sin

esas mismas lumbreras que debían marcar las estaciones, los días y los años.

Dicen que el escritor elohinista profesaba el politeísmo, porque los críticos que conocen el hebreo y han estudiado los primitivos textos del Génesis, contradicen las versiones ortodoxas que del Pentateúco conocemos. La potencia creadora se designa en dicha narración, con la palabra **Elohim**; por lo cual, como lo hemos visto, se ha dado el nombre de elohinista a la referida leyenda. "En hebreo, el singular **Elah** significa Dios —dice Jacolliot—. Y el plural **Elohim**, significa los dioses. Apelo a todos los hebraizantes que nos contradigan. Y en todo este capítulo del Génesis se emplea esta expresión **Elohim**, los dioses; y no **Elah**, Dios. Además, el plural elohim, los dioses, domina siempre al singular: **Elohim bara, los dioses crea**".

Los antiguos críticos, como Voltaire, habían ya traducido de igual manera la susodicha palabra hebrea; y el mismo Abate Du-Clot, sabio autor de las **Vindicias de la Sagrada Biblia**, se conviene en que la voz elohim, vertida al latín, como equivalente a **Deus**, está en él Génesis usada en plural; según puede verse en el párrafo VI la Nota Primera sobre el libro incial, de los atribuidos a Moisés. Y es tan evidente esta forma gramatical, que no siempre falta la debida concordancia que el referido Abate alega contra las conclusiones de Voltaire; puesto que el versículo 26 del Capítulo 1, dice "**hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza**"; lo cual no se habría dicho, si el sujeto del verbo hubiera sido Elah o Deus.

Esta sustancial diferencia en cuanto al concepto de la divinidad, no deja duda acerca del diverso origen de las dos narraciones; las que unidas sin arte alguno, como dicen los críticos, han formado una sola leyenda que pone al descubierto esa distinta procedencia. Continuamos el estudio de la creación.

El Manava—Darma—Sastra comienza con esta narración: "Sentado estaba Manú (...) Cuando los grandes sabios se le acercaron y saludándolo le interrogaron (...) Así interrogado (...) el inmensamente poderoso respondió: Oid. El Universo estaba sumergido en la oscuridad imperceptible, sin atributo alguno distintivo, y sin que pudiese ser descubierto por la razón ni por la revelación:

yacía adormecido. Entonces el gran poder existente por sí mismo (...) se manifestó en su gloria disipando las tinieblas (...) El, habiendo resuelto sacar de su propia sustancia corpórea las diversas criaturas, produjo en primer lugar las aguas, y depositó en ellas un germen. Este germen se hizo un huevo reluciente como el oro, esplendoroso como el astro de los mil rayos, y de él nació el ser supremo, bajo la forma de Brahama, el primogénito de los mundos. Las aguas fueron llamadas **Nara** (...) porque fueron hijas del espíritu divino; y porque en estas aguas se verificó el primer movimiento, **Ayana**, el espíritu creador fué llamado **Narayana**, es decir, **el que se mueve sobre las aguas** (...) En el huevo primitivo el poder supremo permaneció inactivo un año divino; al cabo del cual hizo que se dividiera por sí mismo. Y de estas dos partes formó el cielo y la tierra, etc.," En seguida refiere Manú la creación de los ángeles y del alma, de los astros y de los seres terrestres; hasta que para manifestarse el creador en forma trina, se dividió a sí propio en dos partes, macho y hembra; y de la unión de estos dos elementos generadores nació Viradja. De esta manera se formó la trinidad primitiva, a la que sucedió la trimurti védica, Agni, Indra, y Sourya. Más tarde, la trinidad brahamánica, compuesta de Brahama, Vischnu y Siva, fué la última revelación del Dios trino, en su triple acción de creador, conservador y transformador de los seres.

Es de notar que en casi todas las mitologías hallamos los mismos actores del Génesis; el mismo germen del universo; la misma divinidad que se convierte en andrógina para formar la trinidad gobernadora de las cosas. En todas las creencias iniciales de los pueblos vemos al Espíritu divino flotando sobre las aguas, antes de ordenar el caos y hacer que la naturaleza se manifieste con todos los esplendores de la creación. Lo mismo en los pueblos que participaron de las antiguas civilizaciones que en los que pasaron por bárbaros a los ojos de la India, el Egipto y la Persia; así en los viejos Continentes, como en la América y las islas del Océano. El Génesis caldeo, por ejemplo, no se diferencia sustancialmente del indostánico: el universo brota también de un germen, de un huevo que el Eterno arroja al Eufrates; germen que produce el principio femenino, Astarté, de cuya unión con el espíritu —el macho divino— salieron todas las cosas. Los persas tenían al Tiempo infinito por principio divino, del que dimanaron la luz y las tinieblas, los bienes y los males de la tierra. Oromazes es el Verbo eterno, padre de la luz; y Arimanes ei

principio contrario, el genio de la noche tenebrosa. Estos dos principios unidos a Mithra, el dios mediador, formaron la trinidad persa; la que representaba únicamente la luz, el calor y el agua, elementos vivificadores de la naturaleza. Los etruscos enseñaron también que los Demiurgos creadores del mundo, provinieron del ayuntamiento de los principios masculino y femenino que poseía la divinidad andrógina, nacida asimismo de un huevo sagrado y en medio de las aguas. En Egipto, Ammon-Ra, el principio macho, se une a Mauth, principio hembra, y da nacimiento a Knef, para completar la triada creadora del universo. Estos miembros de la trinidad, luego que se revelaron a los hombres, tomaron, respectivamente, los nombres de Osiris, Isis y Horus; y la divinidad, para realizar sus admirables obras, dejó caer de su boca el huevo generador del mundo, en medio de las aguas. La tierra está vacía y envuelta en vapores húmedos y tenebrosos; entre los cuales se alzó la voz del Verbo que era la voz de la luz... Odian, también macho divino, y Freya, la hembra inmortal, engendraron a Thor, y la trinidad escandinava sacó los mundos del húmedo elemento.

Sería interminable esta reseña mitológica, si quisiera extenderla a los demás pueblos; pero lo dicho basta para justificar las conclusiones de los críticos, respecto de la influencia directa y decisiva que la India ha ejercido en la formación de los mitos y creencias de las demás naciones. De esta influencia ha nacido la semejanza de los libros santos que los hombres reverencian, o han reverenciado, como fruto de revelación divina, como materia de fe necesaria e infalible.

Todas las agrupaciones humanas han bebido en la misma fuente, allá, en las orillas del Ganges, cuna de la primitiva civilización; la que irradió sobre el Eufrates, el Tigris y el Nilo, y más tarde, sobre todas las comarcas asiáticas y europeas, sobre las islas del mar y el Continente americano. Los conquistadores que recorrieron la tierra para dominarla, llevaban su religión, sus prejuicios, sus mitos; y los imponían a los vencidos, junto con el yugo de la servidumbre. Con las frecuentes emigraciones, transportábanse masas crecidas de pueblo, del uno al otro extremo de los Continentes; y esos viajeros que se despedían para siempre del suelo natal, llevábanse también sus dioses y sus tradiciones, para depositarlas en medio de otros hombres y otras latitudes. Y por estos medios, el Génesis de la India, el más antiguo —como luego veremos— vino

a ser la tradición común del género humano. De la misma manera, esas leyendas y mitos indo-caldeos pasaron los mares y se divulgaron aun en las tierras americanas, como podéis verlo en las *Vues des Cordillères et monuments des peuples indigènes de L'Amerique*, de Humboldt, en la *América Prehistórica* del Marqués de Naidellac, y en otros mucho autores que de esta materia han tratado en los últimos tiempos. Cosmogonía, creencias y prácticas religiosas, supersticiones, hasta la arquitectura sagrada, son semejantes en el mundo asiático y la América prehispana: ¿cómo se explicaría esta comunidad de ideas, sin comunicación entre tan diversos pueblos y razas?

No es, pues, maravilla que el primer libro del Pentateuco sea una imitación palpable, ya que no es copia exacta, de las escrituras indostánicas. Entre los críticos que han cotejado concienzuda y rigurosamente el Génesis hebreo con el védico, descuella el sabio orientalista Jacolliot; el que, habiendo aun aprendiendo la lengua sagrada de la India, pudo estudiar las santas escrituras de ese misterioso país, en el seno mismo de las pagodas y con el concurso de los sacerdotes guardianes de aquellas venerandas tradiciones. Y en todas las obras con que facilitó al Occidente la investigación y el estudio de los secretos religiosos y científicos del viejo continente asiático, ha comprobado hasta la evidencia, que las religiones de los más grandes pueblos, tomaron origen del Indostán; lo mismo que las tradiciones acerca de los comienzos del mundo y de las vicisitudes y cataclismos de la naturaleza primitiva. *La Biblia en la India*, las *Tradiciones Indo-asiáticas*; la *Historia de las Vírgenes*; *Khristna y Cristo*; *Moisés, Manú y Mahoma*; *El Espiritismo en el mundo*, etc., son otros tantos estudios, así profundos como amenos y atrayentes, sobre las tradiciones védicas y brahmánicas, comparadas con las de las demás naciones.

Otros sapientes exploradores de las ruinas de Babilonia y Nive, de Susa y Sirpula, etc., han desenterrado la historia legendaria y sacra de esos antiquísimos pueblos; historia escrita en arcilla endurecida al fuego, y con caracteres cuyo valor y significado ha sorprendido la ciencia. Numerosas escrituras de esta especie han sido descubiertas en la biblioteca del palacio de Assurbanipal, rey de Asiria, de Babel, de Sumir, Akhad, del Todoel, **gran coleccionador de la literatura babilónica**, como lo llama Hommel. Otras escrituras semejantes han sido desenterradas de entre los escombros de Koyund-

jik, de Koursabad, y de otras célebres ruinas; y estos descubrimientos maravillosos han sido una revelación verdadera y provechosa, pues nos han hecho ver que el Pentateuco no se debe a otra inspiración que al conocimiento que sus autores tuvieron de las tradiciones asirio-caldeas, las que, a su vez, eran copia de las védicas y brahmánicas, fuente primaria de las varias leyendas de la creación, el diluvio, etc. La Asiriología tomó un vuelo inmenso con los trabajos de Surzec, Layard, Rawlinson, Smith y otros orientalistas eminentes; de manera que hoy podemos decir que está descubierto el denso velo que nos ocultaba los orígenes del mundo antiguo, los que sólo veíamos al través del misterio y el milagro.

Lo mismo aconteció en Egipto: los templos de los dioses y los sepulcros de los Faraones han hablado; la verdad no ha podido permanecer oculta y muda ante el conjuro de esos nuevos magos de la ciencia, llamados Champollión, Maville, Dumichen, Mariette, y otros egiptólogos que han hecho surgir los pristinos anales de ese antiguo pueblo, los que yacían sepultados bajo el peso de centenares de siglos. Las ruinas de Abú—Simbel han puesto al descubierto la Tríada de Ammon—Ra con todos sus misterios; las esculturas de Filé y de otros templos faraónicos, nos han presentado a los dioses amasando barro para modelar al primer hombre; la nómina de los reyes egipcios que Seti I hizo grabar en el gran templo de Abydos, y fué descubierta por Mariette, ha confirmado la cronología de Manethón, tan combatida por el tradicionalismo judío-cristiano. Dumichen, en su **Historia del Antiguo Egipto**, le disputa a Mariette la gloria de tan gran descubrimiento: "En el viaje que hice en 1862 a 1865, para estudiar los monumentos egipcios —dice— quiso la casualidad que... fuera yo el primero en observar la lista de los reyes, del templo de Sethis, de Abydos". Pero Meyer —también historiador del antiguo Egipto— demuestra que la lista de los Abydos, por sí sola, era una prueba incompleta; y hace extensiva la gloria disputada, a otros descubrimientos. "De estas listas —dice— tres son de especial importancia: la tabla de Tutmés III, de Karnak; la de Seti I, de Abydos; y la de Ramsés II, de Saqqara. Estas listas se completan recíprocamente, etc". Sea como fuere, confirmada la cronología mencionada, quedó fuera de toda duda la inmensa antigüedad de la monarquía egipcia, la que se había extendido a maravilla y estaba en todo su esplendor, en los tiempos mismos en que los escritores hebreos colocan el diluvio universal. Las

cenizas de mil y mil generaciones fenecidas, han dado testimonio de esta verdad; y ya no nos es lícito cerrar los ojos a los resplandores que despide, y aferrarnos a la leyenda judía.

*
* * *

"La leyenda elohinista, con su Dios plural, era sólo un paganismo del desierto —dice Gener.— Elohim se aparecía triple. Sus hijos, los **Beni-elohim**, bajaban a la tierra para amar a las mujeres y fecundarlas". Indudablemente, como os he dicho, el narrador de la creación atribuida a Elohim, fué politeísta; y no hizo sino copiar las tradiciones indo-caldeas sobre el origen del mundo. En efecto, sin necesidad de repetir aquí los extensos trabajos de comparación que la Crítica ha llevado a término, entre el Pentateuco y las Escrituras de la India, Asiria, Caldea y Egipto, me bastará peresentaros uno que otro ejemplo de esta semejanza, para dejar sentado lo positivo y real de ella.

El Documento Elohinista dice: "En el principio (...) la tierra estaba desordenada y vacía; las tinieblas estaban sobre el haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas". Y el Manava-Darma-Sastra refiere que el Espíritu divino creador se llamaba **Narayana**, es decir, el que se mueve sobre las aguas; porque cuando el mundo era el cáos, la nada, imperceptible en el seno de las tinieblas, el Eterno depositó en las aguas su propia esencia, el germen de la vida universal. Ya hemos visto que esta mitológica tradición es común a todos los grandes pueblos antiguos, los que han creído siempre que la potencia creadora desarrolló la simiente de la naturaleza en medio de las aguas. Smit tradujo al inglés un poema cosmogónico, descubierto en las ruinas de Babilonia, y escrito en la-drillo; traducción inglesa que Gener vertió al castellano para insertarla en su **Historia de la Literatura**. A esta versión pertenece la siguiente descripción del cáos primitivo:

Del tiempo que, en lo alto, el Cielo estaba innominado;
Y abajo la tierra no tenía nombre,
El abismo sin límites fué su generador,
Y el mar caótico el que creó el conjunto.
Sus aguas confluían en una;
Ninguna planta había brotado aun, etc.

El Génesis hebreo nos enseña que el primer día fué creada la luz; y que el Creador la separó de las tinieblas; y llamó a la luz, día; y a las tinieblas, noche. Manú refiere lo mismo: cuando el ser que existe por sí mismo, resolvió crear el universo, apareció brillante de luz, y ahuyentó las tinieblas. El Rig-Veda añade: El dueño de todo lo que se ve, tiene establecida la distinción entre el día y la noche; y desde el comienzo creó el sol y la luna, el aire y la luz. De un fragmento de Beroso copio este pasaje de la tradición caldeo-asiria: Bel rasgó las tinieblas, y los seres tenebrosos, no pudiendo soportar la luz, se desvanecieron. Después ordenó la creación, y desde entonces Bell brilla resplandeciente en el cielo...

El Documento Elohinista encierra la creación en seis días; y seis días dura también esta labor divina, según los libros santos de la India, Caleda, Persia, etc. El *Nari* y *Nara* describe detalladamente las obras de cada uno de los días de la creación, que casi coinciden con el relato atribuido a Moisés. Para patentizarlo, comparemos sólo el versículo 31 del Capítulo I del Génesis, con la narración de Wasichta, referente al séptimo día del mundo. El libro mosaico dice: Y vió Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera... El poema indio dice: Y viendo que todo era perfecto y todo era bueno, (...) *Nari* y *Nara* remontáronse al cielo para anunciar que la obra estaba cumplida, y se absorbieron en el seno de Brahama, es decir, descansaron. Sólo que los días de la trimurti india eran *Kalpas*, esto es, periodos de cuatrocientos treinta y dos millones de años cada uno; en tanto que los días de Moisés se componían de una mañana y una tarde, de las doce horas de luz y de las doce horas de oscuridad.

La creación caldeo-asiria duró asimismo seis días, según consta en su génesis de arcilla cocida; pero la de Persia se terminó en trescientos sesenta y cinco días, divididos en seis periodos; en cada uno de los cuales Ahura-Mazada hizo lo mismo que Elohim en los correspondientes días de su creación. Bel produjo y organizó el universo también en seis días naturales; y esta narración cosmogónica de Babilonia debe haber sido de grande e inmediata utilidad al escritor elohinista hebreo.

Por lo visto, la cosmogonía indostánica se acerca más a las teorías científicas; puesto que los sabios modernos sostienen que el

universo se ha formado en muy largos periodos de años. Y es de notar que, ante las irrecusables pruebas físicas en que la ciencia moderna se apoya, los tradicionalistas más razonables han intentado interpretar los días bíblicos como épocas indeterminadas de desarrollo de la naturaleza; y de conciliar así la revelación con los adelantos del saber humano. Vano intento; porque contra él militan los escritos de los Padres de la Iglesia, el testimonio de los doctores judíos, y el parecer mismo de los teólogos modernos, aferrados aún a la interpretación literal y ortodoxa. El sabio Abate Bergier, en su erudito *Diccionario de Teología*, dice al respecto: "Algunos físicos para conciliar su sistema cosmogónico con la narración de Moisés, supusieron que los seis días de la creación eran seis intervalos de tiempo indeterminado, y que puede suponerseles bastante largos para que Dios haya obrado por medio de sus causas físicas, lo que la Escritura parece atribuir a una acción inmediata de su omnipotencia. Pero (...) Moisés dice que hubo una tarde y una mañana, que este fué el primer día; de la misma suerte habla del segundo y de los siguientes. Esto significa literalmente un día ordinario de veinticuatro horas (...)" He aquí una autoridad irrecusable para el tradicionalismo, si por el saber, si por la acendrada ortodoxia; y como el célebre Párroco de Flangebouche, opinan todos los defensores del sentido literal de la Biblia. Por este modo ha fracasado toda la empeñosa labor de los *concordistas*, y dejado la cuestión en pie; frente a frente la revelación divina y la ciencia humana, contradiciéndose abiertamente, la una con pruebas visibles y palpables, y la otra apoyada únicamente en las problemáticas confidencias de Jehová al caudillo de los *Beni-Israel* en el desierto.

"¿Qué poderoso motivo ha llevado a una multitud de apolo-gistas a interpretar la palabra *día* por *época*, a inventar el sistema de los *días* — *periodos*, o lapsos indeterminados de tiempo que así pueden ser de millares como de millones de años? —dice el Cura Esmenjaud, en su libro intitulado *La Letra mata, pero el Espíritu vivifica*. Es evidentemente el deseo de concordar las Escrituras con los descubrimientos recientes; acuerdo de imposibilidad absoluta desde que la expresión bíblica se entiende en el sentido literal. La intención puede ser loable; pero, que tenga cuidado, pues esta mania de interpretaciones arbitrarias, tanto opuestas al espíritu como a la letra del texto de la ley, no tardará en acarrear el descrédito, y después el anonadamiento de los libros santos. La Biblia, lejos de ser

el eje inquebrantable de la fe, no será bien pronto más que la humilde y dócil auxiliar de la ciencia y la filosofía, las que la obligarán a decir todo lo contrario de lo que ha enseñado (...)" Este desacuerdo de los ortodoxos en punto tan capitalísimo, es por demás persistente; los intereses de la fe, entendidos de diverso modo, alienan y sostienen a los unos y a los otros; mientras ambos bandos permanecen en sus reductos, la ciencia canta victoria sobre las ruinas de la revelación mosaica.

Por otra parte, nada se adelantaría con la interpretación que pretenden los concordistas; porque, como más adelante estudiaremos, la ciencia no ha dividido únicamente en seis periodos la formación del universo. Si se atiende sólo a la composición de la corteza telúrica, los geólogos cuentan hasta veintisiete capas superpuestas, esto es, otras tantas creaciones que requieren sus correspondientes periodos de formación. Y si nos remontamos a las transformaciones de las nebulosas en los infinitos mundos del espacio; si tomamos en cuenta las numerosas etapas de esos globos, hasta llegar a ser lo que son, hasta adquirir la aptitud de albergar la vida, tendremos que sería muy aventurado fijar en sólo seis intervalos de tiempo toda la creación. Más sabios los Vedas y el Darma-Sastra que señalan seis Kalpas de millones de años; dentro de los cuales caben muchos periodos de formación para la naturaleza.

Continuemos la comparación del Génesis con las escrituras santas de los demás pueblos.

*
* *
*

Donde más resalta la semejanza de los libros que examinamos, es en la creación del hombre, en el Paraíso que habitó, en su pecado y castigo, como ligeramente vamos a verlo.

El Documento Elohinista dice en el versículo 27 del Capítulo I del Génesis: **Y crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió, varón y hembra lo crió.** Si observamos que Elohim es —dice Jacolliot, en *Manú, Moisés y Mahoma*— el creador del hombre macho y hembra, a su imagen y semejanza, en una sola persona, y antes de ser creada la mujer (...) no podemos menos de concluir

que la divinidad representada en el Génesis hebreo, es el mismo Dios de doble naturaleza, macho y hembra, que hemos visto en los génesis indio, egipcio y caldeo". Y de igual suerte han opinado muchos críticos; pues de otro modo, no se comprendería que una criatura andrógina sea hecha a imagen y semejanza del Criador, supuesto el antropomorfismo exagerado del Pentatéuco.

El Abate Du-Clot, refutando en este punto a Voltaire, alega que el versículo discutido no se refiere al primer hombre, sino al **género humano**, esto es, a los dos sexos que lo componen, y, por lo mismo, a nuestros dos primeros padres conjuntamente. Otros defensores del Pentatéuco han opuesto a la Crítica que, así como refiere Moisés que Dios dijo: **Haya animales, haya plantas**, etc., sin designar particularmente a un ser determinado, cuando se dice que hizo al hombre, macho y hembra, a su imagen, se debe atender que crió la especie humana, tomada en general. Ingeniosas son estas interpretaciones del versículo controvertido; pero tienen en contra el mismo texto del Génesis, pues el Documento Jehovista presenta al primer hombre completamente solo en el Paraíso. Después de terminada la creación, echa de ver Dios que no es buena la soledad para el hombre, y resuelve darle una compañera. Por otra parte, si el versículo 27 del primer capítulo se refiere al género humano, desaparece el monogenismo en nuestro origen; puesto que, según los símiles aducidos por los defensores de la ortodoxia, la creación habría sido de muchos hombres y de muchas mujeres al mismo tiempo, y esto iría también contra la letra de la Escritura.

Todo el Capítulo II del Génesis, escrito por el autor jehovista, prueba que Eva no fué creada en los seis días, como se supone; ya que no se hace mención de ella en los versículos de dicho capítulo hasta el 22, en que se refiere la transformación de una costilla del hombre, en la primera mujer. Jehová hace al hombre de barro y lo hospeda en un jardín que de antemano había plantado con este objeto; le encarga que cultive y guarde aquel delicioso huerto y le prohíbe comer del fruto del árbol del bien y del mal, so pena de muerte; nota entonces que Adán está sin compañía y ofrece hacerle **una ayuda idónea**; crea luego los animales y los presenta al hombre para que les imponga nombre; nuestro primer padre pasa revista a todos los vivientes, **y ve que no hay entre ellos ayuda que estuviese idónea para él.** ¿Dónde estaba, pues, la mujer, si como pre-

tende Du-Clot, y lo afirman otros intérpretes ortodoxos, el versículo 27 del Capítulo I se refiere también a Eva? Y nótese de paso la contradicción que frecuentemente surge entre el narrador jehovista y el elohinista, en puntos de capital importancia. El primero dice que los animales fueron creados antes que el hombre; y el segundo, lo contrario. El uno retrasa la formación del hombre hasta el sexto día; y el otro lo presenta desde el comienzo de la creación, en el gran día de Jehová. En el Capítulo I el Eterno crea al hombre con su palabra; y en el Capítulo II lo modela en barro, y le infunde vida soprándolo en las narices.

Solamente al último, cuando Adán no halla compañera idónea entre los animales que Dios pone bajo su dominación, a los que pasa revista y les da nombre, cumple Jehová la promesa de hacerle una esposa; y para ello, le sume en profundo sueño, le extrae una costilla y la convierte en la madre común de la humanidad. Luego no es cierto que Eva haya sido creada juntamente con el hombre, el memorable día sexto de la obra divina; y por tanto, quedan en pie las conclusiones de Voltaire, Jacolliot, Reinach y otros críticos, relativamente al hermafroditismo de Elohim, reflejado en el hombre, al que formó a su imagen y semejanza.

De tres categorías son las leyendas indostánicas sobre la creación del hombre: las primeras son científicas; las segundas sacerdotales; y las terceras fabulosas —dice Jacolliot, en el **Génesis de la Humanidad**—. Permitidme condensar en pocas palabras algunas de estas leyendas, traducidas por el citado orientalista, a fin de haceros palpar su similitud con las tradiciones caldeo-asirias, egipcias y hebreas.

Los Pundits, o doctores de la India, creían en la evolución ascendente de los seres; de modo que la doctrina de Darwin lleva muchos millares de años de existencia. "Inmediatamente que este mundo fué sacado de la oscuridad, los principios elementales y sutiles produjeron la semilla vegetal que animó desde luego a las plantas; de las plantas pasó la vida a los cuerpos fantásticos que nacieron en el cieno de las aguas; después, por una serie de formas de animales diferentes, se llegó hasta el hombre". He ahí lo que dice el Bagavatta, citado por Jacolliot; y en corroboración de esta teoría científica del origen del hombre, hay muchos textos en el

Manava—Darma—Sastra, que vosotros mismos podéis consultar en la versión castellana de Nemesio Fernández Cuesta. Ciertamente es admirable que la fuente de las religiones, de los sistemas cosmogónicos y filosóficos, de la tradición referente a nuestra especie y sus destinos, y aun del materialismo y darwinismo, sea siempre la India, la de los imperecederos monumentos.

La leyenda sacerdotal, como en todas las naciones, tuvo por fin la esclavitud de las multitudes y la oscuridad de la conciencia pública, en nombre del cielo, y para provecho del altar y el trono. Los sacerdotes enseñaron una múltiple creación del hombre con el propósito de establecer las castas dominadoras y las castas serviles, por derecho divino. Según estos embaucadores, el Eterno sacó de su boca a los brahmanes; de sus brazos a los chatrias; de sus muslos a los vaysias; y de sus pies a los sudras. Así el sacerdote y el príncipe quedaron dueños absolutos del pueblo, del eterno rebaño humano que explotan y degüellan a su voluntad y de modo impune, asociadas la supersitición y la tiranía, en todas las épocas y latitudes.

Los originales del Génesis hebreo son diversos de estas leyendas sacerdotales y evolucionistas; pues el ehovista se dejó cautivar por las leyendas fabulosas, en las que descuellan lo maravilloso y lo poético que concuerdan con la natural inclinación del hombre, y en especial de los orientales.

Brahama crió una pareja humana: **Adima** —que significa **primer hombre**, en la lengua sagrada del Ganges; y Heva, cuyo significado es **complemento de la vida**. Eran los seres predilectos del Criador, quien los colocó en un jardín de delicias, en la isla encantada de Ceilán; bendijolos y les encomendó poblar la tierra. Empero, para probar su obediencia, les prohibió salir de tan espléndido albergue. El demonio, envidioso del hombre, se propuso inducirlo a la desobediencia; y le hizo columbrar las más atrayentes y seductoras comarcas a lo lejos, fuera de la isla maravillosa, invitándole a dejarla y mejorar de morada. Adima cayó en la tentación; pasó al Continente, favorecido por el tentador, y apenas puso la planta en esa tierra que Dios le vedara pisar, desaparecieron las hermosas y brillantes perspectivas que el príncipe de los rakchas, o genios del mal, le había presentado en la hora de la insidiosa sugestión.

Hallóse con su esposa en el lugar más árido y espantoso de la tierra, rodeado de espinas y abrojos, de fieras y reptiles, de toda la naturaleza rebelada contra él, sin ningún apoyo a su alcance, sin ningún consuelo a su desgracia, sin ningún alivio a sus terribles y abrumadores males. El arrepentimiento de Adima y las lágrimas de Heva alcanzaron misericordia; pero el Eterno los declaró deserrados para siempre del Paraíso, sujetos al trabajo, al dolor y la muerte; sin embargo, como para suavizar tan horrendo castigo, ofrecióles que Vischnu, segunda persona de la trimurti, se encarnaría en el seno de una virgen para redimir la humanidad del pecado cometido por ellos. ¿Qué diferencia sustancial puede darse entre este fantástico relato y al que a Moisés se atribuye?

La serpiente Seyán figura también en la escena de Paraíso; el árbol de la vida y el de la ciencia, de cuyos frutos pretendieron comer los genios inferiores para alcanzar la inmortalidad, constan así mismo en el *Siva-Purana*; y en el *Hari-Purana* se refiere la insuflación del hálito divino para animar al hombre y dotarle de alma inmortal e inteligente. En Babilonia se enseñaba que Bel formó al primer hombre de polvo mezclado con sangre; y que el Dios criador le infundió a **Admú** —que así se llamó el primer padre— el espíritu de la vida, soplándole en las narices. En Fenicia, de igual suerte: **Qadmún** es decir, el **primer nacido**, y **Havat**, la **generadora de la vida**, fueron nuestros primeros padres; los que cayeron en desgracia de los dioses por haber comido la mujer el fruto prohibido. En Persia fueron víctimas de un engaño semejante: Arimanes los tentó y presentóles ciertos frutos que comieron y se contaminaron con el pecado, ellos y su descendencia. El obispo católico Meignan, ya citado, no ha podido menos que reconocer la exactitud de algunos hechos aducidos por la misma Crítica que se proponía combatir. "La cosmogonía babilónica, tal como la reproduce Beroso dice—, y la cosmogonía fenicia de Sanchoniaton, aunque lleven las señales de la fantasía, conservan con el primer capítulo del Génesis, rasgos de similitud incontestables (...) De consiguiente, hay que suponer, o que estas cosmogonías provienen de una tradición primitiva conservada por esos pueblos, o bien que dichos pueblos las tomaron de una nación extranjera. Los fenicios, los babilonios y los etruscos copiaron de la Biblia los elementos de su cosmogonía? **El hecho es poco probable.** Los fenicios, sobre todo, no habrían consentido en tomar nada del mosaísmo, con el cual

estaban en constante antagonismo sobre creencias religiosas. Es más bien de suponer que los unos y los otros han seguido una tradición primordial". ¿Para qué continuar examinando las tradiciones sagradas de los demás pueblos? Si me he detenido acaso demasiado en el estudio del Génesis mosaico, ha sido para demostrar que no es ni auténtico, menos inspirado por Dios; con lo cual se remueve este formidable obstáculo del camino de la ciencia, y se deja libre al intelecto humano para investigar la verdadera naturaleza y resortes del universo.

Los cosmólogos, los geólogos, los astrónomos, los químicos, los biólogos, etc., han aplicado su piqueta demoledora a la doctrina mosaica, y la han derrocado del pedestal en que la fe religiosa la mantenía, como revelada y protegida por el mismo Dios; pero han dejado en su ser la creación y los soberanos atributos del Creador. La ciencia ha llegado a explicar el génesis del universo de una manera asaz sencilla y natural; pero estas explicaciones en nada pugnan con la genuina noción de Dios, ni con el sentimiento religioso que es inseparable del hombre. Vemos que la crisálida se metamorfosea en larva, la larva en ninfa, la ninfa en alada mariposa; vemos que la yema de una planta se transforma en capullo, el capullo en flor, la flor en fruto; y en todas partes admiramos la incesante acción productora de la naturaleza, sujeta a leyes invariables impuestas por la primera causa de las cosas. ¿En qué se menoscaba el poder divino al extasiarnos ante estas maravillas del universo, explicables por las leyes naturales, sin que sea menester acudir al manoseado resorte del milagro? Admirar los prodigios de estas leyes eternas que al universo gobiernan, es, ciertamente, adorar a todas horas la sabiduría y la omnipotencia del Legislador.

*
* *

Como era natural, ha llamado sumamente la atención de los sabios, la semejanza de tradiciones, respecto de la creación del mundo, en la India, Caldea, Babilonia, Egipto, China, Judea, América y otros pueblos; semejanza que los escritores cristianos ortodoxos han tomado como argumento invencible en pro de la autenticidad de la revelación bíblica. Para no citar muchos ejemplos, véase un libro erudito, *Las Vindicias de la Sagrada Biblia*, en el que

su autor ha hecho verdadero derroche de ingenio y sabiduría; pero sin lograr dar en tierra con ninguna de las objeciones de las ciencias.

Por otra parte, ante la férrea lógica de las demostraciones experimentales, la inspección de los indiscutibles monumentos de la naturaleza, la fuerza irrefragable del testimonio de la estratificación terrestre, y la elocuencia del mundo fósil, son impotentes los razonamientos teológicos y las deducciones metafísicas. Cuando se ha penetrado en el antro de la pitonisa y examinándolo a plena luz, sin perdonar ninguno de sus vericuetos y misterios, la voz del oráculo pierde por completo su antigua importancia; y el sacerdote que se empeñara en ir contra la evidencia y sostener todavía en su auge pristino la sagrada farsa, malgastaría el tiempo y no cosecharía sino rudos fracasos en su desatentada contienda con la razón.

La analogía de tradiciones no prueba que Dios haya revelado a todos los hombres cómo sacó las cosas del caos —ya la pretendida revelación se hubiera hecho a un grupo humano determinado, ya a todos los pueblos primitivos—; sino siempre y puramente la trasmisión desde un centro común, de esas ideas simbólicas y relatos fantásticos, de esas ficciones sacerdotales que componen dichas tradiciones, todas las que se fundan en una sola y única verdad universal. No hay mito, relativo a la creación, que no descansa en el principio de causalidad, de que antes os he hablado; verdad necesaria, forzosa para el entendimiento; de manera que donde quiera que hubo seres pensantes, surgió vigorosa y dominadora la idea de un Creador infinito y eterno. Sobre esta base única se constituyeron todas las mencionadas leyendas de los pueblos, todas las narraciones poéticas del origen de las cosas; y, si difieren en la forma y en algunos detalles, conforme a la índole de cada agrupación de hombres y de los dioses que adoraban, en el fondo, el Génesis es el mismo para todos los creyentes.

Es natural que los pueblos más adelantados hayan compuesto, los primeros, sus leyendas genesíacas; y que la trasmisión de éstas a los más atrasados, sea uno de los factores de la semejanza alegada también en su favor, por los campeones de la Biblia. Y esta trasmisión se explica muy fácilmente, como ya os lo he dicho, por la continua emigración de grandes masas humanas; con la acción de las primeras conquistas, cuando el clan rudimentario se empeñó

en extender su dominio; en fin, con ese instinto de proselitismo que nos arrastra a comunicar nuestras creencias a los demás, y obligarlos a que las acepten como únicas verdaderas, unas veces por la persuasión y la propaganda sacerdotal, y las más, por la fuerza, como aún acontece en nuestros días.

¿Cuál fué aquel centro común de los mitos y tradiciones que se propagaron por todo el mundo antiguo? Indudablemente, no fué el pueblo hebreo; puesto que tales tradiciones y mitos existían ya siglos y siglos antes que los judíos formaran nación y tuvieran libros sagrados, según voy a demostrarlo.

Esa ola humana que osciló durante millares de años, como empujada por el flujo y reflujo de la civilización naciente, de las orillas del Ganges a las del Nilo, del Eufrates y del Tigris, y viceversa, en movimiento perpetuo, transportó todo cuanto en ese entonces se sabía y sentía; verdades y errores, virtudes y vicios, y lo esparció y propagó por donde pasaba, en la amplitud de los continentes que reputamos como cuna de la primitiva ciencia. Después, aumentó la emigración y se extendió a más lejanas comarcas. Los emigrantes se llevaron sus dioses y religión a regiones desconocidas, a través de los mares y desiertos, al seno de tribus sumidas en la más completa barbarie; los conquistadores indios, egipcios, caldeos y persas, invadieron las ajenas tierras, y se mezclaron y confundieron con los autóctonos vencidos, y, lo repetiré, les impusieron su saber, sus tradiciones, su fe, juntamente con su dominación. Y este origen de los primeros conocimientos humanos, mantúvose en la mente aun de los pueblos helénicos, con tanta claridad y fuerza, que todos los pensadores volvían la vista hacia la misteriosa cuna de las tradiciones y la ciencia: hasta hubo filósofos que acudieron a los grandes centros egipcios y brahmánicos en busca de la verdad, y se iniciaron en los misterios de la sabiduría esotérica. El mismo Moisés, si hemos de tomar el texto sagrado al pie de la letra, fué versadísimo en la ciencia de los egipcios; fuente en la que, por lo mismo, debió haber bebido sus teorías cosmogónicas, y no en la divina revelación, como los judeo-cristianos lo afirman.

Por este modo, todas esas nociones imperfectas y fantásticas del sistema de la naturaleza; todos los mitos y fábulas paradisiacas que forjó el hombre, instintivamente religioso y aficionado a lo so-

brenatural; todas las invenciones teogénicas de los primeros que —llamándose intérpretes de la divinidad— instituyeron una teología y un sacerdocio embrionarios, para dominar a sus semejantes en nombre del cielo; todas las preocupaciones religiosas nacientes, dieron la vuelta al mundo, y fuéronse amoldando al carácter de cada nación, combinándose con las supersticiones indígenas, transformándose y desarrollándose con arreglo a los peculiares conceptos e intereses de los servidores de cada altar y de cada monarca.

Hemos visto ya cómo el Obispo Meignan confiesa que no es probable que los fenicios, los etruscos y los babilonios hayan tomado nada de la Biblia para formar sus tradiciones cosmogónicas; y para corroborar este concepto, y dejar fuera de toda objeción que los libros hebreos no son sino copia de las escrituras indostánicas, caldeo-asirias, etc., no tenemos sino que recurrir a la Cronología, otra ciencia auxiliar de la Crítica y cuya fuerza convincente no puede ser contrastada, como vamos a verlo.

Según el cómputo de las sagradas letras, la creación se efectuó unos seis mil años atrás, a lo sumo; si bien, hubo comentadores tan prolijos y sapientes que señalaron la fecha precisa, el año y el mes, el día y la hora, en que el Omnipotente habló y produjo todas las cosas de la nada. Witte dice, al respecto: "Zanjada así lo concerniente al modo, la materia y el tiempo de la creación, los teólogos se esforzaron en determinar la fecha (...) En el siglo XVII Lightfoot, Vice-Canciller de la Universidad de Cambridge, precisó esa fecha, fijándola en veintitrés de Octubre del año 4.004 antes de Jesucristo, a las nueve de la mañana. Desgraciadamente, menos de dos siglos después, se descubrió que a esa misma hora se apiñaba en las grandes ciudades de Egipto, un pueblo sumamente culto, etc." (*Lucha entre la Ciencia y la Teología*).

Ciertamente, tales lucubraciones no pasan de fantasías teológicas que tocan en lo risible; puesto que los libros santos aun prescindiendo de las verdaderas ciencias que, como, luego veremos, revelan la asombrosa antigüedad del mundo, cuya edad se cuenta por millones de años —no se apoyan en una cronología que pueda resistir a la Crítica. Y ya hemos visto, que el ilustre Prelado de Chalons— Sur-Marne, autor del libro intitulado *El Mundo y el Hombre primitivo según la Biblia*, se declara abiertamente partidario de

lo indeterminado del tiempo de la creación; y más todavía, afirma que esa creación fué anterior a la sucesión de los días y las noches; esto es, que fué realizada en la eternidad. Mas, como no todos los teólogos son sabios, como Monseñor Meignan, el tradicionalismo continúa aferrado a que nuestro globo es de factura moderna, pues no cuenta sino seis mil años de vida. Dreyss, a pesar de su ciencia, ha querido sostener en su *Cronología Universal*, la de la Biblia, como buen protestante; y, sin embargo, se ha visto en la precisión de no concluir nada, en favor del mosaísmo, dejando en pié los cálculos profanos, y ateniéndose en los suyos, a los datos de la Escritura.

"La ciencia no ha podido facilitar aún —dice— un punto de partida fijo a la Cronología: no sabemos cuándo fué creado el mundo, ni cuándo puso Dios al hombre sobre la tierra; no podemos sondear el origen de las cosas (...)" Y cita diversas fechas adoptadas por los partidarios de la Biblia, para fijar el comienzo del mundo; y se ciñe él mismo en sus cómputos cronológicos, a los relatos sagrados de Israel, contradiciendo su afirmación, franca y leal, de no existir fundamento alguno seguro para el cronólogo.

Morayta es un crítico sereno, imparcial y sabio, que fué Profesor de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de la Archicatólica España. Dicho Profesor hace notar que no existe ni siquiera conformidad cronológica alguna entre el original hebreo de la Biblia, la Versión Samaritana y la Versión llamada de los Setenta; a pesar de que los tres textos referidos, han sido aceptados y aprobados canónicamente por las Iglesias cristianas.

"El Diluvio fué —dice Morayta— según el texto hebreo, en 1656; según el Samaritano, en 1307; y según el griego, en 2.242; por supuesto, a contar de la creación del mundo. Sucediendo lo mismo respecto al tiempo que va desde el Diluvio hasta la vocación de Abraham; pues que señalan, el original hebreo, 1367 años; la Versión Samaritana, 1017 y la traducción de los Setenta, 1217. De manera que, haciendo la adición de estas cifras; y a la que resulta, las admitidas desde la vocación de Abraham hasta el Exodo; y a una y otra, las indubitables desde el Exodo hasta el nacimiento de Cristo; y verificadas en el total las sustracciones correspondientes, resulta el diluvio en el año 2336 según el texto hebreo; en el

2796, según el Samaritano; y en el 2998, según el griego; y, respectivamente, la creación, en el año 3989; en el 4075; y en el 5240 antes de Jesucristo".

¿Cuál de estas tres diversas fechas corresponde verdaderamente a la creación del mundo? Ninguna; y los que han pretendido hacer de esta cronología contradictoria, arbitraria y falsa, un artículo de fe; los que han hecho intervenir al Espíritu Santo en esta urdiembre de imposturas, son reos de impiedad y blasfemia.

Si la cronología de las Escrituras nada tiene de definido e incontrovertible, lícito es a cualquier cristiano pensar con toda libertad en esta materia; y así lo han hecho muchos miembros esclarecidos de la Iglesia, de cuya ortodoxia no se podría dudar sin grande injusticia. Alfonso el Sabio, entre otros, separóse del común sentir de los comentadores medio-evales de la Biblia; y nadie se alarmó; ni le lanzó anatemas por haber dado a la tierra una antigüedad no menor de 6.984, excediendo en mucho a los cálculos de Suidas y de Panvinus. Es verdad que el sabio Rey disponía de medios para defenderse de las acometidas del fanatismo; medios que no podían estar al alcance de otros contradictores de Moisés, los que pagaron muy cara y trágicamente su amor a la verdad.

Repito que la ciencia moderna remonta prodigiosamente la antigüedad del hombre y de la tierra, como más adelante estudiaremos; pero, aún valiéndonos de la cronología histórica, resulta absolutamente falso lo que al respecto afirman el Génesis y la teología; en efecto, aceptemos la fecha señalada en el texto hebreo de la Biblia, es decir, la más antigua; y tendremos, que cuando la revelación afirma que la tierra fué creada e hizo Dios al primer hombre de un poco de barro, había ya naciones poderosas y florecientes, cuya civilización se hallaba muy adelantada.

La Versión Griega fija el año 5240, a. de J., como fecha de la creación; y en ese entonces, por lo menos existían ya dos grandes imperios, el Egipto y la India, según lo atestiguan autoridades irrecusables. Los sacerdotes egipcios le daban una antigüedad de 12.000 años al Reino de Egipto, fundado por Manés; mas, habiendo los egiptólogos modernos comprobado irrefragablemente la exactitud de la cronología de Manethon, hasta con la nómina de los reyes egip-

cios, descubierta por Mariette en el templo de Abydos, nos serviremos de dicha cronología para deostrar la verdad de nuestra tesis. Según las deducciones hechas de la mencionada cronología, señálase el año 5.702, antes de nuestra era, como el principio del reinado de Manés; luego dicho Monarca había erigido su trono 462 años antes de la creación mosaica.

Lesueur va más allá, en su **Memoria sobre las dinastías faraónicas**, pues coloca el comienzo del reinado de Manés, en el año 5.773 antes de la era cristiana. Pero todavía mayores concesiones al mosaísmo; aceptando los datos de Mariette, acerca del fundador de la Monarquía Egipcia, el que llevó a buen término su empresa en el año 5.064 a. de J.; datos que el referido sabio egiptólogo ha deducido del estudio de los monumentos, inscripciones y más vestigios que los Faraones han dejado a la posteridad, como para inmortalizar su memoria. Y resulta de ello que el primer rey de Egipto fundó su dinastía, a los 176 años después de creado el hombre; lo que es risible y absurdo, y más aún, si se toma en cuenta que todo esto sucedía antes del Diluvio Universal que Moisés coloca a lo sumo en el año 2.998 a. de J.

Cuando tratemos de la antigüedad del hombre, examinaré con mayor detenimiento la cronología egipcia y la caldeo asiria; pero me permitiréis que ahora os hable de la civilización India; la que se pierde en la oscuridad del pasado. Parece que en la India primitiva había dos monarquías coetáneas y aún rivales; cuyos reyes hacían dimanar su poder del mismo cielo, pues los unos alegaban, como los principes peruanos, que su divino ascendiente era el Sol; y los otros, que habían nacido de la Luna. Refundidos estos reinos en uno solo, lo fueron también las dinastías; de suerte que los monarcas posteriores se gloriaban de su doble y celestial abolengo. Las dípticas de sus reyes, hijos del Sol y la Luna —conservadas en los Puranas— han servido para calcular que dichas monarquías se fundaron unos tres mil quinientos años antes de nuestra era. Mas, para que un pueblo pueda ser regido por reyes, es necesario que tenga existencia, es decir, que esté constituido en sociedad perfecta, que tenga elementos para subsistir como tal, en fin, que sea capaz de servir de base al trono real. Y esto supone algunos siglos de crecimiento y desarrollo, de educación social y relativa civilización; puesto caso que ni las naciones ni los imperios se impro-

visan y levantan por ensalmo. Así, desechados los elementos legendarios de la historia indostánica, tenemos que convenir en que la India, a la época del Diluvio mosaico tenía ya, por lo menos, 502 años de estar regida por reyes. De Jancigny, exclama: "La India. Hay todavía en esta palabra algo grandioso y venerando, aun después de tantos siglos! La India, la más antigua porción del mundo antiguo, la cuna de las creencias religiosas que, en su unidad, en su sencillez y grandeza primitivas, parecen haber abarcado en amplísima fórmula todos los cultos que, más adelante, se han repartido los pueblos".

Y para que la India haya podido producir el Manava-Darma Sastra, ese código admirable que ha servido de patrón a varias legislaciones, y especialmente, a la mosaica; para que le haya sido dado ostentar el Ramayana y el Maha-Bharata; para que levantara todo un sistema religioso, moral y filosófico sobre los Vedas, era menester que hubiese llegado a una civilización muy avanzada, porque de otro modo, habría sido imposible que concibiese ideas tan exactas acerca de los problemas y régimen de la sociedad, de lo bueno, de lo justo y de lo bello. Libros semejantes no se producen sino en la madurez de los pueblos, cuando éstos han perdido los hábitos y los prejuicios de la barbarie, cuando ya han recorrido muchísimo trecho en la senda del progreso, hasta llegar aun al refinamiento del gusto literario. ¿Cómo podría sostenerse aún que las leyes de Manú y los Vedas han sido inspiradas por el Pentatéuco?

En mi próxima conferencia trataré del desarrollo de la Creación, según el concepto científico; puesto que la narración mosaica, está en abierta pugna con el actual saber de la familia humana.

IV

LA FORMACION PLANETARIA A LA LUZ DE LA CIENCIA

La ciencia moderna contrapone al sistema mosaico, la teoría de Laplace; y explica convincentemente el origen, desarrollo y regularidad perfecta de nuestro sistema planetario.

La naturaleza cósmica —gaseosa, tenue, casi imponderable— llenaba el espacio infinito, como germen fecundo de todas las cosas; materia surgida de la voluntad divina, como ya os he manifestado, y, por lo mismo, sujeta a las inmutables y precisas leyes que rigen al universo.

¿Cuántos millares de siglos contaba aquella masa inmensa, en la que el constante movimiento era la condición de existencia, la fuerza impulsora de la evolución, el soplo que había de producir la vida y todas las maravillas de la naturaleza? "Por lo que toca al acto mismo de la creación, dice Humboldt, al origen de las cosas, considerado como el tránsito de la nada al ser, ni la experiencia, ni el raciocinio pueden suministrarnos ninguna idea". Todos los sabios de la antigua escuela creacionista se han detenido ante la impenetrable oscuridad del misterio; hasta que la nueva escuela llegó a demostrar que la creación no podía ser temporal.

Una porción de esa materia cósmica, dotada de rápido movimiento sobre su eje, ocupaba nuestro cielo, en forma de nebulosa gigantesca y brillante. Pasaron los siglos tras de los siglos, en sucesión prodigiosa, incalculable; y la masa gaseosa perdió su elevadísima temperatura, y fué condensándose poco a poco, a medida de su enfriamiento progresivo. La disminución de volúmen, combinada con el movimiento de rotación, produjo dos efectos necesarios; el aplanamiento de los polos de la gran esfera rotatoria; y el aumento de rapidez, en la rotación misma. Y, como consecuencia de estos fenómenos, el abultamiento de la zona central, a la que

damos el nombre de ecuador. Plateau y otros físicos han comprobado experimentalmente estos resultados; de modo que no pueden relegarse a la categoría de meras hipótesis.

El aumento de rapidez en la rotación, vino a perturbar el equilibrio entre la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga; y, cuando ésta llegó a superar a la primera, desprendiéronse de la zona ecuatorial abultada, anillos gaseosos y menos densos que la masa del núcleo; los que fueron lanzados a distancias diversas, dentro de los límites del espacio asignado a nuestro sistema solar, por la mano del Omnipotente. Esos anillos, desprendidos del centro común, tomaron también la forma esférica, en virtud de las fuerzas naturales; y continuaron animados por el mismo movimiento sobre su eje, que lo estaba la nebulosa de la que habían formado parte. Pero la gravitación, combinada con la fuerza de impulsión que recibieron al tiempo de su lanzamiento al espacio, obligólos a moverse también en torno de la masa central, a quedar como encadenados a su antiguo núcleo, para no separarse un punto de la ruta fijada por la sabia e inflexible mecánica celeste.

Con cada una de estas nebulosas secundarias sucedió igual cosa que con la primaria: enfriamiento progresivo, aplanamiento de los polos y aumento en el ecuador, mayor rapidez en la rotación y proyección de anillos gaseosos que se transformaron, a su vez, en cuerpos esféricos sujetos a moverse sobre sí mismos, y al rededor de la masa central de la que fueron proyectados. Por este modo, los satélites son parte de los planetas, como éstos lo son del Sol: todos los astros de nuestro sistema han tenido la misma cuna, son hermanos gemelos, si bien, los hay de diversas categorías, desde el asteroide-fragmento de anillo roto en muchos pedazos, antes de formar un mundo de primer orden, hasta el Sol, foco de luz, calor y vida de nuestro pequeño universo.

La sabiduría y la omnipotencia, al mismo tiempo que la unidad de los seres, resplandecen y hablan elocuentemente en toda la naturaleza.

Después, las leyes eternas de la creación han realizado las transformaciones de la materia telúrica (concretando nuestro estudio al diminuto globo que habitamos): las propiedades físicas y químicas

de los diversos componentes de la tierra, la atracción y la afinidad, la densidad específica y la cohesión, el calor y el frío, etc., son los poderosos trabajadores que han sacado al mundo del caos.

La encendida nebulosa, digamos la nube de fuego, trocose primero en gota inmensa de fluido candente; luego, el mayor enfriamiento de ese globo líquido, formó en la superficie una como pasta, ígnea todavía, inconsistente, quebradiza; la que al fin, y después de millares de siglos, vino a ser la corteza sólida, fecunda y templada que sostiene y alberga la vida en todas sus maravillosas manifestaciones.

La teoría de Laplace —defendida por los sabios más eminentes de los últimos tiempos— de ninguna manera es un sueño fantástico, una pura creación imaginativa; puesto que, aparte de su admirable conformidad con la Astronomía moderna, cuenta en su apoyo con pruebas indestructibles, en la misma naturaleza visible. Los anillos de Saturno, por ejemplo, ponen fuera de objeción el desprendimiento de masas gaseosas de la zona ecuatorial de los planetas: diríase que la naturaleza, de propósito, quiso dejar en ese mundo lejano, un testimonio permanente de aquel fenómeno primitivo, para que nos sirviese como de guía en la investigación de la verdad cosmogónica. El análisis espectral manifiesta que los demás astros se componen de la misma materia que la tierra. La Química, con su inequívoca exactitud y palpable evidencia, nos demuestra hoy día que nada hay aquí abajo, que no se encuentre también en las luminosas esferas que forman el cortejo de nuestro Sol. El análisis de los aerolitos confirma los descubrimientos de esta química que diríamos astral: hasta vestigios de sustancias orgánicas, que no sólo nuestros minerales, se han hallado en esos pequeños cuerpos celestes.

¿Cómo se explicaría esta semejanza completa de estructura y composición material de la esfera telúrica y de los demás planetas, si no hubieran salido todos ellos de una fuente común y única?

Por otra parte, el telescopio nos coloca en situación de examinar por nosotros mismos, cómo nacen, se desarrollan y mueren los astros del cielo. Cerca de 2.500 nebulosas llevan contadas los astrónomos en el espacio que su radio visual alcanza; y ese gran nú-

mero de masas cósmicas que, sujetas a sus respectivos centros, giran y se condensan sin cesar, son otros tantos sistemas planetarios en génesis actual; diríamos, inmensos laboratorios de astros que brillarán acaso cuando ya se haya extinguido la luz del Sol que difunde la vida en el pequeño globo en que estamos.

Esas misteriosas gestaciones siderales se desarrollan y completan en periodos casi infinitos; y observarlas en todo su proceso evolutivo, sería obra sucesiva y paciente de multitud de generaciones, dado que la humanidad terrestre durara lo necesario para tan prolongada observación. Sin embargo, no es absoluta la imposibilidad de presenciar la formación de sistemas planetarios, digámoslo así; puesto que el telescopio ha conseguido comprobar la progresiva sucesión de fases y cambios importantes en algunas nebulosas; y se ha sorprendido, no pocas veces, con la aparición de estrellas nuevas, y con el desaparecimiento de otras, allá, en las insondables profundidades del firmamento. Esos cambios sensibles y positivos que la observación comparativa ha comprobado en la nebulosa de Orión y en otras; esos astros que aparecen y se pierden, nacen y mueren, no prueban otra cosa que un génesis continuo en la naturaleza, en la cual rige la ley universal de evolución y renovación eternas, así en los animáculos de la tierra, como en las estrellas del espacio. "Dios crea constantemente, sin descanso, sin fatiga. Es el foco divino donde emana toda vida, todo amor —dice el Abate Pioger, en su justamente celebrado libro *Le Dogme Chretien et la Pluralité des Mondes habités*—. Los mundos, las familias siderales, no pesan más que un átomo en su poderosa mano. Los soles se extinguen, y otros se encienden a cada momento. La vida anima sucesivamente miríadas y miríadas de astros, la muerte los diezma y los transforma. La ley es una e invariable: esto que es verdad para nosotros, pobres seres insignificantes colocados sobre un pobre y pequeño planeta, es también verdad para los soles del espacio: el nacimiento, la infancia, la juventud, la edad madura, la vejez y la muerte, que es el umbral de una nueva existencia".

¿Pugna esta grandiosa y sublime teoría con la genuina noción de Dios y el alma religiosa del hombre? Por lo contrario: esas perspectivas infinitas de la creación perpetua y regulada; esas leyes del universo, sabiamente dispuestas, invariables, eficaces y eternas, incendian la mente y nos llenan de admiración y amor a la Gran

Causa de quien todo ha nacido y todo depende. ¿Acaso deja el sol de pregonar la omnipotencia divina, sólo por no haber sido creado al fiat del cuarto día del Génesis bíblico, sino mediante un lento proceso evolutivo? ¿Es menos grande, menos admirable, menos digna de Dios, la transformación incesante y perpetua de la naturaleza, que la creación operada en los seis días mosaicos? ¿Qué es el tiempo para el Ser eterno e infinito?

No: la Ciencia no es, no puede ser atea: mientras adelantamos en el saber, más nos confirmamos en la creencia de Dios, désele el nombre que los mortales quisieren, y adóresele en cualquier simbolo o forma que las religiones adoptaren. El alma del sabio, en su noble afán de remontarse a las fuentes de la verdad, no hace sino subir y subir por la misteriosa escala de Jacob, y acercarse más cada vez, a la inflamada y esplendorosa esfera de la divinidad. Cada triunfo sobre el error, cada laurel segado en ese campo de titánica lucha con las preocupaciones y la ignorancia, cada secreto que se logra arrancar del universo, equipáranse a himnos perpetuos de reconocimiento y alabanza al Ser de los seres, a quien la verdadera Ciencia proclama en todas sus conquistas. El trabajo científico depura, espiritualiza, santifica, inflama, y une al hombre con Dios: la Ciencia no es más que la religión de la verdad, como dice Laboulaye.

*
* *

Bien quisiera, señores, dispensaros de oirme discurrir sobre las épocas en que los geólogos dividen la historia de la formación terrestre; materia que debe seros conocida, y que podéis estudiar fundamentalmente en los muchos tratados de Geología que la prensa científica prodiga. Pero me es indispensable tocar este punto para mantener el encadenamiento de las doctrinas que voy a exponer a vuestra consideración; y así, conciliado mi deseo de no cansaros, y la necesidad de poner los cimientos de mis futuras conferencias, repetiré compendiadamente lo que los sabios han decifrado en esas páginas indestructibles y elocuentes, escritas por la naturaleza misma en las diversas capas de la corteza terrestre.

Nuestro globo —condensado ya por la disminución de su tem-

peratura, y encadenado por fuerzas contrapuestas y equilibradas—recorría su órbita en medio del solemne silencio y la soledad de los espacios siderales. ¿Estaba terminada la creación del mundo? De ningún modo: restábase aún a la tierra seguir un camino inmenso de evolución, pasar por una serie dilatoria de transformaciones necesarias, antes de poder ofrecer morada conveniente y adecuada a los seres vivientes que son el primordial objeto de la naturaleza.

La masa telúrica había sido arrojada a cosa de ciento cincuenta millones de kilómetros de su núcleo; y cuando aún era nube inflamada, presentaba el aspecto de un cuerpo inmenso y brillante, mil ochocientas veces mayor que hoy día; por donde podrá comprenderse la magnitud de la condensación realizada en nuestro planeta, hasta adquirir las condiciones de habitabilidad necesarias a la vida orgánica.

Si elevadísimo el calor de la nebulosa terrestre, al punto de hallarse en estado gaseoso aun los minerales mas densos que concurrieron a la composición del planeta, los espacios interplanetarios eran demasiado helados para que esa gran temperatura permaneciese inalterable. En esos espacios en que reina el frío casi absoluto, un frío que Laplace ha calculado en 100 grados bajo cero, Pouillet en 142, y otros hasta en 273 grados; en esos espacios, digo, la irradiación durante millares de millones de años, ocasionó una pérdida no interrumpida e incalculable de calórico. Y, cuando formada ya la corteza del globo, comenzaron a condensarse y evaporarse, alternativa e incesantemente las aguas, el enfriamiento avanzó con rapidez relativa, en medio de cataclismos espantosos, de la lucha más épicamente colosal, y encarnizada de los elementos de la naturaleza. Nada hay en la historia de la creación, ni más grandioso ni más terrible que este como último esfuerzo del caos, antes de someterse a las leyes de orden y armonía prescritas al mundo; nada que nos dé una idea más completa del poder de la naturaleza, vencedora de todos los obstáculos que se oponían al establecimiento de la tranquilidad y el equilibrio, la belleza y la vida en nuestro diminuto e imperfecto planeta.

Nuestra esfera pasó, pues, del estado gaseoso al líquido, y de este al sólido; pero es de advertir que la corteza que la envuelve, tiene apenas ciento sesenta kilómetros de espesor, según la genera-

lidad de los geólogos; es decir, la ochentava parte del diámetro terrestre. Y ese mismo diámetro apenas si alcanza a doce mil ochocientos kilómetros, lo que da la medida de lo insignificante de nuestro planeta, comparado con los soles que pueblan el firmamento. "Tomad catorce decalitros de trigo —dice el Abate Pioger— y formad un conglomerado que tenga la apariencia de una esfera, la que representará el Sol. Arojad a setenta y cinco metros de esta esfera un solo grano de trigo, y este será la Tierra, en proporción exacta, en cuanto al volumen y la distancia, con el Sol". ¡Cuán diminuto nuestro planeta en la inmensidad de los cielos, a pesar de que la Teología se empeña en persuadirnos de que es el mundo predilecto del Creador, el asiento único de los grandes misterios y milagros de la Omnipotencia!

Ahora bien, como el centro de la tierra —por más que Thomson haya pretendido sostener lo contrario— permanece en estado fluido candente, cuya temperatura sube a 195,000 grados, resulta demasiado débil esa delgadísima muralla interpuesta, entre la vida reinante en la superficie del globo, y el voraz elemento que guarda en su seno. Es menester no olvidar esto, porque el fuego central ha sido, y es todavía, uno de los factores principales de la evolución y los fenómenos geológicos que hemos de estudiar en este lugar, aunque no podamos seguir, paso a paso, el desarrollo y convulsiones del planeta en todas sus múltiples y dilatadas faces.

No están acordes los geólogos en la determinación de las épocas de la historia de la evolución terrestre; pero adoptaré la división hecha por Figuiet, la que corresponde, sobre poco o más o menos, a la formada por Humboldt y la mayoría de los geólogos y naturalistas más notables. Véase como Figuiet divide las épocas de formación terrestre, en su libro *La Terre avant le Deluge*:

- 1 a.— Epoca primitiva;
- 2 a.— Epoca de transición;
- 3 a.— Epoca secundaria;
- 4 a.— Epoca terciaria; y
- 5 a.— Epoca cuaternaria.

Estas épocas se subdividen en **períodos** que regularmente los geólogos designan con el nombre de los terrenos formados en cada una de dichas subdivisiones; de las que trataremos también, a medida que avancemos en el somero estudio científico que hemos emprendido.

Consiguientemente, el estudio de cada época geológica comprende un número determinado de capas terrestres, en las que la naturaleza ha escrito, como os he dicho, con imperecederos caracteres los anales de la formación del mundo. He aquí el cuadro que Figuier nos presenta de las referidas capas que componen la corteza de la tierra.

Terrenos primitivos... (granito, gneis, pórfido y todas las rocas plutónicas primitivas)

Terrenos de transición	{	Terreno siluriano, Terreno devoriano, Terreno carbonífero, Terreno pérmico.
Terrenos secundarios	{	Terreno triásico, Terreno jurásico, Terreno cretácico,
Terrenos terciarios	{	Terreno eoceno, Terreno mioceno, Terreno plioceno.

Las formaciones cuaternarias —que Figuier no ha colocado en el cuadro anterior, por **modernas**— consisten en los terrenos que Humboldt llama de **transporte**, y otros designan con los nombres de **terrenos de aluvión, sedimentarios, diluviales, etc., etc.** En esta época también están comprendidos los períodos que conocemos con la denominación de **período glacial y período de los diluvios de Asia y Europa.**

Sentados estos preliminares, volvamos, señore, otra vez la mirada a la esfera terrestre: examinémosla en el momento que comienza a solidificarse, en que su corteza ha tomado el aspecto de

pasta quebradiza y llameante todavía; en que la circunda una atmósfera de fuego, opaca, densa, pesada, como las partículas de materia suspendidas en ese a modo de vapor de la inmensa hoguera, o mejor, crisol gigantesco en que la naturaleza fundía y daba formas estables y convenientes al orbe terráqueo. ¿Cuánto tiempo duró la espantosa conflagración que los geólogos llaman **período caótico, período ígneo**? Los físicos modernos han realizado curiosos experimentos para descubrirlo, a lo menos de un modo aproximado: han construido una esfera de basalto, puéstola incandesciente y hecho girar al aire libre con rapidez proporcionada a la de nuestro planeta; y, según las observaciones y cálculos de estos ingeniosos experimentadores, resulta que el enfriamiento terrestre no ha podido efectuarse sino al cabo de millones de años. Y la ciencia ha ratificado de todo en todo esta conclusión que destruye por completo las teorías cosmogónicas de los tradicionalistas.

Por fin llegó el enfriamiento al punto de que los vapores acuosos de la atmósfera se condensaron y cayó la primera lluvia sobre la tierra; pero el contacto de esta lluvia hirviente con los cuerpos oxidables, hizo arder de nuevo al planeta, reanimó la conflagración apenas extinguida, y el fuego tornó a dominar la extensión del mundo. Humphry Davy demostró experimentalmente la exactitud de este resultado; de modo que al señalarlo los geólogos entre los fenómenos que acompañaron al proceso de evolución telúrica, no hicieron sino consignar un hecho evidente e irrefutable, sostenido por la Química y puesto al alcance de cualquiera que desee cerciorarse de la verdad por medio de la experiencia.

Esta misma conflagración produjo la rápida evaporación de las primeras aguas lluvias; y el vapor acuoso, menos denso que la atmósfera, ascendió a las capas aéreas más heladas, donde volvió a condensarse y descender en forma líquida sobre el inflamado suelo. Y repitióse sin cesar el fenómeno, como si el agua y el fuego se hubiesen propuesto luchar a brazo partido, sin tregua ni descanso, disputándose el dominio del planeta. Las tempestades se sucedían sin interrupción a las tempestades; el continuo fragor del trueno hacía retremblar los recién construidos cimientos de la tierra, y la sulfurosa luz del relámpago rasgaba a cada momento los negros y siniestros nubarrones que flotaban arremolinándose sobre aquel nuevo y pavoroso cáos. Esta infernal guerra de gigantes debió haberse

prolongado por millares de siglos; pero, a la postre, el fuego fué vencido y se extinguió en la superficie del globo. Las continuadas condensaciones y evaporaciones de la atmósfera acuosa, disminuyeron gradualmente y sin cesar el calorífico; y llegó a tal extremo el predominio de las aguas, que cubrieron toda la redondez del planeta, cuya epidermis era aún relativamente lisa, sin las rugosidades y protuberancias que fenómenos posteriores produjeron en ella. Así se inauguró una nueva fase del mundo, que algunos naturalistas llaman **Mar universal**, y otros el **Reinado del agua**; agente escogido en la hora oportuna por la naturaleza para confiarle el acabamiento, adorno y perfección de la esfera terrestre.

Las frecuentes lluvias arrastraron las sustancias que la atmósfera, densa y casi palpable de la primera época geológica, mantenía en suspensión; y los materiales insolubles y más pesados descendieron rápidamente al fondo de las aguas que inundaban la tierra. Puestos así como en íntimo contacto todos los componentes de la materia —diseminados prodigiosamente al principio en la inmensa e inflamada nebulosa que generó nuestro planeta— no tardaron en producirse las necesarias combinaciones y reacciones químicas, en virtud de las mismas propiedades de aquellas sustancias. Combináronse esos elementos y dieron por resultado los cuerpos compuestos; se precipitaron y cristalizaron las sales que estaban en disolución; los gases que flotaban en grandes masas, fueron absorbidos conforme a la afinidad de cada cual con los demás cuerpos; los componentes propios de las rocas, juntáronse y compactáronse en una labor que diríamos submarina, como para echar los fundamentos del mundo futuro.

En consecuencia, se purificó la atmósfera y adquirió relativa transparencia en los albores de esa época llamada de transición; es decir, de tránsito de la eterna noche a la luz, divina precursora de la organización y la vida terrestre. Espesas nubes vagaban casi arrastrándose sobre la superficie de las aguas, como envolturas protectoras del recién nacido planeta pero ya los rayos del sol lograban atravesar, aunque débilmente, esas amenazadoras nubes, e iluminaban la tierra con su luz crepuscular y macilenta. Y nada respiraba todavía en aquellas inmensas y tristes soledades. La vida no había surgido aún del seno estéril de ese mar universal; pero el Espíritu de Dios flotaba ya sobre las aguas, mientras la tierra se

mantenía silenciosa y vacía, como los libros santos de todos los antiguos pueblos lo refieren.

Sin embargo, el gran milagro no tardó en realizarse: la venida de la bienhechora luz trajo los gérmenes de la vida; y los organismos rudimentarios, los primeros esbozos del reino animal y del vegetal, dejáronse ver entre las aguas. Sin ninguna duda, la planta precedió al animal; la diminuta y frágil criptógama fué antes que el infusorio, que el **foraminífero**; las algas, antes que los **zoófitos**; los lycopodios rastreros antes que los moluscos primitivos: tal es el orden invariable de la naturaleza.

Mas, el titán subyugado por las aguas, no había renunciado a su imperio: encerrado en el centro de la tierra, rugía y se retorcia de furor, sacudiendo horriblemente los graníticos muros de su cárcel. El fuego central, como lo hemos visto, produce un calor de 195.000 grados; de modo que todos los materiales del núcleo terrestre, reducidos a fluido ígneo, a un mar interior en continua borrasca, constituían una fuerza formidable llamada **plutónica**, que, si bien evitaba el total enfriamiento del planeta, reaccionaba de manera brutal y terrible contra su frágil envoltura. Desastrosos los efectos de fuerza tan incontrastable; de cuyo poder podemos juzgar aún hoy día, a pesar de que el vulcanismo ya no puede compararse, ni con mucho, con el que dominó al mundo en sus primeras edades. Los impetuosos y caudales ríos de lava que corren del cráter de los volcanes modernos; el esquizamiento y rotura del suelo sacudido por el titán invisible; las islas que a su esfuerzo surgen de entre las olas de los mares, y las que todavía se abisman y pierden en las profundidades oceánicas; los Continentes agrietados y las ciudades destruidas a un soplo de ese huracán de fuego interno, nos pueden dar idea de los horrendos cataclismos prehistóricos de que he de hablarlos en breve.

Los primeros efectos de esa labor subterránea fueron las rocas que levantaron la cabeza sobre las olas, a manera de islotes graníticos, en las postrimerías de la época primitiva y los comienzos del período siluriano. El Océano universal vióse sembrado de aquellos picos en los que se rompían las olas, y servían de asilo a las primeras plantas acuáticas —algas y lycopodios— a los zoófitos y a los diminutos moluscos, primitivos representantes de la vida en el

planeta, el sol macilento, antorcha que parecía extinguirse en las brumosas lejanías del espacio, alumbraba, melancólicamente esta creación animal embrionaria; pero la naturaleza había dado ya el gran paso, había realizado el milagro; la vida palpitaba por fin sobre la tierra, y no tardaría en llenarla en múltiples y admirables formas, en romper el eterno silencio con voces que serían himnos de adoración universal a la primera Causa de los seres.

En el período devoniano la fuerza plutónica levantó aún más la corteza terrestre, y transformó las aisladas rocas oceánicas en archipiélagos de extensión considerable: estaban construidas ya las bases de los futuros Continentes. A la vez, los organismos progresaron; la vida rudimentaria tomó vuelo y se manifestó en nuevas aunque todavía diminutas especies. La familia animal se enriqueció con muchos moluscos, algunos anélidos, varios crustáceos, y hasta unas pocas especies de peces ganoides. El catálogo botánico se aumentó también prodigiosamente con varios fucos, hierbas rastreras, nuevas criptógamas y algas, y aun ciertos hermosos arbustos que coronaban las partes más elevadas de formaciones terrestres. El progreso de la creación viviente continuaba con lentitud, pero incontenible y con segura planta: la vida había tomado posesión del mundo, ya no le era dado a ninguna fuerza el detenerla en su desarrollo, menos hacerla retroceder o aniquilarla.

Aún debía ser demasiado elevada la temperatura atmosférica, puesto que esos gigantes de la vegetación que cubrían toda la tierra en el período carbonífero, o han desaparecido por completo, o sólo crecen algunas especies actualmente en las zonas tropicales. Casi uniforme el reino vegetal en dicho período, contaba con árboles verdaderamente admirables por sus dimensiones, como los helechos arborescentes, las calamitas, las sigilarias, etc.; flora inmensa que generó los inagotables yacimientos de carbón fósil de toda especie, que la previsora naturaleza elaboraba en beneficio de la humanidad futura. Este fué el período de la preponderancia vegetal: su imperio había llegado al apogeo y extendiéndose por toda la tierra que las fuerzas plutónicas elevaban sobre las aguas. El mundo hallábase como dividido en dos océanos: uno de verdura, sin variedad de matices ni flores —alzado sobre la tierra recién emergida del mar; y otro, de olas turbias, tumultuosas y mugidoras, que batían pesada-

mente los costados de las islas y los escollos de granito que desafiaban su poder.

El reino animal no se desarrolló con igual asombrosa rapidez en el período carbonífero; mas los antiguos vivientes —zoófitos, políperos, moluscos, crustáceos, peces, etc.— se multiplicaron hasta componer numerosas variedades. Y, lo que es más, aparecieron los primitivos vivientes terrestres: algunos coleópteros y ortópteros discurrían ya por el follaje de los bosques; y un reptil, el *Archegosaurus* arrastrábase por las orillas de los mares, donde aún no se había estampado la huella de otro animal alguno.

Durante el período pérmico, o permiano, como algunos dicen, se rompió y agrietó la corteza terrestre, al contraerse en su enfriamiento progresivo; y las sustancias aprisionadas dentro de esa cubierta aún quebradiza y mal consolidada, emergieron a la superficie, ora en estado de fusión vulcánica, ora en forma reblandecida, o plutónica, como dice Humboldt; dando origen a esos domos de pórfido y syenita, cuya estructura regular uniforme ha llamado justamente la atención de los naturalistas. Empero, el citado sabio advierte que las rocas mencionadas, no son coetáneas; lo cual manifestaría el prolongado tiempo que duró esta nueva convulsión creadora, en el lento desarrollo perfectivo del planeta. "El granito y la syenita —dice Humboldt— pertenecen a dos épocas muy diversas; no obstante lo cual, el primero atraviesa por lo común la segunda, en cuyo caso su origen es más reciente que la fuerza que ha producido el solevantamiento de la syenita. Cuando el granito aparece en grandes masas aisladas, bajo la forma de elipsoides ligeramente abovedados, (...) tienen siempre encima una costra dividida en trozos. Esta especie de mar formado de rocas, debe probablemente su origen a la contracción de la superficie primitiva del granito".

Por lo demás, en el período permiano la flora fué casi la misma que en el carbonífero; y la serie zoológica sólo recibió el aumento de un cocodrilo, el *Protosaurus*, y de algunas especies de peces placoides. En esta época se formaron los terrenos que Humboldt denomina *grauwacka* inferiores y superiores, o sistema siluriano y devoniano, este último llamado *asperón rojo antiguo* —dice—; el *calcáreo carbonífero*, o de montaña, los *terrenos hulosos* o de hornaguera, el *nuevo asperón rojo inferior* y el *calcáreo magnésico*.

Pasemos a estudiar la época secundaria. Aunque podría compendiar y comentar en esta materia las obras de varios autores, seguiré preferentemente en lo posible a Figuer; por cuanto juzgo sus escritos como verdaderas lecciones elementales y muy a propósito para iniciar en la geología y más ciencias conexas con ella, aun a los menos preparados a comprenderlas. El objeto de esta ligera disertación, os lo repetiré, no es un estudio profundo acerca de todas las teorías del sistema de la naturaleza; sino simplemente exponer una idea general de los problemas del universo, abrir el camino y despertar la afición a labores más serias, dilatadas y fundamentales. Y para llenar este propósito, voy como escogiendo las doctrinas más asimilables, dirélo así, en varios escritores; y os las manifiesto con la claridad y precisión posibles; las explico para la más fácil comprensión de la verdad que encierran, y de igual suerte refuto sin consideración alguna lo que creo erróneo, hállese donde se hallare, y sosténgalo quien lo sostuviere.

*
* *
*

La época secundaria corresponde al reinado de los reptiles; los que se multiplicaron asombrosamente, y alcanzaron dimensiones colosales en todas las latitudes del globo. Y esta preponderancia de la vida animal coincidió, como una ley de equilibrio, con el decrecimiento de los vegetales y la desaparición de varias especies de ellos; especies que estaban muy propagadas durante los periodos carboníferos y permiano, aun en los polos. También se extinguieron algunos crustáceos, moluscos y peces primitivos; pero las nuevas especies sobrepusieron maravillosamente a las perdidas, y el imperio de la vida se extendió a límites extraordinarios, diríamos fabulosos, en todas las escalas inferiores de la animalidad.

La aurora del periodo triásico se marcó con el apareamiento de multitud de moluscos, de saurios, de tortugas y peces: los mares y la tierra ostentaron una actividad creadora intensísima y poderosa; y los seres vivientes pululaban en las calladas y antiguas soledades, llenándolas de animación y movimiento. El *Labyrinthodon*—coloso de los batracios, pues alcanzaba el tamaño de un buey, dice un naturalista—imprimía ya sus huellas en la húmeda y blanda arena de las playas, al recorrer la floresta de los helechos gi-

gantes, de las coníferas y palmeras recién aparecidas; y el *Notoosaurus* balanceábase sobre las olas del mar, o dormitaba en las tranquilas márgenes de las ensenadas. Infinidad de conchas componían espesas y dilatadas capas, pues habían comenzado ya los infinitamente pequeños a fabricar los continentes para morada del hombre, cuya venida parecía anunciar la naturaleza con todas sus obras. Diríase que esta fecunda madre, antes de producir la especie humana, ensayaba sus fuerzxs creatrices en la formación de monstruos de grandor increíble, si no se hubieran conservado sus osamentas; monstruos que pasarían por sueños terroríficos de una fantasía enferma, si la Paleozoología no nos mostrara la realidad. El *Ichthyosaurio*, el *Plesiosaurio*, el *Pterodáctilo*, se habían enseñoreado de la creación; eran los gigantes que oprimían y aplastaban sin piedad a sus hermanos endeble, la fuerza brutal que comenzaba a imponerse y privar sobre la debilidad indefensa.

Hacia la mitad del periodo jurásico aparecieron otros insectos en multitud prodigiosa: los *Neurópteros* y los *Dípteros*, llenaron los bosques e hicieron su morada en las verdes praderas que un sol amortiguado calentaba. Por el mismo tiempo hicieron su entrada en los dominios de la Zoología dos extraños reptiles: el *Ramphorhynchus* y el *Telosaurus*, de espantables formas, y que no constituían sino variedades de los monstruos que ya existían.

En el periodo cretáceo, los más importantes colaboradores de la potencia creadora, fueron los foraminíferos, de los que traté en una de mis anteriores conferencias; esos casi invisibles fabricantes de las capas terrestres, según lo que la Microgeología lo comprueba. Y diríase que ante estos seres microscópicos, la naturaleza hizo desaparecer los grandes reptiles, de los que subsistieron muy pocos, y entre ellos, el voraz *Mosasaurio* que despoblaba los mares para alimentarse, y el *Megalosaurio*, lagarto de quince metros que sacrificaba también en las orillas de los lagos y pantanos, centenares de pequeños vivientes, de los que hacía su cotidiana y copiosa comida.

Adredemente no os he hablado de los habitantes del mar; porque los peces y los moluscos, los zoófitos y los políperos, etc., exceden a toda la fácil nomenclatura, y son para llenar libros con su descripción por incompleta que fuese. Lo mismo digo de la flora

secundaria; pues me he limitado a la afirmación de que las palmeras, de elegante y vistosas formas, eran las dominadoras de los bosques; por más que se hayan también multiplicado los cipreses y los pinos, los helechos, etc., ornamento y gala de aquellas primitivas y magestuosas florestas, a las que animaba sin cesar el hálito vivificador y poderoso de Dios. ¿Pierde por ventura, algo de su grandiosidad sublime la creación, por desarrollarse metódica y paulatinamente, bajo la acción de fuerzas y leyes impuestas y creadas por la divina sabiduría; en avance progresivo siempre creciente, en evolución y renovamiento sin fin ni remate? ¿Es menos digna de adoración la Omnipotencia por proceder en sus obras, mediante un sabio e inalterable encadenamiento de causas y efectos, un orden preconcebido y permanente en la escala de los seres, un plan infinito en que no hay las imprevisiones, los vacíos, la contradicción y deficiencia de la creación mosaica?

Durante la época secundaria se formaron las siguientes capas terrestres —detalle que tomo de Humboldt—: “El trias superior, compuesto de los **asperones abigarrados**, del **calcáreo conchífero**, y del **kruper**; el **calcáreo jurásico** (lias y oolitas); el **asperón maciso**, la **greda inferior y superior**, y las últimas capas que comienzan en el **calcáreo de montaña**”.

Importa mucho no olvidar las capas superpuestas que forman la envoltura de la tierra; porque en ellas hemos de leer mas tarde la imperecedera historia del planeta, y resolver con esa lectura varios enigmas de la naturaleza que la Teología tiene por milagros y misterios indescifrables.

*
* *
*

Vimos ya cómo el enfriamiento progresivo rompió la corteza terrestre en varios lugares, produciendo aberturas que eran abismos horrorosos; y cómo aquellas simas dieron salida —ya lenta, ya súbita, en borbotones o torrentes— a las materias en estado de fusión o de reblandecimiento pastoso, que el interior del globo encerraba. Esta irrupción de materiales plutónicos a la superficie terrestre, puso los cimientos más sólidos de los Continentes y alzó las montañas, cuyas cumbres se pierden hoy en las nubes y se coronan de nieves

perpetuas. Primero, los islotes esporádicos, de que nos habla Humboldt: los domos de granito, las cúpulas de pórfido y syenita, los picos de basalto, eternamente azotados por las tempestades y heridos por el rayo. Después, las islas, más o menos extensas, más o menos elevadas sobre las mugidoras olas; y por fin, el levantamiento de las tierras continentales, fecundas y aptas para albergar y alimentar a los seres vivientes. Luego levantáronse las cordilleras, las cadenas de montes, desnudas unas, y otras cubiertas de vegetación espléndida y constante. He ahí el proceso admirable de la naturaleza en la formación y perfeccionamiento de la tierra.

“En los tiempos más antiguos —dice Humboldt— durante los periodos de transición siluriana y devoniana, y hacia las primeras formaciones secundarias, incluso el trias, el suelo continental consistía exclusivamente en islas separadas cubiertas de vegetales. En los periodos siguientes se unieron entre sí estas islas, pero de tal suerte, que formaban innumerables lagos y golfos profundamente excavados. Por último, cuando se alzaron las cadenas de los Pirineos, de los Apeninos y de los montes Kárpato, y por tanto hacia la época de los terrenos terciarios, aparecieron los grandes Continentes, casi con la misma forma que ahora tienen”. En consecuencia, al comenzar el periodo eoceno —que significa **aurora, alba reciente**— la estructura de la tierra estaba casi terminada: la época terciaria fué simplemente complementaria de las anteriores, en cuanto a formaciones geológicas; pero no así, respecto del mundo orgánico que, durante esta prodigiosa edad, alcanzó el máximo de su desarrollo en los seres vivientes. La época terciaria es la de los grandes mamíferos, y, si hemos de creer a varios sabios, también la de la creación del hombre; puesto que, como luego veremos, la Paleontología afirma la existencia de la especie humana en el mioceno, y apoya su afirmación en testimonios que parecen irrecusables.

Después de las monstruosas creaciones de la época secundaria, aparecieron los **Marsupiales**, mamíferos imperfectos que ocupan uno como término medio entre los ovíparos y los vivíparos, escalón que precede al nacimiento de los animales **placentarios**. “En los marsupiales —dice Zaborowski— el alantoide, en estado rudimentario, no permite la formación de una placenta e impide, por consiguiente una prolongada estancia del feto en el útero. Sus pequeñuelos na-

cen, pues, muy imperfectos y terminan su desarrollo prendidos a las mamas, en una bolsa formada por dos pliegues de la piel del vientre, sostenidos por dos huesos fijados hacia la parte anterior del bacinete y llamados huesos marsupiales". Debo advertir que hay naturalistas que colocan el apareamiento de los marsupiales en la época terciaria; y se basan en que la Paleontología ha demostrado que son animales originarios del subperíodo llamado **oolítico**.

En el período eoceno se coloca el apareamiento de los paquidermos, los primeros mamíferos placentarios, completamente distintos de los que los habían precedido. El **Antracoterio** —gigante de los jabalíes, de más de un metro de alzada— es el tronco de la raza porcina. El **Paleoterio** y el **Xifodón**, el **Anaploterio** y el **Chaeropótamo**, el **Hiparión** y el **Dinoterio**, fueron entonces los reyes y dueños de la tierra. La Ardilla, el Murciélago, el verdadero Cocodrilo, los Ofidios, los grandes Quelonios, se multiplicaron en este período de fecundidad prodigiosa; y poco más tarde, el **Megaterio** y el **Mastodonte** vinieron a unirse al reino animal ya numeroso. Por esos mismos tiempos existía también un herbívoro gigantesco, el **Iguanadón** que, alzado sobre las patas traseras y extendiendo el cuello, arrancaba los ramos tiernos de la copa misma de los árboles.

Al finalizar este período, conquistaron la vida las aves: el pájaro llamado de Solenhofen, fué el primer vestigio que de esta especie de animales ha podido enseñar la Paleozoología. Al principio el ave partía términos con los reptiles alados: implumes y cubiertos de piel áspera defendida por mallas, de pico dentado, pesados y torpes, los primeros pájaros distaban mucho de nuestros hermosos y ágiles volátiles. Pero la naturaleza obra siempre gradualmente; y ha tardado millares de siglos en perfeccionar su creación admirable e inmensa.

Tras del **Arqueopteryx**, uno como imperfecto boceto de ave, asomaron los gigantes de la especie, el **Gastornis**, el **Diornis**, el **Epiornis**, que ahora figuran sólo en las leyendas fantásticas. La naturaleza no se detuvo en la titánica creación alada: los pelícanos, las grullas, los flamencos, las becadas, revoloteaban en bandadas entre los juncos y los cañaverales de la orilla de los ríos; multitud de pequeños palmípedos navegaban sobre las azules ondas de los lagos, o dormitaban perezosamente sobre las anchas hojas de los nenúfa-

res. Las golondrinas, en nubes inmensas, surcaban el aire, como tribus de inmigrantes que súbitamente hubieran caído sobre la tierra.

En el período mioceno se aumentó la flora existente con nuevas y más hermosas palmeras, con el bambú y las acacias, los laureles y los arces, los nogales y los ojaranzos, las higueras y los plátanos, etc.: el verde uniforme y sombrío de las antiguas florestas, adquirió todos los tonos y gradaciones de color, todos esos suaves y variados matices que son la desesperación de los pintores que anhelan copiar fielmente los cuadros de la naturaleza. Ni flores ni frutos habíanse mostrado aún en los bosques y praderas del mundo secundario; pero la potencia creadora extendió su vara mágica, y revistióse la naturaleza de sus más ricas y ostentosas galas. Infinidad de flores esmaltaron el reino vegetal; y al instante invadieron aquellos encantados vergeles, los **Lepidópteros**, flores aladas que se entretienen en amorosas confidencias con las auras y los zéfiros, que rivalizan con el clavel y la rosa en hermosura y brillantez, que se alimentan con néctar a la manera de los dioses, son tan efímeras y fugaces como la dicha humana.

Los **heminópteros** inventaron la miel aromática para regalo del hombre; e hicieron gala de inteligencia, al establecer la vida social, la división del trabajo y la solidaridad de su gran familia. Las hormigas dieron comienzo a sus guerras de conquista; y sus diversas variedades disputáronse con furor el dominio exclusivo de la floresta. "El instinto de las abejas de robar los almacenes de sus vecinas —dice Milne-Edwards— se asemeja al de otros insectos, cuyas acciones son todavía más singulares, tales como capturar animales de diferente especie, y hacerlos esclavos; costumbre que se prueba con el ejemplo de las hormigas (...). Mientras ciertas obreras se ocupan en levantar nuevas construcciones para sus colonias crecientes, otras buscan el jugo azucarado de las flores, y recolectan, sobre todo, un jugo especial que mana del cuerpo de los pulgones y de algunos pequeños hemípteros. Ciertas hormigas no se satisfacen con apoderarse de la gotita azucarada que el puigón les abandona... Llévanse a estos insectos al hormiguero y se aprovechan de ellos, al modo de los campesinos, de sus vacas lecheras. Se ha visto a los habitantes de dos hormigueros vecinos, disputarse sus pulgones; y a los vencedores llevar los prisioneros, con el mismo cuidado con que transportan sus larvas (...)." Mucho puede observar el hombre

en la república de las hormigas. Por ejemplo, esa nube de insectos alados que se levantan al primer rayo del sol naciente, como orgullosos de sus plateadas y diáfanas alas, van impulsados por el amor: son las vírgenes a quienes espera Himeneo entre la perfumada hierba de la pradera, o en las frondas solitarias vecinas. Pero, al cumplir con el deber de perpetuar la especie, pierden las brillantes alas y quedan condenadas a caminar por el polvo: imagen de la raza humana, en la que también, desaparecido el ángel, no queda sino la desnuda realidad de la vida.

Continuemos el estudio de esta fecunda y admirable etapa del desarrollo del universo.

Innumerables pájaros de acabada belleza poblaban ya el follaje de los árboles; y miriadas de espléndidos y multicolores insectos alados esmaltaban las campiñas, como pequeñas y movibles flores. La crecida familia de los cimios hizo también irrupción en las selvas; y el *Misopithecus* y el *Dryopithecus* tomaron posesión de las encumbradas copas, balanceándose sobre espantables abismos de verdura, como si quisieran asombrar a los demás animales con su destreza de acróbatas. El Hipopótamo y el Rinoceronte paseaban su majestuosa corpulencia en aquel emporio de vida; y cabe aquellos temibles colosos, corrían el tapir, el castor, las ratas, etc.; se arrasaban las culebras, saltaban las ranas, dormía la garza en la florida margen de las lagunas. Ciertamente este periodo fué la aurora del mundo, el verdadero amanecer en el dilatado y maravilloso imperio de la vida.

En el periodo plioceno subió de punto el progreso del planeta: aumentaron las especies domesticables: el caballo, el buey, el camello, el asno, el perro, todos los amigos del hombre le precedieron en la existencia, como si presintiesen que habían de ser los auxiliares del rey de la creación, los partícipes de sus fatigas, sus compañeros y factores de la civilización del mundo. Al final, mostráronse los grandes cetáceos, colosos de los mares que todavía existen en su mayor parte.

Las capas geológicas de la época terciaria son estas, según Humboldt: "Las formaciones terciarias —dice— comprenden tres divisiones, caracterizadas por el **calcáreo basto**, el **carbón moreno**, o **liganita**, y los **casquijos subalpinos**".

He aquí la totalidad de capas geológicas, en el orden ascendente, desde la cara interna de la corteza del globo, hasta los terrenos sedimentarios que se hallan en la superficie:

- 1.— Gness y granito primitivo (los cimientos de la tierra solidificada).
- 2.— Rocas metamórficas antiguas.
- 3.— Terreno siluriano inferior y superior.
- 4.— Asperón rojo antiguo.
- 5.— Calcáreo carbonífero.
- 6.— Terreno hullero.
- 7.— Asperón rojo nuevo
- 8.— Zechstein, o piedra de mina.
- 9.— Asperón de los Bosgos.
- 10.— Terreno conchífero, asperón abigarrado y calcáreo compuesto, llamado también *Muschelkald*, por la gran cantidad de conchas que contiene.
- 11.— Keuper; margas y arcillas irisadas, o diversamente coloreadas, que constituyen grandes yacimientos salíferos.
- 12.— Lias, o calcáreo Jurásico.
- 13.— Oolita inferior. (Terrenos formados por la conglomeración de pequeños cuerpos calcáreos, redondos y muy semejantes a huevos de pescado).
- 14.— Oolita media.
- 15.— Oolita superior.
- 16.— Greda inferior.
- 17.— Greda superior.

- 18.— Arenas superiores y arcilla plástica.
- 19.— Calcareo basto.
- 20.— Yeso.
- 21.— Molasse: arenas arcillosas, cuarzosas o micáceas.
- 22.— Faluns: yacimiento de conchas y políperos descompuestos, llamados así, porque sirven para abonar la tierra de labor,
- 23.— Crag, o terrenos subapeninos, compuestos de arenas cuarzosas de color rojizo, a causa de las materias ferruginosas que también contienen.
- 24.— Los terrenos de aluvión de las recientes y variadas formaciones sedimentarias.

Estas son las pocas, pero indestructibles páginas de la historia de la tierra; y ellas demuestran la grandeza y poder de Dios, con mayor elocuencia y claridad que la Biblia y más libros santos de los pueblos antiguos y modernos. Nada puede guiarnos más recta y seguramente al conocimiento de la Primera Causa, que la contemplación serena y desapasionada de la naturaleza.

En la época cuaternaria estaba ya poblada toda la superficie del planeta: los continentes veíanse repletos de animales, en una variedad que excede a toda ponderación u encarecimiento; los lagos, los ríos y los mares rebosaban en múltiples manifestaciones de la vida; y las elevadas regiones del aire fueron la conquista de las aves, a cuya cabeza púsose el águila de potentes alas, que alcanza las más altas regiones del firmamento.

El Mammouth, el Megaterio americano, el Rinoceronte; los grandes carnívoros, como el oso de las cavernas, el tigre gigante, el león, el chacal, la hiena, etc.; presentáronse en enorme multitud a ese festín de la vida, ofrecido por la naturaleza con prodigalidad verdaderamente divina. El Reno ha marcado con su presencia un período en la historia del desenvolvimiento de la especie humana; y junto con estos grandes concurrentes, dejábanse ver también seres más pequeños, inofensivos y útiles al hombre futuro, como el caballo y el toro, la oveja y la cabra, los cerdos y los ciervos, toda esa falange de

animales destinados a servirnos más tarde. Abundaron las tortugas colosales, el *Glyptodon* y el *Schistopleuron* de la América; las aves acuáticas y terrestres formaban abigarradas muchedumbres en todas las comarcas, alegrando los montes y los valles; y los peces, crustáceos y moluscos, rellenaban el seno de las aguas. Y cuando la cadena zoológica estuvo completa, desde el más invisible infusorio hasta los colosos del mar y de la tierra, llegó el hombre, coronamiento majestuoso y digno de aquella escala asombrosa de la vida, obra perfecta y acabada de la Omnipotencia.

*
* *

“Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida. (...) Y dijo Dios a Noé: el fin de toda carne ha venido delante de mí; por que la tierra está llena de violencia (...); y he aquí que yo los destruiré con la tierra”.

“Hazte una arca de madera de Gopher: harás aposentos en el arca, y la embetunarás por dentro y por fuera (...).”

“Entra tú y toda tu casa en el arca (...) De todo animal limpio tomarás de siete en siete, macho y hembra; más de los animales que no sean limpios, tomarás dos, macho y hembra”.

“También las aves del cielo, de siete en siete, macho y hembra; para guardar en vida la casta (...) Porque pasados siete días, haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y raeré toda sustancia que hice sobre la faz de la tierra...”

“Y sucedió que el séptimo día, las aguas del diluvio fueron sobre la tierra (...) y hubo lluvia cuarenta días y cuarenta noches (...).”

“Y prevalecieron las aguas y crecieron en gran manera sobre la tierra... Y todos los montes altos (...) fueron cubiertos (...) Quince codos en alto prevalecieron las aguas; y los montes fueron cubiertos”.

“Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves, como de ganados, y de bestias, de todo reptil (...) y de todo hombre (...).”

"Todo lo que tenía aliento de espíritu en sus narices... Y sucedió que al cabo de cuarenta días, Noé abrió la ventana del arca... y envió al cuervo (...)"

"Envío también la paloma, para ver si las aguas se habían retirado (...) etc."

He aquí la palabra divina, según los hebreos y los cristianos; pero sucede que esta revelación, si lo es, no la recibió Moisés directamente, sino los patriarcas de pueblos más antiguos, de pueblos cuya historia se pierde en la noche de los tiempos. La tradición del Diluvio de ninguna manera pertenece exclusivamente a los hijos de Abraham; pues todas las naciones de la tierra han conservado, más o menos desfigurado, el recuerdo de aquel terrible cataclismo. ¿Cuál fué la fuente de tan espantable y general tradición? Conforme a lo que hoy sabemos, no es posible asentir a la antigua afirmación de fe, según la que se sostenía que esa revelación había sido hecha a los Benó-Israel, agrupación pequeñísima de esclavos recién emancipados por la fuga, de la esclavitud egipcia.

Los asiriólogos han traducido las escrituras cuneiformes, descubiertas en los ladrillos de Babilonia y Nínive; escrituras conocidas en esos florecientes centros de la primitiva cultura humana, desde cinco mil años antes de nuestra era, y por lo mismo, antes de que Abraham y su descendencia existieran. Federico Hommel, en la **Historia de Babilonia y Asiria**, dice: "La historia babilónico-asiria empieza con las más antiguas inscripciones, coetáneas de los reyes de la primitiva Babilonia, y son, por lo que se refiere al Norte, las de los reyes semitas de Agadí (Akhad), como tres mil ochocientos años, a. de J.; y en cuanto al Sur las de los primeros reyes de Sirgulla (Sírula), por los años de cuatro mil antes de nuestra era. Tenemos, pues, como punto de partida los principios del quinto milenario precristiano, y fines del cuarto; y **sobre esto no puede haber duda alguna, ya que ahí comienza la historia testificada por las inscripciones, y de la anterior nada sabemos que no sean meras conjeturas (...)**"

Layard descubrió la célebre biblioteca de Arsurbanipal, compuesta de millares de ladrillos numerados, en los que constaba toda la antigua literatura y las tradiciones babilónicas, que había mandado recoger y escribir aquel rey civilizador de su pueblo, derramando sus

tesoros a manos llenas con tan noble y grandioso objeto. Rassam, Rawlinson y otros sabios investigadores de la verdad histórica, hicieron nuevos y nuevos descubrimientos entre las cenizas de esas innúmeras generaciones desaparecidas; y entre esos exhumados restos del pristino saber humano, se han hallado las tradiciones cosmogónicas y religiosas que todos los pueblos creen poseer exclusivamente y por revelación de los dioses. Babel, célebre en los anales de Israel por la confusión de las lenguas, existía ya, mucho antes que el diluvio mosaico. Citaré en apoyo de esto al mismo historiador Hommel, para no invocar otros testimonios. "Así como parece probable —dice— que la ciudad de Babel existía en tiempos de los reyes de Sirgulla, como lugar de culto; y **en todo caso, desde época bastante remota, al lado de la antigua Agadí; ofrece idéntica relación Nínive con Assur, antigua capital del imperio Asirio. En esta última residían los primeros príncipes de Asiria (...)** probablemente, dependientes aún de Babilonia; sin embargo, las inscripciones de Gudía por los años de cuatro mil, a. de J., nos dan fe de la existencia de Nínive".

Véanse ahora estos pocos pasajes de un poema babilónico, sobre el diluvio, los que tomo de la versión castellana de Gener; yo suplico que los comparéis con los versículos de la Biblia que os he repetido sobre el diluvio.

He aquí cómo se expresa aquel antiquísimo cantor de la gran catástrofe; pero debo advertiros que hay muchos párrafos incompletos, muchas lagunas en la parte traducida de dicho poema, a causa de haberse roto y destruido algunos ladrillos en los que ha sido escrito. La obra cuenta como sesenta siglos; es antiquísima, pero no menos auténtica; pues el descubrimiento de las planchas de arcilla que la conservaban, es, como si dijéramos, de ayer; esas desenterradas páginas han sido científicamente examinadas por muchos sabios, nuestros contemporáneos.

"Voy a revelarte, oh Yzdhubar, el relato de mi conservación, y la decisión de los dioses, a tí, que yo te digo.

(.....)

"Hombre de Schurippak, hijo de Ubaratuto, construye un navío, térmalo (...)
...destruiré la simiente y la vida

Mete también la simiente de vidas de toda especie,
en el interior del navío.

El navío que tú construirás
tendrá seiscientos codos de largo su medida,
y sesenta codos de ancho
de su altura (...)

(.....)

En el tiempo fijo que te daré a conocer también
penetras en él, y la puerta del navío cierra,

En el interior tu grano, tus muebles, tus provisiones,
tu dinero, tus esclavos, tus sirvientes, y los hijos (...)
los ganados de la llanura, los animales silvestres (...)

todos aquellos que yo reuniré, y
te enviaré también, entrarán por tu puerta.

(.....)

Navegué dentro de él el sexto, dividí sus pisos el séptimo, dividí su
interior el octavo,

las vías de agua que penetraban en su interior intercepté;
coloqué las cosas ordenadamente.

Tres capas de betún derramé en su exterior,
tres capas de betún derramé en su interior (...)

(.....)

Todo cuanto tenía lo reuní en simiente de vidas de toda especie. Lo
hice entrar todo en mi navío, mis esclavos y mis sirvientes, los reba-
ños de la llanura, los animales silvestres de la llanura, los hijos del
ejército, a todos hice entrar.

Al tiempo fijado, el Sol abrió la boca y anunció proclamando;

En la noche yo haré llover,
del cielo pesadamente;

entra en tu navío y cierra la puerta.

(.....)

Esperé la noche de aquel día,

el día para guardarme; tuve miedo; entré en el navío y cerré la
puerta(...)

(.....)

Mu— Scheri — ina — namari

se elevó del fundamento de los cielos nube negra.

Rammán, en medio de él, tronaba, y Nabú y Schar caminaban hacia
adelante.

Caminaban trastornados el monte y la llanura.

Los castigos, Nergal el poderoso, arrastraba detrás;
veinte Sandau ante él derribaba;
los arcángeles del cielo aportaron las destrucciones,
con sus horrores agitaron la superficie de la tierra;
la inundación de Ramman se hinchó hasta el cielo
y en desierto sin luz fué cambiado el suelo.

(.....)

No vió el hermano a su hermano, no se reconocieron los hombres

(.....)

A la proximidad del séptimo día, la lluvia se interrumpía, la tromba
terrible que había asaltado como un terremoto,
se apaciguó; el mar tendió a vaciarse y el viento y
la tromba cesaron.

Miré al mar atentamente,

y la humanidad toda se había convertido en limo,
los cadáveres flotaban como algas.

Abrí la ventana y la luz hirió mi cara (...)

Miré las regiones ilimitadas del mar;

hacia los doce puntos del horizonte no se distinguía continente

El navío fué arrastrado al país de Nizir.

Una de sus montañas detuvo al navío, y no pudo pasar por encima.

(...)

Eché una paloma al aire; la paloma se fué; volvió, y
como no tenía sitio en que posarse, regresó al navío.

Solté una golondrina; la golondrina se fué y volvió;

volvió porque no encontró lugar donde posarse.

Solté un cuervo; vió la carroña de la superficie, y

se paró, comió, y no regresó ya (...)

... Sacrifiqué un sacrificio.

formé la hoguera del holocausto sobre el pico de la
montaña(...)

¿En qué se diferencia la narración bíblica del relato caldeo? ¿Cuál
es la copia y cuál el original de la terrorífica leyenda?

*
* *

Ved ahora la misma tradición en la India: Zimmermann y Figuer,
en **El Mundo antes de la creación del Hombre**, dicen: "La tradición

india conviene, en casi todos los puntos, con la relación de la Biblia, y podría ser muy bien que Moisés hubiese tomado alguna cosa de la mitología de los indios. En el sur de la India reina Sasiavrata, hombre virtuoso, cuya corte se componía sólo de siete santos, pues todos los demás hombres habían pecado, y los dioses estaban resueltos a destruirlos. Cierta día que el rey se bañaba en el río Kritamala, cogió por casualidad un pescadillo, que imploró su protección contra los peces voraces; y atendiendo el rey a su súplica, colocó en un gran estanque. El pecesillo creció rápidamente de tal modo, que fué preciso buscarle un espacio más grande, y luego otro mayor, hasta trasladarlo al mar. Entonces conoció el rey que aquel pez era Bhagaban (Vischnu); y al preguntarle por qué había tomado aquella forma, contestóle que dentro de siete días iba a ocurrir una gran catástrofe que lo destruiría todo...; que le enviaría una inmensa nave, llena de toda clase de víveres, a fin de que se salvara en ella con sus siete santos, y una pareja de cada especie de animales. El séptimo día sucedió lo que había predicho Vischnu: el mar salió de su lecho, cayó el agua a torrentes, inundó la tierra firme, y el sol y la luna perdieron su brillo, etc."

Y los citados sabios se extrañan de que en Egipto y Persia, comarcas que, según la Biblia, debían haber sufrido más con el diluvio, no conservasen ni memoria, ni vestigios de la catástrofe. Por lo contrario, hacen presente que los sacerdotes egipcios le aseguraron a Solón que el diluvio no llegó a las tierras del Nilo; y lo probaban con el hecho de conservar sus libros y los de otros pueblos; libros, naturalmente, escritos antes de la inundación que se creía universal. Y a este respecto, el mismo Abate Du-Clot— tan interesado en sostener las afirmaciones del Pentateuco en todos sus detalles —confieza que el escritor persa, Eban-Shohoah, manifiesta que muchos magos negaban la universalidad del diluvio, porque las aguas se detuvieron en las rocas cercanas a Hulwan, en los confines del Curdestán. Y en cuanto a Egipto, aunque Bailly opinaba que la tradición relativa a las columnas, en las que Mercurio grabó el resumen de la sabiduría de aquel entonces, para preservarla de la destrucción por las aguas, se refería al diluvio, lo cierto es que el peligro previsto y temido por el dios, se limitaba a las inundaciones periódicas del Nilo.

No nos detendremos más en citar otras tradiciones iguales sobre el diluvio: veamos ahora cómo la ciencia moderna explica tan

espantosa catástrofe, sin recurrir ni al absurdo arrepentimiento del Criador, ni a su cólera desenfrenada e implacable que castigó la maldad de los hombres hasta en los niños inocentes y las inofensivas bestias.

El primer período de la época cuaternaria, se ha llamado de los **diluvios**; porque durante él se sucedieron algunas grandes inundaciones producidas por los bruscos levantamientos o depresiones de la corteza del globo, a impulso del fuego central que reaccionaba sobre ella; depresiones y levantamientos que cambiaron el lecho de los mares, ya parcial, ya totalmente, según la intensidad de la revolución plutónica que los originaba. Unas veces se sumergía una isla, hasta un archipiélago entero; y las aguas cubrían la superficie de las tierras deprimidas, hundidas, súbita o lentamente, por una fuerza incontrastable; otras veces —asimismo de manera brusca o paulatina— solevantábase el fondo del mar, y arrojaba las olas sobre las playas, o vaciaba todo su inmenso caudal líquido sobre las llanuras adyacentes. Pero, lo que propiamente se llama diluvio, es la inundación rápida y pasajera; la irrupción brusca de las aguas, para abandonar también presto las tierras invadidas, en la que, si quedan huellas indelebles del fenómeno, bien pronto renace la vida.

"Se da el nombre científico de **diluvium** —dice Figuier— a un terreno removido y trastornado que por su heterogeneidad manifiesta a nuestros ojos el paso rápido de una impetuosa corriente de aguas; y se designa con el nombre vulgar de diluvio, el fenómeno mismo. ¿A qué causa atribuir esta súbita y temporal invasión de los continentes, por una corriente de agua rápida pero pasajera? Al solevantamiento de una vasta extensión de terreno, a la formación de una montaña en la vecindad o en el lecho mismo del mar. El terreno súbitamente levantado por movimientos de abajo hacia arriba de la corteza terrestre, por un doblez o ruga formada en su superficie, produce por contra-golpe la violenta agitación de las aguas, es decir, de las partes movibles de nuestro globo. Por esta brusca impulsión, son lanzadas las aguas al interior de las tierras, y causan en las llanuras terribles inundaciones; por un momento cubren el suelo con sus furiosas ondas mezcladas con los restos de las desvascaciones producidas por la invasión súbita. El fenómeno ha sido brusco, pero corto, como el arrugamiento de la cubierta terrestre,

como el solevantamiento de la montaña, o de la cadena de montañas que lo ha provocado."

He aquí la teoría de los diluvios, teoría plenamente comprobada por la Geología; pues las capas terrestres diluviales superpuestas, y los conglomerados dejan fuera de toda objeción la naturaleza y las causas de tan terrible y devastador fenómeno. Aun en las épocas que decimos históricas, se ha repetido esta especie de revolución geológica, si bien, en proporciones relativamente pequeñas como las inundaciones de la Acaya, de Frisia, de Zelandia, de Pozzuoli, etc., que los geólogos nos lo recuerdan; de manera que el plutonismo moderno demuestra con toda evidencia el poder de las fuerzas del fuego central del globo, y, de consiguiente, la verdad de la teoría científica del Diluvio.

El diluvio escandinavo, o primero de Europa, fué originado por el levantamiento de las montañas de Noruega: "Las aguas, partiendo de Escandinavia —dice Figuiet— extendieron sus extragos a Suecia, Noruega, la Rusia europea y el norte de Alemania; y lo prueban los **blocs erráticos** y el inmenso manto de terreno sedimentario que sube las llanuras y depresiones de la Europa septentrional".

El segundo diluvio europeo provino de la formación de los Alpes; y sus devastadores efectos se extendieron a Italia, Alemania y Francia.

El diluvio de Noé, o asiático —del que han conservado tradición clara los más de los pueblos orientales— fué real afirma el mismo autor citado—; pero solamente local, como todos los fenómenos de su género; y fué la inmediata consecuencia del levantamiento de las montañas del Asia occidental. No hubo, pues, arrepentimiento de Jehová de haber creado el mundo; ni furor divino que condenó al exterminio a todo ser viviente, por el pecado del hombre; ni conservación milagrosa de reproductores de la vida animal, salvados en una frágil nave; ni nada de lo que Moisés, o el que escribió el Génesis, nos ha referido. Causas naturales, inevitables —que entraban en el plan de la naturaleza para perfeccionar la creación— produjeron los diluvios; desastres que, examinados desde la cumbre de la ciencia, entrañan la enseñanza de que todo lo que ejecuta el Supremo Ser, lleva el sello de la sabiduría infinita y se dirige al mejoramiento del Universo.

Parece que toda la tierra sufrió el azote de los diluvios parciales. El Marqués de Nadaillac, en la **Amérique Préhistorique**, afirma —refiriéndose al Abate Brasseur de Bourbourg— que en Méjico, la América central, el Perú y Bolivia, se conserva también memoria de este género de cataclismos. Humboldt trae la historia de **Koxkox**, el Noé azteca; y la compara con la del segundo padre de la humanidad, según las Escrituras judías.

Algunos sabios han querido explicar los diluvios con la **precesión de los equinoccios**, cuya demostración astronómica no es para repetiros ahora; pues tan complicados cálculos no son debidamente apreciados sino por los que cultivan esta elevada y vastísima ciencia. Bastanos saber que no siempre se mantiene el eje de la tierra paralelo a sí mismo; y que durante un largo periodo va destruyéndose muy lentamente ese paralelismo, hasta que desaparece al cabo de veinticinco mil ochocientos años, que los astrónomos denominan **año grande**. En virtud de este movimiento de peonza, los puntos equinociales de la superficie del planeta, varían de año en año retrogradando hasta el Oriente, lo cual produce para cada uno de los dos hemisferios, al decir de Jouvencel, el **gran estío** y el **gran invierno**; estaciones extraordinarias que consisten en que, durante doce mil novecientos años el verano es más prolongado en uno de los polos, y el invierno en el otro. Por este modo, en la región polar sujeta a los inviernos más persistentes que los veranos, van acumulándose, de manera constante y paulatina, enormes masas de nieve, por lo mismo que el deshielo anual, en cada uno de los cortos veranos, no guarda proporción con las congelaciones sucesivas que producen sus dilatados inviernos. Esta acumulación de nieve deforma, al fin, el esferoide terrestre; y en consecuencia, sobreviene un ligero cambio en su centro de gravedad. Dada esta anomalía astronómica basta una débil oscilación del planeta para que las aguas de los mares se precipiten sobre los continentes más cercanos y se produzca un diluvio.

Según esta teoría —cuya síntesis he formado valiéndome de las explicaciones que dá Mangin al respecto— los diluvios serían periódicos; y la humanidad se vería víctima de tan gran cataclismo cada doce mil novecientos años, o cada diez mil quinientos, según los cálculos de Adhemar. Reclus opina que esta hipótesis obedece a la idea dominante en la ciencia moderna, de buscar siempre elemen-

tos de renovación periódica del universo; pero es combatida por muchos sabios, y con muy poderosas razones.

La teoría más clara, más obvia y convincente, es la que os he expuesto, la misma que ha sido victoriosamente sostenida por Zimmermann, Figuier, Beaumont, y otros muchos geólogos eminentes, sin necesidad de recurrir a hipótesis que, por ingeniosas que parezcan, no estriban en bases sólidas e irrefragables.

*
* *
*

Otra clase de calamidad afligió a gran parte del planeta: el enfriamiento que llegó al extremo de cubrir con una gruesa capa de hielo las regiones más exhuberantes de Europa y América; fenómeno conocido con el nombre de **período flacial**, el que ha dejado huellas profundas de su acción destructora en todas partes. "Entre estos cataclismos —dice Nadaillac— sin duda conviene colocar el período glacial que ha jugado un papel importante en la América del Norte, donde hallamos sus imponentes vestigios a cada paso. Son estos los peñascos estriados y avellonados por el frotamiento de los hielos, de inmensos bloques erráticos arrastrados por un movimiento irresistible. En Nueva Inglaterra se han reconocido estrías glaciales a tres mil pies de elevación (...) Se hallan en las florestas del Brasil, en las riberas bañadas por el Amazonas, como en las dilatadas sabanas del Meta y del Apure, bloques erráticos de forma cónica, provenientes de los grandes ventisqueros de los Andes (...)"

Zaborowski —en su libro de **El Hombre Primitivo**— explica el período glacial de esta manera: "Cuando al finalizar el período plioceno empezó a deprimirse nuestro suelo, estaba a 150 metros sobre el nivel del actual. Inglaterra estaba unida al continente. Aquel movimiento de depresión se prolongó hasta llegar a seiscientos sesenta metros por bajo del nivel actual. El mar glacial y los hielos del macizo escandinávico cubrieron entonces a Inglaterra, franqueando el mar del Norte. En alturas situadas a 660 metros de altitud, se ha encontrado en Inglaterra, junto a conchas del Mar Glacial, materias arrancadas de las montañas de Escandinavia. Consumada tal depresión, estábamos en pleno período glacial. La depresión fué la que produjo aquel período, al modificar gradualmente las condi-

ciones climáticas; pero no hay que engañarse respecto a la amplitud de los fenómenos de congelación. En Provenza no se conocieron más que por la excesiva adundancia de lluvias (...) En España e Italia no cambiaron en casi nada la fauna y la flora (...) La depresión del suelo continental basta a explicar el cambio operado en el régimen de las lluvias, y su relación con el descenso de la temperatura, queda casi establecida por eso únicamente (...)"

Zaborowski, fundándose en los cálculos de Lyell, sienta como evidentemente comprobado, que el descenso del suelo, de 150 metros hasta 660, bajo el nivel de hoy día, se realizó en el largo tiempo de 100.000 años, hipótesis, más o menos fundada, más o menos probable, pero que no sale de la esfera hipotética. Croll explica el período glacial de otra manera; y os voy a repetir la síntesis de esta teoría, hecha por Broutá, la que copio literalmente: "Si la época glacial y sus vicisitudes —dice— han sido consecuencia de cambios geográficos, preciso es que estos cambios no se hayan hecho sentir solamente en Europa, porque el fenómeno glacial de los tiempos cuaternarios ha dejado señales bien manifiestas en regiones tan apartadas de Europa, como la América del Sur y Nueva Zelandia. A causa de esta misma generalidad, se ha intentado buscar el origen de los hielos en un gran hecho astronómico, capaz de modificar la temperatura del globo entero, o la de un solo hemisferio; es decir, en el **aumento periódico de excentricidad de la eclíptica**, hipótesis desarrollada por James Croll. Se sabe efectivamente que la excentricidad de la órbita terrestre es variable, y que si la fórmula de los astrónomos debe aceptarse como exacta, los límites de este fenómeno son muy extensos; porque la excentricidad, hoy igual a $1/60$, puede llegar a ser nula, o elevarse hasta $1/11'8$. En esta última hipótesis, la diferencia entre la distancia del perihelio (punto de la órbita terrestre más próximo al sol) a la del afelio (punto de la órbita terrestre más lejano al sol) que es actualmente de cinco millones de kilómetros, sería igual a veintiséis millones; en cuyo caso las cantidades de calor llegadas a la tierra, serían como 26:19. Si además sucede que, en los momentos del máximun de excentricidad, en el invierno de uno de los dos hemisferios coincide justamente con el afelio, podría resultar un aumento considerable de nieves y de hielos acumulados en invierno sobre el suelo de dicho hemisferio. Siendo la estación fría más larga, y la distancia al sol más grande, una parte considerable de las precipitaciones atmosféricas que, en las

condiciones habituales cae en lluvia, tomaría la forma de nieve y la conservaría meses enteros (...) De este modo, el hemisferio en cuestión, atravesaría un verdadero estado glacial, mientras que el hemisferio opuesto gozaría el máximun de calor que podía recibir (...)"

En rigor esta hipótesis no hace sino aceptar otros factores en la causa del fenómeno glacial; sin contradecir abiertamente la teoría de Zaborowski, pues ambos se fundan en la desigual distribución del calor en los dos hemisferios. Pero no hay duda de que la catástrofe no recayó únicamente en una parte de Europa, como el citado Profesor de Antropología en París, lo sostiene. No, el período glacial no perdonó ni las ardientes comarcas de los continentes invadidos por el hielo, como lo aseguran Nadaillac, Broutá y otros sabios. Pero, ¿cuál fué realmente la causa de aquel terrible fenómeno? Figuiet declara con toda franqueza, que aquel excesivo enfriamiento es inexplicable. "En las ciencias jamás se debe temer confesar que no se sabe" —dice este eximio propagador de los conocimientos modernos, con humildad verdaderamente filosófica.

Está ya terminada la construcción de la tierra; mas, ¿cuánto tiempo gastó la naturaleza en una obra tan grandiosa y tan esmeradamente ejecutada? ¿Cómo se originó la vida y se multiplicó en nuestro planeta? La respuesta procuraré daros en mi próxima conferencia.

V

ANTIGÜEDAD DE LA TIERRA

EVOLUCIONISMO E INMUTABILIDAD DE LAS ESPECIES

A pesar de la acritud y destemplanza con que se pretende refutar las teorías antimosáicas, cumplo el ofrecimiento que tuve el honor de haceros; y continuaré hasta el fin, sin perder ni por un momento la serenidad propia de quienes no se ocupan sino en la investigación de la verdad. A nadie le niego el derecho de creer lo que a bien tuviere, pues no me es lícito penetrar en la conciencia de mis semejantes, tan libres como yo mismo, para seguir su individual criterio. A nadie le niego el derecho de sustentar la doctrina que tenga por verdadera, ni tengo empeño en contradecirla. Expongo teorías, no de mi invención, sino enseñadas por grandes sabios, antiguos y modernos, a los que no se puede refutar con el escolasticismo y el sectarismo que ya no tienen peso en los debates de la Ciencia. Y mucho menos pueden destruirse esas doctrinas con las injurias que se me irroga por sólo haberlas citado; ya que la autoridad de esos eminentes maestros del saber moderno, no depende de quien los estudia y comenta, sino de la verdad en que tales doctrinas descansan. Pueden injuriarme cuanto quieran, por haberos puesto a la vista los descubrimientos modernos; pero la Ciencia y la Crítica no pierden nada, ahí se quedan, indestructibles y fulgurantes, para alumbrar y guiar a las nuevas generaciones.

Ninguno de los críticos que cité en mi tercera conferencia, ha negado la existencia ni la historia de Moisés, de manera que no era menester gastar tinta y furor en demostrarlo. Lo que la Crítica niega es que el Caudillo de Israel haya escrito el Pentateuco, dictándoselo Jehová; y esto es lo que importaba refutar a esa multitud de críticos, desde Aben-Hezra hasta Jacolliot, a los cuales pertenecen las conclusiones que no hice sino exponeros como materia de estu-

dio, al igual de la tesis contraria, sustentada por Du-Clot, Meignan Bergier y otros también sabios mosaicos. Arma reprobada es la tergiversación en las discusiones; y peor todavía, el ataque personal, so pretexto de defender una religión que prescribe el amor aun a los enemigos.

Continuemos ecuanímente nuestro estudio.

*
* *
*

Os dije ya que, mediante una ingeniosa experimentación, se había deducido que la esfera telúrica tardó algunos millones de años para enfriarse: ¿cuántos transcurrieron hasta que evolucionase y se condensase la nebulosa primitiva, antes de los períodos de solidificación y enfriamiento? De todo punto imposible un cálculo científico, ni aproximado; de manera que sólo podemos conocer la historia verdadera del planeta, desde los comienzos de los seres orgánicos, pues las capas superpuestas que forman su corteza, exhiben a la vista del observador todos los pormenores de tan misteriosos y remotísimos anales.

En cada una de estas capas terrestres, la Paleozoología, y la Paleofitología han leído claramente la historia física del globo, trazada por la misma naturaleza en láminas de granito y pórfido; en monumentos de basalto y lavas, en gredas y conglomerados, en aspersones y hullas, en mantos inmensos de materiales sedimentarios; en profundas cavernas y gigantescas cordilleras; en fin, en cada una de esas prodigiosas etapas de la creación, en las que se deja ver la huella de innumerables y distintos operarios; mediando entre uno y otro peldaño de esa manifiesta escala, intervalos tan dilatados, que ofuscan y fatigan la mente al querer concebirlos.

La paleontología —que exhuma todas las generaciones fenecidas, que escarba acuciosa en el sarcófago inmenso de los siglos, y reconstruye los organismos más remotamente muertos— no se engaña, no puede engañarse al descifrar los enigmas de la naturaleza; porque se guía por hechos patentes, por testimonios irrefragables, por la revelación categórica del mismo globo terráqueo, cuyas entrañas examina y analiza en busca de la verdad. Sin embargo,

tan difícil y ardua esta investigación, que aún no están del todo de acuerdo los sabios sobre la edad de la tierra, a contar del apareamiento de los organismos: la mayor parte fija en **cient millones de años** aquella prodigiosa edad; pero algunos, siguiendo a Goodchild, la extienden hasta la casi inconcebible cifra de **mil cuatrocientos millones de años**...

Haeckel acepta, como edad mínima del globo, desde la organización de los seres vivientes, cien millones de años, que divide de esta manera:

Epoca arcozoica	{ desde el principio de la vida orgánica hasta el fin del periodo cámbrico. 52 millones.
Epoca paleozoica	{ desde el comienzo del siluriano hasta el fin del permiano... 34 millones.
Epoca mesozoica	{ desde el trias hasta el fin del cretáceo... 11 millones.
Epoca cenozoica	{ desde el principio del eoceno hasta el fin del trioceno... 3 millones.
Epoca antropozoica	{ desde la aparición del lenguaje humano articulado, hasta nuestros días... 0,1 millón

Diríase que estos cálculos son juegos fantásticos, si no se basaran en la realidad de las observaciones científicas; si no los corroboraran a cada paso los vestigios de los fenómenos terrestres acaecidos en la más remota noche de los tiempos. Por ejemplo, sabemos con evidencia que regiones, hoy cubiertas de nieve perpetua y casi inaccesibles al hombre, fueron el asiento de faunas y floras admirables, durante los períodos secundarios y terciarios, como lo demuestran los fósiles estudiados hasta ahora. El enfriamiento fué progresivo, y avanzó de los polos al ecuador; pero la temperatura debió haber decrecido tan paulatinamente, que los cambios no han sido extraordinarios en las épocas históricas, esto es, desde que

el hombre pudo darse cuenta de las variaciones climatológicas y sus consecuencias. Sin embargo, por lenta que haya sido la baja de la temperatura, pasados los siglos tras de los siglos, el frío dividió la tierra en zonas de climas diversos: las nieves dominaron eternamente las regiones polares; las zonas templadas se extendieron en seguida, como para servir de asilo contra los horrores de los glaciares y ventisqueros perpetuos y, por fin, el primitivo calor redujose a las tierras tropicales, a la faja de la esfera que llamamos ecuatorial.

Animales y plantas emigraron a climas más benignos y conformes a la condición de vida necesaria a cada especie. Tan larga y dilatada aquella emigración, que muchas especies zoológicas y botánicas desaparecieron; y hubo el tiempo suficiente para que fuesen reemplazadas con nuevas especies, organizadas ya para una existencia compatible con las mutaciones operadas en la naturaleza. De treintinueve géneros de mamíferos —dice Quinet— veintinueve se habían extinguido; y en cuanto a las plantas, ya no contaba la Botánica con ninguno de los tipos gigantes que se ostentaban en esos desiertos helados, que tan fecundos fueron en las anteriores épocas.

Ese como éxodo animal y vegetal debió haber tropezado necesariamente con insuperables obstáculos; puesto que todas las regiones recorridas por los emigrantes, se hallan sembradas de sus cadáveres y despojos; los que la Paleontología desentierra y estudia, ávida de descifrar los misteriosos sucesos de aquellos remotísimos tiempos.

¿En cuántos millares de años se trocaron el calor y la exuberancia de esas regiones abandonadas por la vida, en la blanca mortaja de hielo que cubre hoy tan vastas soledades? ¿Cuántos centenares de siglos vivieron el ictosuario y el plesiosuario, el pterodáctilo y el glyptodón, el dinoterio y el megaterio, el igualadón y el mylodón, el mastodonte y el oso de las cavernas? ¿Cuánto duraron esos primitivos y majestuosos bosques, antes de convertirse en mantos inmensos de carbón fósil? ¿Y cuánto tiempo fué necesario para que esas soterradas selvas llegaran a mineralizarse, a cambiar casi de naturaleza por completo?

“El jurásico se ha distribuido en doce pisos, en los que la población zoológica se ha renovado siete veces —dice Edgar Quinet—. La creta inferior y media ha formado sucesivamente trece depósi-

tos, y las especies se han renovado seis veces en millones de años (...). Lo que pasma y confunde en los millares de millones acumulados del mar jurásico, es ver a las eternidades añadirse a las eternidades, lo inconmensurable a lo inconmensurable, sin que la naturaleza salga del tipo de los reptiles para darse alas y elevarse irrevocablemente a los mamíferos terrestres y a las aves,—.... Porque hemos visto que para cambiar, aunque no sea sino el élitro y la trompa de un insecto, o la cubierta de un molusco, se necesita el esfuerzo sostenido de un mundo entero por espacio de millaradas de siglos (...).” A sola la época cuaternaria le asigna Zaborowski una duración enorme: “Según la opinión de Lyell —dice— Inglaterra, después de bajar seiscientos metros respecto a su actual nivel, se elevó ciento ochenta metros por encima de él. Sobre las bases del cálculo, antes establecido para determinar la duración de la época acheuliana, la fase de inflamamiento o de elevación del suelo, que empezó en el curso del musteriano, ha exigido por lo menos ciento treinta mil años, que con los cien mil de aquella, dan doscientos treinta mil años, para ambas épocas reunidas.”

He ahí cómo los sabios calculan la prodigiosa antigüedad de los organismos terrestres; pero hay otros fundamentos más reales y positivos para tales cálculos, que parecen arbitrarios a primera vista. La formación de las capas geológicas no ha sido obra exclusiva de las fuerzas cósmicas, de las leyes generales del universo, del transporte de materiales en los diluvios, de la metamorfosis y descomposición de las rocas, etc. No: también otros obreros invisibles, de los que ya he hablado, contribuyeron a la maravillosa fábrica del mundo, con una perseverancia y abnegado empeño que no se encuentran jamás en los seres superiores.

La Paleozoología contempla absorta el amontonamiento de infinitas generaciones de estos incansables trabajadores que han ido cayendo, unas sobre otras, sin que ninguna de ellas interrumpiera su labor sino con la muerte.

Gran parte de las islas y de los continentes ha sido construida por aquellos microscópicos operarios; los que, en falanje innumerable, continúan todavía su incesante tarea de mudar la faz de la tierra con sus imperceptibles y perseverantes labores: son los infinitamente pequeños que ejecutan construcciones de cícloples y que,

como, los titanes de la fábula, ocúpense de amontonar montañas sobre montañas, pero en beneficio del hombre. Jamás podríamos penetrarnos más profundamente de la grandeza de Dios, que contemplando las obras paradójicas de los foraminíferos, los corales, las madréporas, los infusorios silíceos, verdaderos creadores de islas y continentes; porque, ¿quién ha podido dar a esos imperceptibles animálculos el poder de obrar prodigios, de realizar faenas propias de gigantes?

“Comparando las obras de la raza humana con los monumentos elevados, no por los corales, sino por los foraminíferos que casi no se descubren ni aun con el microscopio, la ventaja estaría en favor de los invisibles —dice Fonvielle—; pues veríamos que la industria de las mónadas puede ser motivo de admiración para todas las naciones del mundo (...) Cuando al cabo de miles de siglos hayan desaparecido todas las señales de nuestra actividad, los micrógrafos del porvenir podrán estudiar aún los trabajos de nuestros humildes contemporáneos del fondo de los mares (...) Nuestra Europa se encontraría aún sumergida debajo de las olas, y el Océano reinaría casi soberanamente en nuestra hermosa Francia, si los infusorios marinos no hubiesen fabricado casi toda la tierra que habitamos. En todas las partes del mundo estos infinitamente pequeños han trabajado con igual ardor en agrandar el relieve de la porción sólida: gracias a su perseverancia ha podido nacer la civilización humana y recorrer el progreso su evolución secular”.

“Esos imperceptibles obreros que construyeron, andando el tiempo, las rocas de Tebas y las de París, trabajan desde entonces en el fondo de los abismos, en edificar, en empedrar las construcciones submarinas sobre las cuales se levantarán todos los sillares vegetales y animales de los mundos venideros —dice también Quinet— (...) Pesemos esas primeras generaciones de seres animados. **Tres millones ochocientos cuarenta mil** de esos primeros arquitectos, caben en esa onza de arena que tenéis en la palma de la mano: ellos son los que asientan los sillares del mundo organizado; ellos los harán bastante sólidos para que puedan sustentar la carga de todas las edades”.

Los *nunmulitas*, los *dactyloras*, los *fabularios*, los *siderolitas*, los *trilobitas*, etc., son, pues, como acabáis de verlo, los que a pesar de

su casi invisibles exigüedad, han levantado la tierra habitable, línea por línea, con los despojos de sus propios cuerpos, con las secreciones que gastan su existencia: esta tierra que utilizamos, es el resultado del hacinamiento de miríadas de miríadas de esos microorganismos maravillosos que tan grandes beneficios nos han hecho. Cada grano de polvo ha sido viviente en épocas pasadas; puédesse decir que habitamos sobre cadáveres, y que se ha encargado la muerte misma de cuidar de nuestra vida. ¿Quién dió a estos átomos vivientes y laboriosos, la fuerza y el aliento de los ciclopes?

*
* * *

De la misma manera trabajan los corales: esos zoófitos que en la plenitud de su desarrollo no miden sino un cuarto de milímetro han fabricado, y fabrican aún, esas rocas que desafían y quebrantan la furia de los mares: ellos los artífices de las barreras del Océano, de esas como cadenas que sujetan las tempestades, para que no arrojen sus hirvientes olas sobre la tierra. ¿Y quién podría contar el número infinito de colonias de estos carceleros de Neptuno, que así dominan y amainan el furor de las embravecidas aguas? ¿Quién determina la extensión de las masas de políperos que se dilatan por la inmensidad oceánica, cubiertas por el impenetrable velo de las olas y de las algas?

Las madrépodas igualmente: divididas en muchísimas familias, rivalizan en construir islotes, como si dijéramos a la vista de los naturalistas que hoy siguen atentamente aquel asombroso trabajo; y que aun lo examinan y miden, mes por mes, como lo ha hecho Allen, para cerciorarse de las líneas adelantadas en la ciclópea construcción.

Todavía hay otros constructores del mundo, inmensamente más pequeños que los pólipos y los foraminíferos: los **infusorios silíceos** que fabrican piedras tan duras como el hierro, para que sirvan de cimientos y contrafuertes a las montañas. Y no sólo las costas y promontorios que bañan los actuales mares, son producto de estos infinitamente pequeños seres; sino también esas tierras que en los períodos más antiguos sirvieron de lecho a océanos desaparecidos, a mares trasvasados a otras cuencas, en las que ahora se en-

cierran. "Encuéntrense montañas enteras —dice Humbolt— formadas de conchas fósiles de la misma especie, por **goneatitas, trilobitas y nummulitas**". Por todas partes topamos, pues, con estos geniezuelos invisibles, arquitectos misteriosos que han trabajado en el silencio y la sombra, desde los fundamentos hasta la cúpula, esta mole inmensa que decimos tierra. ¿Cuántos milares de siglos han gastado los forminíferos, los pólipos y los infusorios silíceos, desde el comienzo hasta el coronamiento de sus colosales construcciones?

Los naturalistas han hecho largas y minuciosas observaciones sobre el actual crecimiento de los arrecifes madrepóricos y corallinos y llegado a conclusiones matemáticas que asombran, a la vez que dejan fuera de duda la antigüedad de la tierra. Las madreporas construyen apenas un **octavo de pulgada por año** —suprimida en este cálculo la porosidad de la construcción, la que tampoco existe en las grandes barreras y atolones, cuyas capas van solidificándose a medida que aumentan de volumen—; de manera que, como podéis ver en Figuier, esos imperceptibles obreros, que con justicia admiramos, han necesitado invertir nada menos que **cientos noventa y dos mil años** en levantar un banco de dos mil pies de espesor.

Así mismo Dana, tomando por base la lentísima labor de los corales —**tres milímetros por año**— ha demostrado que les ha sido menester a dichos zoófitos, el largo período de **doscientos mil años** para construir los bancos de Clermont — Tonnerre, los que alcanzan seiscientos metros de espesor. ¿Cuántos miles de siglos han gastado aquellos impalpables titanes en construir, por ejemplo, la península de la Florida, que es de formación coralina?

Las mismas aguas no siempre han improvisado los terrenos de aluvión: los diluvios, es verdad, arrastraron los despojos de las regiones invadidas y los depositaron rápidamente en las sinuosidades y quiebras del globo; pero hay otra especie de sedimentos formados con suma lentitud, y cuyas capas son obra de muchos y muchos millares de años.

La observación demuestra que las formaciones sedimentarias lentas se debe a materiales transportados de grandes distancias por las lluvias, los torrentes y los ríos, a expensas de la paulatina denudación de los montes, de la esterilidad progresiva de las tierras superiores; materiales arrebatados en dicha forma, para levantar y

fertilizar las arenosas playas, y rellenar los deltas de las caudalosas arterias fluviales que van a perderse en el mar. Diríase que la tierra vegetal, el mantillo fértil, las capas diluviales, emigran hacia los valles bajos y las costas; de manera que esos terrenos que descienden de las alturas, van como empujando, año por año, y con esfuerzo pertinaz, a las olas de los mares, en lucha titánica y sorda de los dos elementos que se disputan ahora el dominio del planeta.

¿Cuánto se eleva una playa en cada estación lluviosa, con la casi imperceptible cantidad de limo que las terrosas corrientes depositan a su paso por esos hondos arenales? ¿Cuánto ganan los deltas en un año, en diez años, en cien años de atenta observación de sus progresos sobra las ondas, siempre poderosas y mugientes a su alrededor? ¿Cuánto ha perdido el Océano hasta hoy, en esta porfiada guerra, en que las irrupciones del enemigo se suceden sin término ni descanso?

Extensiones pequeñas, demasiado pequeñas, si se atiende al poder de las grandes corrientes que transportan esta clase de terrenos aluviales, como el Nilo, el Amazonas, el Orinoco, el Guayas, etc.; pequeñas extensiones que nos permiten comparar y establecer la debida proporción entre lo ganado en el delta X, por ejemplo, en diez años, y la inmensidad de las capas sedimentarias formadas de la misma manera, después de los diluvios. Luego sobre bases tan seguras, viene el cálculo matemático y demuestra el dilatadísimo tiempo que la naturaleza ha empleado en dichas formaciones lentas.

"¿Cómo estimar la duración de esta vasta evolución? pregunta Juan Reynaud, cuyo espíritu profundamente religioso resalta en todos sus escritos; y él mismo da la contestación, al discutir las edades del planeta: **Pronunciemos sin vacilar centenas de miles de años. ¿Os estremecéis delante de estas cifras? Mas, ¿qué son estas series a la mirada de Aquél que gobierna las cosas desde la eternidad, y les concede la duración sin sentirla?**"

El sabio Obispo Meignan afirma que la Iglesia Romana jamás ha definido como artículo de fe, fecha cronológica alguna; de manera que la más escrupulosa conciencia católica puede abrigar cualquier convicción científica respecto de la edad del mundo, sin faltar a lo que debe a sus creencias. "Es un error —dice el menciona-

do Obispo— creer que la fe católica encierra la existencia del hombre en un período que no puede pasar de seis mil años. La Iglesia no se ha pronunciado jamás sobre una cuestión tan delicada, y esta abstención está llena de sabiduría. Nada de preciso, en efecto, nos ha sido revelado acerca de esto (...) Cuando las fechas se refieren al tiempo anterior a Abraham, hay tres cronologías bíblicas en desacuerdo, y cuya diferencia se calcula en un millar de años... Hasta el siglo XVIII, se ha dado la preferencia al cálculo de los Setenta; desde el siglo XVII al siglo XIX, se adoptó generalmente el cómputo de la Vulgata. Muchos historiadores han vuelto en nuestros días a la cronología griega, no por que crean que es la más auténtica, sino porque presta mayor facilidad para establecer la concordancia entre la historia santa, con la general. Es muy posible que alguno de los tres cómputos bíblicos no nos haya llegado perfectamente exacto.... Siempre ha reinado en la Iglesia una libertad muy grande en materia de cronología bíblica. Se cuentan más de ciento cincuenta sistemas, y ninguno ha sido condenado (...)" (*Le Monde et l'Homme primitif*, capítulo VI, párrafo III).

Un prelado católico, y al mismo tiempo, eminente hombre de ciencia, es quien armoniza tan clara y terminantemente las revelaciones de la Paleontología con la genuina creencia de la Iglesia de Roma; de suerte que, salva la fe de los creyentes, podemos muy bien continuar el examen de las opiniones de los sabios sobre la antigüedad del mundo. Si la verdad es una, eterna e invariable, no puede haber una verdad religiosa contrapuesta a la verdad científica. Si la religión descansa en la verdad, y si la ciencia tiene igual fundamento, sería absurdo sostener que pueden hallarse en desacuerdo y ser hostiles entre sí, por causa de la verdad misma en que ambas se apoyan. No: el saber humano jamás puede moverle guerra a la fe religiosa, si realmente está en posesión de la verdad. Bacoñ estaba en lo justo, cuando dijo que la poca ciencia nos aleja de la religión; pero que la ciencia plena nos acerca y liga a ella.

*
* *
*

La evolución de la tierra duró millones de años; pero, ¿cómo y cuándo apareció el vida en su dilatada superficie? ¿Cuál es el límite entre lo inorgánico y lo orgánico, entre lo inanimado y lo ani-

mado? ¿Dónde está el tránsito del reino mineral a la débil brizna vegetal primitiva, a la criptógama rudimentaria, a las iniciales manifestaciones de la flora terrestre? ¿Dónde y por cuáles medios brotó la primera chispa animadora de la materia, y produjo el comienzo de las palpitaciones de la existencia animal? ¿En qué lugar se halla la frontera que divide y separa los vegetales de los seres vivos, propiamente dichos?

He aquí las graves cuestiones que surgen delante del pensador que intenta escudriñar el origen del mundo orgánico, apartándose de las leyendas religiosas y tradicionales; y para examinarlas proveosa y metódicamente, debemos tratar del **crecimiento** y del **evolucio-**
nismo, las dos teorías que se atribuyen, reciproca y exclusivamente, la posesión de la verdad que todos buscamos, y que a todos pertenece.

Es indiscutible que el mundo orgánico está regido por las mismas leyes invariables y eternas, que el mundo inorgánico: la naturaleza no cambia de agentes ni de procedimientos en su labor creadora; y, de consiguiente, son iguales los modos de producir, perfeccionar y concluir la obra, en todas las esferas de actividad de aquellas poderosas y únicas fuerzas encargadas del gobierno y economía del universo.

La evolución lenta y progresiva ha presidido a la formación de todo cuanto existe; así en lo animado como en lo inanimado, en los soles y plantas del firmamento, como en los animales y plantas que pueblan nuestro reducido esferoide. Esta es la gran verdad revelada por la misma naturaleza, la ley universal y permanente que vemos escrita en el frontispicio de la creación. Mas, ¿cómo se ha realizado el tránsito del mineral al vegetal, del vegetal al animal; y de las especies inferiores de plantas y animales a las especies superiores, hasta la terminación evolutiva de los seres orgánicos, dado que esté ya terminada? ¿Cuál es la misteriosa unión, el invisible punto de contacto de los infinitos eslabones de la cadena zoológica, desde la gelatinosa **amiba**, hasta el infusorio silíceo, apenas perceptible para el microscopio, hasta el hombre, compendio y coronamiento de la creación inmensa?

Desde que se inició la investigación científica de estos secretos, los filósofos y naturalistas han seguido diversos caminos; y des-

cuestión permanece todavía en pie. Dos son los grupos en que se han dividido los sabios modernos por causa de esta escabrosa materia: los partidarios de la **evolución**, y los de la **inmutabilidad de las especies**. Estos creacionistas, aunque también se apoyan en la ciencia positiva y experimental, poco difieren de los mosaístas; puesto que unos y otros rechazan en lo absoluto el desenvolvimiento progresivo de la creación.

Hablemos primeramente de la escuela inmutable, a fin de exponer en orden riguroso las teorías que voy enumerando en estas conferencias.

Ante la evidencia de la metamorfosis reinante en todos los ámbitos de la naturaleza, los inmutabilistas han tenido que confesar la realidad de la modificación de formas en los seres orgánicos; pero tales modificaciones se atribuyen sólo a los individuos y no a la especie misma, la que permanece inalterable al través de los tiempos y las vicisitudes del globo. Y cuando sucedan esos mismos accidentales cambios de fisonomía, débense a los cruzamientos en la misma especie; cruzamientos que engendran necesarias o eventuales variedades, pero que no modifican radicalmente la naturaleza especial y permanente de la raza zoológica de que se trata. Lo mismo acontece con la intervención del hombre, cuando ingerta las plantas o favorece su hibridación, cuando desbrava y educa a las bestias, las selecciona y destina a la reproducción los mejores tipos: obteniéndose variedades, más o menos perfeccionadas, pero, no especies nuevas. En fin, el clima, los abonos, los alimentos y condiciones especiales en que pueden colocarse los animales y las plantas, pueden así mismo producir los resultados mencionados; mas, en ningún caso se conseguiría trocar por dichos medios, una especie con otra. De esto nace, naturalmente, la casi imposibilidad de señalar con fijeza y certidumbre en la inmensa y prodigiosa multitud orgánica, cuál es mera variedad de una especie primitiva y permanente, y cuál constituye el tronco de tan innumerables variedades. A lo menos, ni la Zoología, ni la Botánica, tales como son ahora, podrían, a mi entender, darnos una regla cierta y segura para dirigirnos por entre el caos que esta teoría ha creado en la historia natural.

Si todas las especies fueron creadas desde el principio; si esos primitivos tipos han permanecido inmutables; si nada de lo que hoy

existe en el mundo orgánico es nuevo, tendríamos que tornar a la creación mosaica: la lógica ejerce una presión tan omninoda y apremiante en el raciocinio, que no nos es dado rechazar ni tergiversar una consecuencia, cuando nos la impone una premisa, a cuya verdad hemos asentido. Por este modo, entraríamos de nuevo y de lleno en los tenebrosos dominios del misterio y del milagro; es decir, tornaríamos a reconocer el yugo infalible de la Teología, abdicando la razón y los beneficios de la ciencia.

Continuemos.

Las especies —de tipos inalterables— o han sido creadas simultáneamente, en un solo acto; o bien, son el resultado de creaciones sucesivas, con mayor o menor intervalo de tiempo entre unas y otras. Si lo primero, no queda duda de que hubo un gran día de la creación universal: la potencia infinita —inerte y ociosa hasta aquel supremo instante— despertó lo mismo que Brahama de un sueño de miríadas de años, y obró el prodigio por un acto súbito de su voluntad. Todos los seres, tal cual los vemos, son coexistentes; salieron de la nada, sin que ninguno pueda alegar primogenitura, y con la perfección de que cada cual era capaz, atendido el rol especial que el Creador le había prefijado en los reinos de la naturaleza.

Terminada esta instantánea y universal creación, nada ha cambiado, nada se ha metamorfoseado y perfeccionado: la potencia creadora volvió a entrar en su eterno reposo —dirían los brahmanes que la trimurti se entregó al sueño divino por otro Kalpa de millones de años—; puesto que, por lo menos, respecto al globo terráqueo, se había completado la labor de la omnipotencia. Era, por lo mismo, un poder infinito en receso, es decir, estéril; una facultad absoluta y activa, pero sin objeto; la omnipotencia sin límites, pero, como si dijéramos, agotada con el esfuerzo de un instante... ¿Qué otra doctrina contiene el Génesis hebreo?

Los teólogos del mosaísmo han contestado a las anteriores objeciones, que **conservar lo creado, es continuar la creación**; y que, por el mismo caso, no es exacto que Jehová se hubiese quedado sin ocupación y mano sobre mano, por toda la eternidad. Ignoro si los filósofos inmutabilistas piensen de igual manera, pues no lo han manifestado todavía; pero, lo diré sin ambajes, juzgo difícil mar-

car una línea de separación entre las tradiciones mosaicas y el inmutabilismo, por más que este alardee de su divorcio de la Teología.

Y tanto es así, que los partidarios de la inmutabilidad de las especies han remontado la corriente, puede decirse, hasta los mismos manantiales bíblicos; ya que han negado las leyes de la naturaleza, cuyos medios de proceder están patentes; han desconocido la perfectibilidad de los seres, base de la sabia economía del universo; han rechazado las más incontrovertibles conclusiones de las ciencias experimentales —que son el timbre inmortal de la razón humana— para permanecer indecisos y vacilantes en las lobrequeces del misterio.

La Geología y la Paleontología contradicen, destruyen, anonadan esta teoría; pues ponen a la vista la historia auténtica e irrefutable de la naturaleza, esto, es, la sucesión ascendente de los organismos, desde el más simple y primitivo, hasta el hombre, como lo hemos visto, y seguido siempre una escala progresiva constante, como bajo el imperio de un plan sabio de paulatino desenvolvimiento de la vida. ¿Cómo compaginar la creación conjunta de los seres con este testimonio material y positivo de la naturaleza?

*
* *
*

Si para no chocar con la enseñanza práctica de la Paleontología, se acepta el otro término de la disyuntiva, es decir, que las diversas especies orgánicas aparecieron unas en pos de otras, por fuerza habría que aceptar el absurdo que hubo varias creaciones sucesivas, como si el Omnipotente, cada y cuando hacía falta un organismo más perfecto que los anteriormente producidos, hubiese acudido al inagotable tesoro de la nada, para sacar el ser que se necesitaba, y aumentar así, poco a poco, la escala de los organismos. Pero esto sería hacer de Dios un mal operario que — por inhabilidad o desidia— ha gastado millones de años en esbosos informes, en producciones embrionarias, en minúsculos y pobres ensayos, antes de concebir y ejecutar obras de mayor perfección y aliento. Más digno de la Divinidad, más propio de la Omnipotencia, el crear el universo con una palabra y en un instante, que esta creación por tandas y, como si dijéramos por necesidad e inspiración del momento.

No: el Ser Infinito, Absoluto, Perfecto y Sabio, ha producido la naturaleza de manera digna de él, grandiosa y sublime: sus obreros incansables y eternos, los fieles ejecutores de su voluntad augusta, son las leyes impuestas al universo: todo nace, se transforma, perfecciona y sube, en la hora necesaria y con la oportunidad prescrita de antemano; sin que jamás se interrumpa la creación, ni se adelanten ni retracen las manifestaciones del poder divino, en la constante renovación de la vida universal. Todo concepto diferente, reduce la acción divina al marco estrecho que el hombre en su ignorancia le ha trazado; encierra al Ser inmenso en la reducida concepción de la mente humana; la empequeñece al extremo de presentarlo como personaje de leyenda, mito formado por un visionario, ya que no por un impostor impío.

Paul Janet ha sido uno de los que con mayores bríos y erudición ha combatido el transformismo, no en nombre de la religión y de la fe, sino de la razón y la ciencia. A mi juicio, procede rectamente y por arraigada convicción, por más que se empeña en defender una tesis falsa. Y este filósofo ha terminado por hacer definitivas concesiones a sus adversarios, por retirarse noblemente de la arena, sin rendir las armas ni faltar a la honra propia de semejante campeón; mas, sin insistir tampoco en el ataque, ni negar en lo absoluto, la razón que pudieran tener los evolucionistas. "A pesar de las numerosas objeciones que hemos presentado contra la teoría de Darwin —dice— no tomamos parte directamente en contradecirla, pues los zoólogos son los verdaderos jueces en la materia. No estamos ni en pro ni en contra de la transmutación de las especies, ni en pro ni en contra del principio de selección natural. La única conclusión positiva de nuestra discusión, es esta: **ningún principio hasta aquí —ni la acción de los medios, ni los hábitos, ni la elección natural— puede explicar las apropiaciones orgánicas, sin la intervención del principio de finalidad**".

Semejantes concesiones equivalen a señalar la única barrera que lo separa de la doctrina transformista; es decir, la negación de la finalidad de los seres en su evolución, que es lo que el materialismo sostiene con sumo calor y porfía. Y bien claro se expresa después el citado filósofo sobre este punto capital de la controversia: "La elección natural no guiada, sino sometida a las leyes de un puro mecanismo, y exclusivamente determinada por accidentes, me

parece bajo otro nombre, el mismo azar de Epicuro, tan estéril e incomprensible como ésta —dice—; más, la elección natural, guiada hacia adelante por una voluntad previsora, dirigida hacia un fin preciso por leyes intencionales, podría ser muy bien el medio escogido por la naturaleza para pasar de un grado del ser a otro, de una forma a otra, a fin de perfeccionar la vida en el universo y elevarla por un progreso continuo, desde la mónada hasta la humanidad."

De consiguiente, podemos decir que hay dos teorías evolucionistas, esencialmente diversas: la de la **evolución dualista**, que acepta la transmutación efectuada por la voluntad y el poder del Creador, mediante las **causas segundas**; esto es, una creación permanente y eterna operada por Dios; y la de la **evolución monista**, debida a la mera metamorfosis inconsciente de la materia impulsada por fuerzas ciegas y fatales, en colaboración con el acaso, como la escuela büchneriana lo enseña. Según la primera teoría, la evolución obedece a un plan sabio e invariable, a finalidades preordenadas y que se encaminan a realizar el sumo bien, objeto de la creación; y conforme a la segunda, todo evoluciona inconscientemente, aventuradamente, inarmónicamente, sin determinado fin ni propósito formado por la bondad e inteligencia de ninguna de las causas operantes. Ambas teorías convienen en la realidad de la transformación y perfeccionamiento ascendente de los organismos y la vida; pero difieren en las causas de la evolución: la una escuela es atea, la otra reconoce la acción todopoderosa de Dios.

Estamos conformes: suprimáanse el azar y la fatalidad en la transformación del universo, la cual se ha realizado por una voluntad omnipotente y sabia; y habrá desaparecido toda dificultad para la admisión de la teoría evolucionista que, en adelante, no tendría talvez otros adversarios que los ciegos sostenedores del sentido literal de los libros santos.

Ya algunas grandes inteligencias de la Iglesia, en vista de los numerosos testimonios de la naturaleza (y mucho antes de que fueran conocidos ni los nombres de la Geología y la Paleontología, de la Embriología y la Anatomía comparada) habían buscado medios de poner en armonía la verdad científica con los conceptos religiosos nacidos de la Biblia; y no trepidaron en aceptar —como hoy acepta el dualismo filosófico— la intervención y poder de las cau-

sas segundas en la organización de los seres. Dios, la primera y gran Causa, promulgó **ab eterno** las leyes que gobiernan al universo; concedió a la tierra la propiedad de hacer germinar las plantas y alimentarlas, de abrigar y desarrollar las especies vivientes, renovándolas y perfeccionándolas, conforme al plan sapiente de la creación; propiedades y leyes que constituyen las causas secundarias, cuyos efectos de ninguna manera son independientes de la divina voluntad, ni le quitan a Dios el atributo de Creador de todas las cosas. Las causas segundas no se sustraen, ni pueden sustraerse, a la poderosa mano que las dirige; y en este concepto, el evolucionismo dualista es diametralmente diverso del evolucionismo materialista; y en consecuencia, no está en pugna con la religión romana.

Withe habla de estos esfuerzos del conformismo, indicado aun por algunos Padres de la Iglesia que se sobreponían a los prejuicios de los defensores de la letra del Génesis; empeño laudable que, de salirse con sus propósitos, habría evitado la ruptura de la Teología y la Ciencia, que tan fatales efectos produjo en la Edad Media. La Biblia, realmente, no es un libro científico, como lo hemos visto: salvas las verdades de orden religioso y moral que en él se contienen, ni la razón ni la conciencia pueden tenerse por ligadas a esas Escrituras santas. ¿Cómo podríamos continuar anatematizando la doctrina heliocéntrica, por ejemplo, conforme lo hicieron los jueces de Galileo y Copérnico, después del completo triunfo de la Astronomía, al respecto?

"Como ejemplo —dice Withe— puede citarse la opinión de San Basilio el Grande, en el siglo IV. Según él, la palabra divina dotó a la tierra y al agua de un poder productor, y esa palabra seguirá siendo eficaz hasta el fin del mundo. Lo mismo opinaban San Gregorio de Niza. San Agustín afirma, en su trabajo sobre el Génesis, que es pueril suponer que Dios formó al hombre del polvo con sus manos, y que sopló en él con su garganta y con sus labios. Tras esto, sugiere la antigua teoría de la evolución; muestra que ciertos animales muy pequeños pudieron no ser creados el quinto o sexto día, sino producidos después por la materia en putrefacción... Esta doctrina de las creaciones secundarias posteriores se afirmó aún durante la Edad Media. La vemos renovada en el siglo XII, por Pedro Lombardo en las **Sentencias**; y, en fin, Tomás de Aquino le dió forma definitiva en la **Suma**, aceptando la idea de que ciertos ani-

males nacen de los cuerpos o de las plantas en descomposición, y declarando que son producidos por la palabra creadora de una manera efectiva o virtual".

No todos los modernos hombres de ciencia han perdido la fe; ni por un momento temen que la religión quede ofendida, menos aniquilada con los descubrimientos, y las teorías que formula el creciente saber humano. Fogazzaro, en *Los Orígenes del Hombre*, se expresa así: "Ciego es aquel que cree honrar a Dios negando la inmensa labor de donde surge el hombre, y rechazando la divina narración para atenerse a la letra de la narración de Moisés. En la narración de Dios, que la ciencia va pacientemente descifrando, letra por letra, no sabemos leer aún, cómo las originarias energías de las cosas se transformaron en un solemne instante en la energía vital; pero empezamos, sin embargo, a adivinar en ella que esto debió suceder al principio, que la aparición de la vida fué un acto de evolución (...). Si los primeros organismos fueron un producto de evolución; si, por consiguiente, el principio animado de las primeras células vivientes no es más que transformación de un principio animado de toda la materia, el Universo toma en nuestra mente una magnificencia que nos entusiasma al pensar en ella y en las criaturas de los cielos, saturadas de espíritu, que corren y ruedan en inmensas órbitas por la energía del espíritu mismo, y nos dicen, mejor que el Salmista, la gloria del Creador. El mismo polvo de la tierra se torna más augusto... San Agustín... juzga probable que todos los organismos fueron creados simultánea y potencialmente —**potentialiter, causaliter, primordialiter**— en una primera materia, de la cual se fueron luego desenvolviendo, cada uno en su tiempo, y en el orden indicado en el Génesis. El mundo actual con todas sus varias formas, existió virtualmente en la semilla, en su origen (...). La hipótesis sentada con modestia y prudencia por San Agustín, concuerda con la hipótesis evolucionista en cuanto excluye las creaciones especiales sucesivas, mediante actos creativos directos, que a muchos creyentes parecen indisolubles del concepto cristiano de la creación, a lo menos, en cuanto atañe al cuerpo humano. En este punto capital coincide, admitiendo luego la sucesiva derivación de todos los organismos de una materia prima, como un árbol de la semilla (...). Cornelio Alápide —contrario como Suárez a la hipótesis de San Agustín— admite, sin embargo, la creación potencial de algunas especies... Los animales menores que nacen del

sudor, exhalación o putrefacción, como las pulgas, los ratones y otros gusanillos, no fueron formalmente creados el sexto día, sino **potencialmente**, y casi por vía seminal (...)."

Naturalmente, estas opiniones ortodoxas sobre la evolución, se resienten del atraso científico de la época de los Santos Doctores citados por Fogazzaro y Withe; pero demuestran que esas grandes inteligencias que han ilustrado el catolicismo medio-eval y antiguo, no consideraron contraria a la religión la teoría dualista que examinamos. Aquietada la conciencia católica en este grave punto, continuemos el estudio de la teoría transformista en todos sus aspectos.

*
* *
*

Ni las islas ni los continentes, ni los océanos ni las montañas, han escapado a esta ley de evolución: el cambio y el movimiento perpetuos son los elementos de vida y perfección de la naturaleza. Nada tiene existencia estable: lo que hoy es, ya no persiste mañana en la misma forma, o ha desaparecido para ser reemplazado por un nuevo ser; pues el progreso del universo estriba en la metamorfosis continua, en la renovación no interrumpida de cuanto tiene existencia.

Si examinamos científicamente la superficie del planeta, nos venceremos sin dificultad, de que donde hubo un mar, se extiende ahora una llanura; donde estuvo un valle se yergue una montaña; donde se veían naciones florecientes y populosas, se enseñaorea el Océano y rugen las olas sobre esas muertas y sepultadas urbes.

El Océano Atlántico es, si hemos de creer a los sabios, de reciente creación; y el Mar Muerto —el lago maldito que, según la leyenda de Lot, sepultó las ciudades nefandas— se formó en las postrimerías del período plioceno, al mismo tiempo que el lago africano Nyassa y el Mar Rojo, que también ha sido explotado por la mitología hebrea. Una grieta enorme de la corteza terrestre, desde el Africa al Asia, dió origen a estos grandes depósitos de las aguas, a estos mares que han desempeñado tan importante papel en las creencias de los pueblos. ¿Cuántas veces ha cambiado el planisferio de la tierra? ¿Cuántos diluvios y cataclismos han renovado las

especies vivientes en las varias regiones de nuestro pequeñísimo esferoide?

Platón nos habla del hundimiento de la **Atlántida**; y en épocas sumamente modernas se han sumergido también islas, se han modificado y aun transformado muchas playas marinas en los continentes más habitados, y por lo mismo, sujetos a la observación directa del hombre. ¿Podríamos aferrarnos a la negación absoluta del desaparecimiento de la Atlántida, y calificar de mito la relación de esa gran catástrofe? Por lo que a mí toca, no hallo imposible que en la transformación constante de la tierra, haya dejado de existir un continente.

Sinnet refiere al respecto, las siguientes aseveraciones de un **Mahatma** o maestro de ciencia esotérica: "En el periodo eoceno (...) el gran continente (...) daba muestras de los primeros síntomas de hundimiento, proceso que duró **hasta hace once mil cuatrocientos cuarenta y seis años**, cuando su última isla, la que puede con propiedad llamarse **Posseidonis**, como traducción de su nombre indígena, se hundió con un espantoso crujido. **Lemuria** (un continente más antiguo que se extendía al sur, al través de lo que es ahora Océano índico, pero unido a la Atlántida, pues el Africa no existía), no debe confundirse con la Atlántida, así como no se confunde Europa con América. Ambos se hundieron y fueron cubiertos por las aguas, con sus altas civilizaciones y dioses; pero entre ambas catástrofes, transcurrieron unos setecientos mil años".

Sé bien que las afirmaciones del citado Mahatma búdico no revisten fuerza alguna en el criterio científico; pero encierran la tradición sapiente de las primeras razas, inviolablemente guardadas por los más virtuosos y respetables de los iniciados, a los cuales se transmitía como precioso y sagrado depósito, que únicamente pertenecía a los más dignos de poseerlo, en las generaciones venideras.

Si la tradición humana, constante y uniforme, tiene algún valor en el criterio histórico, no veo por qué se debiera rechazar en lo absoluto la referida por Sinnett; y menos todavía, si se para mientes en que dichas tradiciones están de acuerdo con las conclusiones de la moderna ciencia. Y que las doctrinas esotéricas de la fi-

lososofía egipcia y brahmánica tenían importancia suma a los ojos de los antiguos sabios, lo manifiestan algunos griegos eminentes que se sometieron a las duras pruebas de la iniciación, a fin de alcanzar el conocimiento de esos misterios. Los Egiptólogos y orientalistas modernos —que han desenterrado tantos tesoros del saber pristino de aquellos pueblos— demuestran que la civilización de Egipto y la India habían llegado a un grado de elevación asombrosa; y tanto es así que las ciencias actuales han resuelto muchos problemas, precisamente con los datos suministrados por aquella sapiente y misteriosa antigüedad.

Pitágoras conoció el verdadero sistema planetario, por su iniciación en los misterios egipcios; pues a los iniciados se les revelaba el movimiento de la tierra al rededor del sol, o sea, la doctrina heliocéntrica. "Pitágoras nada había inventado ni adivinado —dice Char-ton, citado por Pezzani—. Por medio de sus viajes se inició en los misterios de Egipto; y guiado por el sacerdote Perenites, como Orfeo lo fué por Etimon, contempló en la parte secreta de los templos (**adyta arcana**) aquellos grandes representaciones cosmológicas que consistían en varias ruedas misteriosas que Dionisio de Tracia, y después Clemente de Alejandría, nos describen como **estando en continuo movimiento**, y que a su vez nos dice Plutarco que representaban el circuito de los mundos celestes".

"Viajando Pitágoras por Babilonia —continúa Pezzani— a donde fué para conversar con los magos, encontró infaliblemente en los templos de Belo toda aquella corte sideral giratoria, figurada, como asegura Filostrato, por medio de globos color de zafiro..."

He ahí una muestra de la antigua ciencia esotérica: ¿por qué habríamos de dudar que los indios, los egipcios y caldeos, tuviesen noticia tradicional del hundimiento de algunas vastas porciones de tierra, durante los cataclismos terciarios y cuaternarios?

Ciertamente, no debemos aceptar sin examen esas afirmaciones venidas de tan remotos tiempos, ni menos convertirnos en ciegos defensores y propagandistas de la sabiduría indostánica y faraónica; pero tampoco hemos de arrojar, sin el mismo necesario y previo examen, esas como joyas científicas que la tradición humana pone en nuestras manos, cual herencia de los primeros observadores

de la naturaleza, cual fruto y resumen de civilizaciones ya perdidas en la sima sin fondo de los fenecidos siglos.

El Marqués de Nadaillac ha citado muchos testimonios, de los más notables de la historia prístina, acerca del hundimiento de aquel continente maravilloso llamado Atlántida, "**mas vasto** que el Asia y la Libia reunidas". "Los sacerdotes de Sais —dice— le aseguraron a Solón, que este acontecimiento (la inmersión de Atlántida) tuvo lugar **nueve mil años hacia**. Su autenticidad parece incontestable: Critias, cuyo abuelo fue contemporáneo de Solón, lo refirió a Sócrates; y Platón que lo supo por boca de Sócrates, lo transmitió a la posteridad. Atenas había conservado una tradición constante de estos hechos; tanto que en las pequeñas Panateneas, se llevaba un **peplum**, que recordaba la protección que Minerva dispensara a los atenienses en la guerra sostenida contra los atlantes. Y cita Nadaillac a Aristóteles, Diodoro de Sicilia, Teopompo, etc., que han hablado de la Atlántida; y manifiesta la conformidad de esta tradición con la que los pueblos del Atlántico conservan, relativamente a terribles cataclismos que han destruido en épocas lejanísimas, regiones inmensas y continentes enteros.

He tocado este punto y detenidome en él, para manifestaros que no sólo los organismos, sino el planeta mismo, están sometidos a esta ley fundamental del Cosmos, a la transformación constante, como resorte de vida y medio de perfección. La faz de la tierra se ha renovado ya varias veces, como irrefragablemente lo comprueban la Geología y la Paleontología, y lo atestigua también la tradición en los pueblos que más pronto ascendieron a la cima del progreso, en esas primeras épocas del desarrollo de la humanidad.

¿Cuántos millones de siglos ha requerido este cambio de mares en continentes, y de continentes en mares; de valles en montañas, y de cordilleras en llanuras? ¿Cuánto duró esta perenne convulsión de la naturaleza, cuyos últimos sacudimientos —si hemos de dar crédito a la ciencia oriental esotérica— experimentaron los pobladores de Lemuria y de la Atlántida, hoy perdidas en las profundidades del Océano?

Todo cambia, todo se transforma, todo se renueva y perfecciona en el Cosmos, según el plan divino en que la creación descansa:

¿cómo podríamos negar esta ley de transformación universal, ni eximir de ella sólo a los seres organizados?

*
* *
*

Lamarck y Darwin son los más distinguidos sostenedores de la teoría de **evolución monista**; pero la escuela ha tomado solamente el nombre del segundo de los naturalistas citados.

El darwinismo sostiene —al igual que el evolucionismo dualista— que las diversas especies son el resultado de la metaforfosis lenta, desde las manifestaciones más sencillas y rudimentarias de la vida, hasta las formas más acabadas y perfectas; habiendo, de consiguiente, pasado las últimas por innumerables estados intermedios y progresivos, durante el transcurso de inmensos periodos de tiempo.

Este cambio continuo —dicen los darwinistas— ha sido impulsado y dirigido por dos fuerzas irresistibles y permanentes: la **selección natural** y la **conurrencia vital**, dentro de cuyo radio de acción se agitaban y desenvolvían las especies vivientes en aquellas remotas edades de evolución general primitiva. Los monistas afirman, pues, que la dirección evolutiva es propiedad exclusiva de las fuerzas de la materia, que no de una inteligencia y voluntad soberanas; punto esencial, abismo infranqueable que separa las dos escuelas, por más que convengan en el hecho mismo, y los medios de la evolución.

La selección natural retenía y fijaba, de generación en generación, como tesoro hereditario todo adelanto que se obtenía; todo cambio favorable en los órganos; toda aptitud desarrollada por el esfuerzo individual, por las necesidades inherentes a la vida de cada organismo, por el hábito y el ejercicio, o por causas ocasionales y aun fortuitas. Y todas esas ventajosas metamorfosis, transmitidas por sucesivas y numerosas herencias, seguían desarrollándose y perfeccionándose a la continua en cada generación; y se aumentaba siempre, y más y más, el caudal hereditario, a medida que se constituían nuevas y nuevas formas vivientes, más adelantadas y distantes de las primitivas especies. La naturaleza obraba como en una sucesión

de planos ascendentes; al mismo tiempo que cuidaba de relegar a los peldaños inferiores, a todos los organismos retrasados en la marcha ascensional, o que resultaban inhábiles para esa universal labor de perfeccionamiento y progreso.

Por este modo, los órganos embrionarios se transformaban paulatinamente en otros más complejos, más delicados, más útiles, más a propósito para extender la vida y la acción de los individuos favorecidos. Por esto es que Geoffroy Saint Hilaire pudo decir que todos los órganos animales constituyeron al principio un solo órgano; el que ha sido diversamente desenvuelto, según las necesidades y hábitos de los numerosos y variados seres venidos con posterioridad.

Siguiendo este lento proceso evolutivo, aparecieron, por ejemplo, los ojos, órganos impresionables por los rayos luminosos y la imagen de los objetos. "El **trilobite** fué el primero de los seres que tuvo ojos capaces de ver: antes de él, todo ser nacía ciego, y ciego continuaba, como si la naturaleza informe todavía, no hubiera querido darse en espectáculo a ningún viviente" —dice Edgar Quinet. Así mismo vino la adquisición de los medios de locomoción a voluntad, necesarios para transportarse de un lugar a otro, recorrer las extensiones apropiadas, ya en la tierra, ya en las aguas; luego adquirieron esos embriones de la zoología los tentáculos y demás armas defensivas y ofensivas, las transparentes alas los insectos, los anillos los animálculos que se arrastran, en fin, todos los instrumentos que eran menester para la existencia de cada cual, a medida que las especies avanzaban en su evolutiva carrera. Así, de mejoramiento en mejoramiento, trocáronse más tarde esos mismos ya perfeccionados órganos, en los varios componentes de la estructura animal superior: rápidas alas vestidas de plumas para los pájaros, ligeros y poderosos remos para los mamíferos; afiladas garras y colmillos para los carnívoros; vistosas y tupidas pieles para los huéspedes de los bosques, etc., salieron de la misma y única fuente.

Por su parte, la **concurrentia vital**, o sea aquel egoísmo instintivo y ciego que impele a todas las criaturas a una lucha encarnizada y perpetua, disputándose los medios de conservar y prolongar la vida; esa inquina inconsciente y recíproca de todos los seres, era un elemento eficaz y permanente de eliminación y exterminio de

los débiles y los indefensos, de los menos dotados y aptos para mantenerse firmes en ese brutal torneo de la existencia, y salir adelante por entre aquellas carnicerías e implacables competencias.

Desde luego, esta ferocidad congénita, esta ansia insensata y sanguinaria que precipita a unos contra otros, a los seres vivientes, y los envuelve en antagonismos de muerte; esta eliminación sistemática y cruel que siembra la desolación por todas partes; este fratricidio universal que en cada jornada del ascensional viaje, ha venido dejando en la sangrienta arena, miles de miles de víctimas, generaciones numerosas y admirables, como absolutamente incapaces de seguir adelante, y a las que las fuerzas naturales han suprimido por diversos medios en beneficio de los **triunfadores** en aquella desvastadora y tenaz contienda; ese cuadro horripilante, en que ninguna ascensión de la vida, ningún perfeccionamiento del ser, ningún peldaño de la escala del progreso, han sido conquistados incruentamente, sino pasando por sobre montones de cadáveres, sobre los escombros y las cenizas de un mundo sensible, al que la propia naturaleza ha sacrificado bárbara y ciegamente, arrastrada por la fatalidad, sin darse ni cuenta de tan atroces filicidios, según lo afirman los monistas como fundamento de su credo científico; todas estas perspectivas de muerte y exterminio, no serían de ninguna manera una prueba de que el Universo ha brotado de una causa bondadosa y sabia. Pero el principio de finalidad, la acción todopoderosa y divina que el filósofo dualista ve y palpa en las obras y cambios de la naturaleza, explican y justifican esos aparentes actos de crueldad que —para los que no miran sino la superficie de estas cuestiones— constituyen un terrible argumento contra la providencia. La lucha por la vida es un hecho de tal manera general y palmario, que se nos presenta con todo su horror en donde quiera que dirijamos la vista: suprimid el principio de finalidad, como el evolucionismo monista lo hace, y el aspecto de este furor sanguinario que caracteriza la existencia viviente, la contemplación dolorosa de esta carnicería universal y ciega, nos conducirían de manera irremisible a las negruras de la desesperación y el ateísmo.

Por felicidad, la mayoría de los sabios de nuestros días son dualistas; y, si aceptan de todo en todo el transformismo, no asienten, no pueden asentir a los fundamentos y causas que la hipótesis darwinista da a la evolución de los organismos. "La teoría de Darwin

—dice Fogazzaro— que al principio pareció un faro en las tinieblas, fué poco a poco perdiendo su luz hasta quedar convertida en una antorcha, buena, ciertamente, para algo, pero no para gran cosa. Los hombres de ciencia confiesan que con la sola antorcha de Darwin no se comprende, por ejemplo, que una especie de cocodrilo haya podido convertirse en una especie de pájaro. Para no quedar a oscuras se encendieron otras luces, se aventuraron otras hipótesis (...) El progreso obtenido es el siguiente: Que ahora hay, por parte de los hombres de ciencia, un casi universal asentimiento en admitir la natural descendencia de todas las especies vivientes de uno o pocos tipos primitivos; y que siempre aparece más la sombra de una causa operante en las cosas, inaccesible a los sentidos humanos, superior a la inteligencia, causa que mucho antes de aparecer la vida, determina en la materia inorgánica los misteriosos y regulares movimientos de la cristalización, que origina los primeros organismos sin sentido, que genera y cada vez más viene distinguiendo los sexos, que inicia las inexplicables diferencias entre los individuos de la misma especie, sobre cuyas bases surge la teoría de Darwin (...) La meditación en esta causa poderosa e inaccesible, conduce al espíritu al sentimiento religioso de un Ser inmensamente superior a él. Esto no comprenden todavía, especialmente en Italia, muchos hombres religiosos, ricos en doctrinas teológicas y filosóficas, que se obstinan en no ver en el campo evolucionista sino enemigos de Dios y del espíritu”.

*

* *

Figuier —uno de los mayores adversarios de la creación mosaica— parece contradecirse al objetar el sistema evolucionista en lo absoluto, que no solamente la teoría de Darwin y los demás monistas; tanto que sus graves objeciones entrañan las mismas doctrinas de Linneo, Cuvier y Buffon, acerca de la inmutabilidad de las especies. “Este sistema —dice— de ningún modo aclara la cuestión del origen de las especies, que Darwin pretende resolver; es contrario al método experimental y ha sido imaginado a priori. Solamente la fijeza relativa de las especies es conforme al estado actual de la ciencia. El poliformismo normal, o variación de ciertas formas, no implica mutabilidad; la especie varía naturalmente, pero no se transforma (...) La más alta expresión de la unidad de la

especie, es la generación que señala y mide el intervalo entre los tipos distintos; y no se ha visto jamás, ni puede verse, que las especies se mezclan, se crucen indistintamente entre ellas (...)”.

Para contestar a las capitales objeciones de Figuier, era menester probar que el transformismo no es un sistema imaginado a priori, ni meramente hipotético y refido con los métodos experimentales de la ciencia moderna. Y la Paleontología, la Embriología, la Anatomía y Fisiología Comparadas, etc., vinieron en ayuda de los investigadores de los orígenes de las especies; tanto que los evolucionistas pudieron batir palmas y enorgullecerse con un casi completo triunfo, como vamos a verlo.

La paleontología abrió audazmente la fosa de los millares de millares de siglos fenecidos, y buscó entre los despojos del mundo primitivo, la prueba evidente, la certeza irrecusable, el convencimiento experimental de la evolución progresiva de los seres orgánicos. Levantó, capa por capa, las diversas envolturas superpuestas que componen la corteza del globo, y mostró triunfante a los incrédulos, la inmensa serie de especies, colocadas en escala ascendente, cada vez más desarrolladas y perfectas, cada vez más numerosas y admirables.

Al tratar de las épocas geológicas, os he manifestado el orden en que fueron apareciendo los animales, a medida que las condiciones del globo se tornaban propicias a la vida; pero se hace indispensable volver sobre el mismo asunto, y tratarlo acaso con mayor detención, para comprobar la labor de la Paleontología en favor del transformismo, es decir, de la investigación del verdadero sistema físico del mundo sublunar que habitamos.

Las capas geológicas, sucesivamente formadas en los diversos periodos evolutivos del planeta, como lo he dicho ya varias veces, contienen la relación gráfica de la vida animal, desde el átomo viviente —que han llamado *Eozoon* algunos sabios hasta los grandes mamíferos, hasta el hombre, tipo de perfección orgánica y complemento visible y actual de la acción creadora en nuestro esferoide. Ciertamente es que han desaparecido sin dejar huella todos aquellos fermentos primitivos, todos esos corpúsculos animados que aún no estaban protegidos por ninguna vestidura calcárea o silicia, ni si-

quiera contaban con una armadura resistente; pero el mundo microscópico está representado en aquellos anales geológicos, por seres tan diminutos, tan rudimentarios, que por mucho tiempo se les ha considerado como las primeras manifestaciones de la vida.

Los trilobitas, los geniatitas, los nummulitas, los ammonitas, todos los forminíferos —de los que ya os he hablado— componían como un mundo inicial; pero inmenso, por la multitud de sus seres; poderoso, por el tesón y constancia de sus labores, y por la magnitud de las obras en que se ocupaban; en fin, lleno de grandeza y misterio, porque moraban en el seno de lo invisible y lo impalpable. El trilobita, único ser dotado de vista y el mejor protegido por una coraza, era el más perfecto; era entonces el **rey de la creación**, como dice Quinet.

He ahí el punto de partida de la Palentología, el primer tramo de la pendiente y larga escalera que esta ciencia ha tenido que subir, desde la vida embrionaria, oculta casi en el centro candente de la tierra, hasta alcanzar, peldaño por peldaño, la cúspide; y poder mostrar esa prueba visible, palpable, de la verdad que revisten las teorías modernas.

Después de esos meros **átomos tocados de vida**, ensánchase la existencia animal, y aumentan sus formas en variedad, perfección y dimensiones: trás de los microorganismos, encuéntranse los anélidos, los moluscos y los crustáceos; luego algunas especies de peces, en especial, ganoides; y, muy adelantado el período pérmico, preséntanse unos pocos reptiles, diminutos y habitantes del fango: he ahí la gradación de la vida durante el larguísimo transcurso de los ochenta y seis millones de años que, según los cálculos de Haeckel, pasaron desde los comienzos de la vida orgánica hasta el término de la época de transición.

Por demás sombrío el cuadro que Figuier nos traza de este como crepúsculo de la existencia terrestre. Ni una ave en en el follaje de esos inmensos bosques sin flores ni frutos, en los que reinaba sólo el silencio; ni un mamífero en toda la extensión de esas tierras húmedas y fecundas, en cuyo seno, sin embargo, fermentaba y palpitaba ya el germen de la vida universal. Tan densa y pesada todavía la atmósfera que envolvía a la recién solidificada tierra, que pués de largos años de acalorado debate, puédesse afirmar que la

era de todo punto imposible la emisión de ninguna voz, de ningún grito, de ninguna manifestación fonética de la vida: el eterno silencio, la mudez más completa, reinaron en la tierra por millones de años. Y por la misma causa, todos los vivientes eran sordos; puesto que no podía llamarse audición esas como precepciones rudimentarias e imperfectas que los animales primarios adquirirían por el tacto, mediante las vibraciones exteriores, a falta de verdaderos órganos auditivos.

Esa misma densidad atmosférica imposibilitaba también la respiración aérea; de modo que los primitivos vivientes no estaban dotados sino de aparatos adecuados a la respiración acuática. Hay más: aquel peso de plomo de la atmósfera de entonces, era, asimismo, un obstáculo insuperable para el desarrollo y crecimiento de los seres orgánicos: los animales pequeñísimos y las plantas rastreras, componían un dominio de enanos, en que reinaba la naturaleza, rodeada de un silencio propio de las tumbas.

Sólo a medida que se purificaba y enrarecía la atmósfera, iba desapareciendo aquel lúgubre aspecto de la creación: cuando el aire fue fácilmente respirable, se formaron los órganos fonéticos; y el silencio de la tierra fué gradualmente turbado por los gritos, sorprendentes y variados, con que por todas partes se manifestava la vida. Y rota por fin la universal mudez, la naturaleza acudió con presteza a llenar una necesidad correlativa, la de **oír**; y produjo los aparatos auditivos, los que pulió y perfeccionó lenta y pacientemente, como lo ha hecho en todas sus obras. Primero los peces, después los reptiles, mucho más tarde las aves y los mamíferos, a medida que fueron apareciendo en el escenario de la vida, adquirieron esa máquina admirable, cada vez más perfeccionada, que recibe las ondas sonaras y las transmite al cerebro.

De igual manera, los primeros reptiles que se dejaron ver sobre la tierra enjuta, cambiaron la respiración acuática con respiración pulmonar; los órganos respiratorios y circulatorios se modificaron profundamente y fuéronse perfeccionando hasta alcanzar el grado elevadísimo que la ciencia admira en el hombre. El aumento de las dimensiones de los cuerpos organizados fué también proporcional a la disminución de la densidad atmosférica; y en los periodos carboníferos y permiano, en todos los secundarios y terciarios, la na-

turalaleza pudo ya producir gigantes, así en la flora como en la fauna antediluvianas.

Por cierto, no voy a detenerme en enumerar muchas especies aún vivientes, ni fósiles; pues para ello necesitaría escribir un libro voluminoso, e inútil, en razón de haber varios sabios formado las nomenclaturas casi interminables de las especies desaparecidas, transformadas o existentes en sus primitivos tipos. Para palpar la dificultad de que os hablo, bástenos recordar que pasan de **treinta mil** las especies extinguidas en el reino animal y vegetal; y que, según Agassiz, sólo entre los peces, se cuentan **ocho mil especies** que no podemos conocer sino en estado fósil. De consiguiente, voy a limitarme a nombrar una que otra especie en cada periodo, únicamente para marcar la ascensión evolutiva animal, que los paleontólogos han puesto a la vista de la filosofía moderna.

*
* *

Los reptiles de las capas pérmicas carecen aún de la columna ósea y resistente de los vertebrados: sus vértebras cartilaginosas y endebles conservan lejanas analogías con el **Amphioxus lanceolatus**, su primer tipo, el que ha conseguido sobrevivir estacionario a la evolución de su descendencia, por decirlo así. Todo esto lo enseñan los naturalistas; más, hay entre ellos quien afirma también que el **Stereorachis** —vertebrado, más perfecto que los reptiles en cuestión— existía ya por esos mismos tiempos. Aunque así fuera, en nada se alteraría el orden evolutivo de la vida animal; pues siempre subsistirían las pruebas del tránsito de las vértebras cartilaginosas a las sólidas y óseas de los animales superiores.

Terminados estos esbozos, brillando ya el sol de la época secundaria, y al subir de las capas del triás a las calcáreas y gredosas posteriores, los paleontólogos han ido de sorpresa en sorpresa, hasta desenterrar los grandes reptiles, admiración de las presentes generaciones que, acaso, no sospechaban la existencia antigua y real de aquellos monstruos. El Plesiosaurio “de cuello de cisne, formado por dieciocho vértebras”, que ha descrito Humboldt; el Dinosaurio de dos mil dientes; el Megalosaurio de quince metros de longitud y de aceradas mandíbulas; el Higuanaadón que alcanzaba las copas de los

árboles con sólo levantarse sobre sus patas traseras y extender el escamoso cuello; el Teleosaurio de ocho metros y veloz carrera, etc.; todo un mundo fantástico, colosal, monstruoso, salido de las entrañas de la tierra, a la voz evocadora de la ciencia, para dar testimonio de la evolución gradual de la vida, del hecho indiscutible de que las formas gigantescas vinieron después, millones de años después, de la animalidad embrionaria, imprefecta y microscópica. “En la época secundaria —dice Quinet— si los reptiles hubieran hablado, habrían dicho: Somos los reyes del mundo: ningún ser se levanta encima de nosotros, ninguno fuera de nosotros sabe arrastrarse. En vano una plebe infinita de criaturas inferiores, radiados, moluscos, peces, se afanan por remontarse hasta los reptiles; el reptil es la criatura predilecta, la forma suprema, divina; el mundo era para él”.

Lo mismo en las capas terciarias: el calcáreo basto, los arcillas cuarzosas o micáceas, los yacimientos de arena etc., abundan en pruebas igualmente irrecusables y convencedoras del progreso en el mundo animal. Primero están los marsupiales primitivos, de los que el **Arctocyon** es reputado como el primer tipo, como el padre y tronco del nuevo orden de animales superiores que engendró la fecunda naturaleza. Trás de los marsupiales, los **lemúridos**, a los que tan importante papel les asignan Zaborowski y Haeckel en la historia del reino animal.

Aparecen con posterioridad los **placentarios** y se opera una prodigiosa irrupción de animales verdaderamente admirables por su perfección y número. Los paquidermos enormes, los ancestrales de nuestros animales domésticos, los simios, etc, etc., en escala siempre progresiva; y luego, las aves, dentadas, de miembros reptiliformes, de cola prolongada por el encadenamiento de siete vértebras, de plumaje indeciso, por decirlo así; seres nuevos que se esbozaron desde mediados del periodo eoceno, y llegaron a su relativa perfección en el plioceno.

Un paso más, y hemos llegado a la época cuaternaria que ya he descrito en una anterior conferencia. Estamos en la plenitud de la vida terrestre, y por todos lados nos rodean los testimonios más fehacientes de los progresivos cambios y de la perfectibilidad de los seres orgánicos, esto es, del verdadero sistema del universo. Las aguas, la tierra, el aire, a una voz, pregonan la ley universal de trans-

formación y evolución de la materia animada. El mundo es ahora de los grandes mamíferos y de los volátiles. "Si los mamíferos hubieran hablado —repite Edgar Quinet— habrían dicho: El universo ha dado un paso, nosotros somos su cima. ¿Cómo han podido creer los reptiles, ni por un momento, que el mundo se había de detener en ellos? Ellos se arrastran sobre el vientre; pero nosotros hemos erguido la cabeza. Somos los dominadores legítimos: quién podría pretender que llegue algún día a aparecer una organización superior?"

La Paleontología ha batido, pues, al creacionismo teológico y al inmutabilismo filosófico hasta en sus últimos atrincheramientos; pero aún oponen dichos sistemas una objeción que tienen por asaz formidable y concluyente: **Natura non facit saltus** —dice, apropiándose de este axioma de ajena escuela. Si los animales superiores son los mismos primitivos, perfeccionados y metamorfoseados, ¿dónde están los tipos intermediarios y de transición? ¿Dónde el engranaje de este mecanismo eterno de la vida, que debe no ser interrumpido en ninguna de sus partes? ¿Dónde se puede ver esta unión misteriosa de la infinita cadena zoológica?

Cierto que no le ha sido posible hasta ahora a la Ciencia, el mostrarnos, línea por línea, escalón por escalón, la marcha ascendente de las especies; pero no es exacto que los naturalistas no hayan descubierto nada, ni en el mundo fósil ni en el mundo vivo, con que contestar a las preguntas de los creacionistas e inmutabilistas. Y como nada es casual en el universo, como todo lo que existe está sujeto a leyes invariables y eternas, lógico ha sido deducir de los hechos observados, conclusiones generales que abrazan todo el orden de operaciones de las fuerzas productoras de evolución de la vida. Bastaría la falta absoluta de vertebrados en las primeras capas terrestres, para convencernos de que su aparición es posterior, y debida a la transformación de las primeras especies; puesto que hay razón para asentir a la absurda hipótesis de sucesivas creaciones. La gradual osificación de la columna vertebral y de la armadura interior de dichos animales; el desarrollo lento del cráneo y de los demás órganos; el tránsito paulatino de las aletas natatorias a muñones, de los muñones a brazos, o alas vestidas de plumas; el cambio imperceptible, pero efectivo, de las patas del reptil en patas de ave acuática y de ave terrestre, o en remos de los ungulados, de los solípedos, etc., ¿qué otra cosa revelan a la Anatomía Com-

parada, si no es la evolución ascendente de las especies, durante un incalculable número de siglos?

La Paleozoología nos demuestra hasta la evidencia, cómo los peces dieron la vida a los anfibios; los anfibios a los reptiles; los reptiles a los mamíferos y a las aves; las aves acuáticas a las aves de paso y demás terrestres; los marsupiales a los placentarios **decidua-**tes e **indecidua-**tes; y cómo dentro de este círculo de eterna transformación se ha generado la innumerable variedad de vivientes que llena y cubre nuestro planeta. Y para confirmarlo, no falta tipos intermediarios, esa prueba suprema que los inmutabilistas exigen: fósiles los unos, vivos los otros, están ahí para testimoniar la verdad de la doctrina transformista.

El **Amphioxus** es un vertebrado embrionario, análogo a los que debieron haber existido en los comienzos de los oscuros periodos de transición; el que, como os dije ya, ha permanecido estacionario, a pesar de las múltiples transformaciones de sus semejantes y congéneres, como para que hubiese un testigo del tipo rudimentario de los vertebrados. Véase cómo un naturalista describe los caracteres del **Amphioxus**: "Tiene dos pulgadas de longitud, es semitransparente y vive de ordinario enterrado en la arena, en el fondo del mar. Desprovisto de columna vertebral y de cráneo, presenta (...) la cuerda dorsal de los embriones vertebrados, y una médula espinal etc."

El **Lepidosireno paradoxa** es también un tipo de transición entre los peces y los batracios. En los mares del Brasil se han descubierto otras formas intermediarias; de manera que no faltan seres vivos que conservan aún las fases de tránsito por las que han pasado las especies en su desenvolvimiento ascensional.

Pero, entre los fósiles es donde abundan estos tipos transitorios, como vamos a verlo, limitándonos a unos pocos ejemplos, en gracia de la brevedad.

El **Potriton** representa el paso del batracio a la salamandra; el **Proterosaurus**, de la salamandra al lagarto; el **Actinodon**, del reptil al cuadrúpedo; el **Archeopterix**, de los reptiles a las aves; el **Pterodon**, del marsupial al placentario etc. ¿Se busca por ejemplo, el antepasado de los paquidermos y de los rumiantes? Ahí está el **Coryphodon**,

punto de partida de las dos especies; punto desde el cual puede el naturalista seguir, paso a paso, la metamorfosis de dichos animales, hasta que forman dos ramas del todo diversas. Y así de la mayor parte de las especies conocidas: la Paleozoología nos muestra cuándo y cómo se deformaron o perfeccionaron sus extremidades, transformándose los dedos en pezuñas hendidas o en sólidos cascos, cuando y cómo sus mandíbulas se armaron de colmillos agudos y cortantes en los carnívoros, o en dientes adecuados en los fructívoros y herbívoros; cuándo y cómo se coronó la testuz de algunos con defensas afiladas y córneas; cuándo y cómo el rinoceronte marcó una separación profunda entre su raza y la del tapir, etc.

Y tratándose del desarrollo de las aves, los descubrimientos paleozoológicos no son menos concluyentes y precisos. El *Ramphorynchus* era un reptil volador, un saurio que algunos creen que estaba cubierto de plumas; y de haber sido así, éste sería el primer tipo de las aves. Pero Figuier, en *El Mundo antes del Diluvio*, dice: "Un vecino del *Pterodáctilo*, vivía en esta época (el período jurásico), el *Ramphorynchus*. Se distinguía este reptil del *Pterodáctilo*, en una cola larga (...) Como éste (...) podía, no precisamente volar; pero, con la ayuda del paracaídas natural, formado por una membrana asegurada al cuerpo por uno de sus dedos, se precipitaba desde lo alto de lugares elevados".

En lo que no cabe discusión es en que el verdadero reptil-ave está representado en la Paleozoología, por el *Archeopteryx* que reúne en sí los caracteres de pájaro y de saurio. Fué descubierto en las canteras calcáreas de Solenhofen, cuyo nombre lleva también en los cuadros paleozoológicos. Como todas las aves primitivas, sus mandíbulas eran dentadas, y la cola de reptil, pero adornada de plumas en forma de palma. Los dientes de las aves fueron desapareciendo lentamente: primero disminuyó la solidez de aquella dentadura; luego, el número de las piezas que la componían; más tarde, quedaron sólo los alveolos, en cuyo centro se descubrían dientecillos rudimentarios; después, las mandíbulas ostentaban únicamente recordaduras y relieves destinados a triturar los alimentos; y, por último, apareció el pico córneo de las volátiles que existen al presente.

Los demás miembros sufrieron también transformaciones radicales, según los grupos y familias en que se dividieron los animales

de pluma: alas, patas, cuello, cabeza, ojos, narices, forma del pico y de la garra, etc., todo cambió, se mudó, se perfeccionó, conforme a los hábitos y necesidades de esos seres provistos de tales órganos y miembros. Y, a pesar de todo esto, no pudieron las aves despojarse por completo de sus formas ancestrales; y el aspecto reptiliano se deja ver todavía en su armadura ósea y, sobre todo, en la evolución del huevo; en esas diversas fases por las que pasa el embrión, antes de convertirse en pollo.

La Embriología ha venido a corroborar y robustecer la teoría de la evolución: los perspicaces ojos de la Ciencia —siguiendo el proceso gradual de la transformación del embrión en varios animales— ha sorprendido el misterioso enlace de muchos anillos de la cadena zoológica, y puesto a la luz del día los secretos de la asombrosa fecundidad de la naturaleza animada. Aquellos inexplicables fenómenos producidos por la fuerza expansiva de la vida, ante los cuales enmudecían o vacilaban los más sabios, forman hoy, parte de los conocimientos positivos que se propagan en escuelas y universidades, apoyándose en pruebas materiales y tangibles. ¿Se menoscaba la grandeza de Dios y el poder de su diestra, al aceptar esta creación incesante y perpetua, metódica y sapiente, bajo el régimen de las causas segundas que la misma Divinidad ha creado y dirige? De ninguna manera; y no comprenden a Dios los que, so pretexto de defenderlo, se oponen a los progresos de la Ciencia. "La doctrina de una época es necesariamente conforme al grado de altura de los espíritus —dice Tiberghien— ¿Es demasiado pedir a la fe de este siglo que sea razonable y razonada? (...) La era de la verdad, una vez abierta, no se cierra jamás. Hoy día la ciencia se mezcla en todos los fines de la vida, en la industria y en la agricultura, en la educación y en la política... La Ciencia se unirá también a la Religión, no para destruirla sino para vivificarla y apoyarla... La Filosofía bien comprendida, reconoce la religión como elemento de vida racional... La creencia del porvenir descansará sin duda alguna sobre los sólidos fundamentos de la Ciencia".

VI

TEORIAS SOBRE EL ORIGEN Y NATURALEZA DE LA VIDA

Permitidme, antes de proseguir desarrollando el tema anunciado, llamar vuestra atención hacia el dañado propósito con que algunos están extraviando el criterio público, respecto de la naturaleza y alcance de mis conferencias. Vosotros que me oís, conocéis que son meramente científicas; pero los que no me oyen, los que no quieren oírme, y aun prohíben que se me oiga, han dado a mis disertaciones un carácter religioso, impío, anticatólico, atribuyéndome el afán de matar la fe en vuestras almas. ¿Cómo me condenan sin escuchar lo que digo, sin examinar mi doctrina, sin juzgarla con sereno y desapasionado criterio? Toda sentencia supone perfecto conocimiento de causa, pruebas irrecusables del delito, imparcialidad y sabiduría en el juez; y donde faltan estos esenciales requisitos, el fallo resulta injusto, inicuo, absurdo. La condenación de una doctrina requiere todavía un juicio más severo, por lo mismo que la materia del juzgamiento es más elevada y trascendente; tanto que se nombran teólogos encargados de examinar todas las proposiciones condenables, las que son calificadas según el peligro que ofrezcan o la gravedad del error que contengan; y sobre esta calificación canónica descansa el fallo de la autoridad eclesiástica. ¿Qué es esto de juzgar y fallar por referencia a publicaciones callejeras, anónimas y sin autoridad ni ciencia; por simples dichos del primer ignorante y fanático que crea ver heregías en un discurso, o del primer malintencionado que, por fines políticos o personales, ponga en boca de un conferencista errores que jamás ha sostenido ni pensado sostener?

¿Por qué no vienen a oírme, para poder juzgar rectamente y por sí mismos, acerca de las teorías que voy exponiendo? ¿Temen acaso que mi débil palabra extinga también su fe, esa luz celestial, que dicen que los alumbró? ¡Cuán feble y vacilante debe ser la creen-

cia religiosa que huye del soplo de la humana ciencia, por temor de que se apague y extinga!

Y mirad la calidad de mis acusadores: la ignorancia y la mala fe son las que inspiran aquellas acusaciones absurdas, conjunto de odios y fanatismos, de estolidez y ceguera de espíritu. Y no se tome a mucho mi decir, porque a vuestra vista están las anónimas apologías, las hojas diarias en que el tartufismo y la ignorancia se dan la mano para atacarme, invocando una religión que no entienden ni observan, una religión que están afrentando a pretexto de sostenerla. Porque no puede darse mayor ofensa a la religión de Jesús, que el afirmar la posibilidad de que sea defendida por individuos profanos en toda ciencia, divina y humana, y apenas capaces de zurrir pasquines contra los que llaman enemigos de su fe. Si la religión es divina, ¿qué necesidad tiene de que los hombres la defienda, y mucho menos, los más intonsos y más desprovistos de las evangélicas virtudes? Mirad las apologías publicadas estos mismos días, y os convenceréis de que llamarlas defensa de Jesucristo, sería un sarcasmo sangriento, una blasfemia imperdonable en labios religiosos. ¿Acaso conocen estos apologistas ni los rudimentos de la Teología, del Derecho Canónico, ni siquiera la Historia de la Iglesia? ¿Ni qué saben de lo que tratamos en estas conferencias, no habiendo jamás gastado su tiempo en estudiar las ciencias naturales, en seguir su asombroso desarrollo al través de los siglos? ¿Cómo pueden, pues, juzgar un discurso científico, si gustan de las tinieblas, si cierran los ojos a todo destello de luz, si se atrofian el cerebro, voluntariamente y por fanatismo? Los originistas se privaban de la virilidad para ganarse el cielo; y nuestros falsos creyentes se mutilan el alma, se destruyen los órganos mismos de la visión del espíritu, con tal de pasar por hijos fieles de la iglesia, y medrar a este título.

Tan exageradamente ignorantes, que han ido hasta la afirmación de que las cuestiones que os propongo, son desenterradas —fiambreres, dicen ellos— y pulverizadas hace siglos por la teología. Ignoran, de consiguiente, que la Antropología, la Biología, la Embriología, la Microzoología, la Química sintética, la Paleontología, etc., son ciencias de la hora presente; y que el día mismo, que tantas inepticias escriben los pseudo-apologistas en estas tenebrosas quiebras de los Andes, allá, en los viejos Continentes, los asiriólogos y egipólogos, por ejemplo, están desenterrando los más irrecusables testi-

gos de la verdad, para presentarlos a los ojos atónitos del mundo moderno, que ha vivido dos mil años en el seno del misterio y de fantásticas tradiciones.

La Cosmogonoia científica, ciertamente es antigua; pero jamás ha sido enterrada ni pulverizada por los teólogos, sino todo lo contrario; ciencia tan combatida en nombre del mosaismo, se ha levantado triunfante e invencible, de la hoguera misma de Jordano Bruno; ha quebrantado la cabeza del llamado Santo Oficio, a pesar del tormento y el verdugo, a pesar de los rayos del cielo lanzados contra las obras de Copérnico y Kepler; se ha erigido en clave de la sabiduría humana, desde que salió del lóbrego calabozo de Galileo. ¿Cuándo, cómo la teología ha derrotado y destruido las teorías cosmogónicas que contradicen al Pentateuco? Sólo quien no ha saludado las ciencias, quien no conoce ni la historia de la Astronomía y el martirologio de los cosmólogos de la Edad Media, puede afirmar que las leyes de Kepler y Newton, que la teoría heliocéntrica, que la doctrina de la redondez de la tierra y de los antipodas, que la Cosmogonía confirmada por Laplace, que el sistema de nuestro sistema planetario, han sido vencidos y sepultados por el mosaismo. No: las hogueras de la Inquisición reducían a cenizas el cerebro de los pensadores, pero eran impotentes para destruir el pensamiento y la verdad, como dice un historiador moderno.

Ignorancia supina hay en las diarias acusaciones que se me dirigen. ¿No dicen ya que estas conferencias son obra de la masonería, empeñada en descatolizar a la República? No saben ni lo que es la francmasonería; y deben saberlo, porque ha dejado de ser una sociedad secreta, desde que ya no se le persigue de muerte, ni se quema a sus afiliados. Hoy la masonería se ha transformado en una asociación de beneficencia; y su Constitución anda impresa, y pueden leerla todos. Ajena a toda intolerancia, prohíbe aun hablar de religión en su sesiones, pues respeta todas las creencias. Combate únicamente el ateísmo, y exige que sus miembros crean, por lo menos, en Dios, y en la necesidad de la justicia y la libertad para todos, así como de la virtud, como base de la sociedad. ¿Qué tiene que ver la masonería con las ciencias naturales ni con los modernos descubrimientos? ¿Acaso la Anatomía y la Fisiología comparadas, la Biología y la Embriología, la Astronomía y la Antropología, pue-

den cambiar sus teorías y leyes, a voluntad de los masones? Sería menester la más absoluta carencia de sentido sano para afirmarlo.

Leo en una publicación eclesiástica, que "en el infierno de mi biblioteca, tengo más condenados que Lucifer en las llamas eternas; porque he tenido a gala citar a muchos impíos en mis conferencias". Aquí ya no hay ignorancia, sino mala fe, refinada mala fe, señores. En mi reducida y pobre biblioteca, hay también muchos bienaventurados, Santos Doctores, lumbreras de la Iglesia romana, teólogos y sabios católicos, cuyas opiniones he citado con la mayor imparcialidad, contraponiéndolas a las de los filósofos y sabios que combaten a la escuela teológica. Deseaba exponeros el pro y el contra de las principales cuestiones, tratadas en mis conferencias, para que os formárais idea exacta de la controversia; y no podía dejar de manifestaros el pensamiento de esos varones ilustres de la Iglesia. ¿Se ha ofendido tal vez el ilustrado sacerdote, al que me refiero, por haber aducido como prueba de la existencia de Dios el testimonio de los mismos que la Teología llama, a todas horas, ateos, e impíos? Creía conveniente manifestaros que esos filósofos, tan calumniados por el fanatismo o la ignorancia, no habían negado la Divinidad, sino que más bien la confesaban explícitamente en sus obras; y no pensé que esta clase de prueba irrecusable, hiriese el amor propio de quienes, acaso sin haberlos jamás leído, apellidan a dichos filósofos con los nombres más calumniosos y denigrantes. ¿Quién no ha oído en los pulpitos maldecir a Voltaire, Rousseau, a Renan, etc., como a impíos, ateos, enemigos de Dios y de la humanidad? Pues, esos filósofos creen en el Ser Supremo; más todavía: opinan que no es posible la existencia de la sociedad humana, sin esta suprema creencia. Si he desmentido al fanatismo, no es mía la culpa, si no de quienes, por odio religioso, falsean la verdad y calumnian hasta a los muertos. No terminaría, señores, si hubiera de hacer observaciones sobre todo lo que el fanatismo asevera en contra de estas conferencias; pero vosotros que las escucháis, sabéis cuán lejos estoy de tratar asuntos religiosos, y menos de combatir vuestras creencias. Os propongo cuestiones discutidas en el mundo sabio; cuestiones que se agitan en las Universidades y Academias de ciencias; cuestiones que no interesan sino a la parte intelectual e ilustrada de un país, y propias de un centro de cultura como esta Universidad. Y, por lo mismo, estas graves cuestiones nada tienen que ver con la fe popular, con esa fe de niño, que no alcanza a vislumbrar

la claridad de la naturaleza, que jamás se encuentra ni choca con las teorías reservadas para los hombres de estudio. Mas, para anular vuestro testimonio, no se ha trepido en ofenderos, pintándoos como un auditorio sin preparación alguna para escucharme; como un auditorio incapaz de discernir la verdad del error; como un auditorio al que yo puedo seducir y engañar, robándole la fe, en daño de la salvación eterna. ¡Qué concepto tan desfavorable se formarán los extraños, al leer tan burdas ofensas, contra la intelectualidad e instrucción de los que acudís a las conferencias universitarias! Por felicidad, y para honra mía siempre he contado con escogido auditorio, con personas de gran importancia por su saber y posición social, con una juventud brillante y estudiosa, con la casi totalidad del cuerpo universitario; y, por lo mismo sabéis bien que se extravía el criterio público, que se engaña inicualemente a la clase sencilla e iletrada, presentándose como impugnador de la fe religiosa; calumnia que se propaga todos los días, con la mayor mala fe y temeridad, por el espíritu monástico que impera aún en nuestra patria, como imperaba en los nefastos tiempos del Santo Oficio y sus hogueras. El fanatismo se alimenta con la calumnia; es su pan cotidiano, y a la vez, su arma de combate, el hacha que degüella y la tea que incendia, la bandera que lo guía al exterminio de los pensadores. Los fanáticos son los mismos en todos los tiempos y en todas las civilizaciones: calumniaron a Sócrates, y le hicieron beber la copa de cicuta; calumniaron a Cristo, y lo crucificaron; calumniaron a los primeros cristianos, y los entregaron al martirio; las sectas cristianas se calumniaron entre sí, y se destrozaron con ferocidad de tigres; calumniaron a los sabios y descubridores de la verdad, y los quemaron a fuego lento, desgarraron sus carnes en el tormento, los degradaron con retracciones impuestas por el terror, los dejaron morir en la oscuridad y la desesperación de los calabozos. Cada paso que la humanidad ha dado en la senda ascensional de su perfeccionamiento, se ha obtenido con el sacrificio de los más inteligentes y sabios, de los más virtuosos y abnegados, que han venido cayendo, unos tras de otros, en esta lucha impía con el fanatismo, enemigo irreconciliable de toda claridad bienhechora, de todo adelanto de nuestro linaje, de toda conquista de la razón y la ciencia. Con exactitud se ha dicho que la historia de la civilización humana, es el martirologio del saber y las virtudes. ¿Qué extraño que el fanatismo esmere sus furiosos conmigo —que nada soy ni significativo— si no ha temido sacrificar a los

más eminentes civilizadores y al mismo redentor del mundo, ante los cuales debió temblar su homicida diestra?

Este es uno de los últimos reductos del monstruo, y lo defiende con desesperación insana, afanoso por destruir aún las meras apariencias de ataque, aun a los que no hacemos sino mirarlo con horror y condenar a boca llena sus obras de iniquidad en todos los pueblos y en todas las épocas de la historia. Pero ya se desmoronan los cimientos del fanatismo; la verdad y la tolerancia se abren campo hasta en las naciones que gimen todavía en el medioevalismo; la aurora de la concordia y la fraternidad de los hombres brilla ya en toda la extensión del horizonte mundial; las sombras huyen, los cárbos abandonan su morada de siglos, y no está lejano el triunfo completo de la luz: esperemos!

Perdonadme este largo exordio, necesario para dejar constancia de las dificultades que el oscurantismo está oponiendo a mis insignificantes labores de extensión universitaria; para que haya testimonio de cómo el fanatismo reina aún en esta hermosa tierra de los talentos y las energías del espíritu, y de cómo esgrime las mismas armas con que ha combatido la libertad y la ciencia en todo tiempo, para mantener a la humanidad en tinieblas, y explotarla a mansalva. Así, cuando se publiquen mis discursos, podrá el lector conocer toda la perversidad con que se me calumnia, o la ceguedad superlativa de quienes creen hallar heregías e impiedades en disertaciones puramente científicas, en la simple exposición de teorías contrapuestas y dignas de estudio. Habría ya comenzado la publicación de las tan desfiguradas conferencias, ocupando las páginas de la Revista Universitaria; pero he querido evitar que los fanáticos hagan presa de esta publicación, que la prohíban y la despedacen, privándole a la Universidad de este medio indispensable para dar a conocer los adelantos de la juventud azuaya.

Continuemos ahora nuestro estudio anunciando en mi anterior conferencia.

La tierra está henchida, rebosante de vida; nada ha sido excluido del movimiento y la animación reinantes, ni aun esos corpúsculos que un rayo de luz arrastra y hace visibles. Los átomos vivientes, como os he dicho en otras conferencias, nos rodean, nos en-

vuelven, moran en nosotros, penetran en nuestras propias vísceras, se alimentan con nuestro ser muchos de ellos y se multiplican de manera que se diría inverosímil. "Precisamente —dice Humboldt— son los animalillos microscópicos los que con su prodigiosa fecundidad ocupan y llenan mayor extensión, como lo demuestran los descubrimientos de Ehrenberg". Y este naturalista, queriendo dar idea de esta multitud infinita, afirma que "en los infusorios mayores viven como parásitos otros infusorios más pequeños; los cuales a su vez, sirven de morada a infusorios más pequeños todavía".

Un gramo de queso fresco, según últimos experimentos, contiene hasta ciento cuarenta mil animálculos; número que aumenta a medida que pasa el tiempo, llegando a los cuarenta días, a dos millones de huéspedes de aquella pequeñísima porción de sustancia alimenticia. Un forminífero apenas tiene medio milímetro de tamaño: d'Orbigny ha contado cuatrocientos cuarenta mil en tres gramos de arena de las Antillas; y la **Monadina**, según Humboldt, mide apenas 0,000,000,24 de línea... ¿En dónde está el límite descendente de la vida, en esta infinita escala del microcosmos?

"Nada hay pequeño en la naturaleza —ha dicho Figuiet—: la idea de pequeñez o de grandeza, es una concepción del hombre, una comparación que le es sugerida por la dimensión de sus propios órganos. La naturaleza, cuando así conviene, compensa la pequeñez con el número..."

Bien; pero, ¿qué es la vida? ¿La chispa divina que anima al hombre, es de la misma naturaleza que vivifica a los mamíferos y a las aves, a los peces y a los reptiles, a los alados insectos y a los que se arrastran en el fango, al mundo visible y el mundo invisible, poblado de animalillos que aun al ojo del microscopio escapan a veces?

¿Qué cosa es la vida? ¿Es por ventura una fuerza resultante de otras fuerzas físicas, como Buchner, Haeckel, Jouvencel y otros monistas sostienen? ¿Es el fluido imponderable que llena los espacios infinitos del Universo, como algunos antiguos creían? ¿Es el soplo divino que transformó la materia orgánica en seres sensibles y aún intelectuales? ¿—Cada individuo tiene su vida peculiar y propia, o participa simplemente de ese inagotable tesoro de la existencia, que algunos llaman **vida universal**?— Vuelvo a tocar esta materia, de la que ligeramente os hablé en una de mis anteriores confe-

rencias, porque es indispensable esclarecerla cuanto se pueda, antes de entrar al estudio del hombre.

Los esfuerzos de los naturalistas han aportado indudablemente mucha luz para la resolución de tan grave enigma; pero sus mismas labores de investigación han producido también nuevas y grandes complicaciones, y han avivado la discordia entre las más eminentes inteligencias investigadoras de la verdad. El examen de los vivientes rudimentarios que decimos zoófitos, de esos seres estacionarios e indecisos en las fronteras de los reinos de la naturaleza, enardeció la controversia sobre la vida animal y la vida vegetal, sus analogías y diferencias, su origen, desarrollo y propagación, etc.; y se amontonaron hipótesis sobre hipótesis, la mayor parte fantásticas, contradictorias, sin base segura, como si adredemente se hubiera querido alzar una valla entre la verdad y el entendimiento humano.

¿Los zoófitos son animales o son plantas? He ahí la primera cuestión debatida. Varias son las respuestas; pero todavía están esas miríadas de individuos que componen los numerosos grupos de zoófitos, como desafiándole al hombre a que descifre su naturaleza, si lo puede. Y al final de tanto batallar, los naturalistas más sabios y desapasionados, hánse visto en la precisión de confesar que nos hallamos delante de una barrera infranqueable, de un misterio que no podemos penetrar aún; y que todas nuestras hipótesis nada concluyen ni dejan dilucidado en tan oscura y enigmática materia. "Sobre todo, cuando nos colocamos en los confines del reino animal y del reino vegetal, se ve cuán difícil es señalar una línea de demarcación precisa entre estos dos reinos (...) ¿El zoófito tiene sentimiento? ¿El zoófito tiene conciencia? Cuestión insolucionable, abismo de oscuridad —dice Figuiet—. El coral (...), el infusorio (...), la amiba, este maravilloso proteo que, en el espacio de un minuto, cambia cien veces de forma, a los sorprendidos ojos del observador, y que no es verdaderamente sino un átomo tocado de vida; todos estos seres que tienen puramente la apariencia vegetal, ¿tienen conciencia o instinto, o sólo una movilidad oscura y ciega? Solo Dios puede conocer este misterio (...)"

"Para explicar el apareamiento de los organismos —dice uno de los más sabios sostenedores del monismo— es necesario atribuirlo

a causas puramente físicas o químicas, o a un agente inmaterial. No hay otra alternativa; y en esta no tiene la ciencia la facultad de escoger. Pues admitir la intervención de un agente inmaterial, sería aceptar una hipótesis indemostrable, en oposición con todo cuanto sabemos, y renunciar a toda investigación científica". Estas pocas palabras de Zaborowski son el resumen de las teorías y tendencias del materialismo moderno; y no es maravilla que, con la enunciación de esta doctrina, degenerara la serena discusión científica, en lucha atronadora y odiosa, perdiéndose las energías y el tiempo en estériles cuestiones especulativas, con grave perjuicio de la investigación de la verdad. Humboldt quería que la Ciencia permaneciese extraña, no por timidez, sino por la naturaleza misma del objeto, a los oscuros comienzos de la historia de la organización. Pero detener a la Ciencia en el camino emprendido, apartarla de la solución del problema que tanto interesa a todos, no era ciertamente salir airoso del debate; los demás sabios han continuado afanosos en arrancarle su secreto a la Esfinge. Jouvencel —en su tratado *De la Vida*— sostiene que es indiscutible la vida individual de cada célula, así en el animal como en la planta; células vivientes que se descubren en todos los tejidos y componentes de los seres organizados. Cada una de estas células tiene propiedades especiales y necesarias para su conservación y desarrollo; propiedades que no dependen en manera alguna del conjunto orgánico al que dichas células pertenecen, puesto que subsisten aún después de su descomposición. Por esto se ve con harta frecuencia, que la barba, el cabello, las uñas, crecen en los cadáveres; que los órganos respiratorios funcionan por algunos instantes, después de haber cesado la vida, etc.; lo que demuestra la independencia de las células vivientes que componen esas partes del organismo que sobreviven a la muerte. De esto deduce Jouvencel que un animal está formado por una serie de órganos que tienen vida propia e independiente entre sí; y que cada uno de estos órganos se compone de innumerables células que, así mismo, gozan de vida individual, con absoluta independencia del cuerpo integrado por ellas; pudiendo, además, multiplicarse de manera indefinida. Estos elementos vivos, que producen la vida general del organismo, mueren sucesivamente; por lo cual se nota la supervivencia de algunas partes de un animal que ha dejado de vivir. Así, lejos de ser la vida una fuerza general y única que genera, gobierna y dirige el organismo que anima, no es más que el resultado de la actividad de los órganos, la suma de los

fenómenos vitales de las células, en último análisis. "La vida —dice el citado fisiólogo— considerada en un animal completo, se nos aparece como efecto y no como causa; es decir, que su vida total, aquella que la Fisiología entiende por vida general, es la resultante de la vida individual de los millones de pequeños seres celulares vivientes de que él está compuesto. Absolutamente como el poder de una ciudad es la resultante de las fuerzas, las riquezas y las energías de sus habitantes". Milne Edwards profesa la misma opinión, y afirma que la vida general no es sino el conjunto de las vidas particulares.

En mi primera conferencia refuté ligeramente esta teoría que tiene por punto de partida la célula elemental viviente; pero que nada dice, nada explica respecto del origen de la vida. Recordaréis que aduje los poderosos razonamientos con que Felix Hément confuta victoriosamente este sistema que da por probado, precisamente lo que debía probarse. ¿Cómo se produjo la vida en la célula primaria, en esa célula elemental que la aporta al organismo, como una partícula infinitesimal de la llama vivificadora del conjunto organizado? ¿Cómo y cuándo recibió la vida ese átomo inorgánico que se transformó en célula viviente? He ahí lo que era menester investigar y probar, sentando así una base sólida a la teoría de que tratamos. Y, luego, cómo aceptar esta hipótesis, sin aceptar también alguna fuerza superior que una, coordine, gobierne, y dirija esas infinitas vidas independientes, hacia un fin común y único, que no puede ser otro que el desarrollo y la conservación del conjunto?

¿Cómo sostener que la vida nace del poder y funcionamiento de los órganos, siendo evidente que la fuerza vital los precede y forma, se manifiesta a plena luz, desde el punto inicial del desenvolvimiento y vivificación del germen mismo de dichos órganos? ¿Quién imprime el orden, la unión y la armonía en esta multitud de células con vida propia, con vida independiente y acaso antagónica en varios casos? ¿Quién gobierna esa república inconsciente y ciega, esa muchedumbre reunida al acaso y sin fin determinado, sin plan de acción común, sin ningún interés recíproco, sin ninguna ley ni fuerza que la encamine conforme a los propósitos de la naturaleza?

Haeckel —ya lo dije al exponer la síntesis de su doctrina— ha señalado como causa y punto inicial de la vida animal y vegetal,

el primer átomo de carbono que acertó a unirse y combinarse con los **elementos coagulables** de la materia. Büchner sostiene la eternidad de la vida, como propiedad inherente de la materia organizada: la chispa luminosa se hallaba latente, en espera de las eventualidades favorables para su manifestación; diríase que la vida existía en el Cosmos increado e infinito, a la manera del fuego en el pedernal, que no brota sino al golpe mágico del acero. Zaborowski —en **Los Mundos Desaparecidos**— sostiene iguales teorías, las que, en rigor de la verdad, se reducen a una sola, encarnación de la doctrina monista.

“El paso del mundo inorgánico al mundo orgánico —dice— nos parece sin duda de más difícil explicación, que el paso de unos a otros seres vivos (...). Debemos tener la osadía de preguntarnos, ¿cómo cuerpos inorgánicos han podido formar los primeros organismos, o mejor, el protoplasma del *Bathibius* y del *Protomaeba*? El protoplasma de este último se compone de materias albuminoideas, de granulaciones, de agua y de algunas sales minerales. Las materias albuminoideas son cuerpos muy inestables que resultan de combinaciones, en proporciones aún poco conocidas, de carbono, de ázoe, de hidrógeno y de oxígeno. ¿Han podido efectuarse estas combinaciones bajo la sola acción de las condiciones físicas (de calor, de presión, etc.) presentadas por nuestro globo?—Este es el problema. Por de pronto no hay necesidad de establecer que semejante síntesis es posible sin la intervención de otra causa que las acciones físico-químicas (...) Estas hipótesis ofrecen interés para nosotros, sobre todo, porque familiarizan nuestro espíritu con las posibilidades naturales. **Es verdad que no resuelven el origen de la vida**; pero por ellas se ve cómo debe proponerse este problema (...)” —He aquí cómo, después de afirmaciones tan dogmáticas, confirmatorias de la doctrina de Haeckel y Büchner, Zaborowski confiesa que tales teorías dejan en pie el enigma de la fuente de la vida; esto es, que el monismo no ha podido arrancarle una respuesta satisfactoria a la Esfinge.

*
* *
*

Conocéis a Claudio Bernard, la inteligencia más poderosa de que puede gloriarse la ciencia moderna práctica; el creador de la Fisiología

logía emancipada del espiritualismo hasta el punto de señalar el asiento cerebral de cada una de nuestras sensaciones, y aun del pensamiento y la voluntad. Pues este sabio, a quien justamente todos los sabios de nuestra época veneran y siguen, ha refutado concluyentemente la hipótesis atomista de Zaborowski y Haeckel, de Büchner y Jouvenel, de Moleschot y Lavoisier, etc. ¿Qué podría yo añadir a las categóricas afirmaciones de aquel eminente miembro del Instituto de Ciencias, Corporación que ha hecho de Francia la sede del saber humano? Voy a reptiros algunas frases tomadas del célebre libro intitulado **La Ciencia Experimental**, a fin de que veáis que no hemos menester de la Metafísica ni de la Teología para refutar victoriosamente el materialismo. “De todas las definiciones de la vida —dice el mencionado fisiólogo— la menos comprometida y, a la vez, la más verdadera, es la dada por la Enciclopedia: **La vida es lo contrario de la muerte**. Esta definición es de una claridad candorosa; y, sin embargo, no podríamos decir jamás nada mejor, porque jamás sabremos lo que es la vida en sí misma (...) Hay en un fenómeno vital, como en todo fenómeno de la naturaleza, dos órdenes de causas: en primer lugar, **una causa primera, creadora, legislativa, directriz de la vida**, e inaccesible a nuestros conocimientos; y en segundo lugar, una causa próxima o ejecutiva del fenómeno vital, que siempre es de naturaleza físico-química, y cae bajo el dominio del experimentador. La causa primera produce la evolución, o crea la **máquina organizada**; pero la máquina, una vez organizada, funciona en virtud de las propiedades de sus elementos constituyentes, y bajo la influencia de las condiciones físico-químicas que obran en ella (...) Si yo debiera definir la vida en una palabra, diría: **la vida es la creación**. En efecto, para la Fisiología, no es otra cosa que la causa primera creadora del organismo; causa que se escapa siempre a nuestro conocimiento, como todas las causas primeras”.

He aquí, señores, en evidencia el grave y fundamental error de los atomistas: confunden el principio de causalidad con el de condicionalidad; y hacen nacer el efecto, no de la causa que lo produce, sino de la condición para que sea producida. La vida no puede desarrollarse ni mantenerse sin elementos físico-químicos; pero no dimana de ellos, que únicamente son los medios y condiciones del fenómeno vital. Paul Janet dice al respecto: “Que los fenómenos de la vida estén sometidos en cierta medida a las leyes de la Física

y de la Química, no lo contradigo; pero no se sigue de aquí que la vida misma sea un hecho mecánico, físico o químico; porque siempre restaría saber cómo todos estos fenómenos se combinan y forman un conjunto capaz de producir un ser vivo; en el que hay siempre una unidad central que coordina todos estos fenómenos en un acto único. Hay también la gran ley del nacimiento y la muerte; ley que nada de análogo tiene en el mundo puramente material. Hay, en fin, otra ley, la de reproducción; y ésta, más todavía que la anterior, traza una barrera infranqueable hasta aquí, entre los dos reinos".

Claudio Bernard pone fuera de toda objeción estas verdades; y se detiene respetuoso ante el impenetrable misterio que envuelve la fuente misma de la vida, sin atreverse a corroborar la negación de la fuerza inmaterial que anima a los organismos, y antes bien, la reconoce de manera expresa, como vamos a verlo. "No asistimos a la creación *ex-nihilo* —continúa el eminente fisiólogo—; el germen proviene de los padres, y el origen de su virtualidad evolutiva nos ha sido ocultado... Por el germen, y en virtud de esta suerte de poder evolutivo que él posee, se establece la perpetuidad de las especies y la descendencia de los seres... Las células son gérmenes secundarios que presiden de la misma manera a la organización nutritiva. Es evidente que son acciones puramente químicas; pero no es menos claro que estas acciones químicas en cuya virtud el organismo crece y se edifica, se coordinan y suceden en vista de un resultado, que es la organización y crecimiento del individuo, animal o vegetal. Hay como un dibujo vital que traza el plano de cada ser y de cada órgano, de modo que, considerado aisladamente, cada fenómeno del organismo es tributario de las fuerzas generales de la naturaleza (...); parecen dirigidos por alguna condición invisible en la ruta que siguen, en el orden que los encadena. Así las acciones químicas sintéticas de la organización y de la nutrición, se manifiestan como si estuviesen dominadas por una fuerza impulsiva que gobierna la materia, empleando una química apropiada a un fin (...) Este poder inmanente de evolución del óvulo, que debe producir un ser vivo, abraza a la vez, los fenómenos de generación y nutrición; los unos y los otros tienen un carácter evolutivo que es en el fondo, su esencia. Es este poder o propiedad evolutiva, que nos limitamos a enunciar aquí, como lo que únicamente constituye el *quid proprium* de la vida; porque es claro que esta propiedad evo-

lutiva del huevo, que producirá un mamífero, una ave o un pez, no pertenece a la Física ni a la Química (...)"

Ved ahí en tierra la teoría materialista; pues el mismo fundador de la Fisiología moderna acepta, como verdad inconcusa, la intervención de una fuerza que está fuera y por encima de las fuerzas físicas y químicas; fuerza que es aquel misterioso *quid proprium* que obra la creación misma de la vida. Sin embargo, el enigma no ha podido ser por completo descifrado: ¿qué cosa es aquella fuerza creadora, capaz de comunicar el soplo de vida a la materia? Bernard se declara impotente para arrancarle ese gran secreto a la Esfinge.

*
* *

La escuela espiritualista tampoco ha marchado con paso más seguro en esta escabrosa y oscura senda. Sthal confundió el alma con el principio vital; y el sistema conocido con los nombres de *animismo* y *vitalismo*, tan controvertido en el pasado siglo, fue el fruto del ingenio del citado médico alemán. Según el sthalismo, el alma ejecuta directamente todas las funciones fisiológicas: ella crea el cuerpo, compagina y desarrolla adecuadamente los órganos, y toma sobre sí todo el dinamismo corporal, todos los fenómenos funcionales que mantienen la vida y la transmiten a la especie. En los animales sucede lo mismo: el ánima imperfecta que les da vida, lo hace todo: el cuerpo es una máquina que obedece sin resistencias ni rebeldías, sin darse cuenta de que se mueve y obra por una fuerza interna.

El sthalismo, aceptado plenamente por la Teología, ha sido con razón combatido por la Ciencia. Esta confusión absurda de efectos espirituales y corporales, dimanados de una sola y única causa operatriz y de naturaleza inmaterial; esto de hacer nacer el pensamiento y la digestión, la conciencia y las modificaciones del organismo, los actos más elevados de la mente y los que generan y perpetúan la especie, etc., de la misma actividad del alma, no ha podido aceptarlo la sana razón. Y luego, si el alma es la vida, si ella tiene el poder de crearla y conservarla, si su misión es reparar sin descanso y con toda acucia los deterioros y faltas del organismo, ¿cómo se

explicarían las enfermedades, la ancianidad y la muerte? Seríamos inmortales, puesto que el espíritu que nos anima lo es: el tiempo no tendría poder sobre nuestros órganos, y una eterna juventud acompañaría constantemente a los hombres; todas las dolencias que atormentan al género humano, se estrellarían en la vigilancia del alma, y jamás se perturbaría nuestra salud. Para que fuera posible lo contrario, habríamos de aceptar, o que el alma pierde su vigor y fuerza para sostener la vida, o que voluntariamente se despoja de esa fuerza y poder en perjuicio del organismo que ha creado y está encargada de conservar. En el primer caso, quedaría en evidencia que existe un poder superior que encadena o destruye la potencia del alma, que contraría su actividad y facultades; lo que valdría tanto como afirmar que no está en el espíritu el principio de la vida, esto es, que el sthalismo es falso. En el segundo caso, haríamos del alma un ser contradictorio, un agente arbitrario de destrucción, cuando, precisamente, se sostiene lo contrario en el sistema de Sthal.

La Escuela de Montpellier se declaró contra el animismo. Barthez y más tarde Bichat, demostraron la absurdidad de aquella teoría; pero no escaparon de caer en contradicciones al refutar las doctrinas del médico alemán.

Barthez distingue y separa el alma del principio vital, el animismo del vitalismo, y de esta distinción deduce que en el hombre hay un doble dinamismo que mantiene la vida espiritual y la fisiológica, conforme a las leyes que rigen estos dos diferentes órdenes de existencia. Ya Descartes había hecho esta distinción, y manifestado que el alma es el principio espiritual, fuente del pensamiento; mientras que la vida es simplemente el resultado mecánico de las fuerzas inherentes a la organización. El barthezianismo, partiendo de la misma teoría, sustentó el vitalismo; es decir, que los fenómenos vitales son independientes del alma, efecto exclusivo de esa fuerza misteriosa inherente a la materia organizada. El alma es un espíritu inmortal, asientó de la inteligencia y de la voluntad; y el principio vital, si bien no es material, es perecedero y destructible. El alma es propia de cada individuo y, por lo mismo, intrasmisible; en tanto que la antorcha de la vida se comunica de generación en generación, para perpetuar las especies. La vida se desarrolla, perfecciona y permanece paralelamente al cuerpo; y el alma no es susceptible de cambio alguno en su naturaleza: ni el tiempo la altera ni envejece, ni la muer-

te la alcanza. El alma se mantiene igual a sí misma; y el principio vital está sujeto al decrecimiento, la caducidad y la destrucción. He aquí las distinciones principales que Barthez señala en apoyo de su tesis.

Bichat se afilió en cierto modo al vitalismo de Barthez; pues adoptó sus mismas teorías con el aditamento de afirmar el perpetuo antagonismo entre el principio vital y las propiedades fisico-químicas de la materia; tanto que definió la vida, diciendo que **es el conjunto de funciones fisiológicas, tendientes a evitar la muerte.**

Ni el atomismo, ni el animismo, ni el vitalismo, han logrado desentrañar por entero el secreto de la vida; si bien Sthal, al aceptar una fuente espiritual de los fenómenos espirituales, fue una barrera contra los avances del monismo. El enigma persiste, y ante él, podemos repetir las palabras de Figuiet, en presencia de la dificultad, de fijar las fronteras entre los reinos de la naturaleza: **Sólo a Dios le corresponde el conocimiento de este misterio!**

*
* *
*

Consecuente la escuela monista con sus principios y propósitos, ha buscado ahincadamente en la naturaleza, los medios de comprobar su doctrina; y el análisis del protoplasma, de que se componen los seres más pequeños y sencillos, le puso a la vista el verdadero origen de la vida, según los materialistas lo afirman. Los **moneridos**, que se denominan **Bathybius Haeckelli**, y **Protomaebe primitiva**, fueron descubiertos en el fango gelatinoso del fondo de los mares; y esos animáculos infinitamente pequeños y que parten términos con la materia inerte, si hemos de creer a Huxley, resultaron el punto inicial de la vida, la línea casi imperceptible entre el mundo inanimado y el mundo animado, una como aurora de la existencia que brillaba en las negras profundidades del Océano, y desconocida hasta entonces por todos los hombres.

Compuestos de protoplasma amorfo, vivientes rudimentarios, casi informes, organismos elementales y de difícil observación, sin embargo, se mueven y alimentan, absorben rápidamente las materias colorantes colocadas a su alcance, respiran y se multiplican: el

microscopio ha sorprendido todas sus funciones, y la química definido su composición de manera concluyente. La **amiba** —el **Proteo** de Figuer, que en un minuto cambia cien veces de forma—; los **rizópodos**, los **radiolarios**, las bacterias, etc., pueden ser calificados como **seres superiores**, si los comparamos con el **Bathybius** y el **Protomaeba**; y sólo de éstos hemos de tratar, ya que son la primera manifestación de la vida en nuestro planeta.

¿Cuáles las inmediatas consecuencias de tan asombroso descubrimiento? Pues que la vida es el resultado espontáneo de la combinación de ciertas sustancias, en condiciones dadas, y que, por lo mismo, se puede producirla artificialmente, a voluntad de la Química, y con la colaboración de la atmósfera. El **haeckelianismo** queda, de consiguiente, comprobado por completo: el universo animado, en sus rudimentarias palpitaciones, confirma la verdad del materialismo. Empero, los métodos experimentales fallaron en contra, como luego veremos; y en vista del fracaso, se operó una reacción poderosa contra la escuela alemana que tanto alardeaba de su efímero triunfo.

En efecto, la teoría de la **generación espontánea**, esto es, la formación de organismos vivientes sin germen que les precediese, y por la sola acción de las fuerzas de la materia, ha caído ya en sumo descrédito; puesto que los mismos experimentadores, que se habían encargado de ponerla fuera de objeción, han tenido que rendirse a la evidencia y apartarse de la causa que con tanto calor abrazaran. El mismo Büchner, si bien no abandona por completo el campo, y admite aún la generación espontánea de **ciertos seres**, se ha visto precisado a expresarse en estos términos, sobre tema tan capital para su doctrina.

“Con efecto, una ley absoluta y general —dice— parece dominar hoy al mundo orgánico: **Omne vivum ex ovo**, es decir, que todo lo que existe nace de un germen que ha existido antes, engendrado por padres semejantes, o de la generación inmediata de cuerpos de padres que antes existieran; y por consiguiente, de un huevo, de una semilla, o también de divisiones, de yemas, de vástagos, etc. (...) Aunque sea incontestable la verdad de esta proposición con respecto al mayor número de organismos, no parece que carezca de excepciones aun en nuestras relaciones actuales (...)”

Pone a salvo, como si dijéramos el honor de la bandera; pero se rinde: cree todavía y sostiene que hay especies espontáneamente producidas, más confiesa la verdad del axioma **Omne vivum ex ovo**, por lo menos, en los organismos de la escala superior de dichos seres. En último resultado, la teoría ha sido rechazada, desconocida en toda su amplitud, por el más fervoroso apóstol del materialismo. Zaborowski, indudablemente, más adelantado que Büchner en la práctica de la química sintética, ha sido todavía mucho más franco y terminante en su negación de la generación espontánea en las modernas épocas de la tierra. En **Los Mundos Desaparecidos**, dice: “Los cuerpos albuminoideos que constituyen el protoplasma vivo, ¿pueden formarse naturalmente, en las condiciones actuales de nuestro mundo? —no lo sabemos. Quizás sea hasta improbable: las fases de la vida terrestre se suceden sin asemejarse, y no se repetirán jamás”.

Pero, si en los comienzos de la organización, tuvo la materia el poder de producir la vida con la simple combinación de elementos inorgánicos; si las fuerzas del Cosmos fueron suficientes para encender la llama que anima y mueve toda la escala zoológica; si estas fuerzas y materias son eternas e invariables en su esencia; si su propiedad productora es sin límites y necesaria, no puede concebirse cómo no les sea ya posible continuar su acción creatriz, ejercida tan ampliamente en los primeros albores del planeta habitable. Si persisten todas las causas que en aquel remoto entonces, se unieron y combinaron para dar vida a la materia, y si vemos que hoy, por confesión de los mismos monistas más famosos, esas causas son impotentes y estériles, es lógico deducir, o que la materia y sus fuerzas han degenerado, esto es, que no son ni eternas ni invariables, como el monismo sostiene; o que jamás han producido la vida por sí solas, como la química sintética pretende.

Una generación de sabios modernos, contemporáneos nuestros, ha venido a destruir hasta los cimientos del edificio materialista; pues los más recientes experimentos han demostrado que la vida —aun en los organismos que se habían creído espontáneos— resulta de la generación, es decir, de un germen debido a seres preexistentes que transmiten la vida de varias maneras, en esos primeros eslabones de la zoología. “Los curiosos experimentos de Bonnet —dice Janet— sobre los pulgones, los de Trembley con la hidras de

agua dulce, y otros muchos de varios naturalistas con diversas clases de pólipos, y en general sobre los animales inferiores, nos han demostrado que dichos animales, así como los vegetales, tienen tres modos principales y distintos de reproducción: la sexual, la gemiparia, o sea, la reproducción por renuevos; y la fisiparia, por escisión o división". Y todavía se subdividen estos medios de transmitir la vida; de manera que, allí donde no ha sorprendido aún la mirada del naturalista el misterio de la reproducción, está indudablemente el germen vivificador, transmitido de un modo que la naturaleza mantiene todavía secreto, aun para la ciencia que todo lo escudriña y descubre.

Pasteur le ha dado el golpe de gracia a la teoría que nos ocupa; tanto que, después de sus repetidos experimentos para comprobar que en los líquidos previamente esterilizados, no se desarrolla ningún organismo, pudo exclamar ante los sabios de todo el mundo: "**La generación espontánea es una quimera**". ¿Qué podía oponer el materialismo a esta evidencia, deducida de los mismos métodos experimentales y prácticos que recomienda para investigar la verdad, al través de los enigmas de la naturaleza? Prescindir de ese **Quid proprium** de la vida, de esa fuerza extramaterial que la crea y conserva, como Claudio Bernard lo enseña, es volver al caos y extraviarse voluntariamente en el camino que conduce a la verdad.

Y el monismo no ha salido mejor en sus pretensiones de producir organismos artificiales: la decepción y la derrota han sido los únicos frutos de su atrevida hipótesis, al descender al terreno de la demostración práctica.

Conocida por la química analítica la composición del protoplasma amorfo, la química sintética se encargó de reconstruir el referido organismo, con los elementos inorgánicos resultantes de su descomposición. Y, en efecto, se ha conseguido la anhelada reconstrucción, si bien, de manera asaz imperfecta. Pero ni lo imperfecto del producto, ni las dificultades que Berthelot y otros químicos posteriores, han hallado para esta maravillosa fabricación, han impedido que la escuela monista se tenga por triunfante, y anuncie al mundo científico que la vida es la resultante de las fuerzas físicas y de las combinaciones termo-químicas únicamente; y que el enigma de la naturaleza viviente estaba descifrado sin que sea menester recurrir a la hipotética intervención de inteligencias creadoras y vivificantes.

Sin embargo, Zaborowski previene la gran objeción que los adversarios de su sistema pueden aducir: la enuncia en toda su magnitud, la contempla en todos sus aspectos, toma el peso de tan claro razonamiento, pero no lo refuta, no lo pulveriza, como convenia y era de vital importancia que lo hiciese. "Puede objetársenos —dice— que los cuerpos que se reconstruyen químicamente son **productos muertos**: el movimiento de la vida no los hace perpetuos. **Es cierto**. Pero no hay en esto sino una diferencia de grado; y esto se debe quizás únicamente a que no son estos cuerpos de los más complejos. No son aún más que cuerpos ternarios que resultan de la combinación de tres cuerpos simples. Todavía no podemos reconstruir cuerpos albuminoideos. Ahora bien, son estos cuerpos los que constituyen el protoplasma vivo: son cuaternarios, o resultan de la combinación de cuatro elementos simples. Son los más complejos químicamente. De esta suerte la vida no es, por decirlo así, más que el resultado de la complejidad y la inestabilidad de sus combinaciones. Pues sabemos perfectamente que todos los cuerpos llevados a las combinaciones más complejas, adquieren propiedades especiales, una dinámica molecular muy superior. Con todo, estas propiedades, especialmente las vitales, dependen, además por lo menos de la evolución que asegura su perpetuidad, de un cierto estado molecular, de un equilibrio determinado por condiciones de calor muy delicadas. **Estas condiciones escapan a nuestro análisis**. Pues la termo-química tiene una inmensidad de secretos para nosotros, e ignoramos qué diferencia media entre el huevo muerto por el frío, y el huevo vivo; siendo así que ambos siguen químicamente semejantes".

No se ha menester comentar esta franca exposición: luego, la síntesis química no ha resuelto el problema, a pesar de las burdas falsificaciones de las obras de la naturaleza; luego, sigue ignorante el monismo, a despecho de sus pretendidos triunfos, en qué difiere la célula que palpita, de la célula inerte; el cadáver que se descompone, del cuerpo vivo que crece, se desarrolla, se reproduce. La química sintética fabrica malamente la materia gelatinosa; pero es impotente para infundir en ella ese fluido vital que anima al *Bathybius Haeckeli* y al *Protomaeba Primitiva*, que representan la vida incial y vacilante en los confines del mundo inanimado.

Y los fabricantes de la vida artificial continúan en su loco em-

peño: la química sintética ha dado grandes pasos en sus sabios experimentos, pues hoy se han combinado, no sólo los cuatro elementos que, al decir de Zaborowski producen la vida, sino hasta dieciocho elementos; de manera que esa tan ansiada complejidad, existe ya en los laboratorios de los sabios. Pero, la divina chispa, el destello de vida, no ha brotado de la retorta; de manera que la única cosecha del monismo, ha sido siempre el más completo desengaño.

*
* * *

Hemos visto que el hombre apareció cuando el reino animal le había precedido en la posesión y usufructo de la tierra; más, ¿de dónde venía, qué misterioso entroncamiento tenía con los seres inferiores, qué había de común entre él y los demás vivientes, cuál era su verdadero puesto en la naturaleza?

La Antropogenia reviste un carácter religioso en toda la antigüedad; y la cuna del hombre, su condición primitiva, el desarrollo de su raza, su prevaricación paradisiaca, etc., son semejantes en todos los libros santos, como lo hemos visto en una de mis pasadas conferencias.

Al tocar el principal objeto de mi disertación, el hombre, como si dijéramos el supremo escalón de la vida terrestre, las sombras se condensan, las dificultades se multiplican, la razón vacila y flaquean las más sólidas teorías.

Con efecto, si la ley de transformación progresiva es universal, como lo son todas las leyes del Cosmos; si las especies no se han originado de otra manera que por modificaciones y perfeccionamientos sucesivos; si todo esto lo ha comprobado la Ciencia, sería lógico deducir que también la especie humana tocó la cumbre, empujada por la misma fuerza de evolución que ha producido en la naturaleza la infinita variedad de prodigios que admiramos. Y por el mismo caso el hombre sería un atropoide perfeccionado, un gorila que logró conquistar la inteligencia y la palabra, mediante varias y ventajosas transformaciones del cerebro; y que, poseedor de mejoras tan inapreciables e ingentes, formó una distinta y nueva especie, inmediatamente superior a la familia simia.

Muchos sabios modernos han defendido esta conclusión; y otros muchos también —aun prescindiendo de los teólogos, cuyas objeciones radican sólo en motivos religiosos— la han combatido abiertamente y con tenacidad. Unos y otros se apoyan en la ciencia moderna y emplean los métodos experimentales; unos y otros invocan la Anatomía y la Fisiología, la Embriología y Paleontología, etc.; unos y otros rechazan las teorías metafísicas y teológicas; y, sin embargo, se califican recíprocamente de sostenedores del error...

La duda y la incertidumbre en derredor de la gran cuestión, a pesar de nuestros inmensos y decantados adelantos. Evidentemente, no hemos podido aún sacar por entero la planta del terreno de las hipótesis, al tratar del origen de la humanidad; y cada vez que consideramos indescifrable el enigma, cada vez que la esfinge guarda su divino mutismo, cada vez que nos sentimos impotentes para descubrir esta verdad que más nos atañe, vémonos obligados a repetir con tristeza y desaliento, las desconsoladoras palabras de Figuiet: "Si a la mayor parte de estas cuestiones no podemos responder sino con la incertidumbre y la duda, no se debe culpar a la Ciencia, y sí sólo a las leyes de la impenetrable naturaleza".

Le Hon —uno de los más eminentes sabios modernos, después de examinar todas las teorías sobre la cuna de nuestro linaje, termina por una amarga confesión, en su libro sobre **El Hombre fósil de Europa**. "A pesar de las más activas investigaciones, de los trabajos más ardientes, dirigidos por una falange de geólogos de alta inteligencia, el hombre primordial permanece cubierto de un velo misterioso. ¿Ha sido creado tal cual lo vemos, en un momento dado de la historia de la tierra? (...) ¿Proviene acaso, por la ley de selección de Darwin, de una raza de monos más perfecta que los antropoides actuales? (...) He aquí la grave cuestión que ha ocasionado la más viva polémica en el mundo sabio, y cuya solución puede ser que acaso el porvenir nos reserve". Misterio, impenetrable misterio rodea los comienzos de la familia humana.

*
* * *

"Para afirmar que el hombre es descendiente modificado de alguna forma preexistente —dice Darwin, en el **Origen del Hombre**—

es menester averiguar antes, si varía en sí mismo, por poco que sea en su conformación corporal y facultades mentales; y, caso de ser así, si las variaciones se transmiten a su prole, siguiendo las leyes que rigen para los animales inferiores, tales como la transmisión de los caracteres de la misma edad o sexo, etc."

Y sentada esta premisa, presenta las diferencias que se notan entre el hombre antiguo y el moderno; entre los hombres de una misma raza, y aun de la misma familia; entre los hombres de diversos países y distintas civilizaciones, etc.; no sólo en su parte intelectual y moral, sino también en la puramente física. Y como estas profundas y marcadas diferencias provienen de cambios lentísimos, operados por la acción directa de las condiciones en que se coloca sucesivamente el individuo, por la falta de uso de ciertos miembros y aptitudes, por el desarrollo y crecimiento anormales, por el atavismo que produce reversiones, etc., resulta que las leyes que presiden a la casi insensible modificación del hombre, son las mismas que rigen para la de los demás miembros del reino zoológico.

Y avanzando más en la demostración, pone en claro Darwin las analogías y semejanzas de la conformación del cuerpo humano con el de los animales superiores; el igual desarrollo del embrión en los unos como en los otros; la igual disposición para adquirir las mismas enfermedades, y transmitírselas recíprocamente por contagio, en muchos casos; la igualdad de gustos e instintos; la igualdad de ciertos órganos y la existencia en el hombre de algunos rudimentos, como el apéndice vermiforme en el tubo digestivo, y el coxis con que termina la columna vertebral; rudimentos que no son otra cosa que regresiones a las formas ancestrales primitivas, y que vienen a probar el verdadero origen de la especie humana. De todo lo anterior deduce Darwin que, "aun admitiendo que la diferencia entre el hombre y los animales que más se le aproximan, sea en cuanto a la conformación corporal, tan grande como algunos naturalistas sostienen, y por más que debemos convenir en que la diferencia en fuerza mental sea inmensa, los hechos precedentes indicados, afirman de la manera más evidente, que el hombre descende de una forma inferior, aunque todavía no se haya podido descubrir, hasta el presente, los eslabones de conexión intermediarios (...)" Son sus propias palabras.

Y como, por otra parte, son tan marcados los rasgos de semejanza entre el hombre y los más perfectos simios —ora por los órganos y las costumbres, ora por el gesto y la manifestación de emociones, ora, en fin, por la analogía de las funciones fisiológicas— dicen los darwinistas— es indispensable aceptar las conclusiones de Huxley; esto es, **"que en todas las partes de su organización, el hombre difiere menos de los simios superiores, que éstos de los miembros inferiores del mismo grupo; y que, de consiguiente, no hay ninguna razón para colocar al hombre en un orden distinto"**.

He aquí la teoría darwinista, la que he reducido a su más sucinta expresión; pues para exponerla en todos sus detalles y fases, habría tenido que cansar vuestra benévola atención.

Haeckel, en **El Origen del Hombre** reúne todas las pruebas que la Anatomía, la Fisiología, la Embriología, la Psicología comparadas, la Paleontología y la Antropología, han aportado para demostrar la verdad del transformismo humano. Y de todo este cúmulo de datos científicos, resulta que: "La descendencia del hombre de una serie de primates terciarios extintos, no es ya una vaga hipótesis, sino un hecho histórico". Copio las mismas y textuales palabras del referido sabio.

El hombre primitivo no fué sino un antropeide modificado, el **Pithecanthropus erectus et alalus** que, por eventualidades felices, adquirió el don inapreciable del lenguaje, y siguió el camino del progreso, así como por natural instinto, hasta transformarse en hombre. La misma inteligencia humana no es una objeción contra este desenvolvimiento de la animalidad; porque "nuestros antepasados vertebrados han ido perfeccionando, en el curso de muchos millones de años, su estructura cerebral, dándole progresivamente la conformación que presenta en los primates, al propio tiempo que se ha desarrollado la función del cerebro de una manera completamente paralela". Son también propias palabras de Haeckel. En último resultado, lo que decimos inteligencia, conciencia, alma, pensamiento, voluntad, no son para dicho antropólogo, sino fenómenos producidos por la vibración de las células ganglionares, meras secreciones de la masa encefálica humana.

"Se ha demostrado que en la sustancia gris del cerebro hay cuatro regiones correspondientes a los órganos de los sentidos, o cuatro

esferas de sensibilidad muy distintas unas de otras —dice: la esfera de la sensibilidad general, en el lóbulo parietal; la del olfato, en el lóbulo frontal; la de la vista en el lóbulo occipital y la de audición, en el lóbulo temporal—. La inteligencia, la voluntad libre, los instintos del deber y de la sociabilidad, las nociones de virtud y religión, el lenguaje mismo, no son propiedades privativas del hombre, según Haeckel. Lo que denomina psicología científica o comparada, ha demostrado todo esto de manera clara y evidente; y en su disertación sobre el monismo, ha elevado a verdaderos axiomas las proposiciones que os he repetido.

“Llegamos por la aplicación de los métodos genéticos y comprobados —añade— a la conclusión de que la conciencia como la razón no son funciones cerebrales exclusivas y propias del hombre; antes al contrario, se encuentran en muchos animales superiores, no ya vertebrados, sí que también articulados. Sólo de una manera cuantitativa, por un grado más elevado de evolución, difiere la conciencia del hombre de la de los animales más perfectos.... En los vertebrados más elevados, los pájaros y los mamíferos, reconocemos los primeros esbozos de la razón, los primeros trazos de las relaciones religiosas y morales. En ellas, no sólo encontramos las virtudes sociales de todos los animales superiores, que viven en sociedad (amor al prójimo, amistad, fidelidad, sacrificio, etc.,) sí que también el conocimiento, el sentimiento del deber y la conciencia; y, para con el hombre, ser dominante, la misma obediencia, la misma sumisión que los salvajes manifiestan hacia sus dioses (...).”

No existe, en consecuencia, y según el sistema haeckeliano, ninguna barrera entre el hombre y el animal: son hermanos gemelos en cuanto al cuerpo y en cuanto al alma: más desarrollado, más modificado, más perfecto que los antropomorfos; pero de su mismo género, de su mismo origen, de su misma destinación en la naturaleza. El hombre y el mono, Newton y un gorila, difieren sólo cuantitativamente, pero cualitativamente, son iguales...

Y lógicamente, Haeckel ha formado el árbol generalógico del hombre, de esta manera:

Los Lemúridos o falsos monos;
Los simios verdaderos;
Y el hombre.

Pero al tratarse de las escalas y ramas de la familia simia, hay que seguir su desarrollo y perfeccionamiento desde el límite de los neo-lemures hasta el pitecantropo erecto y mudo, inmediato antepasado del *homo stupidus* o troglodita, del que descendemos. El linaje no puede ser ni más antiguo, ni más variado: primero vinieron los monos *platirrinus*, o de nariz aplastada; después, los *catarrinos*, o de nariz estrecha, casi aguilena. Aquellos habitaron el Africa, y dieron quizás origen a la raza negra; estos vivieron en el Asia, la América y Europa, y fueron acaso el tronco de otras razas humanas.

Al fin aparecieron los simios más perfectos; el *pliopithecus*, el *antropithecus* el famoso *dryopithecus*, etc., hasta el *pitecantropo hominiano*, del que he hablado. He ahí el abolengo que el darwinismo le señala a la humanidad; pero sucede que las mismas ciencias, los mismos experimentos alegados por Darwin, Haeckel, Zaborowski y otros sabios de esta escuela, vienen también en auxilio de los que niegan nuestro entroncamiento con los antropoides; y de tal modo aumentan las dificultades y la oscuridad al rededor de esta cuestión capital, que —hoy por hoy— se están los sabios todavía llamando a las puertas del misterio.

*
* * *

No parecen muy sólidas e irrefragables las pruebas sacadas de la comparación anatómica del hombre con el simio; puesto que eminentes sabios han demostrado la inexactitud de las investigaciones y deducciones del darwinismo al respecto. “A pesar de algunas excepciones (...) —dice Figuier, en *Las Razas Humanas*— que no encierran el hecho general, el cerebro aumenta de importancia desde el zoófito hasta el mono. Mas, cuando se pasa del cerebro del simio al del hombre, se presenta una gran distancia infranqueable. El gorila, el orangután, el chimpancé, esto es, los monos más próximos al hombre, y designados por esto con el nombre de antropomorfos, tienen cerebro mucho más pequeño que el hombre. Los lóbulos cerebrales son mucho más largos en el hombre que en los simios antropomorfos; la altura de los mismos lóbulos no guarda ninguna proporción con la altura de lóbulos del cerebro de los monos. Esto es lo que produce esta bella curva de la frente, que es uno de los rasgos característicos de la fisonomía humana”.

Y continúa señalando las diferencias anatómicas y fisiológicas, numerosas y esenciales, entre el hombre y los antropoides; diferencias que voy a permitirte repetiros en resumen, pues podéis verlas extensamente en las obras citadas.

No sólo difiere el cerebro humano del cerebro de un antropomorfo, en el volumen de los lóbulos cerebrales, sino también en la profundidad y el número de las circonvoluciones de la masa encefálica; de manera que media una inmensa diferencia en la formación misma de ese órgano en que se coloca la dirección de los organismos vivientes. En los animales predomina un sentido sobre los demás: en el águila, la vista; en el perro, el olfato; en la liebre, el oído, etc.; pero en el hombre guardan todos los sentidos un equilibrio perfecto; una armonía tal, que concurren a un fin común prestándose mutuo auxilio, por decirlo así. En los animales sirven los sentidos exclusivamente a la satisfacción de sus necesidades materiales; mientras en el hombre laboran y se dirigen a fines más elevados y nobles, al desenvolvimiento de facultades de un orden extramaterial, de sentimientos que no existen ni pueden existir en los brutos. El hombre ha sido más favorecido que los animales por la naturaleza, en todo y por todo: la delicadeza y perfección de sus órganos sensoriales; la estructura del cráneo y del semblante en proporciones sapientísimas y estrictamente adecuadas a un ser intelectual; la colocación de los principales sentidos en la parte más noble y levantada; su armadura ósea destinada, aun en los menores detalles, a la estabilidad, equilibrio y ligereza de quien debe marchar de pié y con la cabeza hacia el cielo; la coloración de su piel y distribución capilar y vellosa; su talla conveniente y llena de majestad; la perfección de sus aparatos fisiológicos, etc., colocan a la especie humana a distancia inconmensurable de los más perfectos y acabados antropomorfos.

"Por más que hagamos —dice Quinet— en su libro sobre la Creación —no levantaremos al mono hasta el hombre, ni reducirémos al hombre a la condición de mono (...) El mono lleva el sello de otra figura del mundo; representa la época eocena; es decir, un alba, un crepúsculo, y no la luz del medio día. Allí se paró y no ha podido salvar ese límite todavía medio cubierto de tinieblas (...) En vano admiramos la semejanza entre el cerebro del mono y el del hombre: un punto hay que se nos escapa. En los pliegues de

ese estrecho cerebro del cuadrumano están grabados los hábitos, los instintos, las condiciones, las impresiones y como las líneas del mundo humulítico. Hoy el mono vive y siente como vivía y sentía en aquella edad del mundo (...) En cuanto el hombre apareció, ya era completamente hombre".

Jacollot —en **Las tradiciones Indo-Asiáticas**— se mofa con justicia de Hovelacque; quien, en su afán de probar nuestro parentesco con los antropoides, les concede no sólo inteligencia, imaginación y voluntad, sino los sentimientos propios de la humana especie, como el instinto religioso, el sentido moral, el pudor, la admiración, la piedad, etc.; de modo que rellena y hace desaparecer ese abismo que nos separa de nuestros pretendidos antepasados, y que nos lo muestran los adversarios del darwinismo.

"En cuanto a la moralidad, desconocida en multitud de poblaciones salvajes, y que se encuentra evidente, ostentosa en los actos de un gran número de animales... invocamos con mayor razón que nunca, nuestro derecho de exigir pruebas —dice el famoso antropólogo citado—. Nos hemos preguntado al leer este pasaje, y aquel en que se acuerda a los animales la pudicia, si sería menester mirar en ello una simple chanza científica, empleada para que descansase el espíritu del lector, del precedente estilo germánico... En todo caso, la invención del animal moral y púdico, merece una mención especialísima de parte de todos aquellos que no son enemigos de una dulce alegría (...)"

El Visconde de Bonald —al tratar de los animales en sus **Investigaciones Científicas**— señala distintivos también esenciales entre el hombre y los animales; diferencias que los partidarios de la ciencia experimental no pueden desechar, aunque sean alegadas por un corifeo del escolasticismo moderno. "Otro carácter que establece una diferencia total entre el hombre y los animales —dice— y coloca lo infinito entre la inteligencia del uno y el instinto del otro, es que el hombre nace perfectible, y el animal nace perfecto, completamente acabado: el uno es capaz de aprender de sus semejantes todo lo que debe saber; el otro, instruido al nacer y formado para todo lo que debe practicar, no tiene nada que aprender de su especie (...) Se alimentan hoy día con los mismos alimentos que antes, viven en el mismo elemento, a menudo exclusivamente en el

mismo clima, lanzan los mismos gritos, fabrican sus nidos de la misma manera, tienen las mismas costumbres de ataque y defensa, y su instinto no ha cambiado más que su color y forma (...)"

El progreso es, pues, una barrera infranqueable entre la humanidad, y los animales; y por esto es que Edgar Quinet dice que los monos viven aún en el periodo plioceno, siendo imposible hacer que salven la enorme distancia de aquella época a la del hombre, del crepúsculo a la luz meridiana.

Y esta distancia es tanto más infranqueable, cuanto que —como lo observan los naturalistas— no hay ejemplo de que se hubiesen producido generaciones híbridas, hábiles para perpetuarse y formar especies humanas nuevas, como debiera ser, persistiendo como persisten las pretendidas fuentes simiescas de la humanidad. Hay que relegar a la categoría de fábulas esos relatos de algunos viajeros que, teniendo en mira dar interés fantástico a sus libros, han resucitado las aventuras de los faunos y los sátiros de la antigüedad griega, al pintarnos los amores de los antropoides actuales con las mujeres africanas, allá en lo más intrincado de los bosques tropicales. No: aunque fuesen posibles aquellos monstruosos enlaces, serían estériles; y de consiguiente, es falso y absurdo que pudieran dar origen a esas razas degradadas y abyectadas que parten términos con la animalidad bruta.

En el estado actual de la ciencia, puede afirmarse que se palpa el transformismo en las diversas capas geológicas; pero, como lo hace notar Fiquier, se pierde toda la huella de evolución y de progreso, antes de llegar a la especie humana: se produce derrepente una como solución de continuidad que nos deja sobre el abismo y en las tinieblas, sin el más leve destello que nos guíe en el inmenso y abierto campo de las hipótesis y las conjeturas. Ante esta valla insuperable han retrocedido no pocos sabios; y, en la necesidad de señalar un origen probable del hombre, hanse acogido a la teoría de que la humanidad es producto de una "creación peculiar y propia".

En mi próxima conferencia continuaremos el estudio de esta misma cuestión que tanta importancia tiene para la especie humana, que es el punto capital para determinar nuestros grandiosos y trascendentes destinos.

VII

ORIGEN Y NATURALEZA DEL HOMBRE

TERCIARIO Y CUATERNARIO: MONOGENISMO Y POLIGENISMO

"El hombre no resulta del perfeccionamiento orgánico de una raza particular de monos, raza intermediaria entre los que conocemos y los primeros hombres. No: es más bien fruto de una creación propia" —dice la una escuela. La otra, por lo contrario, presenta un esbozo de hombre en los primeros tiempos de la época terciaria. El *Anaptomorphus homunculus* es un lemúrido americano que ostenta analogías sorprendentes con los monos superiores y aun con el hombre; de manera que se ha creído descubrir en él, el tipo inicial de la especie humana. Este lemúrido eoceno fué, pues, el que abrió la marcha evolucionista hacia el perfeccionamiento simiesco; y produjo algunas familias de monos tan adelantados, que, como el *Dryoptheus*, pasan por los primeros troncos de la humanidad, en el sentir del darwinismo. Zaborowski, en "**El Hombre Prehistórico**", señala con la mayor seguridad el antropomorfo inmediato antecesor del hombre; señalamiento en que están de acuerdo todos los antropólogos y naturalistas de la escuela de Haeckel. "Grandes trabajos hechos en Java —dice— permitieron recoger numerosos restos de una fauna que parecía pertenecer a las postrimerias del periodo terciario, correspondiente a nuestro plioceno. Eugenio Dubois se encaminó al sitio de aquellos descubrimientos, a Trinil, con la esperanza de encontrar alguna pieza relativa al hombre propiamente dicho... El éxito legitimó sus cálculos y permitió su perseverancia al descubrir en 1892, un casquete craneano, dos molares y un fémur que guardaban relación con una especie de hombres inferiores. La primera descripción de ellos la dió en 1894 con el título de *Pithecanthropus erectus* (...) A pesar de algunas diferen-

cias (...) este fémur ha sido unánimemente considerado como humano; es decir, como perteneciente, de manera indudable, a un **bípedo andador** (...) El *pithecanthropus* no era un antropoide trepador. Además, su estatura, a juzgar por la longitud del fémur, era de un metro sesenta y cinco centímetros... El antecesor del hombre, antes de ser hombre por la cabeza y el lenguaje articulado, debió serlo necesariamente por la actitud, los movimientos, las piernas y las manos... Digase lo que se quiera, no es posible eludir la evidencia de este hecho, a saber: que en la época pliocena existía un ser que, conservando caracteres simios que lo alejaban mucho del hombre actual, estaba en posesión de atributos hominianos esenciales (...); que en la época cuaternaria existía una especie de hombre que aún se diferenciaba poco del pitecantropo; que, consecuentemente, éste se halla unido por relaciones de filiación con la especie del hombre más antigua que conocemos, y por último, que el pitecantropo, que tenía gran semejanza con los antropoides, es uno de los antecesores inmediatos, ya que no sea el único de la especie humana.

El anillo perdido está, pues, hallado, según el decir de Zaborowski y los de su escuela; pero para nosotros la dificultad no desaparece, no se ha saltado aún la valla entre la humanidad y la raza simia. Si la naturaleza no da saltos, preciso es buscar todavía ese puente sobre el abismo, abierto por las diferencias anatómicas y fisiológicas, intelectuales y morales, que tanto filósofos y naturalistas alegan contra el darwinismo. ¿Cómo el pitecantropo dió aquel salto inmenso, infinito, de la animalidad irracional a la animalidad inteligente, de la animalidad físicamente imperfecta a la animalidad sabiamente constituida y armonizada? Porque hemos de advertir que el hombre-mono de Haeckel, el antropomorfo que ocupa la cumbre de la familia simia, en una palabra, el pitecantropo abuelo de la humanidad, era un animal bien estúpido, según lo describe el mismo sabio que tan en alto lo ha colocado. Se llama *alalus*, porque no emite voz alguna; a lo más, gritos, gruñidos, como los demás animales. "aunque estos hombres-monos fuesen por su conformación exterior más vecinos del hombre verdadero que de los antropoides —dice Haeckel— les faltaba, no obstante, la facultad verdaderamente característica del hombre, el lenguaje articulado, y la posibilidad de formar ideas abstractas, cosa inseparable de la primera".

Luego dicho mono era inferior aun a esos pájaros y mamíferos inferiores que, según el mismo Haeckel, tienen razón y conciencia, tienen sentimiento del deber, del altruismo, del sacrificio, de la fidelidad, etc.; tienen ideas religiosas y esbozos de adoración. Para poseer todo esto en el alma, o en el cerebro, es indispensable un cúmulo de ideas abstractas; y como el pitecantropo no puede formarlas, es evidente que ocupa un grado muy inferior a los animales que tienen la facultad mental de abstraer y generalizar.

En la gruta de Neanderthal se descubrió una bóveda craneana que fue atribuida a un hombre primitivo; opinión que no ha podido justificarse científicamente, a pesar de la prolongada y viva controversia de los sabios sobre esta materia. Lyell hizo notar que la estructura del referido cráneo, en el arco de las cejas, se asemejaba a la de los simios; y dedujo de ello que se había dado por fin con el **hombre-mono**, el eslabón perdido en la cadena zoológica. Esta arbitraria conclusión fue combatida por muchos sabios; llegando los más prácticos anatómicos a demostrar que el cráneo de Neanderthal difiere grandemente de la caja huesosa del cerebro de los antropomorfos. "Pruner-Bey ha sabido refutar perfectamente esa semejanza anatómica —dice Zimmermann— haciendo ver que el frontal del gorila está desarrollado de una manera diametralmente opuesta a la que se observa en el hombre de Neanderthal".

Sin embargo de un cúmulo de pruebas concluyentes y positivas, pasando por encima de la misma Anatomía comparada, el darwinismo ha hecho del hueso a que me refiero, la suprema demostración de su sistema. Y Zaborowski ha podido deducir de la controversia, esta conclusión: "No vemos, pues, la razón para discutir la opinión de Cope y de Schwalbe, que hacen del **Homo neanderthalien-sis**, con su mandíbula sin barba y su cráneo sin frente, una especie particular, manifiestamente intermedia entre el pitecantropo y el hombre actual".

No es menester demostrar que esta conclusión descansa sobre fundamentos falsos, por lo mismo que la Anatomía comparada afirma que el cráneo de Neanderthal, si manifiesta inferioridad de intelecto, en parangón con los cerebros más desarrollados de las razas posteriores, nada tiene de la estructura simiesca. Por otra parte, nada sabemos, ni podemos saber, acerca de las facultades del hombre

de Neanderthal: ¿era el **homo stupidus** primitivo, o había avanzado algo en el perfeccionamiento progresivo? ¿Poseía, si sólo era un antropoide adelantado, el don del lenguaje articulado, esto es, el poder de abstracción y generalización que distingue a la familia humana? No lo sabemos; de consiguiente, los razonamientos del darwinismo están en el vacío, y no se puede juzgar con acierto de los grados de intelectualidad que haya poseído el hombre de Neanderthal; y mucho menos sería lógico considerarlo como el anillo que se buscaba y aún busca el haeckelianismo con tanto anhelo. Porque, en efecto, ¿poseía o no poseía el hombre de Neanderthal el don divino de la razón? ¿Podía o no podía concebir ideas generales y abstractas, y adquirir por tanto un lenguaje articulado? Si lo primero, era verdadero hombre; de suerte que es obra de mera fantasía hacer de él una especie media entre el mono y la humanidad. Y si lo segundo, el **homo neanderthaliensis** no era sino un pitecantropo mudo, y, por lo mismo, queda en pie la cuestión; falta la prueba del salto de la animalidad a la humanidad. Porque, si el pitecantropo era infinitamente inferior y diverso del **homo stupidus**, del troglodita u hombre de las cavernas, era indispensable que el puente echado sobre esta sima, fuese ya de naturaleza distinta del simio; de naturaleza que, por lo menos, se acercase a lo que había de ser la humanidad en lo futuro; era menester que el intermediario poseyese algunas facultades mentales, algún poder de concepción abstracta que no tenía su antecesor zoológico. Y en este caso, ¿cuándo, cómo el pitecantropo salvó la inmensa distancia que lo separaba del hombre de Neanderthal, sin que existieran otros puentes sobre la insondable sima que divide la inteligencia, del instinto animal y ciego?

*
* *
*

El Marqués de Nadaillac cita estas palabras de Desor: "Mi gran interés al presente está en los restos humanos y en las obras de mano del hombre, hallados en las rocas terciarias de California, de cuya existencia he podido cerciorarme en estos meses. Los motivos de evidencia están acumulados ahora en tal extensión, que no vacilo en decir que poseemos las pruebas inequívocas de la existencia del hombre en las costas del Pacífico, anteriormente a la

época glacial, antes del periodo del mastodonte y del elefante, en un tiempo en que la vida animal y vegetal difería enteramente de lo que es ahora." En seguida refiere cómo un geólogo de Filadelfia comunicó al Abate Bourgeois que Whitney había recolectado en los terrenos pliocenos de California, en nueve puntos diferentes, osamentas humanas y restos de la industria del hombre; descubrimientos destinados a desvanecer toda incertidumbre al respecto. Hace también mención de los descubrimientos de Ameghino en las pampas argentinas; todo lo cual corroboraba la existencia del hombre terciario, aceptada por Bourgeois y otros muchos sabios.

Víctor Meunier —en su libro **Los Antepasados de Adán**— se muestra partidario de la humanidad miocena y pliocena; y, hablando de las exploraciones paleontológicas de Desnoyers, en 1863, cita estas palabras del referido sabio explorador: "Puede también ver en algunos huesos, y particularmente sobre una parte del cráneo que pertenece al Museo de Historia Natural de París, las señales de flechas que parecían haber resbalado sobre la materia ósea después de atravesar la piel y la carne; se puede también distinguir en ella la cavidad triangular aguda producida por la punta, y las incisiones laterales por los dentellones de una flecha de sílice o de hueso". Lyell objetó algunas conclusiones de Desnoyers, relativamente a las rayaduras transversales observadas en muchos huesos fósiles, las que podían muy bien ser efecto de los incisivos de un roedor; pero los descubrimientos del Abate Bourgeois desvanecieron estas objeciones por completo. "El testimonio reclamado por M. Ch. Lyell —dice Meunier— no se hizo esperar mucho tiempo, y el 22 de Enero de 1867 declaraba el Abate Bourgeois, en una nota presentada a la Academia de Ciencias (...) haber encontrado en el mismo depósito explorado por Desnoyer, que contenía los grandes huesos de paquidermos, que este último pretendía haber sido rayados por el hombre, los sílices tallados por medio de los cuales podían haber sido hechas tales incisiones... Así quedó demostrado que la especie humana existía ya en la época en que se depositaron los terrenos terciarios superiores; terrenos contemporáneos de la formación de los Alpes, y anteriores con mucho a la formación de los Andes (...) Cuando en el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología pre-históricas, celebrado en París en 1867, anunció Bourgeois la existencia de sílices tallados en el terreno mioceno, encontró naturalmente muchos incrédulos. Pero nuevas

excavaciones practicadas por el autor, convirtieron a su opinión a muchos que le habían sido contrarios... Y también se pronunciaron en favor del hombre mioceno, Borsae, Vibraye, Mortillet, Schmidt y otros".

Los mosaistas creyeron asimismo haber descubierto en 1725, un contemporáneo de Noe; tanto que, como lo refieren Zimmermann y Figuiet, el sapiente naturalista Scheuchzer lo llamó *Homo diluvii-testis*, y lo describió científicamente en una memoria especial, y en una obra intitulada *Phisica sacra*. Pero Cuvier desbarató esta prueba del diluvio mosaico, demostrando que aquel desenterrado testigo de la gran catástrofe, era simplemente el esqueleto de una salamandra gigantesca. A cuántos errores induce el acaloramiento de la fantasía!

Si todavía está en tela de juicio la existencia del hombre terciario, no queda duda alguna en cuanto a la humanidad cuaternaria. "Un punto es en lo sucesivo irrevocablemente adquirido para la ciencia —dice el Marqués de Nadaillac—: el hombre ha vivido en nuestras regiones durante la época cuaternaria; ha sido contemporáneo y muchas veces víctima, de esos grandes animales, cuyos esqueletos conservados en los museos, demuestran su potencia. Nuestros más antiguos antepasados han debido haber luchado con el oso y el león de las cavernas, con el terrible macairodo, cuyos colmillos eran cortantes como hojas de puñal, con el mamut y el rinoceronte(...)" Nada más miserable que la condición del hombre primitivo, lanzado a conquistar el mundo sin otros elementos que su energía, la fuerza de su desnudo brazo y las armas que podía fabricar muy imperfectamente con sílice y obsidiana. El Obispo Meignan, cuya ciencia he tenido ocasión de elogiar repetidas veces en estas conferencias, al hablar del progreso de nuestra especie, dice: "Recordemos las elocuentes palabras pronunciadas no ha mucho en el seno de nuestras asambleas políticas: ellas resumen de una manera feliz esta ley del progreso. Al hacer Dios al hombre, no lo hizo ni perezoso ni indiferente: le abrió una vasta carrera, pero profundamente laboriosa. Un gran genio de la antigüedad, Plinio el Viejo, ha descrito en términos amargos el destino del hombre. Mientras —dice— que la naturaleza ha echado sobre la tierra a los animales provistos de todo lo que les era necesario, vestidos, armados y guiados por

un instinto seguro, madrastra antes que madre, arrojó al hombre desnudo en la desnuda tierra. La primera sensación del hombre es un dolor, su primer grito, un gemido. Llamado a mandar a los demás, entra en la vida llorando. Plinio no ha visto sino la mitad del destino del hombre. Este ser desprovisto de todo, toma de los animales lo que le falta, y vedlo vestido de púrpura y seda. Arrojado sobre la tierra, se refugia luego en un peñasco; la hiende, lo talla, crea los monumentos subterráneos de la Libia; después apasionado por la luz, edifica esos monumentos de Egipto que tanto nos admiran; en seguida eleva el Partenón. Desarmado, penetra en las entrañas de la tierra, y halla el fierro, y forja sus armas. No se encuentra suficientemente fuerte, y se arma del fuego. Impaciente por salvar los límites que lo rodean, se lanza sobre el mar; construye, para desafiar a los elementos, edificios flotantes más grandes que los templos (...) Ved lo que llega a ser este hombre desnudo y bárbaro en su origen; noble *parvenu* de la creación que comienza por ser nada, y termina por serlo todo. Los despojos diversos encontrados en los yacimientos superiores terrestres, atestiguan este progreso de la humanidad; pero el punto de partida de esta marcha ascendente nos muestra la extrema miseria de los primeros hombres después del pecado (...)" El sabio Obispo habla como teólogo en esta última parte; pero, cuán convincentemente demuestra la ley del progreso que ha transformado al troglodita en el hombre civilizado de nuestros tiempos.

Intellectual, moral y aun físicamente, el hombre de las cavernas, el troglodita cuaternario, no es el mismo hombre de Grecia y Roma; como los griegos y los romanos de la antigüedad, tampoco son iguales a los guerreros y monjes de la edad media, y mucho menos a los refinados y cultos moradores de la Europa y la América modernas. La Anatomía encuentra diferencias marcadas entre la estructura de los unos y los otros, por más que se conserve el tipo humano en ellos. La naturaleza del suelo, los climas, las costumbres, los alimentos, las ocupaciones habituales, la civilización relativa, la moral y las instituciones, etc., forman una fisonomía particular de cada pueblo, de cada generación, y los separan de manera que es de todo imposible confundirlos y sostener que el hombre de hoy es el mismo hombre de ayer. El Adán mosaico, creado en la plenitud de su perfección, instruido por el misterioso árbol de la ciencia y hecho semejante a los dioses, no ha dejado huella en la his-

toria paleontológica de la humanidad. El troglodita de hábitos brutales, el salvaje errante, el antropófago feroz, el cazador indómito, el pastor trashumante, el agricultor sedentario, el guerrero ambicioso, el conquistador tiránico, el sacerdote observador e intérprete de la divinidad, el legislador teocrático, forman la gradación progresiva del hombre antiguo, en su avance hacia la civilización. Después de estas iniciales jornadas, han venido las demás: la formación de grandes pueblos, de religiones más conformes con las necesidades del espíritu humano, de cuerpos de leyes más sapientes y adecuadas al progreso conseguido, el descubrimiento paulatino de las verdades científicas, el cultivo y perfeccionamiento de las artes, etc., hasta subir a la cumbre en que nuestra especie se encuentra. El hombre de hoy se halla a una distancia infinita de sus primeros progenitores; la ley de evolución y perfeccionamiento de los seres se ha cumplido en nuestro linaje, física, intelectual, y moralmente, según lo prueban de modo irrefutable la Anatomía, la Fisiología y la Psicología comparadas. Pero esta transformación del troglodita, esta ascensión de la especie, este perfeccionamiento aun de la estructura corporal, no demuestra de manera alguna nuestro entroncamiento con los antropomorfos terciarios. Siempre queda el hombre primitivo en la una margen del abismo, y en la otra margen el pitecantropo mudo: sin que se haya acortado en una línea la distancia que los separa, sino más bien aumentándose, poniendo en evidencia el axioma de los naturalistas más sabios, **que el hombre es perfectible, y el animal perfecto en su clase.** Los simios, en efecto, han permanecido tales cuales fueron, sin variación ninguna, porque ocuparon su lugar zoológico, llevando en sí toda la perfección posible en su especie, todo lo que había menester para su existencia individual y colectiva. Por lo contrario en la humanidad, el hombre de las cavernas se ha metamorfoseado lentamente, y sus progresos han producido en él nuevas aptitudes, delicadeza en sus órganos, nobleza en sus sentimientos, grandiosidad en sus perspectivas intelectuales, claridad en su conciencia, amor al bien, aspiración a lo infinito, en fin, pérdida de los rasgos de animalidad que lo degradaban en la cuna. Y lo estacionario de los antropomorfos, contrapuesto al adelanto del hombre, pone en evidencia la naturaleza diversa de las especies humana y simia; y, que, como dice Edgar Quinet, desde que el hombre apareció en el planeta, ya fue completamente hombre.

*
* *
*

Por demás atrasada fue la condición del Adán de las cavernas, del que descendemos; y, sin embargo, no puede medirse la distancia que existe entre él, y el pitecantropo de Haeckel y Zaborowski. Como hemos visto, según los mismos sabios citados, no poseía este antropomorfo la facultad mental de formar ideas abstractas, y, en consecuencia, era mudo. El hombre, por oscura que fuese su inteligencia en la aurora de la humanidad, por rudimentarias que se consideren sus nociones, es indiscutible que, según los mismos transformistas lo confiesen, tenía un cerebro que funcionaba en una esfera más alta, que el cerebro del simio más perfecto; y esta esfera no puede ser otra que la de las ideas, la del pensamiento que se abría paso por entre brumas, como el sol de invierno en un cielo velado por nubes tenebrosas. Había destellos de luz en la mente del troglodita, por tenues que fuesen, por deficientes y crepusculares que los supongamos; pero en el cerebro del pitecantropo no amanece todavía, la noche permanece lóbrega cual era desde el comienzo, sin la menor chispa ni de fosfórica claridad. Y esta diferencia inmensa, marcada por el mismo Haeckel, está corroborada y sostenida por otras muchas irrefutables circunstancias que demuestran la existencia intelectual humana desde el principio de los tiempos, desde las primeras páginas que la Paleontología ha descifrado en el gran libro de la naturaleza.

Hemos visto cómo brilla ese amanecer de la inteligencia aun en la remotísima edad llamada paleolítica, o de la piedra rompida a golpes y utilizada por el hombre sin pulir las aristas del sílex, primer instrumento que tomó en sus manos para vencer la resistencia de la naturaleza. Hojas cortantes, hachas poderosas, martillo, molinos, sierras, puntas de flechas y lanzas; leznas, todo lo que el habitante de las cavernas necesitaba en su difícil y penosa vida, lo hallaba en la piedra reducida a fragmentos; cada uno de los cuales era inteligentemente escogido y adaptado a una labor especial y propia, a una necesidad determinada que el troglodita se proponía satisfacer por aquellos rudimentarios medios. ¿Ha procedido de parecida manera ningún antropoide?

Y vió el hombre que esos informes instrumentos no llenaban su

objeto como deseaba y era menester; y acordó pulir el pedernal, darle forma adecuada al rompido sílice; dotar al cuchillo, al hacha, al martillo, a la maza de su mango respectivo; en fin, perfeccionar aquellos rudimentarios auxiliares de la fuerza corporal, con admirables ensayos de su inventiva, con un verdadero encadenamiento de ideas que están como grabadas en esas piedras que vienen a ser el primer fruto apreciable de la industria humana. ¿El pitecantropo haeckeliano ha hecho algo semejante, tiene también en su historia un período paleolítico y un período neolítico que demuestren su intelectualidad razonadora e inventiva?

Antes del descubrimiento del fuego, el hombre realmente debía haberse confundido con los animales, en la manera de satisfacer sus necesidades impuestas por la conservación de la vida. Le Hon dice al respecto: "El fuego le era desconocido; se alimentaba de raíces y frutas, y si hacía entrar la carne en su alimentación, debía haberla devorado cruda. Su vida vagabunda se empleaba exclusivamente en la satisfacción de sus necesidades materiales (...) Debió vestirse de una piel entera y no cosida, dejando sus miembros a la intemperie del aire, y se entregaba al sueño en las florestas, y más comunmente en los antros oscuros para preservarse del frío y de los animales feroces (...) A pesar de tanta miseria, el hombre no dejaba de ser la criatura por excelencia, el coronamiento de la creación. Poseía el don divino de la razón y la suprema superioridad sobre todos los animales de la tierra, la perfectabilidad. El rayo y los volcanes le hicieron conocer el fuego; lo recogió, se dió cuenta de su benéfica influencia y lo conservó como un tesoro. Debió haberlo alimentado día y noche sin cesar, ignorando todavía los procedimientos necesarios para producirlo (...) Desde que el fuego vino a ser propiedad del hombre, las condiciones de la existencia humana cambiaron considerablemente (...)"

Al palpar el hombre las ventajas del fuego, lo transformó en dios: acaso fué la primera divinidad que adoró el troglodita, arrastrado por esa innata necesidad de rendir homenaje al autor de todo bien que recibía, considerándolo siempre superior a la naturaleza. En las mayores lejanías de la historia, allá en los tiempos védicos, ya se reconocía la bondad de Agni, el fuego deificado; al que el Rig-Veda consagra muchos himnos, de los cuales citaré sólo uno, por pintarse en él, la naturaleza y los beneficios del dios. "Yo canto a Agni, el dios sacerdote y pontífice —exclama el poeta indio;— canto

al magnífico Agni, heraldo de los sacrificios (...) Por Agni obtiene el hombre una fortuna sin cesar creciente, una fortuna gloriosa, y sostenida por una numerosa descendencia. Agni, la ofrenda pura que tu envuelves, de todas partes se eleva hasta los dioses. Agni viene hacia nosotros con los otros dioses; y el dios sacrificador reúne a la sabiduría de sus obras, la verdad y el brillo variadísimo de su gloria (...) Agni, cada día, tarde y mañana, vendremos a tu presencia, y te rendiremos el homenaje de nuestras plegarias; a ti, guardián luminoso de nuestras ofrendas, esplendor del sacrificio; a ti, que naces y creces en el seno del hogar que habitas. Ven a nosotros, Agni, con la bondad de un padre para con sus hijos; sé nuestro amigo, nuestro benefactor (...)"

Los persas y otros pueblos continuaron adorando al dios fuego; porque encontraron en él, la noción de la divinidad que por todas partes se ofrecía al hombre, y que es inseparable del entendimiento humano. Y aun en las civilizaciones más adelantadas, en la Roma de las grandes virtudes y de los grandes crímenes, se conservaron los vestigios de ese primitivo culto al dios del hogar, que las vestales tenían el sacro deber de alimentar sin descanso, so pena de caer en sacrilegio imperdonable. La primera columna de humo que se elevó de la caverna o de la choza, fue el nuncio de la civilización del mundo; la señal de que el progreso había tomado solemne posesión de nuestro planeta; el primer llamamiento de la conciencia humana para que rindiera adoración al autor de los beneficios de la naturaleza. El hombre tomó el efecto por la causa; pero ese mismo error prueba que en su mente existía indeleble el concepto de un ser poderoso y bueno, amparador de las criaturas, sobre las cuales derramaba los bienes sin medida, y al que, por lo mismo, se debía adoración y amor.

El hombre de las cavernas se sirvió del fuego desde que se apropió de este gran elemento de vida: asó las carnes para comerlas, pues, en las más profundas capas geológicas se han hallado huesos a medio quemar, y con vestigios de haber sido roídos por una fuerte dentadura. El hombre ha sido el único viviente que se atreviera a encadenar y dominar dicho elemento; y hacer de él, un auxiliar poderoso, un manantial perenne de calor y luz, puesto al servicio de la vida cotidiana. Los simios jamás han tenido hogar; los antropomorfos, lejos de aprovecharse del fuego, lo miran con

horror, porque el instinto les muestra un peligro, porque su cerebro no es capaz de formar y combinar ideas, para evitar ese peligro y convertir el peligroso elemento en utilidad y provecho.

El hombre primitivo conoció la indole de varias especies de animales; distinguió hábilmente los útiles de los dañosos; examinó atentamente las necesidades que él mismo sentía, y la ayuda que, para satisfacerlas, podían prestarle esos benéficos animales; se apoderó de ellos, los domesticó e hizo que lo sirvieran. El perro fué el heraldo de una nueva era de la vida humana: el caballo, la vaca, la oveja, la cabra, el camello, etc., formaron los rebaños precursores de la agricultura, y el fiel can se encargó de guardarlos, de conducirlos a las naturales dehesas y defenderlos. La alimentación del hombre se aumentó con sustancias sanas, agradables, siempre a la mano y abundantes; se mejoró su indumentaria con el blando y tupido vellón de la oveja, con la piel de las sacrificadas cabras, con los rudimentarios tegidos de la lana del camello. ¿Cuál de los antropoides ha domesticado animales, con el deliberado fin de facilitar y mejorar sus medios de existencia?

El hombre primitivo caminaba de progreso en progreso; y mientras más subía, más se ensanchaba el horizonte de sus concepciones: después que tuvo animales domesticados, cultivó la tierra, hizo producir al rededor de la caverna o la cabaña los frutos que se veía obligado a buscar diariamente en lugares apartados, topando a cada momento con peligros innumerables. ¿Cuál de los antropoides ha dado jamás ni la más ligera muestra de querer cultivar la tierra y subvenir a sus necesidades con el sudor y la fatiga?

Despertóse la afición al adorno, al lujo, y aun esta pasioncilla del troglodita pone en relieve la enorme diferencia entre la especie humana y la simia. "Puede ser que cause asombro —dice Le Hon— hallar en el hombre de la época del reno, el gusto por el lujo; lujo modestísimo por cierto. Llevaba brazaletes y collares, tanto de conchitas fósiles, como de discos blancos, gastados y perforados en el centro, y provenientes de conchas marinas contemporáneas, como también de dientes incisivos de buey, agujereados y reunidos en rosario (...) Se han recogido en las habitaciones de esa época, fragmentos de fluorina violeta, perforados en el centro, de azabache, de carbonato de cobre, objetos que parece servían de amuletos etc."

Pero lo que realmente asombra, es hallar muestras de escultura y pintura en las mismas cavernas del troglodita, al que los sostenedores de su entronque con los antropoides, han descrito como un ser que partía términos con los brutos. Pero ese **homo estupidus** tan vilipendiado, encerraba una luz inextingible en el cerebro; luz encendida por el mismo creador y que, si lentamente, iba rompiendo las tinieblas y ahuyentándolas en derredor de la humanidad naciente. He aquí como Zaborowski describe el progreso de las bellas artes —digámoslo ya así— en aquellas remotísimas edades de nuestro planeta. "En Solutré no existía aún más que una industria sencilla y de primera mano, en tanto que en el Magdalena empieza a establecerse aquella división del trabajo que debe centuplicar más tarde la potencia del hombre y avasallar la naturaleza (...) Encuéntrense y se esparcen por todas partes los punzones, las falanges de reno horadadas en forma de silbato de caza, las placas de huesos entallados como señales de caza, las flechas con punta de forma de sierra y de asta de reno, los anzuelos, las puntas de azagaya hendidas, las espátulas, los arpones, los puñales, los bastones de mando y las agujas... Los primeros huesos labrados o esculpidos, fueron descubiertos en 1853... En 1863 descubrió Lartet en la gruta de Eyzies, dos placas esquistas en las cuales pueden apreciarse dos dibujos parciales de formas animales parecidas al reno (...) Al año siguiente encontró en el Magdalena el dibujo de la caza de un mamut (...) Lo primero que llamó la atención allí, fue los bastones de mando. Son astas de reno con uno o varios taladros. Los hay que no están adornados más que con estrías; otros ofrecen, sencillamente figuradas, imágenes del caballo, del reno, de peces o de bueyes (...) También fueron descubiertos dibujos de hombre (...); un hombre completamente desnudo, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, muy encorvado y con un corto bastón o palo al hombro (...) La representación del mamut en un colmillo del mismo animal. ¿Qué prueba más convincente pudiera aducirse de que han sido contemporáneos el hombre y aquel gigantesco fósil de nuestro país? (...) La pieza más célebre de las descubiertas allí (en Laugerie-Basse) es una estatuilla de mujer, sin brazos, flaca y larga, de partes genitales muy pronunciadas, y conocida hoy con el nombre de **Venus impúdica** que le dió el descubridor. Luego sigue un grabado representando un hombre, que, con el brazo derecho armado de un venablo, persigue a un aurochs macho que huye con la cabeza baja y en actitud amenazadora (...)"

Todos estos progresos, si lentos y penosos, si realizados en enormes períodos de tiempo, demuestran todavía más la diferencia entre la especie humana y los más perfectos antropomorfos: ¿Cuái de éstos ha cultivado aquellos rudimentos de pintura y escultura?

*
* *
*

Lo anterior prueba evidentemente que el hombre de las primeras edades tenía ideas, y que las combinaba, las comparaba, deducía conceptos claros de hechos conocidos, aplicaba sus nociones a sí mismo y a los que lo rodeaban, concebía la belleza y trataba de reproducirla con arte embrionario todavía, en fin, era capaz de inventar y perfeccionar sus inventos. Y en esta complicada labor intelectual, por fuerza entraban ideas abstractas; y negárselas al hombre primitivo, sería negar la historia paleontológica de la humanidad, rebelarse contra la misma irrecusable autoridad de las ciencias experimentales, y repudiar aun la evidencia tangible de los hechos. Sólo en virtud de la facultad de generalizar y formar conceptos abstractos, ha podido el hombre llegar a poseer el lenguaje articulado, como lo hemos visto ya, por la afirmación de los mismos darwinistas, los que sostienen que arribó a la cúspide diferencial de su especie, mediante esta gran conquista. ¿Cuándo se realizó cambió tan esencial y decisivo, es decir, la transformación del antro-poide en ser humano, por la adquisición del lenguaje? Haeckel dice que hace por lo menos quinientos mil años; y Darwin, que es inútil afanarse por penetrar este misterio.

Sea de ello lo que fuere, como verdaderamente es el lenguaje articulado la máxima diferencia entre el hombre y el antropomorfo que más se le asemeja, voy a tratar de este asunto, de manera breve, pues no me es posible detenerme en él, cuanto desearía y fuera menester. Mis exposiciones son someras, simples indicaciones de lo que se puede leer, puesto que no he tenido intención de entrar en estudios fundamentales y profundos, ni hablaros de otras teorías que de las que, a mi juicio, merecen ser examinadas. Es tan poco lo que he podido aprender en mis largos años, que no tomo a ofensa el que el monaquismo me llame ignorante: ¿quién puede ser más sabio que los que reciben lecciones orales y directas del mismo Dios, según lo afirman? Y Jesús decía: Bienaventurados los humild-

des, porque ellos serán exaltados; pero la humildad ha huido al cielo, avergonzada de la soberbia de los mismos que deben cultivarla.

Bonald dice con mucha exactitud, que el hombre no puede expresar su pensamiento, sin pensar antes sus palabras; y que, así como el pensamiento no es sino una palabra interior, la palabra es un pensamiento exteriorizado y sensible. De consiguiente, la posesión del lenguaje presupone también la posesión de una inteligencia capaz de conocer las relaciones entre todas las cosas sujetas a su conocimiento, así en el orden material, como en el abstracto. Sin esta aptitud intelectual, sería imposible formar ideas y expresarlas de manera clara, con palabras que corresponden al concepto expresado. Es, pues, falso que el hombre de Neanderthal —si todavía no era verdadero hombre— poseyese un lenguaje, aunque se suponga rudimentario, como lo afirma Zaborowski.

Jaccoliot comenta irónicamente la hipótesis de la adquisición gradual del lenguaje articulado por los antropomorfos; conquista que los materialistas dicen que se debió sólo a circunstancias favorables y excepcionales. "Según el cálculo de los discípulos de Schleicher —dice el referido autor, en **Las Tradiciones Indo-Asiáticas**— los gorilas, los orangutanes y otros mamíferos, **bajo condiciones dichas**, ganaron la facultad del lenguaje y llegaron a ser hombres. Los autores de esta leyenda prevén perfectamente qué se les va a decir: Está bien; pero mostradnos algunos gorilas y chimpancés que se hallen en camino de conseguir el lenguaje articulado. Y se adelantan a contestarnos: Ya no existen.— Cómo es eso?— Estos antropoides, **menos favorecidos por las circunstancias**, han retrocedido en su desenvolvimiento, y caído en la metamorfosis regresiva (...) Los gorilas y los gibons son los candidatos desgraciados a la humanidad, los aspirantes que no han sido favorecidos por las circunstancias".

*
* *
*

"La apropiación de los primeros sonidos de la voz, como de todos los movimientos espontáneos de la actividad del yo —dice Maine de Biran— o de la voluntad que se apodera de ella, es el verdadero origen psicológico del lenguaje... En efecto, ya este lenguaje, como

estas ideas, sean formados por el hombre con materiales innatos, o sean aprendidos, recibidos por comunicación exterior, siempre es necesario reconocer las facultades interiores exclusivamente propias del hombre, en virtud de las cuales aprende o concibe el sentido del lenguaje". Este precioso don es, pues, propiedad exclusiva de la especie humana; es efecto propio, necesario, inseparable del razonamiento, ora los elementos de éste se hallen dentro del razonador, ora los obtenga mediante los sentidos que lo ponen en comunicación con el mundo exterior.

Mas, contra esta tesis alegan los transformistas que el lenguaje no es propiedad de sólo el hombre; y que muchos animales y aves poseen una facultad semejante, como la experiencia se lo ha enseñado. "Los diferentes sonidos por medio de los cuales los monos expresan sus sensaciones y deseos, su simpatía y antipatía —dice Haeckel— deben ser considerados como lenguaje, cual los sonidos igualmente imperfectos emitidos por los niños que aprenden a hablar, y los diversos gritos por medio de los cuales los mamíferos y los pájaros sociables se comunican sus impresiones". Lo admirable es que este falaz razonamiento lo hayan también empleado en la escuela contraria, pues hay espiritualistas que les conceden lenguaje a los animales. Dupont de Nemour gastaba sus horas en **traducir** las endechas de las aves canoras, y formar un diccionario del lenguaje de los cuervos.... Nada es más perjudicial a las ciencias, que la intromisión de la fantasía en sus graves y serias lucubraciones.

Para refutar a Haeckel, ya que es preciso refutarle, basta repetir estas opiniones que, por ser del mismo Darwin, son incontables. "El lenguaje articulado —dice el apóstol del transformismo— es especial al hombre, por más que, como los otros animales, pueda expresar sus intenciones por medio de gritos inarticulados, acompañados de gestos y movimientos de sus facciones. Esto es principalmente cierto en los sentimientos más simples y más intensos, que tienen pocas relaciones con nuestra inteligencia superior. Nuestras interjecciones de dolor, de miedo, sorpresa, furor, junto con las gesticulaciones apropiadas, el murmullo de la madre al acariciar a su hijo pequeño, son más expresivos que las palabras. **No es simplemente el poder de articular lo que distingue al hombre de los demás animales, porque todos sabemos que el loro puede hablar, sino su gran fuerza de aplicar a ideas definidas sonidos determinados, fuer-**

za que depende evidentemente del desarrollo de sus facultades mentales (...)"

He aquí en qué se diferencian los diversos gritos de los animales y el canto de las aves, de lo que propiamente se llama lenguaje humano: ni las melodías del ruiseñor y del canario, ni los bramidos del león y del tigre, ni los maullidos del gato, etc., corresponden a ideas definidas y existentes como tales en el cerebro, por más que sean la voz del instinto, la manifestación de sensaciones meramente animales. Pudiera confundirse lo uno con lo otro en caso alguno? ¿Puede el chimpancé adquirir el lenguaje articulado, sin un caudal de ideas y razonamientos dentro del cráneo? ¿Puede el gorila hablar, escribir, comunicar su alma misma a los demás, como lo hace el hombre?

De consiguiente, permanece abierto el abismo que divide y separa la especie humana de la especie simia. Nada hay de común entre ambas, salvo algunas semejanzas anatómicas y fisiológicas, semejanzas que también se extienden a otros animales superiores, y que parecen obedecer, en realidad, a esas universales leyes que rigen la evolución del mundo orgánico, de que tan extensamente hemos tratado.

El lenguaje de los primeros hombres fue, a todas luces, monosilábico; más tarde, cuando la civilización hubo recorrido un dilatado camino, se transformó en lenguaje aglutinativo; y, por fin, vino el más perfecto, el lenguaje de flexión. Las lenguas modernas se han originado de estos tres grupos, enriqueciéndose, metamorfoseándose, suavizándose, a medida que la humanidad ha progresado, que las ciencias y las letras se han desenvuelto en grande escala, que los sentimientos se han depurado, que las pasiones mismas han adquirido elevación y carácter humano. Pero el mismo lenguaje primitivo era ya adecuado a la expresión del pensamiento perfecto, la traducción, digámoslo, fiel y exacta de la mentalidad propia de nuestra especie. La perfección del lenguaje y su prodigiosa ramificación, son fruto de muchas transformaciones y progresos literarios y científicos; y una prueba más de que el hombre —repetiré otra vez las palabras de Quinet— desde que se presentó en la tierra, fue hombre.

Pero el alma humana, el entendimiento y la ciencia, la entidad psicológica inmortal que en nosotros vive y se manifiesta, en una palabra, el hombre colocado muy por encima de la animalidad, ¿de dónde ha venido, y a dónde vá? Si no ha llegado a la cumbre por rigurosa escala zoológica, por innúmeros perfeccionamientos y metamorfosis, ¿cómo y cuándo ha sido creado? Este es el gran misterio de la creación; misterio formidable que ha obligado a muchos sabios a buscar una solución en la teoría de un acto especial de la naturaleza, en armonía con las eternas leyes impuestas por la primera causa, y que son desconocidas para la humanidad. ¿Se descubrirá algún día el denso velo que cubre y nos oculta esta cuestión capital, tan íntimamente ligada a nuestros grandiosos destinos?

*
* *
*

Y no es el único enigma pendiente respecto del hombre. Los sabios se preguntan, además: ¿las diversas razas humanas dimanar de un tronco común y único, o cada una de ellas tiene un antepasado propio y diferente? ¿La cuna del hombre ha sido un lugar determinado en la tierra, o apareció el rey de la creación en varios puntos del globo a la vez?

Como en todas las abstrusas e insondables cuestiones, se han dividido los antropólogos en escuelas antagónicas, cuya armonización se hace cada día más difícil. Los unos sostienen que la humanidad desciende de una sola pareja primitiva, y, por tanto, la unidad esencial de todas las razas; los otros afirman la pluralidad de dichas razas, puesto que cada una tuvo sus primeros padres distintos y propios. Los unos dicen que las llanuras del Asia central vieron nacer al género humano, y que de ese como hogar ancestral partieron los más audaces a poblar las islas lejanas y apartados continentes, impulsados por las múltiples necesidades de la vida; los otros defienden que el hombre apareció en varias latitudes del globo y que, sin lazo alguno de consanguinidad con sus semejantes, formó cada cual su familia aparte, en la comarca de su nacimiento. Y el pro y el contra de estas extremas afirmaciones, cuentan con las más poderosas inteligencias, con los más eminentes investigadores de la verdad científica. Cuvier, Buffon, Pouchet, Humboldt, Virey, Figuier, Zimmermann y otros muchos hombres de reconocida cien-

cia, han discutido estos arduos y trascendentales problemas, a la claridad y con la precisión de la ciencia moderna; y, a pesar del inmenso derroche de erudición y lógica de tan ilustres controversistas, la esfinge ha permanecido pertinazmente muda.

Los partidarios del poligenismo alegan las diferencias anatómicas entre los hombres de diverso color; diferencias que no existirán de manera alguna, si vinieran del mismo primitivo tipo. Además, nos muestran en todos los puntos de la tierra, al hombre fósil, contemporáneo —por lo menos— de los grandes mamíferos, en la aurora de la época cuaternaria; lo que ciertamente no podría explicarse con dilatadas emigraciones en aquella remotísima antigüedad, cuando la familia humana debía ser aún muy reducida, si dimanaba de una sola pareja progenitora. En los antiguos continentes y en el nuevo, en las playas de todos los mares y en el seno de todas las islas, encontramos los vestigios y huellas del hombre primitivo; encontramos los productos de sus embrionarias industrias, las señales inequívocas del despertamiento de su inteligencia y el desarrollo de sus aptitudes; encontramos, en fin, su osamenta, revuelta con los restos del mastodonte, del gliptodon, del oso de las cavernas, de todos esos titanes de la fauna prehistórica, distantes de nosotros millares de millares de años. ¿Cómo se explicaría que la tierra estuviera poblada en toda su extensión, que todos esos huesos fósiles daten de la misma época, si el hombre hubo de abandonar el hogar común, emprender dilatadas peregrinaciones en busca de nuevo albergue, y multiplicar su descendencia en desconocidas latitudes?

Y los cráneos fósiles muestran ya marcadas y grandes diferencias, según la latitud en que han sido desenterrados; y la Anatomía comparada ha concluido de esas diferencias, que no pueden calificarse tales cráneos como pertenecientes a un solo tipo humano. ¿Qué puede deducirse de este nuevo descubrimiento con que se ha enriquecido la ciencia? —pregunta Le Hon, refiriéndose al cráneo, llamado del Olmo—. “Que conviene admitir que en esas antiquísimas épocas prehistóricas, debían existir ya diferencias individuales, más o menos marcadas en la forma de los cráneos (...) Además, la dolicocefalia que presentan los cráneos de Engis, de Engisheim, de Neanderthal y del Olmo, parece indicar que anteriormente a la raza braquicéfala mongoloide, ha debido existir en Europa una raza singular con cráneo dolicocefalo”.

¿Cómo explicar, lo repetiré, esta diversidad de caracteres anatómicos, si la especie es inmutable y permanente, si todos los hombres vienen de un padre común? ¿Cómo explicar esa inmensa aglomeración de huesos humanos en todas las comarcas de la tierra, en una época que puede decirse, el primer día de la humanidad? Porque, en efecto, en las capas terrestres cuaternarias aparece indudablemente la huella del hombre, y esto en muchas regiones del globo; hecho del cual habría que deducir forzosamente que la especie estuvo ya desparramada por todas partes, apenas había nacido, lo que sería inconcebible.

El famoso Doctor Brehem, en su Antropología, se declara también partidario de la pluralidad de las razas, de las que asegura que muchas han desaparecido en el transcurso de los millares de siglos que la evolución humana ha durado. Después de estudiar el cráneo de Neandrethal, dice: "No sería del todo imposible que aquel (hombre) fuese en un tiempo una excepción, un caso de atavismo, y que representase no tanto una raza de la edad del mamut, como una de las razas de la época miocena o pliocena (...) Los cambios meteorológicos y geológicos que se han verificado a fines de las épocas pliocena y miocena permiten suponer que la mayor parte de los hombres de Thenay y Pouancé sucumbieron, sobreviviendo tan sólo los más capaces de sustraerse a las causas de destrucción... En esa época prodigiosamente apartada, había también necesariamente razas inferiores y razas relativamente superiores, y debió regir la misma ley; por lo mismo puede muy bien ser, aun admitiendo que el Neanderthal sea una excepción, que represente una de esas razas inferiores que han desaparecido; y que sea, respecto de las razas anteriores, lo que dentro de tres mil años será, respecto de nosotros, una tribu o un individuo indio o negro".

La ciencia esotérica (lo diré sólo para ilustrar más la materia, aunque no revistan sus datos ninguna fuerza positiva) coincide con el pensamiento del Doctor Brehem, si bien, aquel sistema es más vasto y trascendental, pues enlaza la variedad de razas con la economía misma del Universo y los ultraterrestres destinos del hombre. Para esa tradicional y secreta sabiduría, no tiene mucho valor la diferencia de color, de facciones y de cráneo en la especie humana; ya que cada tipo, cada raza, marca un paso en la evolución de la humanidad; y llena una como misión prescrita por el soberano e in-

finito poder. Permitidme, para mejor inteligencia, compendiar algunas páginas del curioso libro, que, sobre estas ocultas cuestiones, ha publicado hace poco la señora Besant, la que tanto ruido produjo en los círculos del theosofismo, y aun en los que desapasionadamente y sin prejuicios se ocupan en buscar la verdad en los trabajos intelectuales de los demás.

El pasado y el futuro del género humano se divide en siete etapas; y a cada una de ellas corresponde una **raza-raíz**, encargada de ejecutar y completar el ciclo de evolución progresiva de la especie; ciclo prefijado para dicho período. Cada raza-raíz se descompone en siete subrazas; y a su vez, éstas producen ramas secundarias que no difieren de su tronco en cualidades esenciales, y que se encaminan a facilitar el más pronto perfeccionamiento de la humanidad. La primera raza-raíz fué embrionaria, **filamentosa**, etérea, y trabajó por desarrollar el sentido auditivo; el que, por consiguiente, fue el primer progreso que pudo realizar el hombre. La segunda raza, semi etérea, recorrió su ciclo de pruebas y esfuerzos, y obtuvo al fin el tacto: fué la que pobló las regiones hiperbóreas. La tercera fué la **lemuriana**: completamente corporal y gigantesca, vivió en lucha con los grandes saurios y demás reptiles; y conquistó en su larga existencia, la facultad de ver y de expresarse en lenguaje monosilábico. Estuvo en todo su auge esta raza de ciclopes hace unos dieciocho millones de años; y de ella descienden los australianos, los hotentotes y los malayos. La cuarta raza fué la que habitó la Atlántida, sumergida en el Océano; y alcanzó pleno desarrollo ahora como ocho millones de años; formó el lenguaje aglutinativo que después se transformó en el de flexión. De esta raíz humana brotaron las subrazas africanas, amarilla, roja, europea, pelásgica, mongólica, semítica, tibetana, etc. Hace miles de años comenzó su ciclo evolutivo la actual quinta raza, o sea la **Arya**, con todas las subrazas pobladoras del mundo que —para hablar como los Mahatmas, o maestros de la ciencia oculta— llamaré moderno; y durante esta larguísima y penosa jornada, la humanidad ha realizado tan estupendos progresos, que podemos con razón gloriarnos de haber conquistado el imperio de la naturaleza.

Y, sin embargo, nada se ha obtenido aún, si miramos hacia adelante; todavía no se ha pronunciado, ni con mucho, la última palabra; todavía quedan entre las sombras del porvenir dos grandes razas

futuras con sus variadas ramas secundarias, las que recorrerán una senda infinita de perfección y desenvolvimiento. ¿Dónde está la meta de esta ascensional carrera? —Misterio!—

Estas doctrinas ocultas, repítolo, no tienen apoyo experimental; pero llama la atención su analogía con el sistema evolucionista de nuestros tiempos. Esas primitivas razas etéreas, filamentosas, casi incorpóreas, desprovistas de sentidos, en brega y transformación continuas, hasta adquirir formas definidas y sólidas; hasta pasar de la respiración acuática a la atmosférica; hasta obtener y desarrollar los ojos, oídos, olfato y tacto; hasta alcanzar pensamiento y lenguaje; en fin, hasta entrar en la plenitud de la vida animal y racional, y todo ello mediante el propio esfuerzo y la acción perfeccionadora de la naturaleza, sin ninguna intervención sobrenatural y milagrosa; esta metamorfosis lenta y progresiva, digo, coincide exactamente con el protozooario primitivo en el que, según los modernos, brilló por primera vez la centella de la vida; protozooario que se modificó incesantemente, y transformó cada vez en seres más acabados y perfectos, hasta llegar al hombre. Aquí cabe preguntar: ¿los misterios indostánicos y faraónicos —hoy conocidos en Occidente— han servido al darwinismo de guía y como de hilo conductor, en la concepción de su sistema, tan análogo a las antiguas hipótesis de Oriente?

Todo lo atañadero al hombre está sujeto a caducidad: aquello mismo que la soberbia humana juzga obra imperecedera de sus manos, cambia, claudica, envejece, muere y se pierde en las caóticas ruinas del pasado. Dioses, religiones, imperios, pueblos y civilizaciones florecientes; todo lo que nos rodea, atrae y cautiva; todo lo que adoramos, queremos, concebimos y ejecutamos para perpetuar nuestros pensamientos, nombre y afecto, se derrumba al soplo de este incesante torbellino que renueva y transforma el universo, en la eternidad de los tiempos. Nada nos convence más de lo efímero y vacuo de nuestra jornada en la tierra, que el contemplar esos sarcófagos inmensos que la ciencia descubre y desentierra a nuestra vista, en las mismas ciudades de los Faraones y los Césares, los persas y los medas, los asirios y los caldeos, los indúes y los incas; montones de cenizas de cien y cien imperios desaparecidos, revueltos con los dioses derrocados y los altares rotos, con las osamentas de los pontífices y los conquistadores, con los restos de las innumerables generaciones que nos han precedido en las luchas de

la vida, y que, al igual de nosotros, tuvieron ambiciones y lloraron desengaños, alimentaron amor y odio, soportaron dolores y desastres, creyéronse dueños y señores de la tierra, y cayeron al golpe de esa eterna fuerza destructora y, a la vez, encargada de conservar la integridad permanente del universo.

¿Qué sería, si de estas formas relativamente recientes, fuéramos a escarbar en mayores profundidades de la tierra y en el lecho mismo de los mares?; porque, si hemos de creer a los sabios de Oriente, la corteza del globo está formada por sepulturas superpuestas, por la aglomeración de huesos de incontables generaciones fenecidas, por montañas de polvo de humanidades que desaparecieron ha millones de años; caminamos sobre las cenizas de nuestros abuelos; y todo lo que tocamos, todo lo que miramos, todo lo que nos alimenta, nuestros mismos cuerpos, en fin, están integrados con los despojos de la muerte.

“¿Por qué no han de tener presente vuestros geólogos deciale a Sinnet el mahatma que lo instruía en la ciencia esotérica que debajo de los continentes explorados y sondeados por ellos, en cuyas entrañas han encontrado la época eocena, forzándola a entregarles sus secretos, pueden permanecer profundamente sumergidos en los insondables, o mejor dicho, insondados lechos del Océano, otros continentes más antiguos, cuyas capas no han sido jamás exploradas geológicamente, y que pueden algún día destruir por completo sus presentes teorías? ¿Por qué no admitir que nuestros continentes actuales han permanecido ya varias veces sumergidos, como Lemuria y la Atlántida, y que han tenido tiempo de reaparecer y de sustentar nuevos grupos de humanidad y civilización; y que en el primer gran levantamiento geológico, en el próximo cataclismo, en la serie de cataclismos periódicos que ocurren desde el principio hasta el fin de cada Ronda (ciclo), nuestros ya descarnados continentes se sumergirán, saliendo de nuevo a la superficie las Lemurias y las Atlántidas?”

En presencia de la destrucción y renovación perpetuas de la naturaleza, fenómenos que cotidianamente se realizan en la escala de todos los seres, no puede el hombre que piensa, dejar de reconocer que sólo Dios es inmutable e infinito; y que en sus poderosas manos va el Cosmos, de metamorfosis en metamorfosis, hacia una indefi-

nida perfección, cambiando incesantemente de formas, multiplicando las manifestaciones de la vida en creación sin descanso, y sobre los escombros mismos de las criaturas que, llenada su misión, perecen y se convierten en polvo destinado a revivir la sopro de la Omnipotencia. Ante semejantes consideraciones, adquiere verosimilitud la teoría esotérica, por destituida de pruebas experimentales que la juzguemos, y llenos de asombro, nos interrogamos: ¿sobre cuántas razas fenecidas se alza nuestra pobre y deleznable morada?

Los sostenedores de la unidad de la familia humana, dicen que las diferencias físicas y anatómicas de que hablan sus adversarios, no son sino simples variedades debidas a los diversos climas, a los medios de alimentación, a los ejercicios y ocupaciones habituales, a los cruzamientos, a la mayor o menor cultura, etc.; y que una variedad no constituye una familia diferente, como lo demuestra la generación fecunda e indefinida entre mestizos de diversas razas. Los descubrimientos modernos —agregan— prueban nuestra tesis: diríase que la naturaleza nos está mostrando cómo partió el hombre del centro del Asia y continuó una serie de cambios de residencia, y aun de género de vida; cómo se dividió en grupos, base de futuros pueblos y razas; cómo las diferencias entre dichas razas, no afectan a lo esencial del ser humano. Esos semi—hundidos caminos de basalto que la tradición y los bardos designan como calzadas de gigantes, la lingüística, las costumbres, la religión, las leyes, etc., han sido como puertas que sirvieron a los hombres primitivos para pasar a tierras más hospitalarias y deliciosas, como Ceilán, como la Verde Erin, etc.; esos mismos continentes e islas que la geología reconoce que se sumergieron en los mares por antiguos cataclismos; la mitología misma que ha inmortalizado viajes fabulosos, navegaciones fantásticas, conquistas inverosímiles, atestiguan la realidad de aquellas emigraciones constantes y dilatas de las tribus prehistóricas.

Y, sin embargo, persiste el misterio: la divina esfinge no ha pronunciado aun su última palabra.

*
* *
*

Viniendo a las épocas históricas, aun a las más remotas, no ha sido difícil a la Ciencia señalar los entroncamientos de los diversos

pueblos; y hasta relatar con cierta seguridad las emigraciones de las primeras colonias, el cruzamiento de las razas y el origen de las naciones más conocidas y notables. La tradición, los monumentos, la lingüística, las costumbres, la religión, las leyes, etc., han sido elementos de analogía, puntos salientes de comparación, jalones en la marcha de la humanidad, a través de los mares y continentes, en su tarea de apropiarse y poblar la tierra. Los sabios pretenden hoy haber sorprendido todos los secretos que guardaban los siglos fenecidos, y que nada existe en el pasado de la humana especie, que no lo conozcan a las claras. Ayer los antropologistas, por ejemplo, discutían sobre los ascendientes de la raza americana; discusión que los modernos descubrimientos y los estudios especiales de comparación que se han llevado a cabo en el nuevo mundo, ha terminado con categóricas conclusiones. El Marqués de Nadaillac dice con razón, que no es posible desconocer "las curiosas analogías que existen entre los monumentos, las inscripciones, las armas, los útiles, entre las mismas costumbres de los antiguos egipcios, los asirios, los etruscos, los iberos, los libios, con las de los pueblos más remotos de América. —Además de los numerosos ejemplos que ya he aducido —continúa dicho sabio— se puede citar los cilindros de piedra hallados en América, y semejantes a los de Babilonia o de Persépolis. El tocado egipcio llamado **Calantica**, se ha vuelto a encontrar sobre las estatuas mejicanas. En Egipto como en Méjico, los brazos y las manos de las figuras de piedra, rara vez están desligados del cuerpo. El uso de momificar los cadáveres, de colocarles collares al cuello, se reconoce en Méjico, el Perú, el Egipto y las Canarias. Fragmentos de láminas de plata han sido recogidos de la boca de momias peruanas; y los egipcios tenían también la costumbre de colocar pequeñas láminas de metal en la boca de los cadáveres, antes de su embalsamamiento. Los pueblos de la América central poseían una escritura geroglífica; y las pirámides de Mound-Builder se encuentran entre los mejicanos; y ciertos templos de Yucatán y de Chiapas recuerdan en su construcción general y en sus detalles, los monumentos de Egipto (...). Las cosmogonias antiguas de Africa, de América, las leyendas que conciernen a Budha, Odín o Votán, presentan analogías tan sorprendentes, que es imposible atribuir las a la casualidad (...)"

Y prosigue enumerando otras semejanzas de carácter moral y religioso, de tradiciones e historia, etc.; de manera que se deduce

fundadamente que las Américas se poblaron mediante inmigraciones venidas sucesivamente de las más antiguas naciones. Pero el mismo Nadaillac nos pone a la vista la célebre y reciente teoría del Abate Brasseur de Bourbourg, según la cual, la América fué el foco de todos los conocimientos humanos y de la más antigua civilización. ¿Qué es, pues, la raza americana, en último resultado? ¿Es descendiente o más bien ascendiente de los pueblos del mundo antiguo? ¿Recibió o transmitió la vida y la civilización al Asia, al Africa y a la Europa? Y nótese que otros sabios apoyan y propagan la hipótesis del susodicho Abate, hasta el punto de hacer de los americanos el tronco de la humanidad.

Por lo expuesto se verá que, a pesar de los incesantes trabajos de investigación científica, a despecho de todo lo alegado por los sostenedores del monogenismo y del poligenismo, la esfinge no ha desplegado todavía los labios; y que son exactísimos y de incontestable verdad los siguientes conceptos que Humboldt cita de una obra inédita de su hermano Guillermo: *Nosotros no conocemos, ni históricamente, ni por ninguna tradición cierta, momento alguno en que la especie humana no haya estado dividida en grupos de pueblos. Que semejante estado de cosas haya existido originariamente, o haya nacido con posterioridad, es lo que no puede decirse por medio de la historia. Leyendas aisladas que se encuentran en diversos puntos del globo, sin comunicación aparente entre sí, están en contradicción con la primera hipótesis, y hacen descender a todo el género humano de una sola pareja; tradición tan generalmente esparcida, que se la ha mirado algunas veces como un antiguo recuerdo de los hombres. Empero, esta misma circunstancia probaría antes bien que no existe aquí ninguna transmisión real de un hecho, ningún fundamento verdaderamente histórico; y si sólo la identidad de la concepción humana que por todas partes ha conducido al hombre a una explicación semejante de un fenómeno idéntico. Así sucede también con un gran número de mitos que no tienen entre sí, ningún enlace histórico; y que deben igualmente su semejanza y su origen a la paridad de las imaginaciones, o de las reflexiones del espíritu humano*".

Menos podría explicarse la diversidad de raza con la embriaguez de Noé: ese castigo del hijo irreverente —que cayó en toda su posteridad sin que pudiera haber delinquido— es la fábula

más pueril que han podido inventar algunos comentadores del Pentateuco. No nos es posible concebir cómo no pararon mientes en que la seriedad y la justicia de Dios, recibían grave ofensa con aquella escena de grotesco sainete, incompatible con toda idea que el hombre se forma de la grandeza y atributos del Omnipotente.

Ni en la clasificación de las razas humanas hay uniformidad de pensamiento: La Antropología que hubiera debido unir y hermanar las opiniones, como ciencia de observación práctica, ha creado bandos opuestos; si bien, no son esenciales las divergencias en esta materia. Humboldt cita dos principales y diferentes clasificaciones.

Blumenbach, que reconoce cinco razas: caucásica, mongólica, americana, etiópica y malaya; y

Pritchard, que cuenta siete: iránea, turánea, americana, hotentote, negra, papuá y alfurú.

Figuier se extiende todavía más en la reseña de la diversidad de opiniones sobre la clasificación de los primeros tipos humanos: compendiaré algunos párrafos de dicho antropólogo, a fin de dar una idea sumaria de la cuestión.

Buffon establece únicamente tres razas fundamentales: la blanca, la negra y la amarilla.

Prochaska, cinco tipos primitivos: blanco, etiópico, malayo, americano e hindú;

Lacepede, seis razas originarias: caucásicas, mongólicas, etiópica, malaya, americana e hiperboreana;

Bory de Saunt Vicent admite hasta quince especies de hombres;

Y d'Omalus d'Halley, cinco razas principales: blanca, negra, amarilla, morena y roja; clasificación que adopta también Figuier, como la más conforme con la ciencia, dice.

Pero todos están, más o menos, conformes en admitir como primitiva división de las razas, la arya, la semítica y la egipcia; fuentes de las que más tarde dimanaron las razas mixtas que han venido a producir la diversidad en la clasificación de los tipos humanos.

Bien comprendéis que esta somera exposición está muy lejos de ser una lección de antropología, ni me he propuesto —como tantas veces lo he advertido— un estudio fundamental y profundo de estas complicadas y difíciles cuestiones, sino tan sólo indicaros las fuentes donde podéis hallar doctrinas desarrolladas largamente, y sustentadas con pruebas más o menos decisivas, a fin de que forméis vuestro criterio propio. Hay error o mala fe en atribuirme el propósito de dilucidar en esta tribuna todas las teorías científicas, y resolver todas las innumerables cuestiones suscitadas en el estudio de la naturaleza.

En mi próxima conferencia trataré de la antigüedad del hombre, comparando la cronología bíblica con la de las principales naciones antiguas.



VIII

ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE: DIVERSAS CRONOLOGIAS

La Ciencia propiamente demostrativa y experimental, no descansa en cimientos metafísicos ni acepta pruebas teológicas; no se deja guiar ciegamente, ni se rinde a otro poder que a la evidencia. Es por esto que ha ido a investigar la primera época del linaje humano en la sepultura de las más antiguas generaciones: ha interrogado a las carcomidas osamentas; y la voz sombría y solemne de la muerte ha descifrado el enigma de los millares de siglos fenecidos antes de las eras históricas. Si no ha sido posible adquirir una cabal certeza, tocante al punto inicial de la vida de nuestra especie, la Ciencia ha derrocado muchos antiguos errores, mediante, un cúmulo de hechos irrecusables, observados hasta en las profundidades de la tierra; de cien y cien maravillosos y reveladores descubrimientos; de testimonios palpables que demuestran con evidencia que el hombre es inmensamente más antiguo de lo que se había creído.

La Paleontología ha penetrado en las excavaciones mineras, ha removido los yacimientos de formación más remota, ha descendido a desconocidas y tenebrosas cavernas, ha visitado tumbas olvidadas y aun prehistóricas, siempre diligente y tenaz, siempre ávida de luz y revelaciones; y en todas partes, durante años y años de incesante y penoso trabajo, ha recogido una suma tal de datos, que —si aún no bastan a establecer la historia completa de la humanidad primitiva— dejan fuera de duda las épocas lejanísimas en que ya el hombre moraba en este planeta. Las conclusiones de la Ciencia no son, pues, meras conjeturas, no tienen nada que pudiera calificarse de hipótesis infundada; porque se apoyan en hechos auténticos, constantes y puestos a la vista de quienquiera que desee exa-

minarlos. Y tan imparcial y estricta en sus apreciaciones, que no acepta como verdad sino lo que está suficientemente comprobado, lo que no admite objeción sólida alguna, lo que reúne todos los motivos científicos de credibilidad, como lo hemos visto, en los anteriores capítulos.

Os dije que el Abate Bourbourg, Zimmermann, Figuier, etc., han hablado del hombre plioceno, del hombre anterior al mastodonte, y de una época en que las condiciones de vida eran del todo diferentes a las de la especie humana actual. Los cráneos hallados en Table-Mountain, en Sierra-Nevada y otros lugares; los utensilios de piedra extraídos de los mismos terrenos terciarios, y que son la muestra de la más rudimentaria industria humana, comprueban una asombrosa antigüedad para nuestra especie. Sin embargo, los paleontólogos no han aceptado aún como hecho incontrastable la existencia de la humanidad terciaria: todavía no juzgan completamente auténticas las pruebas en que se funda la afirmativa, pues proceden con la rigurosa circunspección y estrictez propias de la Ciencia.

Pero lo que no admite contestación es que los períodos prehistóricos de la humanidad han tenido una duración asombrosa: las capas geológicas, como lo hemos visto anteriormente, lo afirman así, y a nadie le es lícito repudiar el irrefutable testimonio de la naturaleza. ¿Contradice, por ventura, la historia escrita por los hombres, a la maravillosa historia grabada en los cimientos mismos de la tierra por aquella mano infalible e imperecedera?

Muy lejos de ello, los historiadores antiguos remontaron la corriente de los tiempos hasta donde les fué posible, hasta donde pudieron ser guiados por un rayo de luz; y no detuvieron la planta sino cuando las tinieblas se condensaron al rededor de las épocas primitivas y borrarón aun la perspectiva de acontecimientos anteriores. Las cronologías de Egipto, la India, la Asiria y la China —calificadas como invenciones de la incredulidad y absurdos del filosofismo— han sido corroboradas por la ciencia moderna, por ese grupo de sabios que decimos orientalistas. La escritura misteriosa de Babilonia y Egipto ha sido descifrada; los jeroglíficos han hecho inesperadas y estupendas revelaciones; los sepulcros de los monarcas asirios y de los Faraones han derramado torrentes de claridad; los derruidos templos de los dioses y los monumentos de las genera-

ciones desaparecidas, se han levantado como testigos de los más lejanos tiempos; los muertos mismos han interrumpido su sueño de millares de años, han hablado mostrándonos dilatadísimos horizontes en el pasado de la especie humana.

Los historiógrafos judíos, a pesar de sus inauditos esfuerzos para rehuir los inconvenientes que la cronología mosaica ofrece, han caído en errores que les era de todo punto imposible evitar. Así, nos encontramos con imperios populosos, civilizados y prósperos, como si dijéramos, de la noche a la mañana, y a muy poco andar del Arca salvadora; cuando apenas la familia salvada, atendiéndonos a la proporción natural en que aumentan las poblaciones, debía haberse multiplicado lo indispensable para componer un escaso número de tribus errantes. Y lo que es más incomprensible aún, esas pocas tribus aparecen, desde los primeros días, habitando todas las latitudes del globo, separadas ya en razas diversas y en pueblos antagónicos; componiendo reinos conquistadores y guerreros que imponían su ley a sus propios hermanos más débiles.

Para paliar el absurdo se ha recurrido al milagro: la longevidad prodigiosa de los patriarcas les permitía engendrar hijos durante siglos, sin dejar vacío su puesto por la muerte; las razas se marcaron y establecieron en un momento por la maldición del padre común de la familia salvada del diluvio; las lenguas se confundieron y se dispersó la humanidad, a causa de la soberbia y la jactancia de los constructores de Babel; la traslación de los hombres y los animales a las comarcas aún despobladas, se efectuó por modo sobrenatural, en el sentir de algunos intérpretes, etc. Poesía sagrada que ha ocupado la mente de los pueblos niños, y que, si conserva su brillantez y seducción aun para la madurez humana, no reviste los caracteres de la verdad científica.

*
* *

Sería interminable labor el entrarnos por toda la historia de la antigüedad y repetir aquí todo lo que los sabios han descubierto, en los largos tiempos que llevan de estudiar los anales y libros más remotos, descifrar las desenterradas inscripciones, interrogar los monumentos y las ruinas de otras edades, escarbar en las yertas ce-

nizas de las primitivas generaciones, en busca de la verdad; aparte de que todas estas conquistas de la ciencia se han divulgado en centenares de libros que podéis consultar en cualquier biblioteca.

No obstante, voy a tratar otra vez —aunque someramente— de la cronología egipcia, como lo ofrecí en una anterior conferencia; cronología que ha sido la más combatida por el tradicionalismo, y por tanto la que los investigadores de la antigüedad han robustecido con nuevos y cada vez más convincentes demostraciones. Y como la asiriología ha venido a corroborar los descubrimientos de los egipólogos, al punto de poner fuera de objeción la antigüedad humana, hablaré también ligeramente de las revelaciones hechas por Babilonia, y Nínive, Agandhi y Sirpula, etc.; limitando, de consiguiente, estos apuntes cronológicos a sólo dos naciones de la antigua historia del hombre.

Egipto, como todos los grandes pueblos del Asia y el Africa, fué gobernado teocráticamente en sus comienzos; y, como los sacerdotes dominaban en su carácter de vicarios de la divinidad, las épocas de la teocracia egipcia se denominaron **reinado de los dioses**. Este es el tiempo mítico de la historia del Nilo; y por lo mismo, prescindiremos de él, para concretar este ligero examen a los anales de los reyes humanos, de los cuales, el primero fue Manés o Menés, en lo que no hay discrepancia de opiniones.

“A propósito de lo referido, decíanme los egipcios, a una con sus sacerdotes —escribe Herodoto— y lo comprobaban con sus monumentos, que contando desde el primer rey hasta el sacerdote de Vulcano, el último que allí reinó, habían pasado en aquel período 341 generaciones de hombres, en cuyo transcurso se habían sucedido en Egipto otros tantos sumos sacerdotes e igual número de reyes.” Los informes recibidos por Herodoto, se refieren únicamente a los reyes mortales, pues los sacerdotes le afirmaron también que en todo el tiempo mencionado, ningún dios se había dejado ver en forma humana; y para confirmar lo que le decía, **le iban leyendo en un libro el catálogo de 330 reyes posteriores a Manés**: os repito las mismas textuales palabras que he leído en **Los Nueve Libros de la Historia**, traducidos por el jesuita Bartolomé Pou. Manethón —tan combatido por el tradicionalismo— corrobora y confirma las noticias transmitidas por Herodoto, en el sentir de los sabios que han estu-

diado con imparcialidad los fragmentos del escrito del citado sacerdote tolemaico; escrito que no es propiamente una historia de Egipto, sino más bien una base cronológica, por las nóminas de reyes y dinastías que contiene.

Las aseveraciones manethonianas causaron estupor, y luego gran alarma en los pueblos occidentales que tenían por divina la cronología mosaica; y a una voz, impugnaron tan impía contradicción al Pentateuco. Al principio negaron la autenticidad de aquel execrable escrito; después, empeñáronse en interpretarlo y desvirtuarlo de todas maneras; y, por último, buscaron modos de composición entre la cronología sagrada y la profana, sin conseguirlo. Llovieron trabajos eruditísimos para comprobar las fechas, para establecer la debida correspondencia entre las diversas maneras de medir el tiempo en los pueblos de la antigüedad, para demostrar que las listas de Manethon estaban duplicadas, para probar que Moisés existió y fué realmente caudillo de Israel, etc. Estas obras han venido reproduciéndose a cada paso, desde Eusebio, Julio Africano, etc., hasta nuestros días, como un eco monótono de los antiguos cronólogos tradicionalistas. Pero lo que pudo tener poder convincente en aquellos tiempos, cuando la prehistoria permanecía aún en mutismo absoluto, no tiene ya valor alguno en presencia de las revelaciones de la ciencia moderna.

Se dijo, por ejemplo, que la prodigiosa antigüedad de que se gloriaba Egipto, dependía de que la medida del tiempo en aquella nación, no era la misma que en los demás pueblos se empleaba; pero los sabios modernos han comprobado que las afirmaciones de Herodoto, acerca del año solar egipcio, se hallan fuera de toda objeción, posible. “Con razón podía ensalzar como lo hace, la división del año hecha por los egipcios —dice el Doctor Dumichen, en su **Historia del antiguo Egipto**, refiriéndose a Herodoto—; porque habían llegado a fijar casi de un modo exacto el año solar, después de continuas y minuciosas observaciones astronómicas (...) Lo que se veía en la brillante y magnífica bóveda celeste que se extendía por encima del suelo egipcio; lo que aprendieron penetrando el infinito espacio de los astros; sus observaciones sobre la aparición y el ocaso de las estrellas...; sus observaciones sobre los solsticios y sobre los puntos equinocciales, sobre el gran curso anual del sol por las doce partes de la órbita en la bóveda celeste, que gira de

Este a Oeste; sobre la manera cómo ésta se dividía para sus cálculos y observaciones astronómicas; todo esto nos ha sido cuidadosamente explicado de un modo interesantísimo por los adornos dibujados en las cúpulas de sus templos y sepulcros (...)" De consiguiente, los años egipcios eran de doce meses; y el mes, de treinta días; por lo cual, como Herodoto dice, tenían un suplemento anual de cinco días.

*
* *
*

Se alegó que el catálogo de los reyes, formado por Manethon, era falso, puro invento de este sacerdote egipcio; o que había comprendido en dichas listas soberanos que reinaron al mismo tiempo en varios principados del Nilo; y, preciso es confesarlo, la crítica no tuvo al principio razones concluyentes que oponer en este punto al tradicionalismo. Ha sido necesario que transcurrieran muchos años para que los egiptólogos le sacasen verdadero a Manethon, ese combatido cronista del misterioso Egipto que había permanecido tantos siglos solitario y mudo, con sus gigantes de piedra que al fin despertaron al llamamiento de la Ciencia, y nos mostraron la verdad histórica, apoyada en pruebas que no es posible destruir con sofismas, ni confutar con sagrados textos. Las colosales ruinas de Derr—el Medinet, de Karnak, de Abydos, del Serapeum; las tablas de granito de Seti I., de Thotmés III., y de Ramsés II.; los obeliscos y las esfinges semihundidas en las arenas del desierto; las pirámides y los propylones; las murallas de los templos en que los sacerdotes y los mismos soberanos escribieron los anales patrios, como en páginas indestructibles; los papiros históricos últimamente descubiertos; los huesos mismos de esos poderosos Faraones que dominaron aquellas florecientes comarcas, son los testigos irreprochables que garantizan la veracidad de las listas de Manethon.

Y estos descubrimientos han demostrado con toda evidencia, no sólo la realidad de la existencia de los reyes citados en aquellas nóminas, sino también la sucesión rigurosa de la mayor parte de los referidos príncipes, sobre el trono de Egipto. "Uno de estos libros ha llegado hasta nosotros —dice Eduardo Meyer, en su *Historia del antiguo Egipto*, tratando de los escritos de aquella nación—, y es el Papiro real conservado en Turín, que contiene una lista completa

de los soberanos de Egipto y de la duración exacta de sus respectivos reinados por años, meses y días: también las dinastías de los dioses que, según creencia de los egipcios, precedieron a los terrenales monarcas, fueron consignados en un principio con cuidado sumo... El Papiro de Turín no es, sin embargo, una obra histórica, ni siquiera una crónica, sino simplemente una lista de reyes... Recientemente se ha descubierto un papiro análogo que habla de Chofu y del origen de la quinta dinastía... Las listas de reyes contenidas en los monumentos vienen a ser un elemento que llena los vacíos del papiro (...) De estas listas, tres son de especial importancia a saber: la tabla de Tutmosis III procedente de Karnak, que se conserva en el Louvre, y en la cual se observa poco el orden cronológico en la serie de los soberanos; la tabla de Seti I de Abydos; y la tabla que en tiempo de Ramsés II puso en la tumba de éste, en Saqqara, un funcionario de la corte, llamado Tunrei. Estas tres listas se completan recíprocamente y son de gran valor para nosotros; pero en su conjunto no son más que listas de escogidos, pues en ellas se hace omisión de los soberanos extranjeros, de los ilegítimos y de los heréticos; se prescinde de la mayor parte de los monarcas de poca importancia, y se consignan muchas frivolidades de toda clase. Ninguna de estas listas puede considerarse completa; las tablas de Abydos y Saqqara omiten los soberanos de las dinastías décima tercera hasta la décima séptima; y la última, además, las de la séptima a la undécima: la tabla de Karnak por el contrario, contiene completas las dinastías undécima, duodécima y décima tercera (...) Casi todos los hombres estudiosos convienen sólo en una cosa, y es en que la cronología manethoniana está garantizada por completo, o casi por completo por la verdadera cronología de Egipto, y por esto con mucha frecuencia no se ha tenido reparo alguno en corregir el texto manethónico que la tradición nos ha transmitido, partiendo de la base de los monumentos. Esta suposición ha sido el punto vulnerable de todos los edificios artificiosos. No obstante, las listas de reyes publicadas por Manethon, han sido en lo esencial confirmadas por los monumentos (...)" Nótese la escrupulosa severidad con que Meyer juzga estas cuestiones; de manera que nadie podría acusarlo de parcialidad o interés de escuela, en la adopción de determinadas deducciones cronológicas. Con toda lealtad confiesa y señala los errores del sacerdote tolemaico, y aun de los que aceptan sus datos como intachables; pero en lo sustancial, sienta que los descubrimientos de la egiptolo-

gía, garantizan la verdad de las listas manethonianas, las que constituyen una base firme de la cronología que estudiamos.

*
* *
*

Esta nómina de los antiguos soberanos, esas treinta y tres dinastías que se sucedieron en la dominación de Egipto, han sido realmente la brújula que ha guiado a los sabios en la indagación de la verdad histórica, al través de las sombras amontonadas por millares de siglos sobre la monarquía de los Faraones. ¿Cuántos han visitado en los últimos años las colosales ruinas egipcias que los exploradores han colocado a la vista de los mismos que tan pertinazmente niegan la antigüedad del linaje humano? Podría enumerar muchos; mas, recurriré a Gonzenbach, viajero sin prejuicios de escuela, puede decirse mero turista, sin interés marcado en la controversia que agita al mundo sabio; y que lealmente refiere lo que vió en su visita a esas gigantescas ruinas. "Al cabo de dos horas llegamos a Abydos —dice—. El gran templo de Seti se encuentra casi tocando al desierto, y rodeado de colinas, de escombros y arena, amontonados por Mariette en el curso de sus excavaciones (...) En la lisa pared de una galería oscura que pone en comunicación la gran sala de columnas con las demás estancias, mandó esculpir Seti la lista de sus reales antepasados, en la que figuran él y su hijo Ramsés, tras de setenta y seis tarjetones, ordenados cronológicamente, con los nombres de los Faraones sus antecesores. Esta lista de reyes, juntamente con la que se encontró en Karnak y fué llevada a París, ha permitido el análisis de la obra histórica del sacerdote Manethon, y es por lo mismo, de extraordinaria importancia para los egiptólogos (...)" ¿Se podría dudar de la existencia de esos setenta y seis tarjetones de granito, en los que constan otros tantos nombres de reyes antecesores de Seti I, fundador de la décimanona dinastía?

Y es de advertir que son varios los testigos de piedra que corroboran y confirman la remotísima antigüedad egipcia: el Calendario de Medinet-Habu establece fechas precisas que son seguros puntos de partida para el cronologista; las inscripciones de las diversas necrópolis descubiertas, así como de otros monumentos; las mismas estatuas gigantescas que tanta admiración han causado en el mundo actual, pregonan la verdad histórica de manera uniforme,

y comprueban la sucesión faraónica, en todas sus dinastías, las gloriosas empresas de aquellos príncipes, y la prosperidad antiquísima del pueblo que regían.

Seti I, tuvo por sucesor a su hijo Ramsés II, más comunmente llamado Sesóstris; el cual ascendió al trono por el año 1550 antes de nuestra era, y gobernó el largo espacio de dos tercios de siglo. Desde el reinado de Sesóstris no ofrecen grandes dificultades los anales de Egipto, pues se enlazan, por decirlo así, con la historia universal; de modo que, a partir de aquella época, existe un hilo conductor por entre la oscuridad de sucesos aún discutidos por los historiadores de los Faraones que reinaron con posterioridad. Herodoto, Diotoro, los historiadores judíos y persas, los sabios de Grecia que acudían a Egipto, ganosos de conocer los misterios de aquella civilización adelantada, la frecuente y recíproca invasión de príncipes conquistadores, la multiplicación de tratados religiosos, morales, astronómicos, etc., debida a los sacerdotes de Menfis, Heliópolis, Tebas y otros centros célebres del saber en aquellos tiempos, fijan y determinan épocas precisas que sirven de apoyo a la historia del referido pueblo. Y como los descubrimientos de que he hablado, revelan gran parte de los anales egipcios anteriores a Seti I, puede decirse que se han disipado las tinieblas que envolvían la cronología faraónica.

*
* *
*

También se le objetó a Manethon el haber duplicado el tiempo de algunos reinados, en los que el monarca reinante había asociándose con su heredero para ejercer el supremo poder, como después lo hacían los Césares romanos. Esto es cierto, por lo que mira a dos o tres reinados, en la duodécima dinastía; así como es verdad que exageró la duración de los reinados, calculando el término medio de cada uno de treinta años. "El autor no es probablemente responsable de este error —añade Meyer— pues en su tiempo no habría en Egipto quien tuviera mejores datos. Asombroso sería que la cronología no contuviera error alguno en una serie de trescientos soberanos, entre los cuales se cuentan muchos usurpadores y muchos efímeros gobernantes, y se encuentran reinando juntos dos o más soberanos, unas veces pacíficamente, por elevar un padre

a su hijo a la dignidad de corregente (...) otras veces por alzarse unos como pretendientes contra los soberanos legítimos, en cuyo caso el vencedor no cuenta los años desde la caída, sino desde el entronizamiento de su antecesor". La Ciencia no tiene pasiones, no es sectaria, no se abanderiza jamás; y por lo mismo no busca sino la verdad, examina escrupulosa y serenamente el pro y el contra, pesa la balanza fiel las razones que apoyan o contradicen un hecho, y no llega a ninguna conclusión sino después de profundos y dilatados estudios.

Tal ha procedido con la cronología de Egipto: los críticos han sido los primeros en buscar y hacer notar los vacíos, los errores, las contradicciones, entre los diversos elementos de la historia faraónica, que los descubrimientos recientes les ofrecen; y han obrado de esta manera desapasionada, severa y recta, porque cerrar los ojos ante esos defectos, o siquiera atenuarlos, habría sido traicionar a la ciencia, cometer un crimen contra la verdad. ¿Quién pudiera acusar a los modernos críticos de haber inventado hechos, o desfigurados en favor de tal o cual escuela filosófica, o secta religiosa?

Os decía que uniformemente se conviene en que el fundador de la monarquía egipcia fué Manés; pero, ¿cuándo existió aquel glorioso tronco de la realeza faraónica? Algunos, partiendo de los datos de los sacerdotes egipcios, afirman que vivió doce mil años antes de la dominación romana, antes de que Tolomeo Alejandro legara su imperio a Roma. En una carta, dirigida por un budista sabio a Sinnet, se leen estas palabras: **La historia sólo posee unos pocos desordenados confusos vislumbres acerca del Egipto de hace unos doce mil años, época en que habiendo alcanzado ya el ápice de su ciclo millares de años antes, había empezado su decadencia**".

Los orientales continúan, pues, prestando completo crédito al testimonio de los sacerdotes de Isis, como en los tiempos de Herodoto.

Otros, en su afán de mantener incólume la cronología mosaica, reducen aquel dilatado período a sólo dos mil cuatrocientos años; pero sin fijarse en que —según lo hace notar Morayta— no basta el corto tiempo que media entre el diluvio de Noé, y el reinado Manés, para explicar el desarrollo prodigioso que había alcanzado

la raza egipcia cuando se fundó la monarquía laica, dirélo así, después de los larguísimos años de dominación sacerdotal. No se explicaría ni la población casi total del Asia y el Africa, continentes en los que habían ya naciones poderosas con quienes mantuvieron guerra los Faraones por miles de años casi consecutivos, y desde las primeras dinastías, como lo confirman los monumentos y las inscripciones con que se eternizaron esos hechos de armas.

Y es de advertir la profunda división que por esas lejanísimas épocas se había operado ya en la especie humana; puesto que existían pueblos y aun razas a quienes impelía a la destrucción y ruina recíprocas, el más cruel e indomable antagonismo. Esos pueblos rivales hallábanse separados por inconciliables aspiraciones, intereses y tendencias; por civilizaciones y organización civil contrapuesta; por dioses henchidos de intolerancia y odio, y las consiguientes religiones incompatibles; por costumbres y moral distintas; en fin, por elementos de discordia tales, que hacían imposible que la espada cayese ni un momento de manos de los monarcas de aquellas épocas de inmisericorde conquista. ¿Cómo admitir la posibilidad de una revolución semejante en la familia de Noé, en tan corto recorrer del tiempo? ¿Cómo hubieran podido borrarse a tal extremo, y de la noche a la mañana todos los vínculos de consanguinidad, todas las tradiciones comunes, todas las analogías de costumbres y religión, y hasta la unidad del tipo físico, entre los inmediatos descendientes de los pocos hombres salvados en la arca milagrosa?

*

* *

Dividese la historia del Egipto precristiano en tres épocas: el imperio antiguo, el medio y el moderno, impropriamente llamado así, pues sabemos que, treinta años antes de Jesucristo, se confundió la monarquía egipcia con los vastísimos dominios de Roma. Alguna divergencia hay en la división de estos tres períodos de los anales faraónicos; pero adoptaremos la de Mariette que señala diez dinastías para la primera época, siete para la segunda, y dieciséis para la tercera; habiendo sido ésta la más floreciente y gloriosa de aquella monarquía. Hecha la comparación de los diversos cómputos, se han adoptado al fin las siguientes conclusiones, en cuanto a la duración de cada una de las referidas épocas; conclusiones

que difieren en muy poco de los cálculos verificados por otros eminentes cronologistas. ¿De dónde nace esta pequeña diferencia, partiendo todos de los datos de Manethon y de los historiadores antiguos, así como de las revelaciones de la egiptología? Simplemente de que algunos aceptan detalles e incidentes que otros rechazan; pero que en nada menguan ni cambian la verdad cronológica en lo sustancial.

La primera época, o el imperio antiguo, en que reinaron los monarcas hasta de la décima dinastía, comprende un período de 1946 años; la segunda época, o sea la edad media de Egipto, durante la que fue regido por los príncipes de la undécima a la décima séptima dinastía, alcanza el lapso de 1361 años; y la tercera época, la más perfectamente conocida por nosotros, tuvo una duración de 1731 años. De consiguiente, la historia de las treinta y tres dinastías faraónicas abraza un período de 5038 años, a cuyo principio se ha de colocar el reinado de Manés, el fundador de la monarquía laica.

Os he hablado de diferencias en los cálculos, y voy a permitirle apuntar estas diferencias, tomándolas de varios autores que también las han hecho constar en sus escritos sobre la materia. Mariette da al reino egipcio una antigüedad de 5004 años; Wiedemann la de 5650; Renan, de 5004; Morayta, de 5121; Brugsch, de 4400, etc.: la diferencia, como véis, no es para alterar la fijación aproximada del tiempo en que Manés comenzara a reinar sobre las fecundas tierras del Nilo, después de destruida la dominación sacerdotal.

Es admirable la circunspección y extremada prudencia con que han procedido estos cronologistas en sus deducciones, temerosos siempre de caer en error y extraviarse en la exposición de la verdad: Morayta, por ejemplo, después de haber probado con erudición y lógica irrefragables la exactitud de las listas de Manethon, advierte que, a pesar de todo, no pueden tenerse por invulnerables los datos de aquel sacerdote, en todos sus detalles; pero sienta estas conclusiones, dejando libre el campo de discusión a quienes desearan contradecirle, ajeno por completo a ese dogmatismo e infalibilidad que caracterizan aun a los más vulgares escritos del tradicionalismo. "De todo lo expuesto resulta —dice—: 1º Que no es razonable asignar menos de 1301 años a las cinco primeras dinastías de Manethon.—

2º Que, aunque se sabe poco de la VI hasta la X, no pueden borrarse sin grave atrevimiento los 639 años que de duración se les asigna.— 3º Que, conocida la historia con mucha exactitud, no hay motivo para dar a las dinastías XI a XV, un reinado menor de 850 años.— 4º Que no hay medio de reducir a menos de seis siglos la ocupación de Egipto por los **Hiksos** (dinastías de reyes pastores que usurparon el poder de los legítimos Faraones). 5º Que es un hecho histórico que, entre la invasión cananea y Ramsés III, mediaron 420 años."

Estas cifras se refieren únicamente a los tiempos que se tenían por oscuros; puesto que se sabe incontestablemente que el referido Ramsés III comenzó a reinar 1311 años antes de nuestra era, según el Calendario de Medinet—Habu, al que se refiere también el citado cronologista. Pero esta misma opinión de Morayta, tampoco es la última palabra de la cronología egipcia; puesto que él mismo lo advierte, en una nota de la edición que he tenido a la vista, que cuando escribió su libro, la egiptología aún no había adquirido los conquistas con que ha llegado a su cumbre. Otros cronologistas han sido todavía más escrupulosos que los citados; así Meyer rechaza inexorablemente todo lo que tiene el menor viso de exageración y error, anhelando sólo proseguir con planta segura en todas sus sabias deducciones. "Respecto de cuanto venimos diciendo —escribe— hemos de atenernos exclusivamente a juicios aproximados, y nos vemos obligados a buscar para las épocas más importantes **fechas mínimas**, es decir, hemos de procurar fijar las fechas estudiando los monumentos y la tradición, y apreciando aproximadamente las generaciones y reinados, cuyas fechas habrán de ser tales, que los sucesos a ellas referentes, no pueden haber ocurrido antes... En mi **Historia de la Antigüedad**, he procurado publicar estos datos mínimos (...) Comienzos del Estado egipcio, dinastías primera a tercera; empieza con el rey Menes (...) 3180 años antes de Jesucristo". He ahí rebajada la antigüedad egipcia hasta donde ha sido posible, bajo el temor nimio de caer en exageraciones involuntarias, y quizás anhelando una conciliación con la cronología mosaica.

De consiguiente, es un hecho irrefutable que Manes reinó por lo menos, en el año 3180 antes de la era cristiana; y que, por tanto, o es falso que el diluvio de Noé haya sido en la fecha que el tradicionalismo sostiene, o que esa catástrofe no fue universal, ya que

en 1998 —fecha máxima del referido castigo— reinaban los Faraones de la décima tercera dinastía, y extendían el territorio del reino con activas conquistas. “Esa dinastía —dice Morayta— fue ilustrada por sus monarcas Nefer-Hotep y los ocho Sebek-Hotep”. Hay más en apoyo de esta remota antigüedad: los grandes adelantos del pueblo egipcio, su extraordinaria civilización, sus avanzados conocimientos en las ciencias y las artes, no se explicarían si su comienzo estuviera tan cercano al milagro del arca. El conocimiento de la geometría y de sus más perfectas figuras, como la pirámide, acusa por sí sólo una gran cultura; y si tomamos en cuenta sus bellezas arquitectónicas, la majestuosa y sorprendente construcción de esos monumentos que han desafiado la destructora acción de los siglos, no podemos dejar de reconocer que, antes de producir aquellas maravillas del arte, necesitó ese pueblo un dilatadísimo aprendizaje. En las capillas sepulcrales descubiertas en Beni-Hassan, se han hallado columnas acanaladas que, si no sirvieron de modelo al orden dórico de los griegos, por lo menos, como dice Gonzenbach, “hacia más de dos mil quinientos años que esas columnas existían, cuando Pericles procedió con Fidias a la erección del Partenón en Atenas, monumento que nos han enseñado a admirar como el triunfo del estilo dórico. Hatasu, la reina que inmortalizó su nombre como soberana, dejó a la posteridad la noticia de que sus dos grandes obeliscos, diez metros más elevados que el de Lusor, habían sido tallados y erigidos en el cortísimo tiempo de siete meses. El atrio de las cariátides, construido por Totmes III; las quinientas estatuas de mujer, talladas en granito negro, del templo de Amenhotep III; los enormes monolitos de Luksor; los colosos de granito rojo, de seis metros de altura, que representan a Ramsés el magnífico; los santuarios de Abydos, Karnak, Filé. Medinet—Habu, etc.; las obras de regadío, colosales y perfectas; las pirámides de Gizeh; la profusión de esculturas y monumentos por todo el haz del imperio; esa grandiosidad extraordinaria que caracteriza a todos los restos del antiguo Egipto, prueban de manera convincente que ese pueblo se había desarrollado y educado en el curso de millares de años, antes de ascender al pináculo de su progreso.

“Nada más cierto —dice Morayta— que el fundamento con que los sacerdotes egipcios decían a Solón: **Vosotros, griegos, sois de ayer.** La historia faraónica comienza, en efecto, en tiempos tan remotos, que excede en antigüedad a la más antigua de todas las conocidas.

Los estudios de Duncker sobre el calendario egipcio, muestran que los fenómenos astronómicos indispensables para poner en el día en que se coloca el primer **thok**, o sea el primer día del primer mes del año, no pudieron observarse después del 3285. Y como para deducir consecuencias exactas de esta observación necesitábase un notable adelanto científico, consecuencia a su vez de otras observaciones anteriores, ¿qué mayor prueba de la antigüedad de Misraim?”

*
* *

No son sólo los críticos y hombres de ciencia los que han llegado a estas conclusiones que dan en tierra con la cronología mosaica; sino también algunos creyentes y aun ministros del altar. En el historiador de Egipto, Rey-Dussueil, he leído lo siguiente: “En el cuerpo de nuestra historia nos pareció que debíamos guardar silencio sobre la mansión de los hebreos en Egipto y sobre su huida a Palestina. Estos hechos de mucha importancia en la historia judaica, tienen muy poca en la de los Faraones. Ni aun pueden designar en ella una data cierta. Los judíos siguieron a los árabes al Egipto; cuando se verificó la expulsión de éstos, quedaron allí cautivos (...) Por lo demás no hemos desechado estos hechos en el cuerpo de nuestra historia por un vano espíritu de escepticismo. Hemos dudado, como historiadores y podríamos dudar también como cristianos. Los Padres más sabios de la Iglesia, Orígenes, San Agustín, etc., desechan con frecuencia la letra de la Biblia, para darle un sentido alegórico. El cardenal Warnie, legado del papa en el concilio de Trento, ha ido aun más allá; declaró que, si la autoridad de la Iglesia no enseñase a los sacerdotes que las Escrituras eran canónicas, tendrían para ellos poco peso”. ¿Cuántos podrían repetir la categórica confesión del cardenal Warnie?

Y los monumentos de Asiria acaban de revelar también la enorme antigüedad del hombre; y si no temiera cansaros, expondría largamente los descubrimientos de los asiriólogos modernos, que han ido a desenterrar la verdad, de entre los escombros de aquellos casi olvidados imperios. Pero me limitaré a repetiros unos pocos pasajes de Federico Homel, sabio historiador de Babilonia y Asiria, al que podéis consultar, por haber hecho ya mérito de las recientes revelaciones de la asiriología.

"Como ya iremos viendo —dice el citado historiador— encontramos en la época más remota una serie de reyes de ciudades de la Babilonia meridional (...) A esta serie de reyes coresponde el célebre Sargón y su hijo Naram-Sin, de los cuales poseemos algunas breves inscripciones, y cuya época, según importantísima indicación que hace el rey neo-babilónico Nabu-na'id, o Nabonedo —que reinó 555-538 años antes de Jesucristo— coresponde aproximadamente a los años 3800 anteriores a nuestra era. En la respectiva inscripción, hallada muy recientemente, consigna este monarca neo-babilónico la restauración hecha por él del famoso templo del sol en Sippar, y dice literalmente: **Para el dios del Sol, el Juez del cielo y de la tierra reconstruí yo... su casa en Sippar, que Nebukadrezar, un rey anterior había edificado, y cuyo antiguo título de fundación había buscado, sin encontrarlo. Durante los últimos cuarenta y cinco años se habían destruído los muros de esta casa; esto me causó espanto, me posterné presa del temor, y mi faz se descompuso. Habiendo sacado del interior del templo la imagen del dios y guardándola en otro, mandé demoler aquella casa, busqué su antiguo título de fundación y ahondé el suelo 18 varas, y Samas (el mismo dios sol) ... me concedió que viera el título de fundación de Naram-Sin, hijo de Sargon, que durante tres mil doscientos años no había podido hallar ningún rey anterior (...)** Si, pues añadimos a 545 (porque no es probable fuera posterior la mencionada inscripción de Nabonedo) la cifra indicada de 3200, cuya exactitud no puede ser disputada, obtenemos la remota fecha de 3745, o sea en números redondos 3750 antes de Jesucristo, para Naram-Sin, y por consiguiente, la de 3800 aproximadamente para su padre Sargon (...)

Como podemos justificadamente admitir que los monumentos de los antiguos reyes de Sírula, dadas sus condiciones artísticas y el carácter de los signos de sus inscripciones, son todavía más antiguos que los cilindros —sellos de Sargon y Naram-Sin, hallados hasta ahora y que ya revelan singular perfección, dedúcese de ello para la cronología el importantísimo dato de que los primeros corresponden al quinto milenario precristiano, o cuando menos a la primera parte de éste y última del cuarto; pues la diferencia entre unos y otros monumentos es tal que no bastarían dos siglos para justificarla".

He ahí nuevos e irrefutables testimonios en contra de la cronología tradicionalista; porque esos desenterrados cilindros de Naram-Sin, en los que se había hecho constar la fecha de la fundación del

templo de Sippar, han sido devueltos por el seno de la tierra, después de siglos y siglos de enterramiento, es decir, sin que haya ninguna posibilidad de que hubiesen sufrido alteración alguna en su contenido.

Naturalmente los tradicionalistas de ayer no conocían, ni siquiera podían sospechar la existencia de estas pruebas concluyentes contra su tesis, por lo mismo que escribieron sus sapientes disertaciones en pro de la cronología mosaica, antes de que las ruinas de Egipto y Babilonia hicieran tan inesperadas como sorprendentes revelaciones; antes que los reyes asirios y egipcios se alzaran del sepulcro y hablaran a nombre del pasado; antes de que la escritura cuneiforme, y la geroglífica fuesen interpretadas; antes de que los testigos de piedra surgieran de entre los montes de arena que los sepultaban, para afirmar elocuentemente e irrefragablemente la antigüedad del hombre sobre nuestro deleznable planeta. Hubo buena fe, convicción profunda en esos innumerables teólogos que impugnaron a Manethon, Beroso, Sanchoniathon, etc.; pero ni esa buena fe, ni esa convicción existen ya en quienes nos repiten hoy día aquellos mismos viejos argumentos que la egiptología y la asiriología han dado en tierra y quitándoles todo su valor y fuerza. Porque, los tradicionalistas de ogaño, ¿conocen o no conocen los triunfos de los orientalistas modernos? Si los conocen, hay mala fe en repetir las objeciones que se hacían contra la antigüedad humana en los tiempos pasados; y si no los conocen, son ciegos que maldicen la luz, porque no la soportan sus pupilas. ¿Cómo pueden contrarrestar los hechos, cuando éstos se están ahí, a toda claridad, sujetos al examen de todas las escuelas y creencias?

Pudiera hablaros todavía de los anales de la India, de China, de Fenicia, de Persia, etc.; pero, os repito, temo cansaros, y, además, no he querido sino daros ligerísimos apuntes para que estudiéis estas importantísimas materias por vosotros mismos, sin sujetaros a ningún prejuicio de escuela, a ninguna pauta trazada por mano acaso demasiado interesada en apartaros de la luz bienhechora, en manteneros eternamente en las sombras engendradoras de la esclavitud de la conciencia. No temáis acercaros al faro salvador de la ciencia, la que de ningún modo puede ser enemiga de vuestra fe sencilla, del credo que aprendisteis en la cuna. Mientras más os ilustréis, más cerca os hallaréis de Dios, más pura será vuestra moral y más libre

vuestro espíritu para extender sus alas y recorrer los ámbitos de lo infinito.

*
* *
*

Hemos terminado nuestra rápida ojeada a los principales sistemas del Universo que la ciencia moderna profesa; esa ciencia tan anatematizada y perseguida por el tradicionalismo, cuyo lerna fatídico —el eterno *nihil innovetur*—, es la muerte del espíritu humano, el escollo en que naufraga la inteligencia y se enervan las energías y la dignidad misma de nuestro linaje.

El tradicionalismo es el implacable enemigo del saber, de la libertad y el adelanto; todo su empeño está en estrecharnos en una cárcel de hierro, sin más luz que la crepuscular que irradian los embrionarios conocimientos de los Beni Israel; sin otra perspectiva que la más dura esclavitud del pensamiento; sin otra aspiración que un absurdo estacionarismo contrario a las mismas sabias leyes del Creador. ¡Cuántas colosales inteligencias han sido ahogadas bajo la opresora diestra del tradicionalismo! ¡Cuántas nobles víctimas no han caído antes bajo el hacha de la intolerancia tradicionalista! ¡Cuántos cerebros luminosos, destinados por Dios para alumbrar la tierra, no han sido reducidos a cenizas en el brasero del Santo Oficio! ¡Cuántas energías que debían impulsar y acelerar la perfección humana, no se han agotado y sucumbido entre las cadenas y los horrores de la Inquisición, que hoy mismo, a nuestros oídos, se atreven a defender en nombre de una religión de amor y mansedumbre! ¡Cuántos nombres ilustres, venerandos, dignos de la admiración y alabanzas de la humanidad, no ha inscrito la desapiadada mano del tradicionalismo en el cruento martiriología de la Ciencia!

Egoísmo, impiedad, sacrilegio, ignorancia, crueldad y barbarie, han sido los generadores de la guerra a muerte que los tradicionalistas han declarado siempre a las ciencias: ¡*nihil innovetur*! es el grito estridente que nos lanzan hoy, como lo lanzaron en la edad media, a los oídos de las víctimas sacrificadas en nombre de la fe y de una doctrina religiosa que no comprendieron, que todavía no comprenden, puesto que se están contradiciendo impiamente a Jesús cuyo nombre llevan en los labios. Disipadas las tinieblas medioeva-

les, la faz del mundo ha cambiado varias veces, los imperios se han derrumbado, los pueblos se han transformado, las revoluciones han restablecido los fueros y derechos de la humanidad, la civilización ha proclamado el predominio de la libertad y la justicia; pero el tradicionalismo no ha depuesto aún su horror a la luz, ni su saña e intolerancia por todo lo que contraría el *statu quo* en que desea con tanto ahinco mantener al mundo, y todavía nos deja oír el *nihil innovetur* matador del progreso. Todavía se ha menester ánimo retemplado, o vocación de mártir, para levantar el velo de la verdad en países donde el tradicionalismo impera; donde, si las ideas modernas han cambiado las instituciones y las leyes, han sido aún impotentes para mudar la indole del tradicionalismo. ¡Cuán felices las naciones en que se ha levantado ya la proscripción de la Ciencia; en que se goza ampliamente de los beneficios de la luz, sin temor del regreso de los inquisitoriales tiempos, del anatema y el sanbenito! Cuán felices los pueblos en que es lícito, más aún, obligación primaria, consagrarse a la santa tarea de contribuir a la iluminación de las mentes; porque propagar la verdad, es trabajar por la liberación y engrandecimiento de la familia humana; porque cultivar la ciencia, es elevarse a la altura de vencedor de las tiranías y el fanatismo. Y no importa que el trabajador sea modestísimo, que su aporte a la grande obra sea insignificante; ya que de granos de arena se forman las montañas, y de gotas de agua el océano insondable.

Pero esto no quiere decir que se deba atacar el espíritu religioso de los hombres; porque tan absurda tarea, lejos de ser beneficiosa, multiplicaría los males sociales. Verdaderamente, como lo afirma Laurent, el lazo que une a Dios y al hombre está roto, y la sociedad desaparecerá, si no se reanuda ese vínculo de vida, cuando antes; y esta obra de reanudación es la encomendada a los pensadores modernos; esta reconciliación del instinto religioso con la ciencia, es la única salvación de la especie humana. No es sólo el tradicionalismo el enemigo que tenemos delante; sino también, como desde el principio os he manifestado, el materialismo demoledor del mundo intelectual y moral, demoledor de las santas y consoladoras creencias humanas, demoledor de la conciencia y de esa íntima convicción, de que el término de la vida no está en el inerte polvo del sepulcro. El tradicionalismo y el materialismo han rompido con su absurdo y antinatural afán, ese lazo divino de que Laurent nos ha-

bla; y puéstole al género humano en la rápida pendiente que conduce al abismo. No cabe componenda alguna, ni con el uno ni con el otro extremo: ni el ateísmo es la verdadera clave de la ciencia y la perfección del hombre, ni el tradicionalismo la verdadera expresión de la idea religiosa. La razón permanece a igual distancia de estos dos extremos; los reputa como insuperables obstáculos en la ascensión humana, porque anonadan todas las fuerzas del espíritu, le cortan las alas para impedirle elevarse hasta la verdad infinita y eterna.

Hay filósofos que esperan del sacerdote la reconciliación indispensable del sentimiento religioso con la ciencia; obra grandiosa y realmente muy digna de los discípulos de Jesús, el Mártir sublime del amor a los hombres, que fundó la redención del mundo en la libertad, es decir, en la extinción de toda esclavitud del pensamiento, de toda intolerancia y opresión entre hermanos, de toda animosidad y división entre hijos de un mismo Dios, cuya primera ley es amar aun a nuestros enemigos. ¡Cuán feliz la humanidad, si se comprendieran derechamente y se observaran las doctrinas del Cristo sacrificado por el tradicionalismo judío, al que todavía se imita y venera! Nihil innovetur! —le dijeron también al Maestro los escribas y fariseos; y ese lema fatal fue el que alzó la cruz redentora en el Calvario.

“Ah, qué misión tan noble la del clero católico de España —exclamaba Salmerón— si en vez de sembrar, como la mayoría de sus representantes lo hacen, el odio al Estado, el odio a la Ciencia, el odio a la Industria, el odio a la Historia, en suma, el odio a la Civilización y todos sus grandes intereses, se aplicaran con la palabra y el ejemplo, a la austera predicación del deber, a la caridad y las buenas obras! Si la voz de los Pastores no resonase sino como un eco santo de los cielos, que consolase al triste, esforzase al débil, atajase al soberbio, sanase al enfermo de cuerpo y espíritu, enfrenase la procacidad de las pasiones y despertase los ánimos rencorosos con el sentimiento de Dios, el respeto y el amor de los hombres! El espíritu religioso declina visiblemente en la sociedad, más que en la ciencia; el ateísmo práctico es, de día en día, la ley más universal de conducta: terrible responsabilidad incumbe en esta crisis a los que, por intereses profanos, dejan apagar la divina luz, cuya custodia les era principalmente encomendada!...”

Ah, si —repetiré también yo— qué misión tan sublime la de los directores de la conciencia creyente, si se pusieran al nivel del mundo moderno, si se convirtieran en la simbólica columna de fuego para guiar su rebaño a través de las soledades del desierto! Os he dado ejemplo, para que hagais con los demás, de la misma manera que yo hice con vosotros —les dice el gran Maestro; pero hay discípulos que se van por el camino opuesto, con impío desprecio de las enseñanzas de Jesús, lejos de ser la sal del mundo, nos propinan acibar y hiel a cada instante; lejos de ser la luz del redil, matan toda claridad y nos sumergen en las tinieblas; lejos de ser los portaestandartes del saber y la cultura, abofetean y maldicen al que procura iluminar su mente... ¡Cuánta, cuánta responsabilidad les cabe en el rompimiento del sentimiento religioso y la ciencia; de ese fatal rompimiento que amenaza destruir los cimientos de la sociedad moderna!

INDICE

3027

	<u>Págs.</u>
Pórtico	I
Capítulo I:	
Monismo y Dualismo: Escuela Materialista y Escuela Dualista	1
Capítulo II:	
Monismo y Dualismo: Escuela Materialista y Escuela Dualista	59
Capítulo III:	
Mosaismo	8345 99
Capítulo IV:	
La Formación Planetaria a la luz de la Ciencia	133
Capítulo V:	
Antigüedad de la Tierra: Evolucionismo e Inmutabilidad de las Especies	8150 167
Capítulo VI:	
Teorías sobre el Origen y Naturaleza de la Vida	202
Capítulo VII:	
Origen y Naturaleza del Hombre. Terciario y Cuaternario: Monogenismo y Poligenismo	231
Capítulo VIII:	
Antigüedad del Hombre: Diversas Cronologías	259

Se concluyó de imprimir este volumen dedicado a honrar la memoria del Rector José Peralta, como contribución a los actos conmemorativos del Centenario de la Universidad de Cuenca, el 30 de Junio de 1967, siendo su Rector actual el doctor Gabriel Cevallos García, Director de Publicaciones el doctor Víctor Lloré Mosquera y Regente de los Talleres Gráficos don Carlos Sarmiento Abad.